5000048263 7
Bibl. General i Històrica

D-114
48

OBRAS COMPLETAS

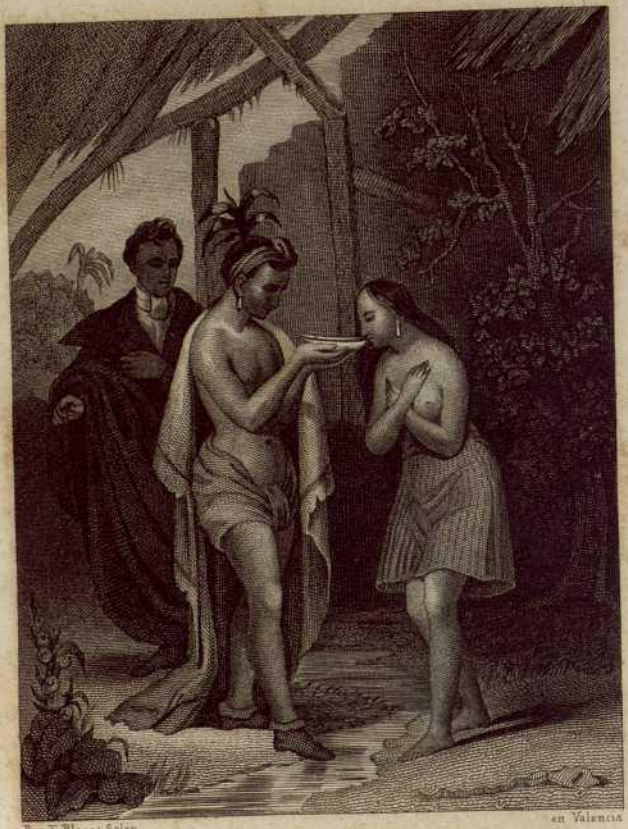
DEL VIZCONDE

DE CHATEAUBRIAND.

TOMO XI.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA POLITECNICA

Es propiedad de la casa DE CABRERIZO.



Por T. Blasco Soler en Valencia

LOS NATCHEZ

Utugamiz toma agua cristalina del arroyo, y Celuta moja con ella sus labios.

LOS

NATCHEZ,

O LOS HABITANTES

DE LA LUISIANA,

POR LA VIZCONDE

DE CHATEAUBRIAND.

Tomo primero.

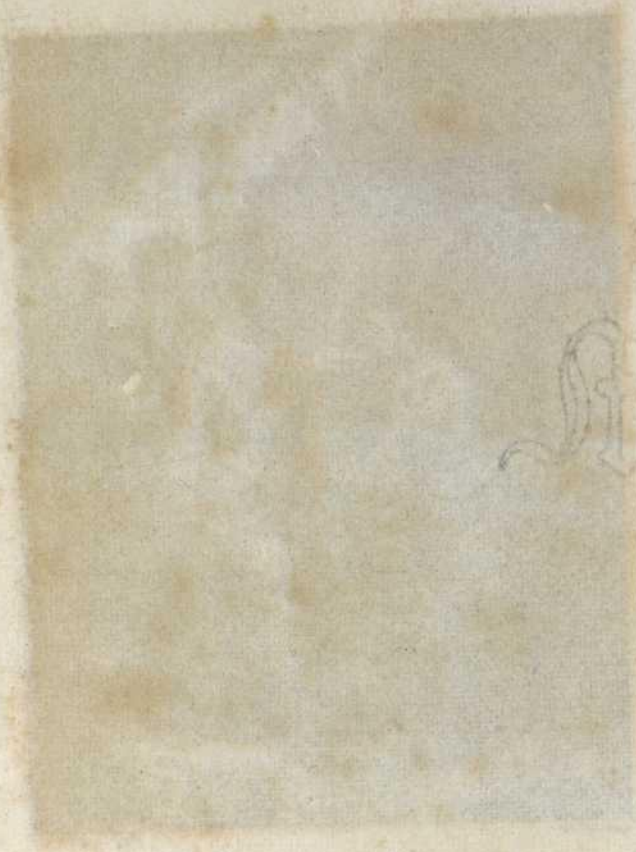
VALENCIA:

IMPRENTA

DE D. MARIANO DE CABRERIZO.

1844.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA VALENCIA
BIBLIOTECA GENERAL



LOS

NATCHEZ,

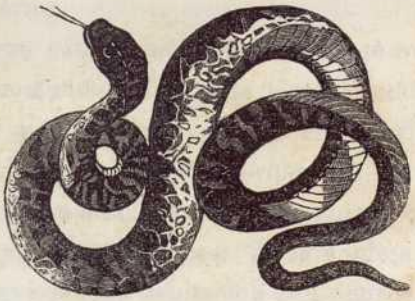
O LOS HABITANTES

DE LA LUISIANA,

POR EL VIZCONDE

DE CHATEAUBRIAND.

Tomo primero.



VALENCIA:
IMPRENTA
DE D. MARIANO DE CABRERIZO.
(Editor.)
1844.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA VALENCIA
HEMEROTECA GENERAL

D 482630
L 482637

R. 86.704

PRÓLOGO.

Cuando en 1800 dejé la Inglaterra para regresar á Francia bajo un nombre supuesto, no me atreví á llevar conmigo un abultado equipaje, y dejé la mayor parte de mis manuscritos en Lóndres. Entre ellos quedaba el de los Natchez, del cual solo traje á París *el René*, *la Atala*, y algunas descripciones de la América.

Pasaron catorce años antes que se volviese á abrir la comunicacion con la Gran-Bretaña, y yo no pensé mucho en mis papeles en el primer instante de la restauracion, porque me parecia por otra parte cosa dificil recobrarlos. Quedaron cerrados en una maleta en casa de la inglesa que me alquiló una pequeña habitacion en Lóndres, y habia olvidado el nombre de aquella mujer, el de la calle, y la numeracion de la casa en que viví.

Por unas señas vagas y aun contradictorias que dirijí á Lóndres á los Señores Thuisy, tuvieron estos la bondad de empezar sus indagaciones, continuándolas con un celo, un interes, y una constancia

poco comunes, por lo cual me complazco en darles aqui un testimonio público de mi gratitud.

Descubrieron primeramente, á fuerza de penosas investigaciones, la casa que habité á la parte del oeste de Lóndres; pero hacia ya mucho tiempo que habia muerto mi huéspeda, y se ignoraba el paradero de sus hijos. Con continuas é inesplicables dilijencias, encontraron en un lugar á muchas millas de Lóndres, la familia de mi huéspeda, en cuyo poder hallaron por último la maleta, guardada con tanta fidelidad, que ni siquiera habia sido abierta, de lo cual dependia quizás su pérdida; pues conteniendo únicamente papeles de borradores difíciles de entender, no hubiese sido estraño que hubiesen sido echados al fuego como inútiles, perdiendo yo de este modo el fruto de las tareas de una parte de mi vida.

En el prólogo de mi primera edicion de Atala, hablando de los Natchez, me esplicaba en estos términos.

»Aun era yo muy jóven cuando concebí la idea »de hacer la *epopeya del hombre de la naturaleza*, »ó pintar las costumbres de los salvajes, ligándolos »á algun acontecimiento conocido. Despues del des»cubrimiento de América, no vi objeto mas intere»sante, singularmente para los franceses, que el »degüello de la colonia de los Natchez en la Luisia»na en 1727. Todas las tribus indianas, conspiran-

»do despues de dos siglos de opresion, para restituir »la independencia al Nuevo-Mundo, me parecian »ofrecer un objeto casi tan feliz como la conquista »de Méjico. Tracé en el papel algunos fragmentos »de esta obra; pero advertí muy pronto que carecía »de verdaderos colores, y que si queria sacar una »copia exacta, era preciso que, á ejemplo de Ho- »mero, visitase yo los pueblos que queria describir.

»En 1789 manifesté á Mr. de Malesherbes el »proyecto que tenia de pasar á América. Pero de- »seando al mismo tiempo dar un objeto útil á mi »obra, formé el plan de descubrir por tierra el paso »tan buscado, y sobre el cual aun Cook mismo dejó »dudas. Emprendí el viaje; vi las soledades ameri- »canas, y regresé con designios para un segundo via- »je, que debia durar nueve años. Me propuse atra- »vesar todo el continente de la América septentrio- »nal, volver á subir en seguida por lo largo de las »costas al norte de la California, y regresar por »la bahía de Hudson, dando vuelta bajo el polo (1). »Mr. de Malesherbes se encargó de presentar mis »planes al gobierno, y entonces oyó los primeros »fragmentos de la obra que doy ahora á luz. La re- »volucion frustró todos mis intentos. Cubierto de »la sangre de mi hermano único, de mi cuñada y

(1) Mr. Machenzie ha ejecutado una parte de este plan (*).

(*) El capitan Franklin ha entrado últimamente en el mar del Polo visto por Hearne, y continúa en este momento sus pesquisas.

»del anciano ilustre, su padre; habiendo visto á mi »madre y otra hermana dotada de talentos, morir »de resultas del mal tratamiento que habian espe- »rimentado en los calabozos, anduve errante por »tierras estrañas....

»De todos mis manuscritos relativos á la Amé- »rica, solo salvé algunos fragmentos, en particular »la Atala, que en sí no era mas que un episodio de »los Natchez, y fue escrita en un desierto bajo las »chozas de los salvajes. Ignoro si será del agrado »del público esta historia, que se aparta de todos las »direcciones conocidas, y que presenta una natura- »leza y unas costumbres enteramente estrañas á la »Europa (1).

»En el Jenio del Cristianismo, tomo 2.°, tratan- »do del *estravío de las pasiones*, se leian estas pa- »labras:

»Si me fuese permitido, daria á los lectores un »episodio en estracto como la *Atala*, que en sí no »era mas que un episodio de los antiguos *Natchez*, »en el cual se veria la vida de aquel jóven René, á »quien Chactas contó su historia, &c."

En fin, en el prefacio jeneral de esta última edicion de mis obras, he dado ya algunas noticias pertenecientes á los Natchez. Un manuscrito, del cual he podido sacar la *Atala*, el *René*, y muchas

(1) Prólogo de la primera edicion de Atala.

descripciones que se encuentran en el *Jenio del Cristianismo*, no es enteramente inútil; pues se compone, como he dicho en otra parte (1), de dos mil trecientas ochenta y tres pájinas en folio. Este primer manuscrito está todo seguido, sin seccion, y todos los objetos están en él mezclados: viajes, historia natural, parte dramática, &c.; pero junto á este manuscrito de un solo capítulo, existe otro dividido en libros, que por desgracia no está completo, y el cual empecé á poner en órden. En este segundo trabajo, no concluido, habia no solamente procedido á dividir la materia, sino á cambiar tambien el jénero de la composicion, haciéndola pasar del romance á la epopeya.

La revision, y aun la simple lectura de este inmenso manuscrito, fue un trabajo tan árduo por la confusion que ofrecia, que ha sido preciso poner con separacion de lo que es historia natural, lo que es drama; viéndome en la necesidad hasta de borrar, y aun quemar muchas de estas composiciones superabundantes. Un jóven que amontona sin órden sus ideas, sus invenciones, sus estudios, y sus lecturas, debe producir un caos; pero tambien hay en éste una cierta fecundidad propia del poder de la juventud, y que disminuye asi como van aumentando los años.

Me ha sucedido, pues, lo que quizás no suce-

(1) Advertencia de las obras completas.

dió nunca á autor alguno, y es volver á leer, pasados treinta años, un manuscrito que habia olvidado enteramente, por lo cual le he juzgado como hubiera podido juzgar la obra de una persona estraña.

El antiguo escritor formado segun su arte, el hombre iluminado por la crítica, el hombre de un espíritu calmado, y de una sangre tranquila, ha correjido los ensayos de un autor sin esperiencia, abandonado á los caprichos de la imajinacion.

Tenia yo, á pesar de todo, un riesgo que temer, y era el de que repasando mi pincel por el cuadro, podia apagar el colorido; una mano mas segura, pero menos rápida, era fácil que hiciese desaparecer los rasgos menos correctos, pero tambien las pinceladas mas vivas de la juventud; era preciso conservar en fin á la composicion su independencia, y por decirlo asi su fogosidad. Era preciso dejar la espuma al freno del caballo jóven. Si hay en los Natchez cosas que temblaria hoy al aventurarlas, tambien hay otras que no las escribiria ya, en especial la carta de *René*, en el segundo tomo.

En el estenso cuadro de los Natchez, se han presentado al pintor diferentes dificultades por todas partes; no era muy fácil, por ejemplo, el mezclar combates con la enumeracion de tropas, imitando á los antiguos; mezclar, digo, descripciones de batallas, revistas, maniobras y armas modernas. En estos objetos mistos se marcha constantemente

entre dos escollos; á saber, la afectacion ó la trivialidad. En cuanto á la impresion jeneral que resulta de la lectura de los Natchez, es, si no me engaño, la que se esperimenta en la de René y Atala; es natural que el todo tenga afinidad con la parte.

Léase en Charlevoix (Historia de la nueva Francia, tomo 4.°, páj. 24) el hecho histórico que sirve de fundamento á la composicion de los Natchez. Estendiendo la accion particular, referida por el historiador, he formado de ella el objeto de mi obra, y el lector verá lo que la ficcion añade á la verdad.

Ya he dicho que existian dos manuscritos de los Natchez; el uno dividido en libros, y que no pasa de la mitad de la obra, y el otro que contiene el todo sin division, y con todo el desórden de la materia; resultando de aqui una singuralidad literaria en la obra, tal como la doy al público. El primer tomo se eleva á la dignidad de la epopeya como en *los Mártires;* el segundo desciende á la narracion ordinaria, como en *Atala* y en *René*.

Para llegar á la unidad del estilo, hubiese sido necesario, ó borrar del primer tomo el color épico, ó estenderle al segundo: por consecuencia, en uno ú otro caso no hubiera reproducido con fidelidad el trabajo de mi juventud.

Asi, pues, en el tomo primero de los Natchez se encontrará lo *maravilloso* de todas especies: lo ma-

ravilloso *cristiano*, lo maravilloso *mitolójico*, lo maravilloso *indiano*; se encontrarán musas, ánjeles, demonios, jenios, combates, personajes alegóricos; la Fama, el Tiempo, la Noche, la Muerte, la Amistad. Este tomo ofrece invocaciones, sacrificios, prodijios y comparaciones multiplicadas, las unas cortas, las otras largas, á la manera de Homero, formando cuadros de pequeña dimension.

En el tomo segundo desaparece lo *maravilloso*, pero se complica la intriga, y los personajes se multiplican: algunos de ellos son estraidos hasta de las clases inferiores de la sociedad. En fin, el romance substituye al poema, sin que por esto descienda á ser inferior al estilo de *René* y de la *Atala*, antes bien se remonta algunas veces por la naturaleza del objeto, por la de los caractéres, y por la descripcion de los lugares, al tono épico.

El tomo primero encierra la continuacion de la historia de Chactas y su viaje á París. La intencion de esta narrativa es poner en oposicion las costumbres de los pueblos cazadores, pescadores y pastores, con las costumbres de uno de los pueblos mas civilizados del mundo, haciendo á un mismo tiempo la crítica y el elojio del siglo de Luis XIV, y la causa entre la civilizacion y el estado de la naturaleza; en ello se verá por fin qué juez decide la cuestion.

Para presentar á la vista de Chactas los hombres

ilustres del gran siglo, me he visto unas veces obligado á reunir los tiempos, y unir los hombres que no han vivido precisamente juntos, pero que se han ido sucediendo en la série de un largo reinado. He creido oportuno notar aqui estos leves anacronismos, aunque creo que nadie los reprobará.

Lo mismo digo de los acontecimientos que he transportado y encerrado en un estrecho período, y que se estienden históricamente mas acá y mas allá del mismo período.

Confio que no se me tratará con mas rigor por la crítica de las leyes. Los juicios criminales cesaron de ser públicos en Francia bajo el reinado de Francisco I, y los acusados no tenian defensores. Asi es, que cuando Chactas asiste á la vista de un juicio criminal, se nota anacronismo con respecto á las leyes. Si tuviese yo necesidad de justificacion acerca de este punto, la encontraria en el mismo Racine cuando Dandin dice á Isabel en el diálogo siguiente:

¿Habeis visto algun dia dar tormento?

ISABEL.

Ni lo he visto, ni creo verlo nunca.

DANDIN.

Si lo quereis creer, venid á verlo.

ISABEL.

¡Podrase ver sufrir un desgraciado!

DANDIN.

Se reduce á pasar una ó dos horas.

Racine supone que en su tiempo se veia dar tormento, cuando esto no era asi; pues los jueces, el escribano, el verdugo y sus ayudantes eran los únicos que asistian á la cuestion.

Confio en fin que ningun verdadero sábio de nuestros dias se ofenderá de que refiera una sesion de la academia, ni de la inocente crítica de la ciencia, bajo Luis XIV; crítica que por otra parte encuentra su contrapeso en la cena en casa de Ninon. Tampoco creo que se ofendan los togados por mi relacion de una audiencia en el consejo. Nuestros abogados, nobles defensores de las libertades públicas, no hablan como el Pequeño Juan de los *Pleitistas*; y en nuestro siglo, en que la ciencia ha dado tan grandes pasos, é intentado tantos prodijios, la pedantería es un ridículo completamente ignorado de nuestros ilustres sábios.

En un libro del tomo primero de los Natchez, se describe un *cielo cristiano*, diferente del *cielo* de *los Mártires*: al leerle, he creido esperimentar en mí un sentimiento de lo infinito, que me ha determinado á conservar este capítulo. En él se ven confundidas las ideas de Platon con las ideas cristianas, y esta miscelánea no me ha parecido presentar profanidad ó rareza.

Si se quisieran hacer observaciones sobre el estilo, los escritores jóvenes, comparando el primer tomo de los *Natchez* con el segundo, podrian apren-

der con qué artificios se puede cambiar una composicion literaria, y pasarla de un jénero á otro; pero estamos en el siglo de los hechos, y estos estudios de palabras parecerian sin duda inútiles. Resta saber si el estilo es, no obstante, algo necesario para perpetuar los hechos. Voltaire ha cooperado no poco á la fama de Newton. La historia que castiga y recompensa, perderia su dominio si no supiese pintar: á no ser por Tito Livio, ¿quien se acordaria del viejo Bruto? Sin Tácito, ¿quien pensaria en Tiberio? César trabajó él mismo por la causa de su inmortalidad en sus comentarios, y la ha ganado. Aquiles no existe sino por Homero. Quítese del mundo el arte de escribir, y probablemente se robará de él la gloria. Esta gloria que, aunque inútil, es tan bella en su misma inutilidad, que al menos por algun tiempo merece conservarse.

La descripcion de la América *salvaje* parece que naturalmente pedia el cuadro de la América *civilizada*; pero creí que este cuadro no estaria bien colocado en el prefacio de una obra de imajinacion. En el tomo en que reuniré los recuerdos de mis viajes por América, despues de haber pintado los desiertos, diré lo que ha llegado á ser el Nuevo-Mundo, y lo que puede llegar á ser en lo venidero. De este modo la historia continuará la historia, y asi no se verán confundidos objetos de distinta naturaleza.

LOS

NATCHEZ.

LIBRO PRIMERO.

A la sombra de los bosques americanos quiero entonar los cánticos de la soledad, jamás oidos de los mortales: referir quiero vuestras desgracias, ¡oh Natchez! ¡oh nacion de la Luisiana, que solo nos has dejado tus recuerdos! Los infortunios de un obscuro habitante de los bosques, ¿tendrán menos derecho á nuestras lágrimas, que las desgracias de los otros hombres? ¿Acaso son mas interesantes los mausoleos de los reyes en nuestros templos, que el sepulcro de un indio bajo la encina de su patria?

¡Y tú, antorcha de las meditaciones, astro de las noches, ven á ser para mí el astro del Pindo! ¡Camina guiando mis pasos por rejiones desconocidas del Nuevo-Mundo, para descubrirme con tu luz los secretos maravillosos de estos desiertos!

Acompañado René de sus guías habia ido subiendo por el curso del Meschacebé, y su barca flotaba al pie de tres colinas, las cuales ocultaban á la vista el hermoso pais de los hijos del Sol. Salta en la orilla, trepa por la escarpada costa, y llega á la

cumbre de aquellas tres elevadas colinas. Mostrábase algo distante la aldea principal de los Natchez, en un llano cubierto aqui y allá de bosques de salsafras; por una y otra parte se veian llegar las indianas, tan lijeras como los corzos con que triscaban, las cuales, teniendo el brazo izquierdo cargado con una cesta, suspensa de una larga corteza de abedúl, iban cojiendo fresas, cuyo color encarnado teñia sus dedos y los céspedes que alrededor crecian. Baja René de la colina, y se adelanta hácia la aldea: las mujeres se detienen algo distantes para ver pasar los estranjeros, y despues huyen hácia el bosque, semejantes á las palomas que miran al cazador desde lo alto de una elevada roca, y al ver que se acerca, levantan rápidamente sus alas.

Llegan los viajeros á las primeras cabañas de la aldea principal, y preséntanse á la entrada de una de ellas. Habia alli una familia reunida sentada sobre esteras de junco: los hombres fumando con su pipa, y las mujeres hilando nervios de corzo: tenian en medio de un círculo plakmines secos, zandías y manzanas, puestas en hojas de dulcamara, y bebian agua de arce con un nudo de bambú.

Detuviéronse los viajeros en el umbral, y dijeron: »Aqui hemos venido nosotros." Y el jefe de la familia contestó: »Bien venidos seais." Sentose luego cada viajero en una estera, participando del festin sin hablar, y despues uno de los intérpretes alzó la voz, y dijo: »¿Donde está el Sol?" (1). El

(1) El *Sol*, jefe supremo ó emperador de los Natchez.

jefe respondió: »Ausente:" y reinó un profundo silencio.

Presentose á la puerta de la cabaña una jóven, que en su talle alto, fino y delicado, reunia al mismo tiempo la elegancia de la palma, y la flexibilidad de la caña, mezclándose con sus gracias casi divinas cierto aire, que revelaba una alma triste y pensativa. Los indios, para pintar la tristeza y la hermosura de Celuta, decian que tenia la mirada de la Noche y la sonrisa de la Aurora. Aunque no era todavía una mujer desgraciada, estaba en verdad destinada á serlo con el tiempo. Se hubiera visto uno tentado á estrechar con sus brazos criatura tan admirable, sino fuese por el temor de sentir palpitar un corazon dedicado anticipadamente á los disgustos de la vida.

Entra Celuta sonroseada en la cabaña, pasa por delante de los estranjeros, y acercándose á la matrona del lugar, la dice algunas palabras al oido, y se retira. Su blanco ropaje de corteza de morera ondeaba con soltura por su espalda, y sus dos rosados talones levantaban á cada paso el ribete. Por donde imprimia sus huellas la indiana, el aire quedaba todo embalsamado con el perfume de las flores de magnolia que coronaban sus sienes. Asi se presentó Hero en las fiestas de Abydos, y no de otro modo se dió á conocer Vénus en los bosques de Cartago, por su talante y el olor de ambrosía que exhalaba su cabellera.

En tanto acaban los guías su comida, se levantan, y dicen: »Nos vamos." El jefe indiano res-

ponde: »Id donde quieran los jenios." Y salen con René, sin que les pregunten qué encargo les ha confiado el cielo.

Pasan al medio de la aldea principal, cuyas cabañas cuadradas sostenian un techo redondo en forma de cúpula, el cual, hecho de rastrojo de maiz entrelazado de hojas, se apoyaba sobre tapias hechas por dentro y fuera de esteras muy delgadas.

Llegaron los viajeros al estremo del lugar, y se hallaron en una plaza regular, que formaban la cabaña del jefe principal y la de su parienta mas cercana, la *mujer-jefe* (1).

Animaba aquellos sitios el concurso de indios de todas edades: tendió su manto la noche, pero las antorchas de cedro que ardian por todas partes, derramaban por aquel cuadro movible una vivísima claridad. Los ancianos fumaban en sus pipas, conversando de los acontecimientos pasados, y las madres daban de mamar á sus hijos, ó acostábanlos en las cunas, y suspendian éstas de las ramas de los árboles; mas lejos algunos mancebos asidos por los brazos, hacian pruebas de quién sufria por mas tiempo el ardor de un carbon encendido; los guerreros jugaban á la pelota con raquetas forradas de piel de serpiente, y los otros tenian reñidas contiendas en el juego de pajas y de la taba: los mas de ellos ejecutaban la danza de la guerra ó del búfalo, en tanto que algunos músicos tocaban con un palillo un tamboril, sonaban un caracol marino, ó un hueso

(1) El hijo de esta mujer era el heredero del trono.

de gamo con cuatro agujeros, semejante al pífano querido del soldado.

Era la hora en que la flor del hibisco empieza á entreabrirse en las praderas, y las tortugas del rio salen á depositar sus huevos en las arenas. Habian ya pasado los estranjeros en la plaza de los juegos todo el tiempo que gasta un niño indiano en recorrer una cabaña, cuando para enseñarle á andar le presenta su madre la teta, y se retira ante él sonriendo. Entonces vieron presentarse un anciano, en quien habia querido el cielo hacer grandes pruebas. Sus ojos no veian ya la luz del dia, y andaba muy agobiado, apoyándose de un lado en el brazo de una jóven, y del otro sobre un báculo de encina.

Paseábase el patriarca del desierto entre una multitud absorta; los sachems (1) mismos parecian sobrecojidos de respeto, y formando como una comitiva de siglos, iban siguiendo al hombre venerable que tanto resplandecia, y que tanto amor inspiraba á favor de su avanzada edad.

Habiéndolo saludado René y sus guías al uso europeo, el salvaje advertido correspondió inclinándose ante ellos, y tomando la palabra, les dijo en su lengua patria: »Estranjeros, ignoraba vuestra presencia entre nosotros, y siento en el alma que mis ojos no puedan veros. En otro tiempo me complacia en contemplar á mis huéspedes, y leer en sus frentes si eran amados del cielo." Y volviéndose luego hácia la multitud que en torno de él oia:

(1) Ancianos consejeros.

»Natchez, dijo, ¿como habeis dejado solos á estos »franceses tanto tiempo? ¿Estais acaso seguros de »que nunca viajareis lejos de vuestro suelo natal? »Sabed que cuantas veces el estranjero llegue á »vosotros, con un pie descalzo en el rio y una ma»no tendida sobre las aguas, debeis hacer un sacri»ficio al Meschacebé, porque el estranjero es ama»do del Grande-Espiritu."

Cerca del sitio en donde hablaba asi el anciano, se veia un catalpa de nudoso tronco con las ramas estendidas y cargadas de flores; manda el anciano á su hija que le conduzca alli, y siéntase al pie del árbol con René y los guías. Unos niños subiendo á las ramas del catalpa alumbraban con antorchas la escena por lo interior, y reflejando su luz rojiza, se comunicaban mútuamente una belleza relijiosa el viejo árbol y el hombre anciano: uno y otro mostraban las señales de los rigores celestiales, y no obstante florecian aun despues de haber sido heridos por el rayo.

El hermano de Amelia no se cansaba de admirar al sachem. Chactas (que tal era su nombre), parecia á los héroes representados por aquellos bustos antiguos que manifiestan el reposo en el jenio, y que parecen naturalmente ciegos. En su frente se mezclaba la paz de las pasiones apagadas, con aquella serenidad noble, propia de los hombres que han perdido la vista; bien sea que estando privados de la luz terrena, estemos en comunicacion mas íntima con la de los cielos, ó bien que la sombra en que los ciegos viven, tenga una cierta calma que se

estiende por el espíritu, asi como la noche es mas silenciosa que el dia.

Tomando el sachem el calumet (1) lleno de hojas odoríferas de laurel silvestre, dirijió el primer vapor hácia el cielo, el segundo hácia la tierra, y el tercero en torno del horizonte. Presentóle en seguida á los estranjeros, y entonces el hermano de Amelia dijo: »Anciano, el cielo te bendiga en tus hijos. ¿Eres el pastor de este pueblo que te rodea? Permite que yo tambien me coloque entre tu grey."

— »Estranjero, replicó el sábio de los bosques, no soy mas que un simple sachem, hijo de Outalissi. Me llaman Chactas, porque quieren suponer que mi voz tiene cierta dulzura, que quizás proviene del temor que tengo al Grande-Espíritu. Si te recibimos como un hijo, no por esto merecemos alabanza alguna. Hace mucho tiempo que somos amigos de Ononthio (2), cuyo sol habita á la otra parte del lago sin orilla (3). Los ancianos de tu pais han andado con los del mio, y dirijido en su tiempo la danza de los fuertes; porque nuestros abuelos eran de una raza poderosa. ¿Que somos nosotros en comparacion de los abuelos nuestros? Yo mismo que te hablo, habité en otro tiempo con tus padres; mi cuerpo no estaba encorbado como ahora, y mi nombre resonaba en los bosques. He contraido una obligacion muy grande con la Francia; porque si en mí se advierte alguna sabiduría,

(1) Especie de pipa de fumar.
(2) El gobernador frances.
(3) El rey de Francia.

la debo á un frances, cuyas lecciones han fructificado en mi corazon: las palabras del hombre, segun los destinos del Grande-Espíritu, son cómo sutiles semillas, que las fecundas brisas reparten en mil climas, donde se desarrollan en puro maiz ó en frutos deliciosos. Mis huesos ¡ó hijo mio! reposarian blandamente en la cabaña de la muerte, si antes de descender á la rejion de las almas, pudiese probar mi reconocimiento por medio de algun servicio hecho á los compatriotas de mi antiguo huésped, el hombre del pais de los blancos.''

Acabando de pronunciar estas palabras el Nestor de los Natchez, se cubrió la cabeza con su capa, y pareció que se engolfaba en algun gran recuerdo de lo pasado. La belleza de aquel anciano, el elojio del hombre civilizado pronunciado en medio de un desierto, y por un salvaje, el título de hijo dado á un estranjero, aquella costumbre sencilla de los pueblos de la naturaleza de tratar de parientes á todos los hombres, todas estas cosas hacian profunda impresion en René.

Despues de algunos momentos de silencio volvió á tomar Chactas la palabra, diciendo: »Si bien te he comprendido, ó estranjero del pais de la Aurora, me parece que has venido para habitar las selvas donde el sol se pone. Peligrosa es la empresa que intentas, y no es tan fácil como crees el atravesar por las sendas del corzo. Sin duda los Manitús de la desgracia te dieron sueños muy funestos cuando hiciste semejante resolucion. Refiérenos, pues, tu historia, ó jóven estranjero: por

la entereza de tu voz y el brio que advierto en tus brazos al tocarlos, juzgo que debes estar en la edad de las pasiones. Aqui hallarás pechos que podrán compadecerse de tus penas. Muchos de los sachems que nos escuchan conocen la lengua y las costumbres de tu pais, y tú debes observar en esta multitud algunos blancos compatriotas tuyos del fuerte de Rosalía, que se complacerán de oir hablar de su pais."

El hermano de Amelia respondió con voz turbada: »Indiano, mi vida no tiene aventuras, y la historia del corazon de René no se refiere."

A estas inesperadas voces, siguió un profundo silencio: las miradas del hermano de Amelia centelleaban con un fuego sombrío; las ideas se le agolpaban, y en su frente se entreabrian como las nubes, al mismo tiempo que sus cabellos mostraban una lijera ajitacion en sus sienes. Reinaban en la multitud mil sentimientos confusos, teniendo los unos al estranjero por un insensato, y los otros por un jenio que habia tomado la forma humana.

Tendiendo Chactas la mano por la sombra, tomó la de René, y le dijo: »Disimula, estranjero, mi indiscreta súplica: los viejos son curiosos, y les gusta escuchar historias, para tener el placer de aprender lecciones."

Saliendo René de la amargura de sus ideas, y vuelto al sentimiento de su nueva existencia, suplicó á Chactas que le admitiese en el número de los guerreros Natchez, y le adoptase él mismo por hijo.

»Encontrarás en mi cabaña una estera, respon-

dió el sachem, y mis años cansados se regocijarian de ello; pero el Sol está ausente, y no es posible adoptarte hasta que vuelva. Reflexiona bien, huésped mio, sobre el partido que quieres tomar. ¿Hallarás en nuestros prados el reposo que vienes á buscar en ellos? ¿estás cierto de que nunca darás acojida en tu corazon á los sentimientos de tu patria? En una tierra estraña, á veces todo se reduce para el viajero á cambiar en recuerdos las ilusiones. El hombre mantiene en su seno un deseo de dicha, que no se destruye ni se realiza; en nuestros bosques hay una planta cuya flor se forma y nunca acaba de abrirse. Esta flor es la esperanza."

Asi hablaba el sachem, y uniendo la fuerza á la dulzura, parecíase á aquellas añosas encinas en que las abejas depositan sus dulces panales.

Levántase Chactas ayudado por el brazo de su hija: el hermano de Amelia sigue al sachem rodeado de la multitud, que le vuelve á conducir á su cabaña, y los guías regresan al fuerte de Rosalía inmediatamente.

En tanto habia entrado René en la morada de su huésped, sombreada por cuatro frondosos tulipe-ros. Calentaron agua pura en un vaso de piedra negra, para lavar los pies del hermano de Amelia: Chactas hace sacrificios á los Manitús protectores de los estranjeros, y quema en su honor hojas de sauce, árbol grato á los jenios de los viajeros, puesto que se ve prosperar en las orillas de los rios, emblemas de una vida errante. Despues de esto pre-

sentó Chactas á René la calabaza de la hospitalidad, con la cual seis jeneraciones habian bebido agua de arce. Estaba coronada de jacintos azules, que esparcian un olor agradable; y dos indios, célebres por su talento injenioso, habian grabado en sus dorados flancos la historia de un viajero estraviado en los bosques. Despues de haber mojado René sus labios en la frájil copa, la pasó á las trémulas manos del patron de la soledad. Presentaron de nuevo al hermano de Amelia la pipa de paz, cuyo braserillo estaba formado de una piedra roja, y al mismo tiempo le sirvieron dos pichones torcaces, que cebados por su madre con simiente de enebro, eran manjar digno de una mesa real. Acabada la comida se presentó ante el estranjero una doncella con los brazos desnudos, y cantando el himno de la hospitalidad, decia de esta manera:

»Salud, huésped del Grande-Espíritu; salud, »¡ó el mas sagrado de los hombres! Tenemos para »ti maiz y un lecho: salud, ¡ó el mas sagrado de »los hombres!" Tomó la jóven al estranjero de la mano, le condujo á la piel de oso que debia servirle de lecho, y habiéndose retirado despues al lado de sus padres, tendiose René en la cama del cazador, y durmió su primer sueño entre los Natchez.

Mientras que la nacion se ocupa todavía en juegos y fiestas, un fatal destino precipita por todas partes los acontecimientos. Hombres jóvenes, plantas estranjeras arrancadas del dulce suelo de la Francia, abandonando los campos fertilizados con el sudor de sus abuelos, vienen atropelladamente á po-

blar con su fructífero destierro el fuerte que enfrena el Meschacebé, y que hace repetir por sus orillas el nombre tierno de Rosalía. Perrier, que gobierna en la Nueva Orleans los vastos campos de la Luisiana, manda á Chepar, esforzado capitan de los franceses en los Natchez, que forme la enumeracion de sus soldados, á fin de llevar en seguida, en caso necesario, la reja ó la azada hasta las tumbas de los indios, y Chepar ordena inmediatamente que al alba se despleguen sus batallones sobre las orillas del rio.

Apenas habian salido del seno de los mares atlánticos los primeros rayos de la mañana, cuando el estrépito de los tambores y el sonido de las trompetas dispiertan, no sin sobresalto, al guerrero que aun dormia en su tienda. El desierto se llena de espanto, sacudiendo la cabellera de sus bosques, y el terror llega á penetrar en el fondo de aquellas estancias, que desde la creacion del mundo solo repetian los suspiros de los vientos, el bramido de los ciervos, y el canto de las aves.

A esta señal, el demonio de los combates, el sanguinario Areskoui (1), con todos los demas espíritus de la sombras, lanzan un grito de júbilo, y el ánjel del Dios de los ejércitos responde á sus amenazas, golpeando con su lanza de oro en el broquel de diamante. Asi como brama el océano cuando los rios de América, hinchando sus concavidades, caen todos juntos sobre su viejo padre, y éste,

(1) Jenio ó dios de la guerra entre los salvajes.

estrellando sus olas sobre las rocas, centellea, se levanta indignado, se precipita sobre sus hijos, é hiriéndoles con su tridente, los rechaza en el fangoso lecho; asi el soldado frances oye aquel estrépito, y se dispierta como el belicoso caballo que aguza las orejas al eco del clarin, abre sus humeantes narices, llena el aire del rocío de sus relinchos, tasca los bordes del pesebre, llenándole de espuma, y manifiesta con todos sus movimientos, la impaciencia, el coraje, la gracia y la lijereza.

Manifiéstase en el campo y en el fuerte un movimiento jeneral. Los infantes corren á las armas, los jinetes montan en sus caballos, y óyese al mismo tiempo el ruido de las cadenas, y el rodar de la pesada artillería. Por todas partes brilla el acero; por todas partes flotan las banderas de Francia, banderas inmortales, llenas de cicatrices, como los guerreros encanecidos en los combates. En un momento se ve desplegar el ejército á lo largo del Meschacebé: el coro de instrumentos de Belona anima con su triunfante tono á todos aquellos bravos, mientras se mueven á compas las gorras de los granaderos, que fiando en sus armas, miden el paso con una alegría que inspira terror.

¡Hija de Mnemosina la de larga memoria! ¡alma poética de los trípodes de Delfos y de las palomas de Dodona! Diosa, que cantas entorno del sarcófago de Homero sobre alguna playa desconocida del mar Ejeo; tú, que no lejos de la antigua Parténope haces nacer el laurel de la tumba de Virjilio. ¡O Musa! dígnate dejar por un momento todos esos muer-

tos armoniosos y sus vivas cenizas; abandona las orillas del Ausonia, las ondas del Espérquico, y los campos donde fue Troya: ven á animarme con tu divino soplo, para que pueda yo nombrar los capitanes y los batallones de este pueblo indomable, cuyas hazañas fatigarian ¡ó Caliope! tu inmortal pecho."

Veíase en el centro del ejército aquel batallon vestido de azul que lanza los rayos de Belona; aquel que en casi todos los combates acarrea una fortuna próspera á la Francia, y que instruido en las ciencias mas sublimes, hace servir el jenio para coronar la victoria. Ninguna nacion puede vanagloriarse de tropa semejante. Folard la manda; el impávido Folard, que en medio de los mayores riesgos es capaz de medir la curva de la bala del cañon ó de la bomba, indicar la colina que debe tomarse, y trazar y resolver en la sangrienta arena, en medio del fuego y de la muerte, las figuras y los problemas de Pitágoras.

La infantería, blanca como la nieve, se forma rápidamente delante de aquellas máquinas lentas que vomitan el hierro y las llamas. Marsella, cuyas galeras suben hasta el antiguo Ejipto; Lorient, que hace bogar sus navíos hasta los mares de la Trapobana; la Turaina, tan deliciosa por sus frutos; la Flandes, de ensangrentadas llanuras; Leon la romana, Strambourgo la Jermánica; Tolosa, tan célebre por sus trovadores; Reims, adonde los reyes van á buscar su corona; París, adonde la llevan; todas las ciudades y las provincias, todos los rios

de las Galias han enviado á la América estos famosos soldados.

No son ya sus armas la espada ni el angon (1); ya no se adornan con la ancha bracha y los collares de oro: llevan un fusil inflamable, al cual supera el cuchillo de Bayona, y es su vestido el de la lis, símbolo del honor de la Francia.

Mandan cincuenta capitanes escojidos esta infantería formidable, dividida en cincuenta compañías. Allí se muestra el infatigable Toustain, que nació en los llanos de la Beauce, donde se mecen las mieses en manteles de oro; el pronto Armañac, que al nacer fue bañado en aquel rio, cuyas aguas inspiran valor y agudeza, y el paciente Tourville, criado en los herbosos valles donde danzan las paisanas de alto peinado y del jubon de seda. Pero ¿quien es capaz de nombrar tanto ilustre guerrero? Beaumanoir, salido de las rocas de la Armórica; Causans, á quien dió á luz su tierna madre al márjen de la fuente de Laura; Aumale, que probó el vino de Aï antes que la leche de su nodriza; Saint Aulaire de Nimes, criado bajo un pórtico romano, y Gautier de París, cuya juventud encantada deslizó entre las rosas de Fontenay, las encinas de Senar, los jardines de Chantilly, de Versalles y de Ermenonville.

Distínguese particularmente entre estos valientes capitanes el jóven Artaguete por su hermoso rostro, y el aire de humanidad y de dulzura que tem-

(1) Especie de venablo que usaban los galos.

pla la vivacidad intrépida de sus ojos. Sigue al estandarte del honor, y arde en vivos deseos de verter su sangre por la Francia, al paso que detesta las injusticias, y que en los consejos de guerra ha defendido muchas veces á los desgraciados indios contra la codicia de sus opresores.

A la izquierda de la infantería se estienden listos los escuadrones vestidos de verde, cuyo casco corona un dragon, y sobre cuyas cabezas se ven mecidas las garzotas de crin ajitadas por el movimiento del caballo, que apenas puede ser detenido en las filas de sus compañeros. Envuelven estos jinetes sus piernas en un cuero ennegrecido, despojo del búfalo salvaje: rebota sobre su muslo un largo sable, cuando barriendo la tierra con los costados de su caballo, cargan al enemigo con pistola en mano. Segun los casos fortuitos de Belona, ya se les ve dejar sus caballos de melena dorada, ya combatir á pie sobre el monte, ya cabalgar otra vez, ya apearse, y al momento volver á tomar la brida de sus veloces bridones.

Obedecen á la voz del brillante Vilars estos guerreros, que casi todos vieron la luz no lejos de aquel rio donde el sol sazona un vino lijero y propio para apagar la sed del soldado en el ardor de los combates.

En el ala opuesta del cuerpo del ejército parece inmóvil la pesada caballería; cuyo uniforme azul obscuro hermosean unas brillantes vueltas tomadas del velo de la Aurora. Al trote compasado de los caballos, brincan centelleando sobre los hombros de

los guerreros las bellotas de oro hilado y torcido: cubre su frente el sombrero galo, cuyo triángulo elegante está adornado de una rosa blanca, prendida regularmente por la mano de una vírjen tímida, y sobresale de su lijera cima un gracioso hacecillo de plumas. Tú eres, intrépido Nemours, el que conduce á las lides esta famosa caballería.

Pero ¿podré yo olvidar aquella falanje que, situada á retaguardia de todo el ejército, debia defenderle de las sorpresas del enemigo? ¡Sagrado batallon de labradores! vosotros habeis descendido de las rocas de Helvecia vestidos con la púrpura de Marte: aun se ve en vuestras rústicas manos la pica con que vuestros abuelos hirieron á los tiranos, y en medio del desórden de los campos y de la corrupcion de la nueva edad, aun conservais vuestras costumbres primitivas. Aun os persigue la memoria de vuestras moradas campestres: no sin sentimiento os veis desterrados sobre costas lejanas, y aun se teme haceros oir aquellas canciones de la patria, que os recuerden vuestros padres, vuestros hermanos, y el mujido de los rebaños en vuestros montes.

D'Erlach mantiene bajo su disciplina estos hijos de Guillermo Tell: desciende de uno de aquellos suizos que tiñeron con su sangre cerca de Henrique III las lises abandonadas. ¡Dichosos los hijos de aquellos estranjeros, si no renovasen sus sacrificios sobre las gradas de Louvre!

El Canadino Henrique dirije la vanguardia de esta tropa de franceses semi-salvajes, hijos aventu-

reros del Nuevo-Mundo. Estos cazadores, reunidos en tropel á la cabeza del ejército, no usan mas vestidos que una túnica de lino ceñida con un cinto, y de un cordon pende sobre su pecho un cuerno de corzo, que contiene el plomo y el salitre; á su espalda llevan colgada una corta carabina, cual si fuese un carcax: rara vez yerran el blanco, y en los bosques persiguen á los hombres como á los gamos y á los ciervos. Rivales de los pueblos, han adquirido los mismos gustos, las mismas costumbres, y la misma libertad; saben descubrir las huellas de un enemigo, prepararle emboscadas, ó forzarle á retirarse. En vano los panduros (1) que les acompañaban montados en sus caballejos de raza tártara; en vano estos jinetes del Danubio, con sus largos pantalones y sus forrados dolmanes flotantes por la espalda, su gorro oriental y sus mostachos retorcidos; en vano quieren ganar la delantera á los corredores del Canadá: no iguala su rápida lijereza la golondrina desflorando las aguas, ni la pelusa del plumon de la caña arrebatada por el torbellino.

Las tropas reunidas ocupaban las orillas del rio, cuando en medio de una comitiva de guerreros se vió venir á Chepar montado en una yegua blanca, que se habia criado vagando en las dehesas mejicanas.

El viejo capitan, nacido bajo la tienda de los Luxembourg y de los Catinats, solo hallaba la sociedad en las armas, y para él no habia mas mundo que un campamento militar. Inutilmente habia atra-

(1) Soldados de Hungría.

vesado los mares; pues su vista permanecia circunscrita al círculo que ella abrazó en otro tiempo, y la América salvaje solo reproducia á sus ojos la Europa civilizada: de la misma manera el gusano laborioso que urde la mas hermosa trama, solo conoce su bóveda de oro, sin poder tender su vista sobre la naturaleza.

Adelántase el jefe, y se detiene muy pronto, distante pocos pasos del frente de los guerreros: óyense los redobles de los tambores; los capitanes corren á sus puestos, y los soldados se afirman en sus filas. A la segunda señal se fija la línea, y queda inmóvil, semejante entonces al muro de una ciudad, sobre la cual flotan las banderas de Marte. Callan los tambores, y suena una voz que de jefe en jefe se va repitiendo por la línea de los batallones, como de eco en eco. Mil fusiles levantados de tierra golpean á un tiempo en el hombro de los infantes; los jinetes sacan sus sables, cuyo acero, reflejando los rayos del sol, mezcla sus relámpagos con las triples ondas de fuego de las bayonetas; asi como durante una noche de invierno brilla la soledad en que las tribus canadianas celebran las fiestas de sus jenios; reunidos sobre la superficie sólida de un rio, danzan á la luz de los pinos encendidos por todas partes; y las cataratas encadenadas, las montañas, de nieve, los bosques de cristal se visten de resplandor, mientras que los salvajes creen ver bogar los espíritus del norte en sus aéreas canoas con grandes remos de llamas sobre la aurora movible del Bóreas.

**

En este instante se entreabren las filas del ejército, y presentan al comandante calles regulares: las recorre con lentitud observando los guerreros que obedecen á sus órdenes; asi como entre las hileras de tiernos arbolillos se pasea el jardinero, cuyas manos afianzaron sus raices, y fueron dirijiendo sus ramas.

No bien concluye la revista, cuando quiere Chepar que los capitanes ejerciten las tropas en los juegos de Marte. Dase la órden, resuena el golpe del palillo, y de repente se ve al soldado tender y llevar adelante el pie izquierdo con la seguridad y firmeza de un Hércules. Muévese el ejército entero, y sus pasos miden la marcha que tocan los tambores. Las piernas ennegrecidas de los soldados se abren y cierran por una larga distancia, cruzándose como las tijeras de una jóven que traza labores injeniosas. Callan por intervalos á la señal del jigante que las guia las cajas de laton forradas con piel de onagro; y entonces mil instrumentos hijos de Eolo animan las selvas, mientras los címbalos del negro se chocan en el aire, y jiran como dos soles.

Nada mas maravilloso ni mas terrible al mismo tiempo que ver marchar estas lejiones al son de la música, como si se abriesen las danzas de alguna fiesta; nadie puede mirarlas sin sentirse poseido del furor de los combates, y sin abrigar el deseo de ser partícipe de su gloria y de sus peligros. Apóyanse los infantes, y jiran sobre las alas de la caballería como sobre dos polos: ora hacen alto, atronando la soledad con pesadas descargas, ó con un fuego su-

cesivo, que sube y vuelve á bajar á lo largo de la línea como los anillos de una serpiente, y ora bajan todos á un tiempo la punta de la bayoneta, tan fatal en las manos francesas. Dejar las armas en tierra, volverlas á tomar, presentarlas, cargarlas, ó descansar sobre ellas, todo es obra de un instante para estos alumnos de la victoria.

A este ejercicio de las armas suceden sábias maniobras. El ejército se alarga y estrecha alternativamente, avanza y se retira: aquí se ufana como el canastillo de Flora, allá se dilata cual los contornos de una urna de Corinto: el Meandro dá menos rodeos con su tortuosa corriente, y la danza de Ariadna, grabada en el broquel de Aquiles, formaba menos revueltas que los laberintos trazados en el llano por estos discípulos de Marte. Sus capitanes hacen tomar á los batallones todas las figuras del arte de Urania; asi como estienden los niños entre sus dedos ájiles las delicadas sedas, sin romper ó confundir el frájil laberinto, que unas veces tienden formando unas estrellas, otras un círculo, y otras lo abren suavemente, imitando la figura cóncava de una cuna. Los indios reunidos se admiraban de estos juegos, que les ocultaban horribles tormentas.

LIBRO SEGUNDO.

Desplegando Satán su vuelo sobre la América, lanza una mirada de desesperacion sobre esta parte de la tierra, en donde le persigue el Salvador, del mismo modo que el astro del dia, avanzando por las rosadas puertas de Oriente, hace que se desvanezcan y huyan de su presencia las tinieblas de la noche. El Chile, el Perú, el Méjico y la California, reconocen ya las leyes del Evanjelio: otras colonias cristianas cubren las costas del atlántico, donde algunos misioneros han enseñado ya el verdadero Dios á los salvajes de los desiertos; y Satán, proyectando venganza, se precipita á los infiernos á reunir el consejo de los demonios.

Descubre ante los compañeros de sus dolores el cuadro de lo que ha hecho para perder la raza humana, y repartir con el Criador el mundo creado, oponiendo en la tierra el mal al bien, y fuera de la tierra, el infierno al cielo. Propone el último combate á las lejiones malditas, y queriendo armar todas las naciones idólatras del nuevo continente, trata de reunirlas en una vasta conjuracion, cuyo objeto sea el esterminio de los adoradores de Cristo.

Él habia advertido en medio de los Natchez las pasiones para secundar su empresa. »Dioses de la

América, esclama, ángeles caidos conmigo, vosotros que os haceis adorar bajo la forma de una serpiente; vosotros, á quienes invocan como á los jenios de los castores ó de los osos, que bajo el nombre de Manitús llenais los sueños, inspirais los temores, ó conservais las esperanzas de los pueblos bárbaros; vosotros, que murmurais en los vientos, que mujís en las cataratas, presidís al silencio ó al terror de los bosques, volad á defender el culto de vuestros altares. Esparcid las ilusiones y las tinieblas. Soplad por todas partes la discordia, la envidia, el amor, el odio y la venganza. Mezclaos en los consejos y en los juegos de los Natchez; y lo que ahora son fiestas y combates entre los hombres, sea todo un continuado prodijio. Yo os daré mis órdenes; estad atentos para que podais ejecutarlas."

Dice, y el Tártaro lanzó un rujido de alegría, que llegó á oirse en los bosques del Nuevo-Mundo. Areskui, demonio de la guerra, Athaensic que provoca la venganza, el jenio de los fatales amores, y otras mil potencias infernales, se levantan á la vez para ayudar en sus designios al príncipe de las tinieblas, el cual corre á buscar sobre la tierra al demonio de la fama, que aun no habia acudido al infernal consejo.

Apenas habia el sol aparecido en el horizonte, cuando el hermano de Amelia abrió los ojos en la morada de un salvaje. La corteza que servia de puerta en la choza, habia sido rollada y levantada hácia el techo, y René se hallaba acostado en su estera, de modo que reclinaba su cabeza sobre la

entrada misma de la cabaña. Los primeros objetos que se ofrecieron á su vista al salir de un profundo sueño, fueron la vasta cúpula de un cielo azul, por donde volaban algunas aves, y la copa de los tuliperos, que susurraban al soplo del ambiente matutino. Retozaban algunas ardillas en las ramas de aquellos hermosos árboles, y las cotorras silbaban bajo sus tersas hojas. El jóven estranjero, con el rostro vuelto hácia aquella cúpula azulada, fijaba en ella sus miradas, pareciéndole de inmensa profundidad y transparente como el vidrio. Derramábase en lo interior del alma de René un sentimiento de dicha, que le era enteramente desconocido, al mismo tiempo que el hermano de Amelia creia percibir como su sangre templada descendia del corazon á las venas, y por un largo rodeo retrocedia luego á su oríjen; asi como nos pinta la antigüedad los arroyos de leche que corrian estraviados por el seno de la tierra, cuando los hombres mantenian aun su inocencia, y el sol de la edad de oro se levantaba al canto de un pueblo de pastores.

Con el movimiento que se oyó entonces en la cabaña, sale el viajero de esta ilusion, y ve al patriarca de los salvajes sentado en una estera de caña. Sásega, matrona laboriosa que estaba cerca del hogar, ponia en infusion tulipanes de Logheto con cortezas de pino rojo, lo cual produce una resplandeciente púrpura. En otro paraje retirado, la sobrina de Chactas ponia plumas de falcon en las flechas, y Celuta su amiga, que habia ido á visitarla, parecia que la ayudaba en su tarea; mas su mano, de-

teniéndose sobre la obra, indicaba que otros sentimientos ocupaban su corazon.

El hermano de Amelia habia tomado el sueño, siendo hombre de la sociedad, y despertaba hombre de la naturaleza. Tenia sobre su cabeza el cielo, como soberbio pabellon de su lecho, del cual parecian colgadas unas cortinas de follaje y flores; soplaban los vientos la frescura y la salud, y rodeaban la cama del jóven hombres libres y mujeres puras. Se hubiera tocado él mismo espontáneamente para asegurarse de su existencia, y convencerse de que no era ilusion todo cuanto le rodeaba. Tal fue el despertar de Armida, cuando hallando la hechicera á su enemigo entregado al sueño, le arrebató en una nube, y le colocó en los bosques de las islas Afortunadas.

Levántase René, sale, se baña en la onda cercana, respira el olor de las salsafras y de los liquidámbares, saluda á la luz de oriente, á las olas del Meschacebé, á las dehesas y los bosques, y vuelve á entrar en su cabaña.

En tanto las mujeres se sonreian de los usos y acciones del estranjero, con aquella sonrisa mujeril, que en nada ofende. Encargose Celuta de preparar la comida del huésped de Chactas; tomó harina de maiz, la amasó con agua de fuente, é hizo una torta, que puso al calor de la llama, sosteniéndola con una piedra.

En seguida hirvió agua en un vaso de figura de cesta, la vertió sobre el polvo de raiz de zarzaparrilla, y puesta al aire esta mezcla, se convirtió en una jalea de color de rosa y de gusto delicioso. En-

tonces Celuta retiró el pan del hogar, y lo ofreció al hermano de Amelia, presentándole al mismo tiempo con la nueva jalea un panal de miel y agua de arce.

Desempeñado esto con el celo mas espresivo, permaneció en pie muy ajitada delante del estranjero. Éste, instruido por Chactas, se levanta y pone ambas manos, en señal de duelo, sobre la cabeza de la indiana, porque esta habia perdido sus padres, y no le quedaba otro apoyo que su hermano Utugamiz. Alza la familia los tres gritos de dolor, llamados gritos de viudez, y con esto vuelve Celuta á su tarea, y René empieza su comida de la mañana.

Entonces Celuta, encargada de divertir al guerrero, se pone á cantar de este modo: »Vé aqui la guayacana, á cuya sombra hay un césped; bajo este césped reposa una mujer. Yo que lloro bajo esta guayacana, me llamo Celuta, y soy hija de la mujer que reposa bajo el césped, la cual era mi madre. Al morir me dijo; trabaja y seas fiel á tu esposo cuando le hubieres hallado. Si él es feliz, seas tu humilde y tímida, y no te acerques á él, si no cuando te diga: ven, que mis labios quieren hablar á los tuyos.

»Si él no es dichoso, seas tú pródiga de caricias; rodee tu alma la suya; y tu carne sea insensible á los vientos y á los dolores. Yo, que me llamo Celuta, lloro actualmente bajo la guayacana, porque soy la hija de la mujer que bajo este césped reposa."

Cantando la indiana estas palabras, temblaba y corrian por sus mejillas lágrimas como perlas; no sabia por qué se acordaba de los consejos de su madre á la vista del hermano de Amelia. El mismo René sentia humedecidos sus ojos: participaba la familia de la conmocion de Celuta, y lloraba de sentimiento, de amor y de virtud toda la cabaña. Tal fue la comida de la mañana de aquel dia.

Apenas habia terminado esta escena, cuando apareció un guerrero que llevaba una hacha que regaló al estranjero, para que éste se construyese una cabaña. Conducia al mismo tiempo una vírjen mas hermosa y mas jóven que Chryseis, á fin de que el nuevo hijo de Chactas empezase á formar un lecho en el desierto.

Reclinó Celuta su cabeza sobre el seno; y Chactas, advertido de lo que pasaba en ella, adivinó lo demas. Entonces, con voz airada: —»¿Se quiere, dijo, hacer una afrenta á Chactas? El guerrero adoptado por mí no debe ser tratado como un estranjero."

Consternado por esta reprension del anciano, el enviado palmoteó diciendo: »René adoptado por Chactas, no debe ser mirado como estranjero."

En tanto Chactas encargó al hermano de Amelia que hiciese un regalo á Mila, temeroso de ofender á una familia poderosa, que contaba ya treinta tumbas. Obedeció René, y abriendo una cajita de madera de papaya, sacó de ella un collar de porcelana ensartado con un hilo de raiz de álamo blanco, llamado el árbol de la repulsa; porque el bejuco se

seca alrededor de su tronco. El mismo René, que hacia estas cosas por consejo de Chactas, dió el collar á Mila, que apenas contaba catorce años de edad, diciéndola: »Dichosos tus padres, y mas dichoso aun el que sea tu esposo." Y Mila echó el collar en tierra.

Reinó la paz en la cabaña todo el resto del dia: Celuta volviose á casa de su hermano Utugamiz, Mila á la de sus padres, y Chactas fue á conversar con los sachems.

Reuniéronse por la tarde bajo los tuliperos, y la familia hizo una comida sobre la yerba salpicada de vervena purpúrea, y de callejuelas de oro. El canto monótono del wilpoorwill, el zumbido del colibrí, el grito de las pavas silvestres, los suspiros de sinigual, el silbido del arrendajo, y el mujido sordo de los cocodrilos entre las espadañas, formaban la inesplicable sinfonía de este banquete.

Los sueños fujitivos del reino de las sombras, descendiendo silenciosamente con la claridad de las estrellas, venian á reposar sobre el techo de los salvajes. Era la hora en que el cíclope europeo vuelve á encender la hornaza, cuya llama se dilata ó se concentra á los movimientos del ancho fuelle, cuando resonó repentinamente un grito, y las mujeres, despertando sobresaltadas, se incorporan en sus lechos. Chactas presta atento oido; levanta una indiana la corteza de la puerta, y salen aceleradas de sus bocas estas palabras: »Los Manitús malvados se han desencadenado: salid, salid." Y al punto la familia corre presurosa á reunirse bajo los tuliperos.

Reinaba la noche, y las nubes revueltas parecian en su desórden á los borrones de un pintor que sobre un lienzo azulado ensaya su pincel sin concierto alguno. Lamian la bóveda del cielo lenguas lívidas de fuego, moviéndose sin cesar. Estínguense de repente estos fuegos, óyese pasar por la obscuridad alguna cosa terrible, y sale del fondo de los bosques una voz que nada tiene de humana.

En aquel momento se presenta un guerrero á la puerta de la cabaña, y dirije á Chactas estas palabras: »El consejo de la nacion acaba de reunirse; los blancos, á quienes ha llegado un refuerzo de nuevos soldados, se preparan á levantar el hacha contra nosotros. Por otra parte, la nacion está turbada; la mujer-jefe, madre del jóven Sol, es presa de los malos jenios; y Onduré parece poseido de una pasion funesta. El gran sacerdote habla de oráculos y de sueños, y se murmura sórdamente contra el frances que quieres adoptar. Testigo eres de los prodijios de la noche; apresúrate á ir al consejo."

Dichas estas palabras, prosigue el mensajero su camino, y va á despertar á Adario: Chactas vuelve á entrar en su cabaña; suspende de su hombro izquierdo la capa de piel de marta, y pide su baston de hicory (1), coronado de una cabeza de buitre. Este báculo le cortó Miscué siendo ya viejo, y dejole en herencia á su hijo Utalisí, del cual pasó á su hijo Chactas, quien, apoyado en este cetro hereditario, daba lecciones de prudencia á los jóvenes cazadores reunidos en las encrucijadas de los bos-

(1) Especie de nogal.

ques. Viene en busca de Chactas un indio completamente armado, y le conduce al consejo.

Habian ya tomado asiento todos los sachems: los guerreros estaban colocados tras de ellos, y las matronas, presididas por la mujer-jefe, madre del heredero de la corona, ocupaban los asientos que les estaban reservados, y á los pies de ellas estaban situados los sacerdotes.

Levántase Adario, jefe de la tribu de la Tortuga, el cual, inaccesible á los temores, é insensible á la esperanza, se distinguia por un ardiente amor á la patria. Implacable enemigo de los europeos, por haber estos degollado á su padre, y aborreciéndolos aun mas por haber sojuzgado su pais, hablaba incesantemente de ellos en los consejos. Aunque reverenciaba á Chactas, y se complacia en confesar la superioridad del sachem ciego, era no obstante de opinion contraria á la de su antiguo amigo.

Con los brazos caidos é inmóviles, y la vista fija en tierra, pronunció Adario este discurso:

»Sachems: matronas, guerreros de las cuatro tribus, escuchad:

»El aloe habia florecido ya dos veces desde que el español Fernando Soto cayó bajo la maza de nuestros ascendientes; habíamos ido ya á combatir á los tiranos lejos de nuestras orillas, cuando el Meschacebé contó á nuestros ancianos que una nacion estranjera venia siguiendo el curso de sus aguas desde su nacimiento. No era este pueblo de la raza soberbia de los guerreros de fuego (1). Su alegría,

(1) Los españoles.

su fortaleza, su amor á los bosques y á nuestros usos le hacian ser amado. Nuestras cabañas se compadecieron de su miseria, y dieron á Lassalle cuanto podian ofrecerle.

»La nacion lijera arriba prontamente á nuestras costas por todas partes: Iberville, el domador de las olas, fijó sus guerreros en el centro mismo de nuestro pais. Yo me opuse á este establecimiento; pero vosotros amarrasteis la canoa principal del estranjero á los chaparros, en seguida á los árboles, despues á las rocas, y últimamente á la gran montaña, y sentándoos sobre la cadena que ligaba á nuestros rios la canoa de los blancos, quisisteis formar un solo pueblo con el pueblo de la Aurora.

»¿Sabeis ¡ó sachems! cual fue la recompensa de vuestra hospitalidad? Tomasteis las armas, pero muy prontos en dejarlas, volvisteis á encender la pipa de paz. ¡Hombres imprudentes! ¿El humo de la servidumbre y el de la independencia, podian salir acaso de la misma pipa? Preciso es otra cabeza mas fuerte que la del esclavo, para que no se turbe con el perfume de la libertad.

»Apenas habeis enterrado el hacha (1), apenas reposando sobre la fe de los collares (2), empezais á pulir la cadena de la union, cuando el jefe actual de los franceses os quiere combatir sobre vuestras esteras, valiéndose de la mas negra perfidia. La cierva no ha mudado de adornos tantas veces como dedos tengo en esta mano mutilada en defensa de

(1) Hacer la paz.
(2) Cartas, contratos, tratados, etc.

mi padre, desde que los últimos atentados de los blancos han ensangrentado nuestras praderas; ¡y aun titubeamos!

»¿Os proponeis, hijos del Sol, os proponeis tal vez mudar de desiertos, y abandonar á vuestros opresores la amada patria? Pero ¿adonde dirijís vuestros pasos? Al poniente, al levante, hácia la estrella inmóvil (1), hácia aquellas rejiones donde el jenio del dia se sienta sobre la estera de fuego (2), por todas partes están los enemigos de vuestra raza. Ya no son estos tiempos aquellos en que podiais disponer de todas las soledades, y en que todos los rios corrian solamente para vosotros: vuestros tiranos han pedido nuevos satélites, y meditan una nueva invasion en nuestros hogares. Pero nuestra juventud es floreciente y numerosa; no esperemos, pues, á que vengan á sorprendernos y degollarnos cual si fuésemos mujeres. Mi sangre se inflama en las venas, y mi hacha arde en mi cintura. Natchez, sed dignos de vuestros padres, y el viejo Adario os conducirá desde hoy á las sangrientas batallas. ¡Ojalá arrastren los rios al grande lago los cadáveres de los enemigos de mi patria! ¡ojalá puedas, ó tierra jenerosísima de las carnes rojas, sofocar en tu seno el trigo emponzoñado que echó en ti la mano de la servidumbre! ¡Quiera el cielo que esas impías mieses esparcidas en el polvo de nuestros abuelos, solo lleven en su caña las semillas de la tumba!"

Asi habla Adario. Los guerreros, las matro-

(1) El norte.
(2) El mediodía.

nas, hasta los ancianos movidos por su elocuencia varonil, se ajitan, como el trigo dentro de la ruidosa tolva, al precipitarse en la rápida muela.

El gran jefe de los Natchez, aunque conservaba todavía una fuerza admirable, tocaba ya en los últimos límites de la vejez: su mas próxima parienta, la violenta Akansía, era madre del jóven que debia heredar la dignidad suprema, pues asi lo habia dispuesto la ley del estado. Alimentaba Akansía en lo interior de su corazon una pasion criminal hácia Onduré, uno de los príncipes guerreros de la nacion; pero éste, en vez de corresponder al amor de Akansía, ardia por Celuta, cuyo corazon comenzaba á inclinarse hácia el estranjero, huésped del venerable Chactas.

Onduré, devorado por la ambicion y por el amor, inficionado con todos los vicios de los blancos, á quienes detestaba, al paso que tenia la habilidad de hacerse tener por amigo suyo, habia tomado la resolucion de callar en el consejo, á fin de no malquistarse, segun su costumbre, con ninguno de los dos partidos; mas su amor á Celuta, y sus nacientes celos de René, le forzaron á hablar de este modo: »¡O padres de la patria! ¿que esperamos? ¿Acaso no nos ha trazado el grande Adario el camino que debemos seguir? Unicamente veo entre nosotros el sábio Chactas que pueda oponerse al levantamiento del hacha (1). Pero en fin, el venerable hijo de Outalissi muestra una desmedida inclinacion hácia los estranjeros. ¿Necesitábamos que

(1) La guerra.

introdujese aun entre nosotros á ese huésped, cuyo arribo ha sido marcado con tan funestos señales? Chactas, que es la luz de los pueblos, conocerá en breve que su jenerosidad le lleva mas allá de los límites de la prudencia, y será el primero que deseche á ese hijo adoptivo, y le sacrifique, si conviene, á la patria."

Como en otro tiempo una bacante que sobrecojida del espíritu del dios, corria destrenzada por las montañas, haciéndolas resonar con sus alaridos, asi la celosa madre del jóven Sol se siente transportada de furor al oir estas palabras de Onduré, cuya pasion mal disimulada la descubria una rival en el corazon del guerrero. Sus mejillas se ponen pálidas, sus miradas lanzan relámpagos contra el hombre que la desprecia, y todos sus miembros se ajitan como en una fiebre ardiente. Quiere hablar, y le faltan voces para espresar sus ideas: titubea si será la guerra ó la paz lo que deba pedir al consejo; duda si exijirá la muerte ó el destierro del estranjero que aumenta el amor de Onduré hácia la hija de Tabamica, ó si, al contrario, pedirá la adopcion del nuevo hijo de Chactas, á fin de contristar con la presencia de René al ingrato que la desdeña, y de hacerle esperimentar una parte de los tormentos que ella esperimenta; por último, salen de sus labios descoloridos y trémulos estas palabras:

»¡Ancianos insensatos! ¿como no habeis pensado en el peligro que ofrece la presencia de los europeos entre nosotros? ¿Teneis secretos para volver el seno de las mujeres tan frio como el vuestro?

Cuando la virjen engañada sea como el pez que el hilo arroja palpitante en la árida arena; cuando la esposa haya hecho traicion al consorte en su tálamo; cuando la madre, olvidando al hijo, siga estraviada por las selvas al guerrero que la arrastra, entonces reconocereis vuestra imprudencia, aunque muy tarde. Despertad del letargo de vuestros años. ¡Sí, necesitamos sangre hoy dia! ¡guerra! ¡sangre necesitamos! ¡los Manitús lo ordenan! En todos los corazones arde un fuego devorador. No consulteis las entrañas del oso sagrado; los votos, las súplicas, los altares son inútiles á nuestras desgracias."

Asi dijo, y la corona de plumas y flores cae de su cabeza. Semejante á la adormidera, que herida de los rayos del sol, se inclina hácia la tierra, y exhala de su tallo las gotas amargas del sueño; asi la mujer celosa, devorada por el fuego del amor, baja la frente, en la cual parece que la muerte esparce sus frios sudores. Reina la confusion en la asamblea; una espesa humareda difundida por los espíritus del mal, llena la sala de las tinieblas, y óyense los gritos de las matronas, los movimientos de los guerreros, y la voz de los ancianos; bien así como en una fábrica donde algunos artífices preparan las lanas de Albion ó de la Iberia, otros varean los vellones polvorosos, aquellos los transforman en maravillosos tejidos, y otros muchos las sumerjen en la púrpura de Tiro, ó en el azul del Idostan; pero si alguna mano inesperta llega á derramar sobre la llama el líquido de las ardientes calderas, al punto se levanta silbando un vapor denso por todas las

salas, y en medio de aquella noche repentina no se oyen por todas partes sino contínuos clamores.

Todas las esperanzas se fundaban en Chactas, y él era en verdad el único que podia restablecer la calma. Anuncia con un ademan su deseo de que le oigan; la asamblea queda inmóvil y muda, y el orador, que aun no ha hablado, parece que ya impone á las pasiones la cadena de su elocuencia pacífica. Alzase, y su cabeza ornada de plateados cabellos, balanceando ya con el peso de la vejez y de mil sensibles recuerdos, semeja á la estrella de la tarde, cuando parece que camina trémula á sumerjirse en las ondas del océano. Dirijiendo Chactas su discurso á su amigo Adario, se esplica en estos términos:

»Aguila, hermano mio, tus palabras tienen la abundancia de las grandes aguas, y los cipreses de la dehesa están arraigados con menos fuerza que tú en las tumbas de nuestros padres. No ignoro las injusticias de los blancos, y mi corazon se aflije al recordarlas.

»Pero ¿estamos ciertos de que nada tenemos que reprendernos á nosotros mismos? ¿Hemos hecho por ventura cuanto hemos podido para permanecer libres? ¿Están puras la manos con que pretendemos levantar el hacha de Areskui? Hijos mios (porque mi edad y el amor que os tengo me permite daros este nombre), deploro la pérdida de la inocencia que en otro tiempo constituia la belleza de nuestras cabañas. ¿Que hubiesen hecho nuestros padres si hubiesen descubierto en una matrona los ademanes que acaban de turbar al consejo? Mu-

jer, dirije á otra parte el estravío de tu razon; no vengas en medio de los sachems á escitar quejas del marchito follaje de las viejas encinas con el soplo de tus pasiones. Y tú, jóven caudillo, tú que has osado tomar la palabra delante de los ancianos, ¿creiste, dime, que podias engañar á Chactas? ¡Teme que yo descubra tu alma, tan vacía ya como la roca donde se encierra el oso del Labrador!

» Preparémonos para los juegos de Areskui, ejercitemos nuestra juventud, hagamos alianzas con vecinos poderosos; pero tomemos ante todo los senderos de la paz: renovemos la cadena de alianza con Chepar; que hable con la franqueza de su corazon, y que diga con qué designio reune sus guerreros. Pongamos de nuestra parte los Manitús propicios, y si se nos obliga en fin á levantar el hacha, combatiremos con la seguridad de la victoria, ó con una muerte santa, que es la libertad mas bella y la mas segura de las libertades. He dicho."

Arroja Chactas en medio de la asamblea su collar azul, símbolo de la paz, y vuelve á sentarse. Todos los guerreros estaban conmovidos. »¡Oh, que esperiencia! añadian los unos; ¡que dulzura y autoridad! decian los otros: jamás se encontrará un sachem semejante: posee los idiomas de todos los bosques; conoce todas las tumbas que sirven de límites á los pueblos, y todos los rios que separan las naciones. Nuestros padres han sido mas dichosos que nosotros; han pasado su vida disfrutando de su sabiduría; mas nosotros no le veremos sino morir."

Asi hablaban los guerreros. Adoptose el dictá-

men de Chactas, y fueron enviados al fuerte de Rosalia cuatro diputados, llevando la pipa de paz; pero Areskui con una risa feroz, y acompañado de la Traicion, el Miedo, la Fuga, los Dolores, y la Muerte, iba siguiendo á cierta distancia á los mensajeros de paz.

En tanto el príncipe de los infiernos habia llegado á las estremidades del mundo bajo el polo, cuya circunferencia midió el intrépido Cook al través de los vientos y de las tempestades. Alli, en medio de las tierras australes ocultas á la curiosidad de los hombres por una barrera de hielos, se eleva una montaña, que escede en altura á las cumbres mas erguidas de los Andes en el Nuevo-Mundo, ó del Tibet en la antigua Asia.

Sobre esta montaña se ve un palacio, obra de los jenios inmortales, el cual tiene mil puertas de bronce, y está construido de modo, que el menor ruido que en él se mueve, al punto sube á herir las cúpulas del edificio, cuyos umbrales jamás traspasó el silencio.

En el centro hay una bóveda que, á la manera de la concha de un caracol, va dando vueltas en espiral, y en ella entran necesariamente cuantos sonidos penetran en el edificio; mas por un efecto del jenio del arquitecto de las mentiras, la mayor parte de estos sonidos se reproducen con falsedad; muchas veces un lijero rumor crece y forma un ronco murmullo al entrar por el conducto preparado á los relámpagos del trueno, mientras que el estrépito del rayo espira pasando por las rutas tortuosas

destinadas á los ruidos débiles. Allí está sentado sobre un trono retumbante un demonio que es la Fama, aplicando el oido á la abertura de aquel eco inmenso. Este jenio, hijo de Satán y del Orgullo, nació en otro tiempo para anunciar el mal, pues antes del dia en que Lucifer levantó el estandarte contra el Todopoderoso, la Fama era desconocida: si se animaba ó perecia un mundo; si el Eterno habia sacado un universo de la nada, ó sumerjido alguna de sus obras en el caos; si habia lanzado soles en el espacio, ó creado un nuevo órden de serafines, ensayando la bondad de una luz; todas estas cosas eran conocidas en el cielo por un sentimiento íntimo de admiracion y de amor, por el canto misterioso de la celestial Jerusalen; pero despues de la rebelion de los ánjeles malos, la Fama usurpó el lugar de aquella vision divina. Precipitada muy pronto á los infiernos, publicó en el abismo el nacimiento de nuestro globo, é indujo al enemigo de Dios á que proyectase la caida del hombre. Vino á la tierra con la Muerte, y desde aquel momento fijó su morada en la montaña, donde oye y repite confusamente lo que pasa en la tierra, en los infiernos y en los cielos.

Llega Satán al palacio, y penetra hasta el lugar donde velaba la Fama.

»Hija mia, le dice, ¿es asi como me sirves? ¿Será posible que ignores los proyectos que medito? Tú eres la única que no ha asistido á la asamblea de los poderes infernales. No obstante, hija ingrata, ¿por quien he trabajado yo en este momento sino por ti? ¿Cual es el ánjel á quien he

amado con mas terneza que á ti te amo? Cuando te dió á luz el Orgullo, mi primer amor, te puse en mis rodillas, y te prodigué las caricias de un padre. Apresúrate, pues, á darme pruebas de que no has roto los lazos que nos unen; ven, sígueme; el tiempo urje, es preciso que hables; preciso es que repitas lo que yo te enseñaré; pues tu silencio puede poner en riesgo mi imperio."

El demonio de la Fama, sonriendo al príncipe de las tinieblas, le responde con voz fuerte y sonora:

»¡Oh, padre mio! no he roto los lazos que nos unen. He oido los rumores esparcidos por ti entre los Natchez, y he visto con enajenamiento los grandes sucesos que preparas; pero me llegaban en este momento otros rumores de la tierra; estaba ocupada en divulgar por el mundo la gloria de un monarca de la Europa (1). Esos franceses me abruman con sus maravillas, en términos, que necesitaria siglos para oirlas y referirlas. Sin embargo, estoy dispuesta á seguirte, y todo lo abandono para favorecer tus designios."

Dicho esto, desciende la Fama de su trono: de todas las bóvedas, de todas las cúpulas, de todos los subterráneos del palacio sacudido, se escapan sones confusos y discordantes, semejantes á los rujidos de una manada de leones, que con la boca inflamada y la lengua pendiente, alzan la voz cuando la sequedad abrasa las arenas del Africa.

(1) Luis XIV.

Salen Satán y la Fama del sonoro edificio, y se precipitan como dos águilas al pie de la montaña, donde la Noche les tiene preparado un carro: montan en él, y la Fama, demonio fantástico, que en las tinieblas parece un jigante, y á la luz no es mas que un pigmeo, se apodera de las riendas que flotaban enredadas entre las alas de los dos caballos. El Asombro la precede, la Envidia la sigue ds cerca, y la Admiracion la acompaña de lejos. Los dos perversos jenios atraviesan aquellos mares aun no navegados, que se estienden entre la cúpula de hielo, y las tierras que aun no habian nombrado los Cooks y los Lapeyrouses. La Fama, dirijiendo sus caballos por la cruz del sud, vuelve la espalda hácia aquellas constelaciones australes, que nunca vió el ojo humano; y despues, por consejo de Satán, temiendo que la descubra el ánjel que guarda el Asia, en lugar de subir por el océano Pacífico, desciende hácia el oriente, para volar por la húmeda llanura que separa la Africa del nuevo continente. Sus ojos no ven á Othaïti con sus palmeras, sus cantos, sus coros, sus danzas, y aquellos pueblos que hacian renacer de nuevo la Grecia. Mas rápido que el pensamiento, el carro dobla el cabo en que un océano tan largo tiempo ignorado, combate eternamente los mares del mundo antiguo.

Satán y la Fama dejan lejos en pos de sí las llamas que se elevan de las tierras Magallánicas; fanal lúgubre, que ninguna mano enciende, y que arde por sí mismo á la orilla de un mar sin navegantes. ¡Ellos os saludaron, ruinas humeantes de Rio-Janei-

ro, monumento de tu valor, ó famoso compatriota mio!

Toca Satán con su lanza los caballos que iban ya jadeando, y pasa inmediatamente aquel promontorio, que recibió en otro tiempo una colonia de cartajineses. Descubre el Amazona su inmensa embocadura; aquellas olas que La-Condamina, conducido por la celeste Urania, visitó en su larga carrera, y que debia ilustrar Humbold.

En el mismo instante atraviesa el carro la línea que el sol abrasa con sus fuegos, entra en el otro hemisferio, y deja á la izquierda la triste Cayena, que los sucesos posteriores han marcado con el destierro y el dolor. Los dos jenios infernales, perdiendo de vista aquella tierra que les hace sonreir, vuelan por encima de las islas de los Caraibes, y se encuentran cruzando el Archipiélago del golfo Mejicano. La montuosa Martinica, que aun no estaba sometida al valor frances, y la Dominica conquistada por los ingleses, desaparecen bajo las ruedas del carro. Santo Domingo, que despues se embriagó de riquezas, de sangre y de libertad; Santo Domingo, cuyos destinos debian ser tan estraordinarios, se mostraba entonces salvaje en parte, tal como la dejaron en herencia á la Francia los intrépidos flibusteros. Y tú, ¡isla de San Salvador, célebre siempre entre todas las islas! tú fuiste descubierta por la vista de la Fama, por mas que haya sucedido á tu gloria una obscuridad ingrata. Tú fuiste quien, levantando la cabeza entre tus hermanas de Bahama, sonreiste á Colon la primera; tú la que viste des-

embarcar de sus naves al inmortal jenovés, como hijo primojénito del Océano; sobre tus costas se visitaron los pueblos del occidente y de la Aurora, saludándose mútuamente con el título de hombres! Mientras Colon se postraba de rodillas, y besaba esa tierra, que era como la otra mitad de la herencia de los hijos de Adan, tus rocas resonaban con el ruido de una música guerrera, anunciando esa grande alianza.

Apenas habia dejado la Fama á San Salvador, cuando arribó al itsmo de las Floridas: detiene el carro, se apea, y salta con el rebelde arcánjel en los arenales de donde el mar se retira; tiende Satán por un momento la vista por los bosques, como si descubriese ya en sus soledades pueblos destinados á mudar la faz del mundo, y la Fama echa una nube sobre su carro: estiende sus alas, dá una mano á su compañero, y ambos se elevan á una altura desmedida, y vuelven á caer en la orilla del Meschacebé. Alli deja Satán su engañosa hija, para volar á otros designios, mientras ella se apresura á ejecutar las órdenes de su padre.

Toma ella las facciones y el continente de un anciano, á fin de dar mas aire de verdad á sus palabras: despoja la cabeza de sus cabellos, encorba su cuerpo sobre un arco flojo que tiene en la mano á modo de báculo, y todo su talante semeja perfectamente al del sachem Ondaga, uno de los hombres mas sábios de los Natchez. Trasformado asi el demonio indiscreto, va de cabaña en cabaña contando la dulce inclinacion de Celuta á René, y añadiendo

siempre alguna circunstancia que despierte la curiosidad, el rencor, el amor, ó la envidia. La celosa madre del jóven Sol, Akansía, lanza un grito de gozo á los rumores esparcidos por la Fama, porque esperaba que Onduré, desechado asi por Celuta, volveria tal vez á la amante que habia desdeñado; pero el falso viejo añade inmediatamente que Onduré ha caido en la mas violenta desesperacion, y que amenaza á la vida del estranjero.

Estas últimas palabras hielan el corazon de Akansía, y la infeliz mujer esclama: »¡Sal de mi cabaña, ó viejo imprudentísimo! Ve á continuar en otra parte tus insensatas relaciones. ¡Ojalá que hagan de ti los sachems un escarnio memorable, y te arranquen esa lengua que destila veneno!"

Pronunciando Akansía estas palabras, cual nueva Medea se siente pronta á destrozar sus hijos, y clavar un puñal en el corazon de su rival.

Deja la Fama á la mujer-jefe, y vase en busca de Onduré: le encuentra detras de una cabaña en medio de un bosque, ocupado en la construccion de una canoa de corteza de abedúl, frájil barquilla destinada á flotar sobre el seno de los lagos, como el cisne cuya forma y blancura imitaba.

Adelántase la Fama hácia el guerrero, y examina primero su obra silenciosamente. »Despreciador de la vejez y de las leyes, dice Onduré al falso Ondaga, mirándole con aire burlesco. Mejor seria; sachem, que fueses á conversar con los demas hombres cuya edad ha debilitado la razon, y les ha dado ideas semejantes á las de las matronas. Bien sabes

que me gustan poco las canas y las largas conversaciones. Aléjate, pues, temiendo que al construir esta canoa, te haga esperimentar la pesadez de mi brazo, lo cual me fuera tan fácil como tender en tierra un árbol ya sin corteza, y que el viento traspasa en su carrera."

»Hijo mio, semejante al terrible Areskui (1), responde el astuto viejo, no me admiro de las odiosas espresiones que acabas de dirijir á un padre de la patria. Tu corazon está sin duda poseido de la cólera, y quizás ajita la venganza los penachos de tu cabellera. Cuando en otro tiempo la pérfida Endaé, mas hermosa que la estrella inmóvil (2), desechó mis presentes por recibir los de Mengado, mi corazon ardió en el furor que hoy devora el tuyo. Desconocí á mi mismo padre, y en el estravío de mi razon levanté mi tomahawh (3), contra la que me habia llevado en su seno, y me habia dado un nombre entre los hombres; pero Ataensic (4) clavó muy pronto mi flecha en el corazon de mi rival, y Endaé fue la recompensa de mi victoria. No obstante el peso de las nieves (5), mi memoria ha conservado fielmente el recuerdo de esta aventura, asi como guardan los collares (6) las acciones de los abuelos. Perdono, pues, la imprudencia de tus palabras."

(1) Jenio de la guerra.
(2) La estrella polar.
(3) La maza.
(4) Jenio de la venganza.
(5) Los años.
(6) Tratados, contratos, etc.

Apenas habia acabado la Fama este pérfido discurso, cuando cae de la mano de Onduré el hierro de que estaba armada. Fíjanse los ojos del salvaje, aparece y desaparece de sus labios una espuma sangrienta, pierde el color, y por ambos lados se ajitan sus brazos tiesos. Recobra de repente sus sentidos, y brinca como un torrente de lo alto de una peña, y desaparece. Entonces el demonio de la Fama se eleva triunfante en los aires, y llena por tres veces con su soplo una trompeta, cuyos agudos ecos desgarran los oidos. Al mismo tiempo Satán envia á Onduré la Injuria y la Venganza; la primera la precede esparciendo calumnias que, como un aceite emponzoñado, manchan cuanto tocan, y la segunda le sigue embozada con un manto de sangre. Quiere el príncipe de las tinieblas que separe para siempre á Onduré y René una disension ruidosa, y que esto sea como el primer eslabon de una larga cadena de desgracias. Onduré aun no siente por Celuta todo aquel fuego de amor que en breve le ha de abrasar, escitándole á todos los crímenes; pero su orgullo y su ambicion se ofenden á un mismo tiempo; solo respira venganza, y con palabras insultantes va exhalando asi su despecho.

»¡Quien es por ventura, decia, ese hijo de estranjero que pretende arrebatarme la mujer que yo he elejido! Le dan como á mí el primer lugar en los festines, y la porcion mas honrosa de las víctimas; mas ¿donde están las cabelleras que él ha arrebatado al enemigo? ¡Oh vil carne blanca, que no tienes padres, ni te reclama cabaña alguna! ¡Cobarde

guerrero, á quien yo haria llevar el jubon de corteza de la mujer vieja, y avezaria á hilar el nervio de corzo!"

Asi hablaba este caudillo rodeado de una lejion de espíritus, que llenaban su alma de mil funestas ideas. Cuando el otoño ha sazonado los huertos, se ven hombres rústicos subidos al árbol querido de la Neustria, abatir con largas varas la vermeja manzana, en tanto que las doncellas y los jóvenes labradores amontonan en un canasto los frutos cuyo jugo debe turbar la razon: asi los ánjeles del mal echan revueltos en el seno de Onduré sus dones embriagadores. ¡Efectos de la insensatez de los celos! El amor no podia penetrar en el corazon del hermano de Amelia; Celuta era la que amaba, y estas pasiones, que no eran las mismas en todos, auguraban solamente desdichas interminables.

LIBRO TERCERO.

La salida de Chactas para el consejo habia dejado solitario á René. Salia de la cabaña y entraba en ella, ó bien seguia alguna senda del desierto, ó se embelesaba contemplando la corriente de un rio. Habia llamado su atencion un bosque de cipreses, y perdido por algun tiempo en la espesura de las sombras, se encontró de repente cerca de la cabaña de Celuta. Se elevaban delante de la choza algunos gordonias, que mostraban en sus hojas el oro y azul, el verdor en sus tiernas ramas, y la blancura en sus flores de nieve. Mezclábanse á estos arbustos unas copalmas, y unos brezos formaban un chaparro de coral en sus raices.

El hermano de Amelia, guiado por el camino detras de la floresta, fijó la vista en la cabaña donde descubrió á Celuta, asi como el hijo de Laerte, despues de su naufrajio, miraba al través del ramaje de la selva á Nausicaa, semejante al tronco de la palmera de Délos.

Estaba sentada en una estera la hija de los Natchez, trazando con hilo de púrpura en una piel de danta la guerra de los Natchez contra los Siminoles, y veíase á Chactas libertado por Atala en el acto de ser quemado en el catre de fuego. Celuta,

profundamente ocupada, solo atendia á su obra: sus cabellos, semejantes á la flor del jacinto, se dividian en su cuello, y caian por ambos lados de su seno como un velo. Las Gracias eran menos hechiceras que ella cuando retiraba el largo hilo, desplegando lentamente su desnudo brazo.

No lejos de Celuta estaba Utugamiz sentado sobre olorosas yerbas, esculpiendo en un grande remo. Se reconocia al hermano en la hermana, con sola la diferencia de que en los rasgos del primero habia mas naturalidad, y en las facciones de la segunda mas inocencia: igual candor, igual sencillez salia de sus corazones y sus labios, asi como en un mismo tronco se cruzan en un valle del Nuevo-Mundo dos arces de diverso sexo, y que no obstante el cazador que los ve desde lo alto de la colina, los reconoce por hermano y hermana en el aire de familia, y en el lenguaje que les hace hablar la brisa del desierto.

El hermano de Amelia era el cazador que contemplaba aquella solitaria pareja, y aunque no comprendia sus palabras, los escuchaba sin embargo; porque los dos huérfanos se comunicaban recíprocamente sus deliciosos propósitos.

¡Oh, jenio de los bosques de la voz injénua! Jenio acostumbrado á aquellas conversaciones ignoradas de la Europa, que hacen llorar y sonreir á un mismo tiempo, ¿te negarás á comunicar á mi oido con tu murmullo aquellas dulces conversaciones?

»No quiero ver dormir los jóvenes, decia la hija de los Natchez. Hermano mio, cuando tú duermes

en la estera, tu sueño es para mí un bálsamo refrijerante: ¿será posible que no tengan el mismo sueño los blancos?"

— »Hermana mia, respondió Utugamiz, pregúntaselo á los ancianos."

— »Me ha parecido ver, replicó Celuta, el Manitú de la belleza, que abria y cerraba sucesivamente los labios del guerrero blanco durante su sueño en casa de Chactas."

— »En mis sueños, dijo Utugamiz, se me ha aparecido tambien un espíritu, cuyo rostro no he podido ver, porque estaba cubierto con un velo. Este espíritu me ha dicho: »El hombre blanco lleva la mitad de tu corazon."

Asi hablaban las dos inocentes criaturas, cuya terneza fraternal encantaba y entristecia á un mismo tiempo al hermano de Amelia. Hizo éste un movimiento, y Celuta, levantando la cabeza, descubrió al estranjero al través de la enramada: el pudor subió á la frente de la hija de los Natchez, y sus mejillas se colorearon, asi como una azucena, cuyo pie, habiéndose bañado en la sávia purpurina de una planta americana, adquiere en una sola noche su color brillante, y admira por la mañana al imperio de Flora con su belleza prodijiosa.

René, medio oculto con el follaje de la espesura, contemplaba á Celuta, que le sonreia con el mismo aire que la divina Io al soberano de los Dioses, cuando solo se veia en la nube la cabeza del inmortal. En fin, la hija de Tabamica abre sus labios como los de la persuasion, y con una voz, cuyas

inflexiones parecian á los acentos del colorin pintado: »Hermano mio, le dice, he aqui al hijo de Chactas."

Utugamiz, el mas lijero de los cazadores, se levanta al punto, corre al estranjero, le toma de la mano, y le conduce á su choza de madera de haya, cuyos muebles exhalan las esencias con que estaban embalsamados. Le hace sentar sobre la piel de un oso, que por mucho tiempo habia sido el terror del pais de los Esquimales, y sentándose él tambien á su lado, le dice: »Hijo de la Aurora, los estranjeros y los pobres descienden del Grande-Espíritu."

Celuta, en el lecho donde ningun guerrero habia dormido, procuró continuar su obra; pero sus ojos no veian ya mas que yerros sin enmienda en el laberinto de sus bordados.

Hay entre aquellos pueblos de la naturaleza una costumbre, que se encontraba tambien en otro tiempo entre los helenos: todo guerrero se escoje un amigo, y formado una vez el lazo, es tan indisoluble, que resiste á la prosperidad y á la desgracia. Cada hombre se duplica, digámoslo asi, y vive como con dos almas; tanto, que si uno de los amigos espira, no tarda el otro en desaparecer. Asi aquellos bosques americanos crian serpientes con dos cabezas, cuya union se hace por el medio; es decir, por el corazon: si algun viajero aplasta uno de los dos principios que vivifican la misteriosa criatura, la parte muerta queda sujeta á la parte que sobrevive; pero este símbolo de la amistad perece en breve.

**

El hermano de Celuta, muy jóven todavía cuando perdió su padre, no habia aun hecho la eleccion de amigo. Resolvió unir, pues, su destino al del hijo adoptivo de Chactas, y cojiendo la mano del estranjero, le dijo: »Quiero ser tu *amigo*." René no comprendió esta palabra; pero en el idioma de su huésped repitió la voz amigo. Levántase Utugamiz lleno de gozo, toma una flecha y un collar de porcelana (1), y hace seña á Celuta y á René para que le sigan.

No lejos de la cabaña habitada se veia otra desierta, en la que habia nacido Utugamiz, y un arroyo bañaba el hundido techo y los restos esparcidos. Entra en ella el jóven indio con su huésped, y Celuta, cual si fuese una mujer llamada por testigo ante un juez, permanece en pie á cierta distancia del lugar señalado por su hermano Utugamiz. Habiendo éste llegado al medio de las ruinas, toma un continente grave, alarga á René la flecha para que la tome por una punta, y teniendo la otra con su mano, levanta la voz, y poniendo por testigos al cielo y la tierra, dice:

»Hijo del estranjero, me entrego á ti en mi cuna, y moriré sobre el sepulcro tuyo. No tendremos ya mas que una estera de dia, y una piel de oso por la noche. En las batallas estaré á tu lado; si te sobrevivo, daré de comer á tu espíritu, y despues de algunos soles pasados en festines ó en combates, me prepararás á su tiempo una fiesta en el

(1) Especie de marisco.

pais de las almas. Los amigos de mi pais son castores, que edifican de mancomun: muchas veces descargan juntos sus tomahawhs (1), y cuando la vida les causa tedio, se alivian con el puñal. Recibe este collar; veinte granos rojos señalan el número de mis nieves (2); los diezisiete siguientes indican las nieves de Celuta, testigo de nuestro empeño; nueve granos violados demuestran que nos hemos jurado amistad en la novena luna, ó sea la luna de los cazadores, y los tres granos negros que siguen á los violados, designan el número de noches que ha brillado esta luna. He dicho."

Cesó de hablar Utugamiz, y cayeron lágrimas de sus párpados. Asi como descienden los primeros rayos del sol sobre una tierra recientemente labrada y humedecida con el rocío de la mañana, asi penetró la amistad del jóven Natchez en el alma enternecida de René. En la viveza del hermano de Celuta, en la palabra de amigo repetida muchas veces, y en la eleccion estraordinaria del lugar, comprendió en fin René que se trataba de alguna cosa grande y augusta, y esclamó oportunamente: »Sea lo que quiera lo que me propones, hombre salvaje, te juro cumplirlo, y acepto los presentes que me haces." Y el hermano de Amelia estrecha entonces contra su corazon al hermano de Celuta. Nunca corazon mas tranquilo, nunca corazon mas turbado se acercó el uno al otro.

Despues de este pacto, cambiaron ambos ami-

(1) Mazas.
(2) Años.

gos los Manitús de la amistad, y Utugamiz dió á René madera de un alce, que cayendo todos los años, cada año se levanta con una rama mas, cual la amistad que debe aumentarse envejeciendo. René regaló á Utugamiz una cadena de oro: el salvaje la tomó con mano afanosa, habló en voz baja á la cadena, como si tratase de comunicarla sus sentimientos, y se la puso al cuello, jurando que no la dejaria hasta perder la vida; juramento guardado fidelísimamente. Semejante á un árbol consagrado en un bosque á alguna divinidad, cuyas ramas están cargadas de santas reliquias, pero que muy pronto va á caer al golpe del hacha del leñador, asi pareció Utugamiz poniéndose la ofrenda de la amistad al cuello. Bañaron ambos amigos sus pies descalzos en el arroyo de la cabaña, para manifestar que en adelante eran dos peregrinos que debian concluir el viaje sin separarse uno de otro, y tomando Utugamiz agua pura en el manantial del arroyo, Celuta mojó con ella sus labios, como dándose por pagada de haber sido testigo de la amistad naciente en el alma de los nuevos hermanos, y ser partícipe de ella.

Anduvieron en seguida los tres por el bosque asiéndose Utugamiz del brazo de René, y siguiendo á entrambos Celuta. Su hermano volvia frecuentemente la cabeza para mirarla, y siempre encontraba con los ojos de la indiana, en los cuales se veian asomar lágrimas inocentes. Semejante á tres virtudes que poseen una misma alma, asi pasaban los dias en aquel lugar estos tres modelos de la amistad,

del amor y de la nobleza. Cantaron en breve los dos hermanos la cancion de la amistad, diciendo:

»Atacaremos con un mismo hierro al oso sobre »el tronco de los pinos, apartaremos con un mismo »ramo el insecto de los prados, y nuestras secretas »palabras se oirán en las copas de los árboles.

»Si estamos en un desierto, mi amigo es quien »le hace amable; si danzamos en las reuniones, »tambien mi amigo es el que alli derrama el placer.

»Mi amigo y yo hemos enlazado nuestros cora»zones cual si fuesen unos bejucos, los cuales flo»recerán y se secarán juntos."

Tales eran los cantos del hermano y la hermana. En aquel momento vino el sol á tocar con sus rayos últimos en los céspedes del bosque; las cañas, los matorrales, y las encinas se animaron; cada fuente suspiraba lo que la amistad tiene de mas amable, cada árbol hablaba el lenguaje de ella, y cada avecilla cantaba sus delicias; pero René era el jenio de la desgracia entraviada en aquellos retiros encantados.

Habiendo vuelto á la cabaña, sirvieron el festin de la amistad, con frutos rodeados de olorosas flores. Aprendian ambos amigos á pronunciar en su lengua los nombres de padre, madre, hermano y esposa: Utugamiz quiere que Celuta haga un vestido indiano para el hombre blanco, y ella desarrolla al punto una cinta de lino, pide á René que se levante, y apoyando su trémula mano en el hombro del hijo de Chactas, deja caer la cinta hasta el suelo; mas cuando al pasarla por debajo del brazo de

René, acercó su seno tanto al del jóven, que al momento esperimentó el calor de su pecho; cuando alzando sobre el hermano de Amelia unos ojos que brillaban tímidamente entre sus largas pestañas, y esforzándose en pronunciar algunas palabras, vió que las palabras mismas venian á espirar en sus labios; entonces encontró ella la prueba mas fuerte de su nuevo amor, y no acabó la obra de la amistad que habia empezado.

¡Dia feliz! ¡tú no te borraste de la memoria de los Natchez hasta que cesaron de palpitar los corazones que habias enternecido! ¡Para apreciar tus delicias, es preciso haber elevado como yo su pensamiento hácia el cielo desde lo interior de las soledades del Nuevo-Mundo!

En tanto llegaron al fuerte de Rosalía los cuatro guerreros que llevaban la pipa de paz. Reune Chepar el consejo, y asisten á él con los principales habitantes de la colonia los capitanes del ejército. Levántase un rico traficante, toma la palabra, y despues de haber tratado á los indios de súbditos rebeldes, quiere que se desechen las proposiciones de los Natchez, y se les despoje de las tierras mas fértiles.

Levántase á su vez el padre Suel, que se hallaba presente. Distinguíase este ministro por su gran doctrina, una erudicion vasta, y un entendimiento capaz de las mas altas ciencias; caritativo á ejemplo de Jesucristo, humilde como este divino Maestro, solo trataba de convertir las almas al Señor con actos de beneficencia, y con el ejemplo de una buena

vida: pacífico para con todos, aspiraba ardientemente al martirio, por lo cual ya no debia permanecer en el fuerte de Rosalía, su antigua residencia; pues debia alcanzar en la mision á los yazones la palma de los confesores, la cual pedia al Rey de la gloria; y asi es que esta era la última vez que defendia la causa de sus neófitos natchez.

El padre Suel, en traje siempre de camino, parecia un peregrinante, que solo hace un descanso pasajero en la tierra, y que en breve va á regresar á su patria celeste.

Cuando abrió la boca reinó un profundo silencio en el consejo, y el santo orador, subiendo en su discurso hasta el descubrimiento de la América, trazó el cuadro de los crímenes cometidos por los europeos en el Nuevo-Mundo. Pasando de allí á la historia de la Luisiana, hizo un magnífico elojio de Chactas, á quien pintó como un hombre de una virtud digna de los antiguos sábios del paganismo. Nombró con aprecio á Adario, invitó el consejo á que desconfiase de Onduré, y exortando á los franceses á la moderacion y á la justicia, concluyó de este modo:

»Espero que nuestro comandante y esta asamblea tendrán á bien perdonar á un relijioso, por haberse atrevido á manifestar su opinion. No permita Dios que haya hablado con espíritu de orgullo. Por amor á Jesucristo, nuestro amado Maestro, tengamos alguna piedad de los pobres idólatras, y mostrándonos verdaderos cristianos, tratemos de llamarlos á la luz del Evanjelio. Cuanto mas misera-

bles y desprovistos estén de los bienes terrenos, tanto mas debemos compadecer sus flaquezas. Misionero del Dios de paz en estos desiertos, haga su divina Providencia que yo viva y muera sembrando la palabra del cordero. ¡Ojalá que sirva mi sangre para sosten de la paz! Pero no á todos está reservada una gracia tan singular: no me pertenece á mí aspirar á la gloria de los Brebœuf y de los Jogues, muertos por la fe en la América."

Inclinose el padre Suel ante el comandante, y volvió á sentarse. ¡Oh verdadera relijion! ¡cuan puras son tus delicias entre los corazones! ¡cuan alta y profunda tu filosofía! En la de los hombres falta siempre alguna cosa, y en la tuya todo es abundante.

El consejo, escitado por las palabras del misionero, creia sentir las inspiraciones de la misericordia de Dios.

El demonio del oro, enviado por Satán, temió el efecto del discurso del padre Suel, viendo enternecerse las almas á la voz del justo. Este espíritu infernal, con la cabeza calva, los sutiles labios cerrados, el cuerpo diáfano, el corazon impío, la imajinacion siempre llena de números, el mirar ansioso é inquieto, y con el aire solapado de la desconfianza; este espíritu sopla sus desordenadas pasiones en el consejo, y apáganse inmediatamente todos los sentimientos jenerosos. Robert, Salenas, Artagnan, estos guerreros replican al relijioso, y Febriano obtiene la palabra.

Este aventurero, que nació entre los francos en

las costas de Berbería, cristiano en su infancia, y en seguida perjuro al Evanjelio, fue en la órden de los Seyahs discípulo celoso del impío mahometismo. Arrojado á Europa por un revés de la fortuna, y entrando en la carrera de las armas, demasiado noble para él, se habia vuelto en lo esterior cristiano; pero detestando en su interior á los servidores del verdadero Dios, y observando secretamente las leyes abominables del falso profeta. Encuéntrale Chepar en los campos, y el traidor, medio monje y medio soldado, toma sobre el leal militar el ascendiente que ejerce la bajeza sobre los caractéres imperiosos, y el delicado disimulo sobre talentos limitados. Febriano dispone casi siempre de la voluntad de Chepar; y éste, creyendo seguir sus propias resoluciones, no hace mas que obedecer á las inspiraciones de Febriano. Este hombre errabundo era ademas uno de aquellos perversos que se ven comunmente, los cuales no pueden sobresalir en la clase de los grandes malhechores, y mueren olvidados entre los mas obscuros criminales. Juguete de Onduré, cuyos presentes recibia, tenia los vicios de éste, sin tener su jenio. Encontrado por el hermano de Amelia en la Nueva-Orleans, y tratado por él con altanería en una disputa pasajera, abrigaba desde entonces contra René un sentimiento de encono y de celos. El renegado alza la voz contra el pastor del Evanjelio, y se esplica de este modo:

»Los frailes deben estarse en su convento, ó hablar cuando hablan las mujeres, y dejar á la espada el cargo de la espada. El bravo comandante

sabrá bien lo que debe hacer, y su sabiduría no necesita consejos. Los Natchez son unos rebeldes, que rehusan ceder sus tierras á los súbditos del rey. Que me encarguen de la espedicion, y yo prometo traer aqui encadenados á ese insolente Adario, y á ese viejo Chactas, que admite en este momento un hombre, de quien se ignoran la familia y los designios; un hombre, que pudiera ser quizás el enviado de alguna potencia enemiga."

Los habitantes de la colonia celebraron este discurso con ruidosas carcajadas y largos aplausos, ensalzando hasta las nubes la elocuencia de Febriano. El padre Suel, sin alterarse, sufrió el desprecio de los hombres, del mismo modo que hubiese recibido sus caricias; pero Artaguete, indignado del ultraje hecho al misionero, rompió el silencio que habia guardado hasta entonces por un efecto de su cordura. Siempre amado de la Francia, siempre amado de la América, que le vió caer con tanta gloria, este jóven capitan ofrecia en sí la lealtad de sus antiguos dias, y la amenidad de costumbres de la edad moderna. Luchando entre su inclinacion y el cumplimiento de su deber, era infeliz con los Natchez, porque dotado de bella índole, carecia sin embargo de aquel carácter que, prendado rigurosamente de lo bueno, nos precipita en el partido en que creemos descubrirlo.

D'Artaguete hubiera sido enemigo de los estremos si hubiese podido serlo de alguna cosa; no vituperaba ni alababa cosa alguna absolutamente; trataba de conducir á todos los hombres á una tole-

rancia mútua de sus debilidades, creyendo en fin que los sentimientos de nuestros corazones, y las conveniencias de nuestra edad, debian ceder entre sí alternativamente. Asi es, que amando á los salvajes, se encontró toda su vida comprometido contra ellos, semejante á un rio caudaloso y cristalino, que no teniendo bastante rapidez en su curso, dá vueltas á cada paso por el llano, y rechazado por los menores obstáculos, continuamente se ve forzado á retroceder contra la inclinacion de sus aguas.

»Adorno de nuestra antigua patria en esta nueva Francia, dijo Artaguete dirijiéndose al padre Suel; no teneis necesidad de un defensor como yo en estas circunstancias. Suplico al comandante que se tome el tiempo necesario para meditar las órdenes que ha recibido del gobernador jeneral, y ruégole tambien que acepte la pipa de paz de los salvajes. El venerable misionero, lleno de sabiduría y de esperiencia, no puede haber hecho objeciones que sean enteramente indignas de exámen. No me pertenece el juzgar á los dos primeros sachems de los Natchez, y aun menos á ese jóven viajero, que estará muy ajeno de hallar su nombre mezclado entre nuestras discusiones: temerario me parece aventurar con lijereza una opinion sobre el honor de un hombre, particularmente siendo frances."

La noble sencillez con que Artaguete pronunció este corto discurso, admiró al consejo sin convencerle, y asi es, que esperaban con impaciencia la decision del comandante. Incapaz de la menor bajeza, lleno de probidad y de honor, cometia no obs-

tante Chepar muchas injusticias, que no eran efecto de la rectitud de su corazon, y sí de la debilidad de su cabeza. Reprendió á Febriano por haber faltado al órden y á la disciplina, hablando antes que su superior el capitan Artaguete; pero al mismo tiempo reprobó en éste su moderacion y su tibieza.

»No es asi, esclamó, como se servia en Maplaquet y en Denain, cuando yo arrebaté una bandera al enemigo, y recibí un tiro en el pecho. ¡Oh cuanta sorpresa y admiracion hubieran causado á los Vilars estos bellos discursos de la juventud actual! ¡Buena cuenta hubieran dado de un ejército de oradores, los Malboroughs que educaron á los Turenas, y no hubieran ciertamente comprado tan caras sus victorias!"

Encolerizose Chepar contra los jefes de los salvajes, sostuvo que Onduré era el único indio adicto á los franceses, cualquiera que fuese por otra parte el discurso pronunciado por este indio; discurso que Chepar miraba como una astucia de Onduré. Amenazó el comandante con su vijilancia y su cólera á aquellos europeos errabundos que, como él decia, venian á establecerse en el Nuevo-Mundo; pero las órdenes del gobernador de la Luisiana no eran bastante terminantes para establecer inmediatamente la colonia en las tierras de los Natchez, por lo cual consintió Chepar en recibir la pipa de paz, y prolongar las treguas.

De este modo la fatalidad que seguia los pasos de René, no dejó de perseguirle hasta mas allá de los mares: apenas ha dormido dos veces bajo el te-

cho de un salvaje, cuando ya la pasion y las preocupaciones empiezan á sublevarse contra él entre los franceses y los indios. Los espíritus de las tinieblas se aprovechan de la desgracia del hermano de Amelia para hacer estensiva esta misma desgracia á cuanto rodeaba la víctima, é impeliendo á Onduré á la tentativa de un primer crímen, aumentaron de este modo el jermen de las divisiones.

Asi como un jabalí, terror de los bosques, cuando descubre una hembra con su amante salvaje, escitado por el amor eriza el monstruo sus cerdas, escarba la tierra con el doble cuerno de su pie, é hiriendo con el colmillo el tronco de las hayas, se oculta para arrojarse sobre el rival que acecha; asi Onduré, arrebatado de celos por la relacion de la Fama, busca y encuentra el lugar solitario que debe poner en sus manos al europeo, cuyos encantos han turbado ya el corazon de Celuta.

Entre la cabaña de Chactas y la de Utugamiz, se levantaba una enramada de zarzaparrilla, que tendia por la tierra su negra sombra, aumentando la obscuridad las pomposas y verdes encinas que la rodeaban. El hermano de Amelia, habiendo vuelto de prestar el juramento de amistad, se sentó cerca de un manantial que corria entre aquel bosque, y semejante al árabe que, fatigado por el calor del dia, se detiene en el pozo donde abreva el camello, asi René descansó en el musgo que guarnecia la fuente. De repente estremece los aires un grito, que era el grito de guerra de los salvajes, de cuyo horror es imposible hacer una pintura; grito que la víctima

no oye casi nunca, porque al mismo tiempo cae sobre su cabeza el golpe de la hacha, con tanta velocidad como sigue á la luz la bala. No de otro modo el grito del hijo de Peleo resonó en las riberas del Simois, cuando el héroe, con la cabeza dominada de una llama, se avanzó para salvar el cuerpo de Patroclo; los batallones se desordenaron, los caballos emprendieron la fuga, y doce de los primeros troyanos cayeron en la noche eterna.

Terminado hubieran entonces los dias del hermano de Amelia, si los espíritus inseparables de sus pasos no le hubiesen salvado del fatal golpe, á fin de que prolongando su vida, llegase á ser aun mas desgraciado, y mas á propósito para servir á los designios del infierno. La noche, dócil á las órdenes de Satán, siempre oculta en aquellos lugares, apartó el hacha, que silbando al oido de René, fue á internarse en el tronco de un árbol.

Levántase René á este ataque imprevisto, y Onduré, furioso por haber errado el golpe, se arroja con puñal en mano sobre el hermano de Amelia, y le hiere por debajo del seno. La sangre se agolpa cual si fuese un caño de púrpura, asi como brota el licor de Baco al golpe del hierro con que ha penetrado el anchuroso tonel una cuadrilla de alegres viñadores.

Ase René la mano del matador, y quiere arrancar de ella el puñal: Onduré resiste, y echa su brazo izquierdo en torno del hermano de Amelia, procurando bambolearle, y tenderle en tierra. Ambos enemigos se embisten y se rechazan, se desembara-

zan, y vuelven á travarse; hacen mil esfuerzos, el uno para dominar á su adversario, y el otro para conservar su ventaja. Sus manos se entrelazan sobre el puñal, que este quiere guardar, como aquel volver á asir. Ya se echan hácia atras, y tratan luego de arracarse el arma fatal, valiéndose de mútuas sacudidas; ya intentan apoderarse de ella, haciéndola dar vueltas como el rayo de la rueda de un carro, á fin de que el dolor obligase á soltarla. Sus manos torcidas se abren y cambian diestramente de lugar sobre la longitud del puñal homicida. Su rodilla derecha se dobla, la pierna izquierda se hace atras, el cuerpo se inclina á un lado, y sus cabezas se juntan, mezclándose en desórden sus cabelleras.

Enderezándose de repente los dos adversarios, ponen pecho con pecho, pierna con pierna, y frente con frente; sus brazos tendidos se levantan sobre las cabezas, y sus músculos sobresalen como los de Hércules y de Anteo. La lucha hace su anhélito ruidoso, cúbrense ambos de polvo, de sudor y de sangre, y de sus cuerpos magullados se levanta un humo, como el vapor que la noche hace salir de un campo abrasado por el sol en medio del verano.

Suelen en las orillas del Nilo, ó en los rios de las Floridas, disputarse dos cocodrilos en la primavera una hermosa hembra. Embístense los rivales desde las orillas opuestas del rio, y se juntan en el medio. Asense de los brazos, abren sus espantosas bocas, sus dientes se encuentran, y resuenan horriblemente; chócanse sus escamas como las armaduras de dos guerreros; corre la sangre de sus qui-

jadas espumosas, brotando á chorros de sus ardientes narigales, y lanzan sordos mujidos semejantes al rumor lejano del trueno. El rio que azotan con sus colas brama en torno de ellos, asi como la mar resuena en torno de un navío combatido por las tempestades: ya se abisman en simas insondables, y continúan su lucha, haciendo subir sobre las aguas un cieno impuro; ya se remontan á la superficie de las olas, y cargándose con furia redoblada, se sumerjen de nuevo en las ondas, aparecen otra vez, vuelven á sumerjirse, y parece que quieren eternizar su espantoso combate; asi se ahogan ambos guerreros, y se estrechan en sus brazos cerrados por los nudos de la cólera. No se une tan estrechamente la hiedra al olmo, ni la serpiente á la serpiente, ni la jóven hermana al cuello de una hermana querida, ni el niño ajitado á la teta de su madre. La rabia de los dos guerreros llega á su colmo. El hermano de Amelia combate en silencio con su rival, que le resiste lanzando gritos: René, mas ajil, tiene la bravura del frances, y Onduré, mas robusto, la ferocidad del salvaje.

Aun no habia pesado el Eterno con su balanza el destino de aquellos guerreros, y la victoria estaba dudosa. Pero en fin, el hermano de Amelia, reuniendo todas sus fuerzas, echa una mano á la garganta del Natchez, le levanta sus pies con los suyos, le hace perder tierra y aire á la vez, le empuja con pecho vigoroso, le abate como un pino, y cae con él. En vano Onduré forceja: René lo tiene bajo sus rodillas, y le amenaza de muerte con el puñal que

arrancó á la infiel mano. Jeneroso en medio de la victoria el hermano de Amelia, siente ya espirar su cólera. El albérchigo cubierto de flores en medio de los llanos de Armenia, oculta por un momento su hermosura á impulsos de un torbellino de viento; mas cuando éste ha pasado, vuelve á aparecer con todas sus gracias, y la frente del árbol embelesador sonrie inmóvil con la serenidad de los aires: del mismo modo René recobra su amabilidad y su calma. Levántase de nuevo, y estendiendo la mano al salvaje, esclama: »¿Que te hice yo, desdichado?" René se aleja, dejando á Onduré entregado, no á sus remordimientos, sino á la desesperacion de verse vencido y desarmado.

LIBRO CUARTO.

El ánjel tutelar de la América, que subia á las rejiones del sol, habia descubierto el viaje de Satán y del demonio de la fama, y suspirando precipita el movimiento de sus alas. Deja tras sí los planetas mas apartados de la vista del mundo, y atraviesa aquellos dos globos, que los hombres, poseidos de las tinieblas de la idolatría, profanaron con los títulos de Mercurio y Vénus. Entra luego en aquellas rejiones donde se forman los colores de la aurora y del sol cuando camina al ocaso; nada en mares de oro y púrpura, y sin deslumbrarse, con la vista fija en el astro del dia, se eleva hasta su órbita inmensa.

Uriel le descubre, y despues de haberle saludado con la salutacion majestuosa de los ánjeles, le dice:

»Espíritu dilijente, á quien el Criador ha colocado por guarda de una de las mas hermosas partes de la tierra, conozco el objeto que te guía: mientras remontabas hasta mí, el ánjel de la cruz, del sud, descendia sobre este sol, para decirme que habia visto como Satán y su compañera se arrojaban del polo del mediodía. Yo hubiera comunicado esta noticia á los arcánjeles de los soles mas remotos, si no hubiese descubierto dos ilustres viajeras, que

vienen como tú de la tierra, las cuales en breve llegarán á nosotros, y sin detenerse continuarán su viaje hácia los tabernáculos eternos. Descansa, pues, esperándolas aquí: no hay ánjel que no se espante al haber de atravesar lo infinito: las dos santas podrán encargarse de tu mensaje, atestiguarán tu vijilancia, y descenderán al puesto donde la audacia del príncipe de las tinieblas te está llamando."

El ánjel de la América responde: »Uriel, con justo motivo te alaban en los atrios celestes: tus palabras están verdaderamente llenas de sabiduría, y los ojos de que estás dotado no permiten que ignores cosa alguna. ¿Te dignarás, pues, dar cuenta de mi celo? Mira que las flechas del Altísimo son terribles, y devoran á los culpables. Ya que las dos patronas de los franceses se elevan á los sublimes santuarios, con el mismo designio que á mí me conduce al astro, cuyo curso dirijes, voy á volver á la tierra. Quizás tendré que combatir porque Satán parece haber adquirido nuevas fuerzas."

Y Uriel le responde: »No temas á ese arcánjel. El crímen siempre es débil, y Dios te enviará su victoria. Tu presteza es laudable; pero puedes detenerte un momento, para que reposen tus alas."

Hablando asi el ánjel del sol, presentó al de la América una copa de diamantes llena de un licor desconocido: mojaron con él sus labios, y las últimas gotas del néctar, cayendo al suelo convertidas en rocío, hicieron nacer en la tierra multitud de flores.

El ánjel de la América, mirando los campos del

sol, dijo á Uriel: »Ardiente querubin, si mi curiosidad no es impertinente, y es permitido á un ánjel de mi rango conocer tales secretos, ¿lo que se dice del astro á quien presides es verdadero, ó es solamente un rumor nacido de la ignorancia humana?"

Uriel respondió con amable sonrisa:

»Espíritu lleno de prudencia, tu curiosidad nada tiene de indiscreto, porque tiene por fin glorificar la obra del Padre, que el Hijo conserva, y el Espíritu vivifica. Puedo satisfacerte completamente.

»No; ese astro que sirve de escabel al Eterno, no fue formado como se imajinan los hombres. Cuando la creacion salió de la nada á la voz eterna, y el cielo celebró la tarde y la mañana del primer dia, la claridad emanada del Santo de los santos formaba por sí sola la luz del mundo.

»Pero esta luz, por templada que fuese, era demasiado fuerte aun para el universo, y amenazaba consumirlo. Munuel suplicó á Jehová que replegase sus rayos, y que dejase libre uno solo. El Hijo tomó ese rayo en su mano, lo rompió, y de este quebrantamiento se escapó una gota de fuego, que el Hijo llamó sol.

»Entonces brilló en los cielos ese luminar, que ata en torno de sí á los planetas con hilos invisibles, que une sin interrupcion á su seno inestinguible. Yo recibí la órden de sentarme á su llama, menos para procurar la marcha de las esferas, que para impedir su destruccion; porque cuando Jehová, entrando en lo profundo de su inmensidad, llama á sí esos otros dos principios, cuando produce con ellos

esos pensamientos que dan la vida á millones de almas y de mundos, en esos momentos de concepcion del Padre, salen tales fuegos del tabernáculo, que todo lo criado seria reducido á cenizas. Colocado en el centro del sol, me doy prisa en estender mis alas, é interponerlas entre la creacion y la efusion devoradora, á fin de precaver el incendio de los globos. La sombra de mis alas forma en el astro del dia esas manchas que los hombres descubren, y que en su vana ciencia han esplicado con diversidad."

En tanto Catarina de los bosques, y Jenoveva, tocaban en el disco del sol.

¡Pueblo guerrero y lleno de jenio! ¡ó franceses! ¡sin duda un espíritu poderoso, un conquistador célebre, proteje desde lo alto de los cielos vuestro noble imperio! ¡Mas no! ¡Es una pastora en Europa, una hija salvaje en América, Jenoveva, de la aldea de Nanterre, y tú, Catarina de los bosques del Canadá, estended para siempre vuestro cayado y vuestro báculo de haya sobre mi patria; conservadla aquella sencillez y aquellas gracias naturales que adquirió sin duda de sus patronas!

Nacida Catarina de una madre cristiana y de un padre idólatra, bajo el techo rústico de una familia indiana, educada en la relijion de su madre, anunció desde sus primeros años que el esposo celestial la habia reservado para sus castos abrazos. Apenas habia cumplido cuatro lustros, cuando fue llamada á aquellos lugares incorruptibles, donde los ánjeles celebran incesantemente las bodas de aquellas vírjenes que se han divorciado de la tierra por unirse

al cielo. Despues de su muerte fue cuando resplandecieron las virtudes de Catarina. Solo Dios es el que entonces cubrió su tumba de milagros tan ricos, como estremada habia sido en la tierra la pobreza y obscuridad de la santa. Fue honrada públicamente como patrona del Canadá, y la rindieron culto al márjen de la fuente, bajo el nombre de la *Buena Catarina de los Bosques*. Esta vírjen, que no cesa de velar por la salud de la Nueva-Francia, y de interceder por los habitantes del desierto, volvia entonces de la morada de los hombres con Jenoveva.

Habian sobresaltado á las patronas de los hijos de San Luis las desgracias con que Satán amenazaba al imperio frances en América, y un movimiento de caridad las arrebataba á las moradas celestiales, para implorar la misericordia de María. Llenas de dolor, como lo pueden estar las sustancias espirituales, vertian aquellas lágrimas interiores que Dios regala á sus escojidos, y esperimentaban en sí aquel jénero de piedad que los ánjeles esperimentan por el hombre, y que lejos de turbar á la pacífica Jerusalen, no hace mas que aumentar la felicidad que en ella se goza.

Aun lleva Jenoveva en la mano el cayado guarnecido de guirnaldas de hiedra, pero mas brillante que el cetro de un monarca del Oriente. Las rosas que coronan la frente de la hija de las Galias, no son ya las rosas fujitivas con que se adornaba la pastora en los campos de Lutecia: son, sí, aquellas que nunca se marchitan, y que crecen en las cam-

piñas maravillosas por donde quiera que deja impresas sus huellas el cordero sin mancha. ¡Oh Jenoveva! ¡una blanca nube forma tu vestido! adornan divinamente tu cabeza unos cabellos de oro fluido, y en medio de tus divinas glorias se descubren aun las gracias llenas de amor, y los atractivos inesplicables de una vírjen francesa.

La patrona de la Francia salvaje, va quizás mas sencilla que la patrona de la Francia civilizada. Catarina resplandece con aquel brillo que apareció en ella cuando dejó de existir. Los fieles que acudieron presurosos á su tálamo de muerte, la vieron tomar un color sonrosado, una belleza desconocida, que inspiraba el gusto de la virtud y el deseo de ser santo. Retiene Catarina con la transparencia de su cuerpo glorioso la túnica indiana y el báculo de la labor, y como hija de la soledad, ama al que se retiró al desierto antes de inmolarse por la salud del hombre.

Asi viajan juntas las dos santas; Jenoveva, la que salvó á París de Atila, la que precedió al primero de los tres reyes cristianos, el cual durante una larga série de siglos opuso la obscuridad y la virtud de sus cenizas á todas las pompas y calamidades de la monarquía; y Catarina, la que no precedió en la tierra sino pocos años al último de los reyes cristianos (1), la que no sabe mas que la historia de algunos apóstoles de la Nueva-Francia, semejante á los que vió la pastorcilla de Nanterre

(1) Se dice esto por énfasis, aludiendo á la muerte de Luis XVI. Yo escribia un año despues de la muerte del rey mártir.

cuando penetró el Evanjelio en las antiguas Galias.

Las esposas del Señor se encargaron del mensaje del ánjel de la América, el cual se precipitó inmediatamente sobre la tierra, mientras que ellas continuaron su ruta hácia el firmamento.

En un campo del sol, en unas praderas, cuyo suelo parece ser de calcedonia, de ónice y de zafiro, están arreglados los carros sutiles del alma que se mueven por sí mismos, y están construidos de la misma manera que las estrellas (1). Colócanse juntas las dos santas en uno de aquellos carros, y dejando al astro de la luz, se elevan con un movimiento mas rápido que la imajinacion, mirando muy pronto el sol suspenso bajo de ellas en los espacios, como una estrella imperceptible.

Siguen ambas el camino de luz, trazado por el espíritu de los justos, que libres de las cadenas del cuerpo, vuelven á las mansiones del gozo eterno. Por este camino pasaban y repasaban almas libres, asi como una multitud de ánjeles que bajaban al mundo para ejecutar las órdenes del Altísimo, ó subian al cielo encargados de súplicas ó votos de los mortales.

Llegan prontamente las santas á aquella rejion que se estiende bajo de las estrellas, y de donde se descubren el sol, la luna y los planetas, tales como son en realidad, sin el tosco medio del aire que los disfraza á la vista de los hombres. Doce fajas ó zonas de diferentes colores (2) dividen esta tierra pu-

(1) Platon.
(2) Idem.

rificada, de que es la nuestra el sedimento material; una de estas fajas es de púrpura centelleante, la otra de vivo azul, y la tercera blanca como la nieve, cuyos colores esceden en brillo á los de nuestra pintura, que no son mas que las sombras de ellos.

Atraviesan Catarina y Jenoveva aquella zona sin detenerse, oyen muy pronto la armonía de las esferas, que el oido no pudiera retener, y que no llega sino al oido interior del alma, y entran en la rejion de las estrellas, que ven como otros tantos soles, con sus sistemas de planetas tributarios. ¡O grandeza de Dios, quien podrá comprenderte! Aproxímanse ya las santas á estos primeros mundos, situados á distancia que tardaria millones de años en atravesar la bala impelida por la pólvora; y sin embargo, las dos vírjenes se encuentran entonces en los límites mas lejanos del reino de Jehová, y de soles despues de soles que salen de la inmensidad, y de las creaciones desconocidas á otras creaciones mas ignoradas.

Un hombre que para conocer lo infinito se colocase con su imajinacion en medio de los espacios, y tratase de representarse la estension seguida de la estension de aquellas rejiones, que no tienen principio ni fin en parte alguna; este hombre, sobrecojido y turbado, desterraria de su mente tan vana empresa: tales serian mis inútiles esfuerzos, si yo intentase trazar la ruta que recorrian Jenoveva y Catarina, ora abriéndose camino por entre las arenas de estrellas, ora cortando los ignorados círculos

por donde los cometas se pasean vagamente. Las santas creian ya haber adelantado mucho, y aun no tocaban mas que en el eje comun de todos los universos creados (1).

Este eje de oro viviente é inmortal, ve jirar en torno de sí todos los mundos en las revoluciones compasadas, y á distancia igual, á lo largo del eje mismo, están sentados tres espíritus severos, de los cuales el primero es el ánjel de lo pasado, el segundo el ánjel de lo presente, y el tercero de lo futuro, cuyas tres potestades dejan caer el tiempo en tierra, porque el tiempo, ni desciende del cielo, ni entra en él jamás.

A los pies de estos tres ánjeles se ven sentados otros tres inferiores, semejantes á las fabulosas sirenas por la delicadeza de su voz, los cuales cantan con todas sus fuerzas, y acompaña sus himnos el son que hace el eje de oro del mundo, jirando sobre sí mismo. Este concierto forma aquella triple voz del tiempo que refiere lo pasado, lo presente y lo futuro, y que los sábios han oido muchas veces en la tierra, aplicando el oido á una tumba durante el silencio de las noches.

El carro sutil del alma vuela aun: las esposas de Jesucristo llegan á los globos en donde se reunen las almas de los hombres que el Eterno crió por su segunda idea, despues de haber pensado en los ánjeles. Dios formó á la vez todos los ejemplares de las almas humanas, y los distribuyó en diversas moradas, en donde esperan el momento que debe

(1) Platon.

unirlos á los cuerpos terrestres. La creacion fue una y entera. Dios no admite sucesion para producir.

Las castas viajeras se pasmaron con el espectáculo de estas almas iguales en inocencia, que habian de ser desiguales por el pecado; las unas quedaban inmaculadas, las otras llevaban las señales de los clavos con los cuales las pasiones habian de atarlas un dia á la sangre y á la carne.

Mas allá de esos globos do están las almas que aun no han recibido la vida mortal, se abre el valle en que deben reunirse para ser juzgadas despues de su pasaje sobre la tierra. Las santas descubren en el formidable valle de Josafat el caballo pálido montado por la muerte, las langostas con cara de hombre y dientes de leon, y alas rechinantes como carros de guerra. Alli están los siete ánjeles con las siete copas llenas de la cólera de Dios, alli se vé la mujer sentada sobre la bestia de color de escarlata, en cuya frente está escrita la palabra *Misterio*.

A la una estremidad del valle humea el pozo del abismo, y el ánjel del juicio, acercando poco á poco la trompeta á sus labios, parece que está pronto á llenarla con el soplo que debe decir á los muertos: *¡Levantaos!*

Al salir Jenoveva y Catarina del valle místico, entraron en fin en aquellas rejiones donde empiezan las delicias del cielo; aquellas delicias, que muy diversas de las nuestras, ni sacian ni fatigan el corazon, antes por lo contrario alimentan en quien las gusta una sed insaciable de gustarlas todavía.

Auméntase la claridad y la dicha á medida que se aproximan á la mansion de la divinidad las patronas de Francia. Inmediatamente que divisan la celeste Jerusalen, bajan del carro, y se prosternan como los peregrinos en los campos de Judea, cuando en el esplendor del medio dia, se muestra Sion de improviso á su ardorosa fe. Vuelven á levantarse de repente Jenoveva y Catarina, y deslizándose por un aire, que no es aire en verdad, pero que asi debe llamarse para hacerse entender, entran por la puerta de Oriente, y en el mismo instante se apresuran á seguir los pasos de Catarina el bienaventurado Las-Casas, y los mártires canadinos Brebœuf y Jogues; los cuales, ardiendo siempre en caridad por los indios, no cesan de velar jamás por su salvacion. Cuanto mas han sufrido de sus ingratos neófitos estos confesores, tanto mas los aman por un efecto de la gloria de Dios. Las-Casas, dirijiendo la palabra á la patrona de la Nueva-Francia:

»Sierva del Señor, le dice, ¿que peligro es el que amenaza á nuestros hermanos de las tierras americanas? La tristeza de tu rostro, y la que manifiesta la frente de Jenoveva, me hacen temer alguna desgracia. Nosotros nos hemos ocupado en cantar la creacion del mundo, y no he podido descender á las rejiones sublunarias."

— »Protector de las cabañas, responde Catarina, no es infundada la conmocion de tu bondad en este momento. Satán ha desencadenado el infierno contra la América, y los franceses y sus hermanos salvajes están amenazados. El ánjel custodio del

Nuevo-Mundo se ha visto subir hácia Uriel, para instruirle de los atentados de los espíritus perversos; y yo, encargada de su mensaje con la vírjen del Sena, vengo á suplicar á María que interceda con el Redentor en favor de aquellas rejiones. Prelado, y vosotros, confesores de la fe, juntaos á nosotras, é imploremos todos la misericordia divina."

Mientras que hablaba de esta suerte la hija de los torrentes; los ánjeles, arcánjeles, querubines y serafines, reunidos en torno de ellas, esperimentaban un dolor relijioso. Las-Casas, y los misioneros canadinos, resplandecientes por sus llagas, se unen á las dos ilustres mujeres, cuando ved que viene el santo rey Luis con la palma en la mano, y se pone al frente de los hijos de la Francia, dirijiendo sus plegarias hácia los tabernáculos de María, adelantándose todos ellos hasta el centro de los coros celestes, por medio de aquellos campos que habitan para siempre los hombres que practicaron la virtud.

Las aguas, los árboles, las flores de estas rejiones nada tienen de semejante á las nuestras, esceptuando los nombres. Alli hay un verdor que encanta, y la soledad y la frescura de nuestros bosques; y sin embargo, no es esto; es, sí, cierta cosa que solo tiene una existencia impalpable.

Jamás cesa en aquellos lugares una música, que se oye por todas partes, sin que exista en parte alguna: ya parecen murmullos como los de una harpa eólica, que el débil aliento del céfiro hace sonar suavemante en una noche de primavera, y ya el oido de un mortal creyera oir las querellas de una armo-

nía divina, ó aquellas vibraciones que nada tienen de terrestre, y que se forman en la rejion media del aire. Salen repentinamente de lo interior de los celestes bosques unas voces acompañadas de modulaciones brillantes; y despues, estendiéndose al soplo de los espíritus, parece que han espirado aquellos acentos. Pero suscítase muy pronto á lo lejos una melodía confusa, y parecen distinguirse ó los sones suavísimos de un clarin tocado por un ánjel, ó el himno de un serafin que canta las grandezas de Dios á las orillas del rio de la vida.

Lejos de alumbrar aquellas rejiones, como aqui bajo, un dia grosero, se difunde por las tierras místicas una claridad apacible, que precipitándose, digamoslo asi, del mismo modo que la nieve, baña todos los objetos, y los hace brillar con una luz delicada, de modo que ofrecen á la vista un perfectísimo deleite.

El éter, por sutil que sea, seria demasiado material para estos lugares. El aire que se respira es el divino amor; este aire es como una melodía visible, que llena á la vez de esplendor y de concierto todas las campiñas que habitan las almas.

No entran en el Eden inmortal las pasiones hijas del tiempo. Todos los que aprenden temprano á meditar y morir, se retiran al sepulcro, y purificados de las dolencias del cuerpo, se sustraen á la mansion de la vida. Estas almas, libres de sus temores, su ignorancia y sus tristezas, contemplan para siempre en sus divinos arrebatos lo que es verdadero, divino, inmutable y superior á la opinion;

mas esto no obstante, sino tienen pasiones mundanas, conservan sus tiernos y puros sentimientos. ¿Acaso pudiera haber verdadera dicha sin el recuerdo de las personas que acá nos fueron mas estimadas, y sin la esperanza de verlas reunirse á nosotros? Dios, oríjen del verdadero amor, ha dejado á los predestinados toda la sensibilidad de su corazon, quitándoles únicamente de ella lo que pudiera tener de débil. Los mas dichosos, pues, como los mayores santos, son aquellos que tienen y ven lo que mas amaron.

Asi transcurren rápidamente los siglos de los sisiglos. Los elejidos existen, piensan y todo lo ven en Dios, y la felicidad de que esta union los llena es deliciosísima. Beben sin tasa en el manantial de la verdadera ciencia, y asi penetran en los artificios de la sabiduría. ¡Oh espectáculo maravilloso! ¡Oh cuan corta debe ser la eternidad que pasa en tales éstasis!

Los secretos mas ocultos y sublimes de la naturaleza se descubren á esos hombres de virtud. Conocen las causas del movimiento del abismo y de la vida de los mares; ven como filtra el oro en las entrañas de la tierra; siguen la circulacion de la sávia en los canales de las plantas; el hisopo y el cedro no pueden ocultar á los ojos del santo la lanzadera que cruza la trama de sus hojas y el tejido de su corteza.

¿Pero que digo? no son estos los únicos secretos que ocupan á los bienaventurados. Jehová les ofrece otras alegrías y espectáculos. Abrazan con su

mirada los círculos por donde ruedan los astros, conocen la ley que gobierna los globos, que los aleja ó atrae, descubren las cadenas que retienen estos globos, y van á parar á la mano de Dios; cadenas que su mano pudiera romper como un hilo de seda. Los elejidos ven como acuden los planetas á los pies del Todopoderoso, para recibir sus órdenes, y parten con ojos enrojecidos, y una cabellera llameante á destruir algun mundo. ¡O Paraiso! tu cantor no puede referir tus grandezas. ¡O virtud! préstame tus alas para llegar á la rejion de beatitud. ¡Desiertos y rocas, venid! Recibidme en vuestro seno, para que nutrido lejos de la corrupcion de los hombres, pueda, al salir de esta miserable vida, subir al eterno asiento de la beldad.

El santo rey y las santas patronas de la Francia van á buscar el trono de María en las rejiones de la gracia y del amor divino. Un canto seráfico les anuncia el lugar donde reside la vírjen que tuvo en su seno al que no cabe en el universo. En un resplandeciente pesebre, en medio de los ánjeles adoradores, y en el centro de una nube de incienso y flores, descubren á la libertadora del mundo, adornada de los siete dones del Espíritu Santo. María es la única de todos los justos que ha conservado el cuerpo.

Iluminan la frente de la madre del Salvador una tierna compasion hácia los hombres, de quienes fue hija, y una paciencia y dulzura, que nada igualar puede.

Jenoveva, Catarina, Luis, rey en el cielo como en la tierra, el bienaventurado Las-Casas, los san-

los mártires de la Nueva-Francia, se adelantan por entre los espíritus celestiales, que, abriéndoles paso, los dejan acercar al trono de María, delante del cual se prosternan.

»¡Madre de Emanuel! dice Catarina: ¡segunda Eva, reina de quien soy la mas humilde sierva! apiadaos de un pueblo espuesto á perecer. La serpiente cuya cabeza hollasteis, ha vuelto al mundo para perseguir á los hombres, y en particular al nuevo imperio de San Luis. ¡Oh María! ¡recibid los humildes votos de una nueva iglesia, de la primera vírjen consagrada en la orilla del torrente! Escuchad la súplica de esta otra vírjen, y de estos santos profundamente postrados á los pies vuestros."

¡Divina madre de Dios! abristeis los labios, y un perfume delicioso llenó la inmensidad del cielo. Tales fueron vuestras palabras:

»¡Vírjen del desierto! caritativas patronas de las dos Francias, santo rey, misericordioso prelado, y vosotros, valerosos mártires, vuestras súplicas han hallado gracia en mi oido: voy á acercarme al trono de mi Hijo."

Asi dice, y parte como una paloma que alza su vuelo. Levanta sus ojos hácia la mansion del Cristo con los brazos desplegados en ademan de orar, y flotan sus cabellos llevados por querubines de incomparable belleza: los santos y las vírjenes, postradas de rodillas, miran su ascension deslumbrados, y Gabriel precede á la consoladora de los afligidos, cantando la salutacion que repiten los ecos sagrados: infinitivamente menos encantadora era en la anti-

güedad aquella especie de música, espresion del encanto de un cielo, en que el jenio de la Grecia se unia á la belleza del Asia.

María se acerca al Calvario inmaterial: el aspecto del paraiso comienza á tomar una majestad mas terrible. Alli ningun santo, sea cual fuere la elevacion de su dicha y virtudes, puede parecer; alli los ánjeles, los arcánjeles, los tronos, las dominaciones, los serafines, no osan vagar: los querubines solamente, primojénitos de los espíritus, pueden soportar el ardor del santuario en donde reside Emanuel. En estos abismos flotan visiones como aquella que dispertó á Job en medio de la noche, y que hizo erizar sus cabellos. Las unas tienen cuatro cabezas y cuatro alas, las otras son solamente una mano, la mano que tomó á Ezequiel por los cabellos, ó que trazó las palabras inesplicables en el festin de Baltasar. Estos lugares son obscuros á fuerza de luz, y los surca el rayo de tres puntas.

Una cortina, de la cual era una imájen la que ocultaba el arca de la vista de los hebreos, separa las rejiones inferiores del cielo de las rejiones sublimes; todo el poder reunido de los hombres y de los ánjeles no puede levantar un pliegue de ella; la guardia está confiada á cuatro querubines armados de espadas llameantes. Apenas los ministros del Todopoderoso descubren á la hija de David, se inclinan, y la caridad abre sin esfuerzo la cortina de la eternidad. El Salvador aparece á María; está sentado sobre una tumba inmortal, al través de la cual comunica con los hombres.

María, sintiendo un santo respeto, toca el altar del cordero, y presenta sus votos y los de la tierra, que el Cristo á su vez pone á los pies del Padre omnipotente. ¿Quien podrá referir la entrevista de María y de Emanuel? Si la mujer tiene por su hijo espresiones tan dulces y divinas, ¿cuales serian las palabras de la Madre de un Dios, que habia visto morir á su Hijo en la cruz, y que lo encontraba lleno de una vida inmortal? ¿Cuales serian las palabras de un hijo y de un Dios? Un solo momento de semejante felicidad bastaria para anonadar en el esceso de dicha todos los mundos.

El Cristo sale de su trono con un lábaro de fuego que se forma en su mano: su madre queda en el santuario de la cruz. María misma no puede entrar en las profundidades del padre, en donde penetran el Hijo y el Espíritu. En el tabernáculo mas secreto del Santo de los santos están las tres ideas que existen por sí mismas, ejemplares increados de todas las cosas criadas. Por un misterio inesplicable, el caos está oculto detras de Jehová. Cuando quiere formar algun mundo, llama á su presencia una pequeña parte de la materia, dejando el resto detras de sí, porque la materia se animaria á la vez si estuviese espuesta á las miradas de Dios.

Una voz única hace resonar eternamente una palabra única alrededor del Santo de los santos. ¿Que es lo que dice?

LIBRO QUINTO.

El Eterno reveló á su Hijo amado sus designios sobre la América, por medio de los cuales preparaba al jénero humano en esta parte del mundo una renovacion de existencia. El hombre, iluminado con aquella luz que siempre crece y nunca se estingue, debia volver á hallar aquella sublimidad primera de donde le hizo descender el pecado orijinal; sublimidad de que el espíritu humano se habia hecho capaz en virtud de la redencion de Cristo. En tanto el Soberano del cielo permite á Satán un momento de triunfo para la espiacion de algunas faltas particulares, y el infierno, aprovechándose de la libertad concedida á su rabia, hace que nazcan todas las ocasiones del mal.

El rumor de la lucha de Onduré y del hermano de Amelia se esparció entre los Natchez; y Akansía, que solo veia en esto una prueba mas del amor de Onduré hácia Celuta, esperimentaba entonces nuevas y mayores angustias. El partido de los salvajes, alimentado con los sentimientos de Adario, preguntaba la causa de haber recibido entre los indios unos estranjeros, que eran los instrumentos de la turbacion y de su servidumbre; los indios adictos á Chactas, alababan al contrario el valor y la jenerosidad

de su nuevo huésped. En cuanto al hermano de Amelia, como quiera que no encontraba ni en los sentimientos de su corazon ni en su conducta los motivos de la enemistad de Onduré, no podia adivinar el objeto que habia impulsado á este salvaje para intentar un homicidio; pues si Onduré amaba á Celuta, René no era su rival, antes bien toda idea de himeneo fuera odiosa al hermano de Amelia, tan luego como hubiese advertido la pasion naciente de la hermana de Utugamiz.

Anúnciase en tanto la vuelta del gran caudillo de los Natchez, y oyéndose resonar el eco de un caracol: »Guerrero de los blancos, dice Chactas á su huésped, he aqui el Sol: déjame disfrutar el apoyo de tu brazo, y vamos á salir al encuentro del jefe." E inmediatamente se avanzan el sachem y René, cuya herida era tan leve, que no se lo impedia.

A poco rato descubren al gran sacerdote y á los dos levitas, maestros de ceremonias del templo del Sol, que iban con vestidos blancos, llevando el primero en la cabeza un buho disecado. Estos sacerdotes afectaban una marcha grave, y teniendo fija la vista en tierra murmuraban un himno sagrado. Dijo Chactas que el principal de aquellos cantores era un sacerdote tan codicioso y crédulo, que si alguno mas perverso que él le hostigase, podia llegar á ser peligroso.

En pos de los levitas iba un viejo, en el cual no se distinguia ninguna señal esterior, y el hermano de Amelia: »¿Quien es, preguntó á su huésped, el sachem que va detras de los sacerdotes, y

cuyo continente parece tan afable y sereno?"

— »Hijo, responde Chactas, es el Sol: es amado de los Natchez, por el sacrificio que ha hecho á su patria de las prerogativas de sus abuelos. Es hombre de inalterable amabilidad, de una paciencia emperturbable, y de una fuerza casi sebrenatural para soportar el dolor. Ha fatigado al tiempo, porque está ya cerca de cumplir cien años. He tenido la dicha de contribuir con él y Adario á la revolucion que nos ha vuelto la independencia; por lo cual los Natchez tienen á bien mirarnos como á sus tres jefes, ó mas bien como sus padres."

Seguia al Sol una mujer, que llevaba de la mano un jóven, hijo suyo, y René quedó sorprendido al ver sus facciones, en las cuales habia esparcido la naturaleza una espresion, que escitaba la pasion irresistiblemente. El hermano de Amelia la señaló al sachem, movido de una fuerte curiosidad por saber quien era, y Chactas, satisfaciendo á su deseo: »Se llama Akansia, le responde, y nosotros la denominamos la mujer-jefe. Es la parienta mas cercana del Sol, y su hijo, con esclusion del mismo hijo del Sol, debe ocupar un dia el lugar del gran-jefe de los Natchez, porque entre nosotros tiene cabimiento la sucesion al poder en la línea femenina.

»¡Ay hijo mio! añadió Chactas, nosotros, habitantes de los bosques, no por eso estamos mas al abrigo de las pasiones que los hombres de tu pais. Akansia esperimenta en su corazon un amor criminal hácia Onduré, el cual la desdeña y vende: Onduré ama á Celuta, y esta indiana, que preparó tu

primera comida de la mañana, y que es la hermana de ese sencillo salvaje que te juró su amistad sobre los restos de una cabaña, siempre ha repulsado el corazon y la mano de Onduré. Ya has esperimentado tú hasta donde pueden llegar los arrebatos de los celos. Si algun dia se inclinase Onduré á Akansía, es imposible calcular los males que producirian una union semejante."

En pos de la mujer-jefe marchaban los capitanes guerreros, y habiendo tocado uno de ellos en el hombro á Chactas al pasar, René preguntó á su padre adoptivo, quién era aquel sachem de enjuto rostro, cuyo aspecto ríjido hacia tan gran contraste con el aire de bondad de los demas ancianos.

»Este, respondió Chactas, es el grande Adario, el amigo de mi infancia y de mi vejez. Tanto es el amor á su patria, que por ella sacrificaria á su mujer, á sus hijos, y aun á sí mismo. Hemos peleado juntos en casi todos los combates, y hace ya cincuenta años que nos queremos, aunque estamos casi siempre en oposicion de ideas y designios. Yo soy la roca, y él la planta marítima asida á mi cuerpo: las olas de la tempestad han minado nuestras raices, y pronto iremos rodando juntos al abismo, hácia donde nos inclinamos ambos. Adario es tio de Celuta, y la sirve de padre."

Luego que hubieron pasado los jefes guerreros, se vieron comparecer los dos oficiales á quienes estaba cometido el reglamento de los tratados, y tambien el edil encargado de cuidar de las obras públicas. Trataba éste de retirarse, y Onduré aspiraba

ansiosamente á su empleo, que siendo el primero del estado despues del de jefe supremo, concedia el derecho de rejencia en la minoría de los soles. Cerraba la comitiva una comparsa de guerreros, llamados allueces, que en otro tiempo componian la guardia del Sol; mas ahora, dispersos en las tribus, no formaban ya un cuerpo distinto y aislado como antes.

Habiéndose detenido en la plaza pública el jefe supremo acompañado de la multitud, hizo Chactas que le llevasen hácia él, y dando tres gritos, dijo al Sol, que un frances pedia ser adoptado por una de las tribus de los Natchez. — »Bien:" respondió el jefe supremo, y Chactas se retiró alzando otros tres gritos algo diferentes de los primeros.

Supo el hermano de Amelia que se trataria de su adopcion dentro de tres dias, y durante ellos se ocupó en llevar de cabaña en cabaña los presentes de costumbre: unos los recibieron, y otros los rehusaron, segun se pronunciaban en pro ú en contra de la adopcion del estranjero. Cuando René se presentó en casa de los padres de Mila, la tierna indiana le dijo: »Tú no has querido que fuese tu mujer, y yo no quiero ser tu hermana; vete, pues, de aqui;" pero la familia aceptó los dones que la muchacha rehusaba, aunque con disgusto.

Ofreció René á Celuta un velo de muselina, y ella bajando los ojos prometió guardarle toda su vida, dando asi á entender que le conservaria para el dia de sus bodas; mas ni entonces salió de la boca del hermano de Amelia palabra alguna de amor.

Preguntó Celuta tímidamente acerca del estado de la herida de René, y Utugamiz, encantado del valor del compañero que habia escojido, ostentaba con orgullo la cadena de oro que le ligaba al destino del hombre blanco.

Llegó el dia de la adopcion, que fue acordada en virtud de la demanda de Chactas, á pesar de la oposicion de Onduré, en cuyo corazon la vergüenza de ser vencido, convirtió en odio implacable el sentimiento de los crueles celos. Tan insolente como pérfido, no huia de presentarse en público despues de su adopcion, porque las leyes de los indios no proceden contra el homicida, dejando la venganza de este crímen á cargo de la familia, y René no la tenia por desgracia. La renovacion de las treguas facilitó la adopcion de René; pero el príncipe de las tinieblas hizo abortar de aquella solemnidad un nuevo oríjen de discordia.

En el momento que fue proclamada la adopcion á la puerta del templo, el sacerdote vendido al poder de Akansía, y ganado por los presentes de Onduré, anunció que habia desaparecido del altar la serpiente sagrada: retírase entonces la multitud consternada, y declárase desagradable á los jenios y de mal agüero para la prosperidad de la nacion la adopcion del nuevo hijo de Chactas.

Volvió en tanto la estacion de la caza, y el otoño suspendió por algun tiempo el efecto de aquellos temores supersticiosos, y de aquellas infernales maquinaciones. Chactas, aunque ciego, es designado para dirijir la gran caza del castor, á causa de su

esperiencia, y del respeto que los pueblos le tenian. Parte con los jóvenes guerreros, y René, admitido en la tribu del Aguila, y acompañado de Utugamiz, es del número de los cazadores. Rompen las piraguas la corriente del Meschacebé, y entran en el álveo del Ohío. Durante el tránsito de una navegacion solitaria, René interroga á Chactas acerca de sus viajes al pais de los blancos, le pide que refiera sus aventuras, y el sachem consiente en satisfacer á sus deseos. El anciano, sentado cerca del hermano de Amelia en la popa de la barca indiana, cuenta su mansion en casa de Lopez, su cautividad entre los siminoles, sus amores con Atala, su libertad y su fuga, la tempestad, el encuentro con el padre Aubry, y la muerte de la hija de Lopez (1).

»Despues de haber dejado al piadoso solitario y las cenizas de Atala, continuó Chactas, atravesé rejiones inmensas sin saber adonde iba, pues todos los caminos eran buenos á mi dolor, y me importaba poco la vida.

»Un dia, al salir el sol, descubrí una partida de indios, que al punto me rodearon. Juzga, ó René, de mi sorpresa al reconocer entre los guerreros de aquella nacion iroquesa al viejo Adario, compañero de los juegos de mi infancia, que habia ido á aprender el arte de Areskui (2) entre los belicosos canadinos, antiguos aliados de los Natchez.

Pedí con impaciencia noticias del estado ó paradero de mi madre, y supe que no habia podido resistir

(1) Véase Atala.
(2) Jenio de la guerra.

á las penas, y que sus amigos la habian hecho ya los dones del sueño. Me determiné en fin á seguir el ejemplo de Adario, y ponerme en la escuela de los combates entre las Cinco-Naciones (1). Mi corazon estaba animado del deseo de mezclar la gloria á mis pesares, é impaciente por confundir los recuerdos de la hija de Lopez con una accion digna de su memoria, porque contaba ya muchas nieves, y no habia hecho aun ningun bien. Si el Grande-Espíritu me hubiese llamado entonces á su tribunal, ¿como le hubiera presentado el collar de mi vida, en que no tenia ensartada ni una sola perla?

»Cuando entramos en los bosques del Canadá, el pájaro del arrozal estaba ya pronto para partir hácia poniente, y los cisnes llegaban de las rejiones del norte. Me adoptó una de las naciones iroquesas, y Adario y yo nos hicimos juramento de amistad: nuestro grito de guerra era el nombre de Atala, de aquella vírjen que cayó en el lago de la Noche, asi como las palomas del pais de los Agniers, que al ponerse el sol se precipitan en una fuente, donde desaparecen.

»Sobre el báculo de nuestros padres juramos hacer los mayores esfuerzos para restituir la libertad á nuestra patria, despues de haber estudiado los gobiernos de las naciones.

»En el intervalo de los combates me entregué al estudio de las lenguas iroquesas ó indianas, al mismo tiempo que aprendia las lenguas cultas, ó la lengua de los tratados; es decir, el idioma algol-

(1) Los iroqueses.

quino, de que se valen los indios del Norte para comunicarse una nacion con otra, y al efecto me puse en correspondencia con el amigo del padre Aubry, el padre Lamberbille, misionero entre los iroqueses. Ayudado de él, llegué á entender y hablar fácilmente la lengua francesa, y me instruí en el arte de los collares (1) de los blancos.

»El relijioso me referia con frecuencia los sufrimientos de aquel Dios que se sacrificó por la salvacion del mundo. Complacíanme estas lecciones, porque me recordaban todos los intereses de mi vida, el padre Aubry y Atala: la razon de los hombres es tan débil, que no es muchas veces mas que la razon de sus pasiones: perseguido por mis recuerdos, procuraba salvarme en el santuario de la misericordia, asi como se refujia en la cabaña de paz el prisionero salvado de las llamas.

»Empezaban á amarme entre los pueblos, y mi nombre reposaba tranquilamente en los labios de los sachems, porque me habia distinguido en los combates. Es una desgraciada necesidad la de habituarse á ver correr la sangre, siendo aun lo mas triste que el mérito de un guerrero dependa de la sangre que por su mano derrama. Es difícil ser considerado como hombre, sin haber empuñado antes las armas.

»Vi no obstante con horror los suplicios destinados á las víctimas de la suerte de los combates. En memoria de Atala di la vida y la libertad á unos guerreros que cayeron en mis manos, y yo tambien

(1) El arte de escribir, leer, etc.

fui hecho prisionero lejos de la dulce luz de mi patria.

»Tuve la dicha de salvar asi de la muerte algunos franceses, y Ononthio (1) me hizo ofrecer en cambio los dones de la amistad, proponiéndome una hacha de capitan entre sus soldados. Pero como sus palabras eran las del secreto, y á ellas se juntaban pretensiones poco justas, rogué á los mensajeros que volviesen á unir los presentes con las riquezas de Ononthio.

»Se habia renovado ya la primavera tantas veces cuantos huevos pone en el nido la curruca, ó estrellas hay en la costelacion de los cazadores, desde que yo habitaba entre las naciones iroquesas que habian fumado en la pipa de paz con los franceses; pero esta paz fue en breve quebrantada. Ataensíc (2) barrió las hojas que empezaban á cubrir los caminos de la guerra, y dejó crecer la yerba en los senderos del comercio.

»Despues de varios sucesos propusieron un armisticio; se enviaron diputados por los iroqueses al fuerte de Catarakui, y siendo yo del número de estos guerreros, les servia de intérprete. Apenas habíamos entrado en el fuerte, cuando fuimos rodeados de soldados, y aunque reclamamos la proteccion de la pipa de paz, el jefe que nos hizo prisioneros contestó que éramos traidores, y tenia órden de

(1) Nombre que daban los salvajes á todos los gobernadores del Canada. Significa la *gran montaña*. Asi, Ononthio-*Denonville*, Ononthio-*Frontenac*, etc.

(2) Jenio de la venganza.

Ononthio para embarcarnos para Kanata (1), de donde seríamos llevados como esclavos al pais de los franceses. Nos quitaron nuestras hachas y flechas, nos ataron de pies y manos con cadenas, y nos pusieron en unas piraguas, que nos condujeron al puerto de Quebec por el rio de Hochelaga (2). De Kanata nos llevó una ancha canoa á la otra parte de las grandes aguas, á la rejion de los mil lugares, en la tierra donde tú naciste.

»Las cabañas (3) adonde arribamos están construidas bajo un cielo delicioso en el centro de un lago interior (4), donde Michabú, dios de las aguas, no alza dos veces al dia su frente verde coronada de cabellos blancos como en las costas indianas.

»Fuimos recibidos con aclamaciones de la multitud. El conjunto de las grandes canoas y de los hombres, todo este espectáculo tan diverso del de nuestras soledades, confundió al principio nuestras ideas, y no empecé á ver las cosas con distincion, hasta que fuimos conducidos á la choza de la esclavitud (5).

»Quizás, amigo mio, te causará admiracion el que despues de haber sido tratado de esta suerte, conserve todavía afecto á tu pais. Ademas de las razones que te daré en breve, la esperanza de la vida me ha enseñado que los tiranos y las víctimas son igualmente dignos de lástima, y que el crímen se

(1) Quebec.
(2) El rio de San Lorenzo.
(3) Marsella.
(4) El Mediterráneo.
(5) Los baños.

comete muchas veces mas por ignorancia que por perversidad. En fin, aun me parece cierta una cosa: el Grande-Espíritu que mezcla el bien y el mal en su justicia, algunas veces ha hecho amargo el recuerdo de los beneficios, y dulce siempre el de las persecuciones. El hombre ama con facilidad á su enemigo, en especial si le ha dado ocasion de virtud ó de fama. Perdona, amigo mio, estas reflexiones, considerando que los viejos son propensos á prolongar sus historias."

— »Chactas, respondió René, si los discursos que vas á hacerme son tan hermosos como los que ya me has hecho, el sol podrá empezar y concluir de nuevo su carrera antes que yo me canse de escucharlos. Continúa, pues, derramando en tu relacion esa razon tierna, ese calor dulce de los recuerdos que penetran mi corazon. ¡Oh, que idea debió formarse de la sociedad un salvaje en las galeras!"

Continuó Chactas la relacion de sus aventuras. Sus palabras eran sumamente sencillas, mezclando en ellas una especie de amable regocijo, de tal modo, que se hubiese dicho que por una delicadeza digna de las gracias de Aténas, procuraba hacer este salvaje su voz injénua, para suavizar al oido de René la historia de la injusticia de los franceses.

»Una firme resolucion de morir, dijo, me impidió al principo el sentir profundamente mi desgracia en la cabaña de la esclavitud, y por tres dias enteros cantamos nuestro himno de muerte yo y los demas jefes. Hasta entonces siempre me creí re-

vestido de la prudencia de un sachem; y no obstante, lejos de enseñar á los otros, recibí constantemente lecciones de sabiduría.

»Un frances, compañero mio de cadena, habia cometido un crímen, por el cual le condenó el tribunal de tus ancianos. Honfroy, aunque jóven todavía, estimaba en poco la vida. Admirado de oirme hablar su idioma, me referia sus aventuras diciéndome: »Chactas, tú eres un salvaje, y yo un un hombre civilizado; pero tú eres un hombre de bien, y yo soy un malvado. ¿No es estraño pues en verdad, que vengas tú espresamente de América, para ser mi compañero de cadena en Europa, y mostrar la libertad y la servidumbre, el vicio y la virtud, uncidos á un mismo yugo? ¡He aqui, mi querido iroqués, lo que es la sociedad! ¿No es verdaderamente una cosa bellísima? Pero ten ánimo, y nada te admire. ¿Quien sabe si algun dia me veré sentado en un trono? No te atemorice tampoco estar apareado con un criminal en el carro de la vida: el dia es corto, y la muerte no tardará en venir á desuncirnos."

»Jamás me admiré tanto como al oir hablar este hombre, en cuya serenidad veia una especie de razon horrible que me confundia. ¿Que estraña nacion es esta, decia yo entre mí, donde los insensatos parece que han estudiado la sabiduría, donde los perversos toleran el dolor cual si gozasen del placer? Obligome Honfroy á que le descubriese mi corazon, y me hizo conocer que tenia algo de cobardía el dejarse dominar por la pena. Este desgracia-

do me persuadió; consentí en vivir, y reduje los demas jefes á que siguiesen mi ejemplo.

»Por la noche, despues del trabajo, sentábanse en torno de mí mis compañeros, y me pedian que les contase historias de mi pais; yo les referia cómo perseguíamos las dantas en nuestros bosques, y cómo nos complacíamos en andar errantes por la soledad con nuestras mujeres y nuestros hijos; y al hacerles estas pinturas de la libertad, veia caer sus lágrimas sobre todas las manos encadenadas. Los galeotes me referian á su vez las diversas causas del castigo que esperimentaban, y sucediome acerca de esto una cosa singular, pues me imajiné que aquellos malhechores debian ser los verdaderos hombres de bien, pareciéndome castigados por cosas que nosotros hacíamos cada dia sin crímen en nuestros bosques.

»Llamaban la atencion de las jentes nuestro traje y nuestro idioma, de modo que venian á vernos los primeros guerreros y matronas distinguidas: cuando estábamos en el trabajo nos llevaban frutas, y nos las daban retirando las manos. El capataz de los esclavos dejaba que nos viesen, recibiendo algun dinero, y de este modo el hombre era ofrecido en espectáculo al hombre mismo.

»No por esto carecíamos de consuelo, pues el jefe principal de la oracion del pueblo (1) nos visitaba de cuando en cuando, y este digno pastor, que me recordaba al padre Aubry, traia algunas veces á sus padres consigo.

(1) El obispo de Marsella.

»Chactas, me decia, ve aqui á mi madre; figúrate que es la mujer que te ha criado, y llevado en la piel de oso, como nos lo dicen nuestros misioneros." A este recuerdo de mi familia y de las costumbres de mi pais, mi corazon estaba ahogado en amargura y placer. Este caritativo sacerdote se separaba de nosotros, dejándonos siempre lágrimas para borrar los males de la víspera, y esperanzas para saber conducirnos entre los males del dia siguiente.

»El jefe de la choza de las cadenas, con el fin de prolongar nuestra existencia, útil á sus intereses, nos permitia algunas veces pasear con él á orillas del mar.

»Una tarde que yo andaba errante por las playas, recorriendo con la vista la estension de las olas, procuraba descubrir en el horizonte las costas de mi patria, y me figuraba que aquellas oleadas habian bañado las riberas americanas. En la ilusion de mi dolor me parecia tambien que el mar murmuraba quejas, como las de los árboles de mis bosques, y entonces le conté mis desgracias, á fin de que las refiriese despues á la tumba de mis padres.

»El capataz, entretenido con otros guerreros, se olvidó de volverme á mis cadenas: millares de estrellas penetraron la bóveda celeste, y avanzándose la luna en el firmamento, á su luz descubrí sentado en una roca un anciano, á cuyos pies espiraban las olas tranquilas, cual si fuesen á besar los pies de su señor. Le tuve por Michabú, jenio de las aguas, y me iba á retirar, cuando un suspiro que

hirió mis oidos, me manifestó que el dios era un hombre.

»Descubriome él tambien, y la vista de mi traje de Natchez le causó un movimiento de sorpresa y de espanto. »¿Que es lo que veo? esclamó: ¡la sombra de un salvaje de las Floridas! ¿Quien eres tú? ¿Vienes en busca de Lopez?" — »¡Lopez!" repetí yo lanzando un grito. Me acerco al padre de Atala, y creo reconocerle. Me mira él con la misma admiracion y perplejidad; y tendiéndome apenas sus brazos trémulos, me habla de nuevo. »¡Su voz es! ¡sí, su voz misma!" Sea error ó verdad, me arrojo á los brazos del viejo amigo, le estrecho contra mi corazon, y baño su rostro con mis lágrimas. Lopez, fuera de sí, dudaba aun de la realidad. »Soy Chactas, le dije, Chactas, aquel jóven Natchez que colmasteis de beneficios en San Agustin, y que os dejó con tanta ingratitud." Al decir estas últimas palabras, me vi precisado á sostener al anciano que se desmayaba, y sin embargo me estrechaba todavía en sus manos, ya trémulas por la edad y las penas.

»Pasada ya la efusion de mis transportes, y despues de haber reanimado á mi antiguo huésped: »Lopez, le dije, ¿que semejantes y funestos jenios presiden nuestros destinos? ¿que infortunio te conduce como á mí á estas orillas? ¡Oh, cuan desgraciado eres en tus hijos! ¿Querrás creer que he cabado la sepultura de tu hija, de aquella hija que debia ser mi esposa?"

— »¿Que dices?" responde el anciano.

— »Amé á Atala, esclamé, la hija de aquella

floridiana que tú amaste." Al decir estas palabras, se distinguió mi voz ahogada entre sollozos y lágrimas, y me anonadaron mil recuerdos; tales eran la patria, el amor, la libertad, y los desiertos perdidos.

»Lopez, que apenas me comprendia, suplicó que me esplicase; yo le hice una ralacion sucinta de mis aventuras, y enternecido al oirlas, admiró y lloró aquella hija que no habia conocido. Estendiose en fin en largos sentimientos sobre la dicha que hubiéramos podido gozar estando reunidos en una cabaña en lo interior de la soledad.

— »Pero, hijo mio, añadió, la voluntad de Dios se ha opuesto á nuestros designios, y á nosotros toca el conformarnos con ella. Apenas me dejasteis en San Agustin, cuando hombres malvados me acusaron, y unos colonos poderosos, á quienes yo habia quitado algunos esclavos indios, rescatándoles á un precio subido, se juntaron á mis enemigos. El gobernador, que era del número de estos últimos, nos hizo arrestar á mi hermana y á mí, y nos transportaron á Méjico, donde comparecimos ante el tribunal de la inquisicion. Fuimos por fin absueltos; pero despues de muchos años de prision, durante los cuales murió mi hermana, y entonces me permitieron volver á San Agustin. Fueron vendidos mis bienes, y esperé algun tiempo, confiando obtener justicia; pero prevaleció la iniquidad, y me decidí á abandonar por último aquella tierra de persecucion.

»Me embarqué para la vieja España, y al poner

el pie en tierra supe que mis enemigos, temiendo mis quejas, habian logrado contra mí una órden de destierro. Volví por esta causa á embarcarme, y me refugié en la Provenza. Acojiome bondadoso el prelado de Marsella, y mediante sus socorros he sostenido mi vida. En otro tiempo ejercité la caridad, y actualmente me alimento con el pan de los pobres. Pero me acerco al momento de la libertad eterna, y confió en que Dios me hará partícipe de su trigo."

»Cuando Lopez acababa de hablar, el guerrero encargado de mi prision volvió, y me mandó que le siguiese. El sachem español me quiso acompañar; pero su vestido no era el de un poseedor de grandes cabañas, y el guía despidió por esto al indijente estranjero. »¡Roca insensible! esclamé; los espíritus vengadores de la hospitalidad violada os herirán por vuestra dureza. Este sachem es un suplicante como yo en medio de vuestro pueblo: aun hay mas, es un viejo, y un desgraciado. No os trataria yo de esta suerte si fueseis al pais de los corzos: os presentaria la pipa de paz, fumaria con vos, y os ofreceria una piel de oso y maiz. De este modo quiere el Grande-Espíritu que se trate á los estranjeros."

»A estas palabras el guerrero de las ciudades se echó á reir, y yo me hubiera vengado repentinamente de este perverso, si pensando en que esponia á Lopez, no moderara la fogosidad de mi corazon. Lopez entonces, temeroso de acarrearme algun mal tratamiento, se alejó prometiendo que iria á verme, y volví otra vez á la estera de la desgracia, sobre la cual están sentados casi todos los hombres.

»Lopez y el gran jefe de la oracion acudieron al dia siguiente, y con ellos y mis compañeros salvajes formé una pequeña sociedad, libre y virtuosa, en medio de la servidumbre y del vicio, como aquellos cocoteros cargados de frutos y leche, que crecen juntos sobre un árido escollo en medio de las olas mejicanas. Los demas esclavos asistian á nuestros discursos; muchos empezaron á arreglar sus almas, que habian dejado hasta entonces en un horrible abandono, y en breve hicimos mas suaves nuestros hierros con la paciencia, la confesion de nuestros errores, y el poder de las oraciones. De este modo, segun me decia el ministro de los cristianos, rescataron un dia su libertad algunos antiguos esclavos, relatando á sus amos las composiciones de un hombre divino y algunos cantos gratos al cielo.

»Del lugar donde entonces nos hallábamos, se nos trasladó á otro (1), donde fuimos destinados á los trabajos de un puerto, y en seguida nos volvieron á nuestra primera habitacion. El mérito de nuestros sufrimientos, tolerados con humildad, subió hácia el Grande-Espíritu, aquel que vosotros llamais el Señor, y colocó este mérito cerca de nuestras faltas: asi me lo ha contado el sacerdote instruido de las cosas maravillosas. Del mismo modo que una viuda indiana llena de equidad, pone en su peso el resto de las riquezas de su esposo y el objeto ofrecido en cambio por el europeo, iguala ambas balanzas con toda la sinceridad de su corazon, no queriendo perjudicar ni al estranjero que en ella confia, ni á

(1) Tolon.

sus hijos; lo mismo el Juez supremo pesa la ofensa y la reparacion, pero esta prepondera á los ojos de su infinita misericordia. En aquel momento mismo vi venir á Lopez, teniendo un collar (1) que de lejos demostraba gritando: »¡Ya estás libre!" yo me apresuré á desplegar el collar que contenia el sello de Ononthio-Frontenac, jefe del Canadá antes de Ononthio-Denonville, y las primeras ramas del collar se esplicaban en estos términos:

»El sol (2) de la gran nacion de los franceses, »ha desaprobado la conducta de Ononthio-Denon»ville. El jefe de todos los jefes, ha sabido que su »hijo Chactas, que le habia puesto en libertad mu»chos de sus hijos en el Canadá, estaba detenido en »la choza de la esclavitud. Ononthio-Denonville ha »sido llamado. Yo, tu padre Ononthio-Frontenac, »vuelvo al Canadá, y te restituiré allí con tus com»pañeros. Apresúrate á venir y encontrarme en la »grande aldea, donde te aguardo para presentarte »al Sol. Enjuga el llanto de tus ojos, la pipa de paz »no será ya violada, y la estera de la sangre será la»vada con agua del rio."

»Espliqué en alta voz el contenido del collar á los jefes salvajes; al instante mismo nos quitó los hierros un guerrero. Al punto que sentimos nuestros pies desembarazados de los grillos, presentamos en sacrificio al Grande-Espíritu un pan de tabaco que echamos en el mar, despues de haber cortado en doce partes la ofrenda.

(1) Una carta.
(2) El rey Luis XIV.

»El jefe de la oracion nos dió hospitalidad, y nosotros recibimos con el oro vestidos nuevos, hechos al estilo de nuestro pais.

»Luego que el espíritu del dia unció el sol á su carro de llama, nos condujeron á la choza (1) rodante que debia llevarnos. Lopez y el jefe de la oracion nos acompañaban, y á la puerta de la cabaña movible tuve estrechado largo rato contra mi corazon al padre de Atala, y le decia:

»¡Lopez! ¿es preciso que os deje otra vez, y que de vos me separe cuando sois desgraciado? Seguid á vuestro hijo: venid entre vuestros indios á plantar vuestra benéfica vida en el suelo de mi cabaña. Alli no sereis despreciado por ser pobre: yo cazaré para que comais, y sereis honrado cual un jenio. Si cerrais el corazon á mis ruegos, si temeis el esponeros á las fatigas de un largo viaje, quedaré con vos, aprenderé las artes de los blancos, y con mi trabajo os libraré de la indijencia; pues faltando yo de vuestro lado, ¿quien os cerrará los ojos? ¿quien recojerá el último dia de la vejez vuestra? Permitid que la mano de un hijo os presente á lo menos la copa de la muerte, que otros removarian quizás, y os la harian beber revuelta.

»¡Sábio é induljente Lopez! tú me respondiste: »Jamás fuisteis ingrato para mí, pues cuando me dejasteis en San Agustin, seguisteis la inclinacion natural en todos los hombres, y lejos de afearos esta accion, os admiré. Seriais culpable en este momento si permanecieseis en estas orillas. Dios ha enrique-

(1) Carroza.

cido vuestra alma con los mas preciosos dones de la adversidad, y estas riquezas las debeis á vuestra patria. Si rehuso el seguiros, no creais que es por falta de cariño hácia vos, y sí porque soy muy viejo para viajar. Preciso es que cada uno cumpla las órdenes de la Providencia. Vos dormireis junto á los huesos de vuestros padres, y yo debo morir aqui. La caridad repartirá mi despojo; y los hijos del estranjero, viniendo á jugar alrededor de mi sepulcro, le borrarán con sus pisadas. Ninguna esposa, ningun hijo ni hermano, ninguna madre se detendrá en mi losa fúnebre, únicamente visitada por el desgraciado, y por ella pasará el sendero del peregrino!"

»Lopez me inundaba con sus lágrimas como el jardinero que riega el arbolillo que ha plantado; y el jefe de la oracion, queriendo evitar una debilidad mas larga, nos gritó diciendo: »¿En que pensais? ¿donde está vuestro valor?" Me echa en la choza rodante, cierra precipitadamente la puerta, y hace un ademan con la mano. A esta señal el guía de la choza impele los caballos que se ajitaban al impulso de los tirantes, blanqueando el freno de espuma, y golpeando con sus dieziseis pies de bronce el sonoro pavimento, parten seguidos de las cuatro alas ruidosas de la cabaña movible, que ruedan centelleando. Los edificios parecen huir por entrambos lados; salvamos las puertas que se estremecen á nuestro paso, y en breve tiempo la carroza lanzada en su larga carrera, desliza como una piragua sobre la superficie de un rio.

LIBRO SEXTO.

»Mi tierna despedida con Lopez abatió la fuerza de mi alma. Nos habia precedido el jenio de la fama, y durante todo el viaje recibimos muestras de hospitalidad en las cabañas que el Sol hizo preparar para nuestro descanso. Nuestra sencillez dedujo de esto, que aquellos hombres que veíamos eran los esclavos del Sol, y que aquellos campos cultivados que atravesábamos, eran paises conquistados, labrados por los vencidos para los vencedores, quienes fumaban tranquilamente sobre su estera, y á los cuales íbamos á encontrar en el gran lugar. Esta idea nos escitó un desprecio profundo hácia los pueblos que nos rodeaban, y estábamos impacientes por llegar á la residencia de los verdaderos franceses, ó de los guerreros libres.

»Al entrar en el gran lugar (1), quedamos sumamente sorprendidos: los caminos (2) eran sucios y estrechos, y observamos cabañas de comercio (3) y rebaños de esclavos, como en el resto de la Francia. Nos condujeron á casa de nuestro padre Onon-thio-Frontenac, cuya cabaña estaba llena de guer-

(1) Paris.
(2) Las calles.
(3) Las tiendas.

reros, que el mismo Frontenac nos dijo ser algunos de sus amigos. Nos advirtió que iríamos el dia siguiente á otro lugar (1), donde encenderíamos el fuego del consejo con el jefe de los jefes, y despues de la comida de la hospitalidad, nos retiramos á una de las estancias de la cabaña, donde dormimos sobre pieles de oso.

»Alumbraba ya el sol los trabajos del hombre civilizado y los ocios del salvaje, cuando salimos del gran lugar, y unos caballos cubiertos de humo nos llevaron á la choza (2) del jefe de los jefes, en menos tiempo que el que invierte un sachem lleno de esperiencia, y el oráculo de su nacion, en juzgar una disputa que se suscita entre dos madres de familia.

»Entre una multitud de guardias fuimos conducidos hasta el padre de los franceses, y sorprendiéndome del aire de esclavitud que observaba en torno de mí, decia con frecuencia á Ononthio: »Donde está la nacion de los guerreros libres?" En fin, vimos al Sol (3) sentado como un jenio, sobre no sé qué cosa, que se llamaba trono, y brillaba por todas partes. Tenia en las manos un bastoncito, con el cual juzgaba los pueblos, y Ononthio nos presentó á este gran-jefe, diciendo:

»Señor, los súbditos de vuestra majestad....."

»Volvime yo hácia los jefes de las Cinco-Naciones, y espliqueles las palabras de Ononthio, á lo

(1) Versalles.
(2) Palacio de Versalles.
(3) Luis XIV.

cual respondieron: »Es falso;" y sentáronse en tierra con las piernas cruzadas. Entonces, dirijiéndome al primer sachem:

»¡Oh poderoso sol, esclamé, sol cuyos brazos se estienden hasta el medio de la tierra! Ononthio acaba de pronunciar una palabra, que sin duda se la habrá inspirado algun jenio enemigo; pero tú, á quien Ataensica (1) no ha privado de sentido, eres tan prudente, que no podrás persuadirte de que somos esclavos."

»Al pronunciar estas palabras, que salian injénuamente de mis labios, se notó un movimiento en la cabaña, y yo continué mi discurso, diciendo:

»Jefe de los jefes, nos has retenido en la choza de la servidumbre, valiéndote de la mas indigna traicion. Si hubieses venido á cantar la cancion de paz entre nuestros ancianos, hubiésemos respetado en ti los Manitús vengadores de los tratados. La grandeza de nuestra alma quiere no obstante que te escusemos, porque el soberano Espíritu quita y dá la razon como le place, y no hay nada mas insensato ni mas miserable que un hombre abandonado á sí mismo. Enterremos, pues, el hacha cuyo mango estaba teñido en sangre. Alijeremos la cadena de la amistad, y ¡ojalá que nuestra union dure tanto como el sol y la tierra! He dicho."

»Al concluir estas palabras, quise presentar al sol la pipa de paz, pero sin duda hirió á este jefe algun jenio con sus dardos invisibles, pues la pali-

(1) La venganza.

dez formó sobre su frente una venda blanca, y se apresuraron á llevarnos á otra parte de la cabaña.

»Allí nos vimos rodeados de una multitud curiosa, movida del deseo de vernos: los jóvenes particularmente se nos sonreian con complacencia, y muchos de ellos me apretaron secretamente la mano.

»Acercáronse á nosotros tres héroes: el primero parecia lleno ya de dias, y no obstante se le hubiese tenido por el anciano inmortal de los rayos, segun la grandeza que le acompañaba. Apenas se podia resistir el brillo de sus miradas, pues el alma sobresaliente, injeniosa y guerrera de la Francia, respiraba toda entera en aquel hombre.

»El segundo presentaba, bajo unas cejas espesas y un rostro indeciso, una espresion estraordinaria de virtud y de valor; de modo, que uno se inclinaba á tenerle por el rival del primer héroe y el freno de su fortuna.

»El tercer guerrero, mucho mas jóven que los otros dos, mostraba la moderacion en sus labios y la sabiduría en su frente. Su fisonomía era fina, su vista perspicaz, y su hablar tranquilo. El primero acababa sus dias de gloria en una magnífica cabaña entre bosques y fuentes, en compañía de nueve vírjenes, llamadas las Musas: el segundo solo dejaba el gran lugar para habitar los campos, y el tercero vivia retirado en una reducida habitacion, no lejos de un templo, donde se paseaba muchas veces alrededor de los sepulcros.

»Invité á estos tres hijos de las batallas á que viniesen á cantar entre la sangre nuestra cancion de

guerra; el mayor de los hijos de Areskui (1) se sonrió; alejose el segundo, y el tercero hizo un movimiento de horror (2).

»Ononthio me hizo observar mas lejos unos guerreros que conversaban juntos acaloradamente. »He aqui, dijo, tres hombres que la Francia puede oponer á la Europa combinada. Mira con atencion, y advertirás el fuego que brilla en el mas jóven de los tres, y qué impetuosidad se nota en sus palabras. Se esfuerza en convencer á aquel sachem inflexible que le escucha, que las galeras del mar interior deben destinarse á las aguas del océano. Este hijo ilustre de un padre aun mas famoso, hace sonreir al tercer guerrero, que no quiere decidir sobre los otros dos; se escusa diciendo que ignora las artes de Michabú (3), y que solo tiene de Areskui el secreto de los cercos inespugnables con que rodea las ciudades (4)."

»Se adelantó en aquel momento hácia el guerro un jóven héroe de mirar severo (5), y le presentó un collar (6) de súplica. El hijo de las montañas fijó la vista en el collar, y le devolvió ásperamente al héroe denegándole la demanda. El jóven héroe se llenó de rubor, y salió echando á la cabaña una mirada que me hizo estremecer, porque me pareció que habia implorado al jenio de las venganzas (7).

(1) Jenio de la guerra.
(2) Condé, Turena y Catinat.
(3) Arte de la guerra.
(4) Seguelay, hijo de Colbert, Louvois y Vauban.
(5) Louvois.
(6) El memorial.
(7) El príncipe Eujenio.

»Me distrajo de estas ideas el ruido que hicieron en una puerta, y al punto entraron riendo dos guerreros que iban cojidos del brazo. Su talle hermoso y torneado anunciaba dos hijos dichosos de la alegría; sus pasos eran algo vacilantes, su aliento parecia perfumado con los espíritus del mas escelente jugo de fuego (1); sus vestidos flotaban con afectado descuido, como si salieran de un largo festin, y su rostro estaba impregnado de polvos apreciables en el consejo de los sachems (2). En su persona veia yo difundido un no sé qué de bravura, y descubria un espíritu popular, indolente y pródigo hasta el estremo, al mismo tiempo que manifestaban no mirar cosa alguna con malos ojos, tratando solo de divertirse con los hombres, pensar poco en los dioses, y reirse de la muerte. Cualquiera los tendria por dos jemelos que Areskui habia tenido de alguna mortal despues de la victoria, ó por hijos ilejítimos de algun rey famoso; pues reunian á la nobleza de los altos destinos de un gran padre, lo que el amor y una condicion humilde suelen tener de gracioso y afortunado (3).

»Apenas habian puesto el pie en la cabaña estos hijos gordinflones de las vendimias, cuando otros dos guerreros corrieron á reunírseles. El uno de estos habia recibido al nacer un golpe fatal de la mano de un jenio; mas era sin embargo el hijo de los buenos sucesos (4). El otro parecia perfectamente á un je-

(1) El vino.
(2) El tabaco.
(3) Los dos Vandomas, nietos de Henrique IV por Gabriela.
(4) Luxemburgo.

nio salvador (1), y yo le habia visto detener del brazo al jóven que salió de la cabaña, despues de la negativa del guerrero altivo (2).

»Reunidos asi los cuatro, iban recorriendo la choza, y regocijando los corazones sin desdeñarse de hablar con un salvaje. Preguntáronme los dos hermanos si eran largos y suntuosos los banquetes en mis bosques, y si se dormia mucho en la piel de oso. Traté de honrar mis sotos, haciendo que produjese mi respuesta la alegría que respiraban los labios de aquellos hombres, y algun espíritu me asistió, pues se manifestaron contentos, y quisieron mostrarme por sí mismos la suntuosidad de la cabaña del Sol.

»Recorrimos inmensas galerías, cuyas bóvedas estaban habitadas por los jenios, y las paredes cubiertas de oro, de agua helada (3), y de pinturas maravillosas. Manifestaron los guerreros blancos el deseo de saber lo que yo pensaba de aquellas rarezas, y satisfaciendo su curiosidad, respondí diciendo:

»Yo os diré la verdad ¡ó huéspedes mios! tal como me la inspiran los Manitús, y con toda la rectitud de mi corazon. Me pareceis muy dignos de compasion, y no menos miserables; jamás he sentido tanto la pérdida de la cabaña de mi padre Utalisi, aquel guerrero honrado de todas las naciones como un jenio. Este palacio, del cual tanto os envaneceis, ¿ha sido acaso construido por órden de los es-

(1) Villars.
(2) Luis negó el mando de un rejimiento al príncipe Eujenio, y este se pasó al servicio del emperador.
(3) Cristales.

piritus? ¿Ha dejado de costar sudores y lágrimas, ó han sido echados por fortuna sus cimientos en la sabiduría, único terreno sólido? Preciso es una virtud superior para habitar en la magnificencia de estos lugares, pues el vicio seria horrible bajo estas cúpulas. Segun la espesura del aire que respiro, segun lo helado de este aire, y una cierta cosa de mortal, que yo diviso bajo el velo de las sonrisas, me parece que esta choza es la choza de la esclavitud, de los cuidados, y de la muerte. ¡Que! ¿no ois una voz dolorosa que sale de esas paredes, cual si fuese el eco donde vienen á repetirse los suspiros de los pueblos? ¡Ah! ¡cuan grande seria aqui el ruido de los lloros, si algun dia empezase á hacerse oir! Este edificio, cuando cayese, nunca seria reedificado, mientras que mi cabaña se puede levantar aun mas bella que antes en menos de un dia. ¡Quien sabe si las columnas de mis encinas verdearán todavía á la puerta de mi choza, cuando los pilares de este palacio se vean confundidos en el polvo!"

»Asi es, ó René, como un ignorante salvaje de la nueva Francia se familiarizaba con los mas grandes hombres de tu antigua patria, bajo el reinado del mayor de los reyes, y entre las pompas de Versalles.

»Dejamos las galerías, y en medio del estruendo de las armas bajamos á los jardines, donde á pesar de las preocupaciones de mi estera, quedé verdaderamente sorprendido de admiracion. La fachada entera del palacio, semejante á una inmensa ciudad; cien escalones de mármol blanco, por los cuales se baja á los bosques de naranjos; surtidores

de agua en medio de las estátuas de las plazuelas, y de las grutas de aquellos jardines, mansion de los espíritus celestes; bosques donde los primeros héroes, las mas hermosas mujeres, los espíritus divinos, erraban meditando las triples maravillas de la guerra del amor y del jenio....: todo este espectáculo se apoderó en fin de mi alma. Comencé á entrever una gran nacion, donde yo no habia visto mas que esclavos, y por la vez primera me avergoncé de mi soberbia pasion al desierto.

»Nos internamos por entre los bronces, los mármoles, las aguas, y las sombras de los árboles: cada fuente, precisada á brotar de la tierra, arrojaba un jenio á la superficie de los surtidores, y estos jenios variaban segun su poder: los unos estaban armados de tridentes, los otros tocaban grandes y ensortijados caracoles marinos; estos se veian en carros, aquellos brotaban agua á borbotones. Habiéndose apartado mis compañeros, me senté en el borde de un baño solitario, y viniendo la ilusion á batir sus alas alrededor de mí, sacudia sobre mi cabello los sueños y los recuerdos, enviándome la mas dulce de las tristezas del corazon, cual es la que produce la ausencia de la patria.

»Abandonamos por último la choza de los reyes, y la noche con su frescura, marchando delante de nosotros, nos condujo otra vez al gran lugar de la Francia.

»Cuando los dones del sueño hubieron reparado mis fuerzas, me dirijió Ononthio este discurso: »Chactas, hijo de Utalisi, te quejas de que aun no

has visto los guerreros libres; á cada instante me preguntas donde se hallan, y por tanto voy á hacer que los conozcas. Un esclavo te conducirá á la cabaña donde se reunen diversas clases de sachems: ve, é instrúyete allí, porque has de tener entendido que se aprende mucho con el estudio de las costumbres estranjeras. El hombre que no ha salido de su pais, no conoce mas que la mitad de la vida. En cuanto á los otros jefes compañeros tuyos, como no entienden la lengua del pais de las carnes blancas, preferirán sin duda quedar sobre su estera, fumar en su pipa, y hablar del pais suyo."

»Asi dice, y rebosando yo en júbilo salgo con mi guía, semejante á un águila que busca el cebo; corro dominado del hambre de la sabiduría, y en breve llegamos á una cabaña, donde estaban reunidos unos hombres venerables (1).

»Entré con un profundo respeto en el consejo, y quedé tanto mas satisfecho al notar que no se hacia de mí caso alguno. Di gracias por todo á los jenios, y me dije á mí mismo: »He aqui en fin la nacion francesa. Esto es como los sachems nuestros." Tomé una pipa consagrada á la paz, y me preparé para responder á cuanto se me iba á preguntar, sin duda relativo á los usos, las costumbres y las leyes de los hombres de las carnes rojas. Presté, pues, atento oido, y prometí el sacrificio de un oso á Michabú (2) si queria enviarme la prudencia para hacer honor á mi patria.

(1) El Louvre.
(2) Jenio de las aguas.

»Por la Gran-Liebre (1), ó hijo mio, te juro que me vi en la mayor confusion cuando observé que no entendia una palabra de cuanto decian los divinos sachems. Lo atribuí al principio á algun Manitú enemigo de mi gloria y de mis bosques, é iba á retirarme lleno de vergüenza, cuando uno de los ancianos, volviéndose á mí, me dijo gravemente: »Este hombre es rojo, aunque no por naturaleza, pues tiene la piel blanca como el europeo." Otro sostuvo que la naturaleza me habia dado un color rojo, y el tercero fue de dictámen que se me interrogase; pero el cuarto se opuso á ello, diciendo que segun la conformacion esterior de mi cabeza, era imposible que comprendiese lo que debian preguntarme.

Pensando con la sencillez de mi corazon que los sachems se divertian, me eché á reir, y el que habia anunciado la opinion última: »¡Vedlo, esclamó; ya os lo dije! ¡Estoy muy inclinado á creer, segun lo que debo juzgar por esas largas orejas, que ese canadino es de la especie media entre el hombre y el mono!" Entonces se movió una disputa acalorada sobre mis largas orejas. »Pero veamos, añadió uno de los ancianos que tenia apariencia de ser mas reflexivo que los otros: »Conviene no dejarse arrastrar de las esterioridades."

»Entonces el sachem se acercó á mí con la precaucion que creyó necesaria, y me dijo: »Amigo mio, ¿que es lo mejor que habeis hallado en este pais?"

(1) Divinidad soberana de los cazadores.

»Encantado de comprender en fin alguna cosa de todos estos discursos, respondí diciendo: »Sachem, bien se advierte en tu edad que los jenios te han concedido una gran sabiduría: las palabras que acaban de salir de tu boca acreditan que no me he engañado. Aun no he adquirido mucha esperiencia, y quisiera ser uno de tus hijos, pues cuando dejé las orillas del Meschacebé, habian florecido diezisiete veces las magnolias, y ya hace diezinueve que lloro la choza de mi madre; mas á pesar de ser del todo ignorante, os diré injénuamente la verdad. Hasta ahora no he visto vuestra nacion, y por tanto no me es posible hablaros de los guerreros libres; pero he aqui lo que he encontrado mejor entre vuestros esclavos. Las chozas (1) de comercio, donde se presenta al público la carne de las víctimas, me parecen bien hechas, y sumamente útiles."

»Suscitó esta contestacion una risa interminable, que trastornó la junta, y mi conductor me hizo salir, suplicando á los sachems que perdonasen la estupidez de un salvaje. Cuando atravesaba la choza, oí que argüian sobre mis uñas, y que mandaban estender en los collares (2) aquel consejo, como uno de los mejores de la luna en que entonces se estaba.

»De aquella reunion pasamos á la de los sachems llamados *jueces*, y yo iba tristemente pensando en mi aventura, al mismo tiempo que ruborizado de

(1) Las salchicherías y carnicerías. Los salvajes traidos a Paris en tiempo de Luis XIV, solo se admiraron de ver los mostradores donde se vendian las carnes.

(2) Las actas.

no tener mas espíritu. Habiendo llegado á una isla en medio del gran lugar, atravesé unas chozas obscuras y desiertas, y llegué al sitio (1) donde residia el consejo. Estaba compuesto de venerables sachems, vestidos de largos ropajes encarnados y negros, y escuchaban á un orador que hablaba con voz clara y penetrante. »He aqui, dije yo interiormente, los verdaderos sachems: ahora veo que los otros no son mas que hechiceros y farsantes. Me coloqué con mi guía en el puesto de los espectadores, y dirijiéndome al mas próximo: »Valiente hijo de la Francia, le dije, sin duda habla ese orador de la voz de cigarra en pro ó en contra de la guerra, azote de los pueblos. Suplícote me digas cual es la injusticia de que se queja con tanta vehemencia."

»El estranjero, mirándome risueño, me respondió. »Querido salvaje, sí que se trata de la guerra; ¡de la guerra, sí, á ese miserable que ves, y que será sin duda degollado, por haber tenido la debilidad de confesar en los tormentos un crímen, del cual no hay mas prueba que su confesion, arrancada á la fuerza, no pudiendo resistir á los dolores!"

»Al oir esto rogué á mi conductor que me volviese á la choza de Ononthio, pues se divertian por todas partes de mi simpleza.

»Volvíamos en efecto á casa de mi huésped, cuando al pasar por delante de la cabaña de las oraciones (2), vimos la multitud reunida á las puertas, y mi guía me dijo que se celebraba en aquella caba-

(1) La casa del tribunal.
(2) Una iglesia.

ña una fiesta de la muerte. Esperimenté un violento deseo de entrar en aquel lugar santo, y penetramos en él por una abertura secreta. Guardaban entonces silencio para escuchar á un jenio, cuyo soplo animaba unas trompas de metal (1), y el cual cesó de murmurar en breve. Las columnas del edificio, cubiertas de tela de seda negra, difundirian á sus pies una obscuridad impenetrable, sino la hubiese disipado el brillo de mil antorchas. En medio del santuario que rodeaban los jefes de la oracion (2), se elevaba el simulacro de un féretro, y el altar y las estátuas de los hombres protectores de la patria, ocultos bajo fúnebres crespones. Lo mas poderoso y bello que contenia el gran lugar, estaba situado en los bancos de la nave.

»Llamaba la atencion de todos un orador vestido de blanco en medio del duelo, y en pie, en una alta galería (3), con los ojos cerrados y los brazos cruzados, se disponia para empezar un discurso, y parecia perderse en las profundidades del cielo. Abrense sus ojos de repente, y su voz, intérprete de la muerte, llena las bóvedas del templo, cual si fuese la voz del Grande-Espíritu (4). ¡Oh! ¡con cuanta alegría advertí yo que entendia perfectamente al jefe de la oracion! Eran tan naturales á mi corazon los sentimientos que él espresaba, que me parecia que hablaba la lengua de mi pais.

»Hubiera querido arrojarme á los pies de aquel

(1) El órgano
(2) Los sacerdotes.
(3) El púlpito.
(4) Bossuet.

sacrificador, para suplicarle que un dia hablase de mi tumba, á fin de regocijar mi espíritu en la rejion de las almas; pero al recordar mi poca virtud, ya no me atreví á pedir semejante favor, y me dije á mí mismo: »El murmullo del viento y del torrente es la única elocuencia que conviene al monumento de un salvaje."

»No salí de la cabaña de la oracion sin invocar al Dios de la hija de Lopez, y habiendo vuelto á casa de Ononthio, le manifesté los frutos de mi ocupacion en aquel dia, refiriéndole en particular las palabras del orador de la muerte, que escuchó gustoso, aunque me dijo:

»Chactas, es preciso que conozcas la naturaleza humana: ese grande hombre que te ha encantado, no ha podido dejar de molestarse por otra nombradía; por algunas palabras mal interpretadas divide la córte y la ciudad, y persigue á un amigo (1).

»Sin embargo, tú verás claramente algunas contradicciones en algunos de nuestros oradores y entre otros muchos franceses; mas no serias tan sábio como tu padre, ó hijo de Utalisi, si llegases á juzgarnos por estas debilidades."

»Asi me hablaba Ononthio, que habia vivido muchas nieves (2), y fue tal la impresion que hicieron en mí las cosas que acababa de decirme, que se apoderaron de mi imajinacion en el silencio de la noche. Inmediatamente que la madre del dia, la fresca aurora, subió al horizonte con el jóven Sol su

(1) Fenelon.
(2) Años.

hijo, suspenso de sus hombros en pañales de púrpura, sacudimos de nuestros párpados los vapores del sueño. Por órden de Ononthio nos ceñimos nuestras mas hermosas capas de castor, nos calzamos unos borceguíes maravillosamente bordados, adornámonos con plumas, y nos compusimos el cabello con arte, para ir acompañados de nuestro huésped á la fiesta que el gran-jefe preparaba en unos bosques, no lejos de las orillas del Sena.

»Seria la hora en que la indiana espanta con un ramo las moscas que susurran en torno de la cuna de su hijo, cuando echamos á andar, y llegamos en breve á la morada de los Manitús y de los jenios (1), donde Ononthio nos colocó en un alto estrado.

»El jefe de los jefes, que parecia cubierto de pedrerías, estaba montado en un caballo mas blanco que el rayo de la luna, y mas lijero que el viento. Pasa bajo unos pórticos semejantes á los de nuestros bosques, y le acompañan cien héroes vestidos como los antiguos guerreros de la Francia.

»Cae una barrera, los héroes avanzan, y síguelos un carro inmenso todo de oro, á cuyo lado marchan cuatro siglos, cuatro estaciones, las horas del dia y de la noche, y danse luego unos combates, que nos dejan absortos.

»La noche entolda el cielo, cesan las carreras, y se encienden en el bosque mil antorchas. Elévase repentinamente en el fondo de una gruta obscura una montaña de claridad brillante; vense de pie en su cumbre un genio y su compañera, que bajan

(1) Fiestas de Luis XIV.

luego, y cubren de las rarezas de la tierra y del agua una mesa de cristal, y luego unas mujeres, deslumbrantes por su belleza, van á sentarse al banquete, y las sirven ninfas y amores.

»Se levanta del seno de la tierra un anfiteatro, y presenta en sus escalones unos coros armoniosos, que hacen resonar mil instrumentos. A una señal desaparece la escena, cuatro ricas cabañas cargadas de los dones del comercio y de las artes, sustituyen á los primeros prodijios; y Ononthio me hace observar los personajes que distribuyen los presentes de la munificencia real, y me dice:

»¿Ves aquella mujer tan bella (1), aunque de aspecto algo altivo, que preside en una de las cuatro cabañas con el hijo de un rey? La nube que se advierte en su frente es un astro que se retira delante de esa otra belleza, de mirar mas sensible, pero artificioso, la cual ocupa la segunda cabaña con aquel jóven príncipe (2). Si el gran-jefe hubiese querido ser feliz entre las mujeres, no hubiera escuchado ni á una ni á otra de esas beldades, y hoy no se consumiria en una soledad cristiana el alma mas tierna (3)."

»Mientras yo escuchaba estas palabras, advertí otras muchas mujeres que escitaron mi curiosidad, y habiéndolas señalado á Ononthio, me respondió:

»Las Gracias mismas han arreglado los collares (4) que esa matrona envia á su querida hija: en

(1) Madama de Montespau.
(2) Madama de Maintenon.
(3) Madama de La-Valliere.
(4) Cartas de Madama Sevigné.

cuanto á estas otras tres flores que mecen juntas sus tallos, la una prospera en las orillas de los arroyos (1), la otra gusta de adornar el seno de las princesas desgraciadas (2), y la tercera ofrece sus perfumes á la amistad (3). He allí mas lejos dos palmeras ilustres por su raza; pero que no tienen la gracia de las tres flores, ni mas adornos que el de collares políticos (4). Chactas, este talento en las mujeres reunido al jenio en los hombres, es lo que constituye la superioridad de un pueblo. Favorecidas son tres veces del cielo las naciones donde la Musa se propone allanar los senderos de la vida: reinando en ellas bastante urbanidad para suavizar las costumbres, nada es capaz de corromperlas."

»Durante este discurso, oimos detras de nosotros la voz de dos hombres, y observamos que el mas jóven decia al de mas edad: »No me admiro que esteis sorprendido de la institucion de este tribunal activo. Estamos por todos estilos en el tiempo de las cosas estraordinarias. Si se pudiese hablar de la máscara de hierro....." Al llegar aqui, se hizo sorda la voz del guerrero como el ruido de un agua que cae por bajo de las raices al hondo de un valle cubierto de musgo.

»Volví la cabeza, y advertí un hombre cuyo traje me dió á conocer que era un guerrero, pues llevaba un tocado de púrpura; y Ononthio, que ad-

(1) Madama Deshoulieres.
(2) Madama La-Fayete.
(3) Madama Lambert.
(4) Memorias de Madama Montpesier, y de Madama, segunda mujer del hermano de Luis XIV.

virtió mi sorpresa, se apresuró á decirme: »¡Oh hijo de la tierra de los cazadores! te encuentras en el pais de los encantamientos. El mismo guerrero que nos ha interrumpido con sus proposiciones, es aqui una maravilla; es un rey (1) venido de la ciudad de mármol, para poner su pueblo á los pies del sol de los franceses."

»Apenas se habia esplicado Ononthio de esta suerte, cuando el terror se apoderó de todo el concurso, y el jefe de los jefes se turbó al oir las palabras secretas que le llevó un heraldo. En tanto que resonaban unos gritos á lo lejos, el silencio y la inquietud se manifestaban en los labios y la frente de todos; asi un castor que ha oido pasos en la orilla de su lago, suspende los golpes con que construia los cimientos de sus diques, y con sobresalto presta atento oido al rumor. Desvaneciéronse las quejas despues de algunos momentos, restableciose la calma en la fiesta, y habiendo preguntado á Ononthio la causa de este accidente, despues de titubear para responderme, se esplicó en estos términos:

»Es una imprudencia cometida por un destacamento de guerreros que ha pasado muy cerca de este sitio escoltando á unos presidiarios."

— »Segun eso, repliqué yo, habrán cometido algunos crímenes. Atendidos sus lamentos hubiera yo creido que eran algunos desdichados, mas bien que unos hombres aborrecidos del Grande-Espíritu, á causa de sus injusticias; pues hay en el dolor un

(1) Dux de Jénova.

acento, el cual no puede engañar. Por otra parte, siendo muchos los que al parecer iban allí, no era fácil creer que hubiese tantos corazones amigos del mal."

— »Se cuentan, dijo entonces Ononthio, muchos millares de franceses condenados asi á destierro, porque quieren adorar á Dios en altares nuevamente erijidos (1)."

— »Segun veo, esclamé, es la voz de muchos millares de franceses la que acabo de oir en medio de esta pompa francesa. ¡O nacion incomprensible! con una mano haceis libaciones al Manitú de las alegrías, y con la otra arrancais de su hogar á vuestros hermanos, forzándoles á abandonar con todas suertes de miserias sus jenios domésticos."

— »¡Chactas! ¡Chactas! esclamó vehemente Ononthio; no se trata aqui de semejante cosa."

»Callé entonces, pero el resto de los juegos me pareció ya emponzoñado, y no siéndome posible fijar mis ideas sobre las costumbres y las leyes de los europeos, sentí amargamente la pérdida de mi cabaña y de mis desiertos.

»Volvimos á encontrar delicias en casa de Ononthio. ¡Dichosos, me decia yo á mí mismo cediendo al sueño, dichosos los que tienen un arco, una piel de castor y un amigo!

»El dia siguiente al acercarse la primera vijilia, Ononthio nos hizo subir con él á un carro, y lle-

(1) Los protestantes. Revocacion del edicto de Nantes, dragonadas.

gamos á una espaciosa cabaña (1) inundada de las olas de los pueblos. Por estrechos pasadizos, iluminados con la luz de fuegos encerrados en vasos, penetramos hasta una cabañita (2) tapizada de púrpura, y cuya puerta nos abrió un esclavo.

»Descubro al instante una sala adornada, donde cuatro órdenes de cabañas semejantes á aquellas en que yo entraba, estaban sostenidas por los lados del edificio, y á la claridad de las arañas brillaban mujeres de estraordinaria belleza y héroes de largas cabelleras, cargados de vestidos de oro. Debajo de nosotros, al fondo de un abismo, otros guerreros en pie y apiñados ondulaban como las olas del mar. Salia de la multitud un ruido confuso; de cuando en cuando se oian voces y risotadas distintas, y en algunas filas de jenios de armonía situadas bajo una ancha cortina, tocaban sonatas tristes, que nadie escuchaba.

»Mientras yo observaba estas cosas tan nuevas para mí, mientras Ononthio y sus amigos estudiaban en mis ojos las sensaciones de un salvaje, salió de un lugar desconocido un silbido semejante al de las cotorras de nuestros bosques, y plegose entonces la cortina en los aires, como el velo de la noche descorrido por la mano del dia.

»Preséntase á mi vista una cabaña sostenida por columnas. Calla la música, reina un profundo silencio en el concurso, y adelántanse bajo los pórticos dos guerreros, el uno jóven, y el otro que ya

(1) El teatro.
(2) Un palco.

tocaba en la vejez. René, no soy mas que un salvaje: mis órganos groseros no pueden sentir toda la melodía de una lengua hablada por uno de los pueblos mas cultos del universo; pero á pesar de mi natural rudeza, no pudiera decirte cuál fue mi admiracion cuando ambos héroes llegaron á abrir sus labios en medio de la muda cabaña. Creí oir la música del cielo, notando cierta cosa que parecian sonatas divinas, al mismo tiempo que no eran un verdadero canto, sino que guardaban, á mi parecer, un término medio entre el canto y el lenguaje comun. Habia yo oido la voz de las vírjenes de la soledad durante la calma de las noches, y mas de una vez presté el oido á los soplos de la luna, cuando despiertan en los bosques los jenios de la armonía; pero estos sones me parecieron sin encanto comparados con los que entonces escuchaba.

»Mi sorpresa se aumentaba á proporcion que se disminuia la escena. ¡Oh Atala! ¡que cuadro de la pasion, oríjen de todos los infortunios nuestros! Vencido por mis recuerdos, por la verdad de las pinturas (1), y la poesía de los acentos, las lágrimas se agolparon á mis ojos como un torrente, y mi trastorno fue tan grande, que turbó la cabaña entera.

Cuando volvió á caer la cortina, haciendo desaparecer aquellas maravillas, la mas jóven habitante (2) de una choza inmediata á la nuestra, me dijo: »Querido huron, estoy enamorada de ti, y

(1) Fedra.
(2) Ninon.

quiero que esta noche me acompañes á cenar con el que llamas tu padre." Ononthio me llamó aparte, y me contó que aquella mujer graciosa era una célebre Ikuesen (1), en cuya casa se reunia la verdadera nacion francesa; y yo, arrebatado de la proposicion, respondí á la Ikuesen: »Amante del placer, son tan dulces tus labios, que no permiten recibir un no. Disimularás únicamente mi sencillez, considerando que vengo de los grandes bosques."

»En aquel momento se alzó otra vez la cortina, y al ver aquel segundo espectáculo, quedé quizás mas admirado que del primero, pero le comprendí menos. Las pasiones que vosotros llamais trájicas, son comunes á todos los pueblos, y puede entenderlas un natchez lo mismo que un frances; los llantos son iguales en todas partes; pero las risas se diferencian segun los tiempos y los paises.

»Concluidos los juegos, se cubrió la Ikuesen con un velo, y obligándome con la locura de los amores á darle la mano, bajamos los escalones de la choza donde se agolpaba un tropel de espectadores, y Ononthio nos seguia. El indiano no sabe ruborizarse; por tanto no esperimenté ningun embarazo, y observé que todos parecian aplaudir la sencilla altivez de mi continencia.

»Subimos á un carro en medio de las armas protectoras, de las flamíjeras antorchas, y de los gritos de los esclavos que hacian resonar las bóvedas con el nombre pomposo de sus amos. Ruedan las cabañas movibles como el carro de la noche: el

(1) Cortesana.

hijo del comercio, retirado á la paz de sus hogares, oye estremecerse los vidrios de su choza, y siente temblar bajo de sí el tálamo nupcial. Llegamos á la casa de la divinidad de los placeres, y arrojándose unos esclavos del carro rápido donde estaban suspensos, abren las puertas de él, y nos apeamos bajo un vestíbulo de mármol, adornado de naranjos y de flores. Entramos en unas cabañas voluptuosas, con artesonados de ébano, en que habia esculpidos paisajes de oro, y vimos que ardian por todas partes los tesoros hurtados (1) á las hijas de las rocas, y de las viejas encinas. La verdadera nacion francesa (porque yo la reconocí al primer golpe de vista) estaba ya sentada junto á los hogares de la Ikuesen, reinando entre los guerreros un tono de igualdad, y una franqueza semejante á la de los salvajes.

»Dirijí mi súplica al amor hospitalario, á los Manitús de aquella cabaña, y mezclándome entre la multitud, me encontré por primera vez tan á mi gusto, como si estuviese en el consejo de los Natchez.

»Estaban reunidos los guerreros en diferentes grupos, como haces de maiz plantado en el campo de los pueblos. Cada uno daba á su vecino y recibia de él lecciones; las conversaciones eran graves sucesivamente, como las de los viejos, y fujitivas como las de las doncellas. Aquellos hombres, capaces de grandes cosas, no se desdeñaban de las agradables parlerías, manifestaban claramente la abundancia de sus ideas, formaban largos discursos, y

(1) Cera.

seguian una conversacion agradable y amena, semejante á aquellos artífices de robustos brazos, que en un taller europeo hilan el metal flexible que reune los diversos adornos de la belleza, aguzando el uno la punta, el otro puliendo su lonjitud, y el otro uniendo el anillo con que la vírjen fija la nube trasparente en su seno, ó la cinta en su cabeza.

»Abandonado á mí mismo, vagaba yo de grupo en grupo encantado de lo que oia, porque comprendia todas las palabras, y nadie se manifestaba sorprendido de mi aire estranjero."

Mientras yo andaba asi por entre el concurso, advertí en un rincon un hombre que con nadie hablaba, y parecia estar profundamente distraido: me dirijí, pues, á él, y le dije: »Cazador, te deseo un cielo azul, muchos corzos y una piel de castor. ¿De que desierto eres? Segun veo me debo persuadir que vienes, como yo, de una selva."

El héroe, que finjió despertarse, me miró, y respondiome: »Sí, vengo de una selva."

No dormiré so el rico artesonado;
Mas, ¿será el sueño asi menos precioso?
¿Será menos profundo y delicioso?
Vuelvo á entregarme á mi desierto amado.

»Bien lo habia yo adivinado, esclamé. Tu apariencia es simple, mas tú eres escelente. »¿Hay cosa menos brillante que el castor, el ruiseñor y la abeja?"

»Al terminar yo estas palabras, se acercó á nosotros un guerrero de ojos perspicaces, y poniéndose

el dedo en la boca: »Apuesto, dijo, á que nuestros dos salvajes están encantados uno de otro."

»Al mismo tiempo metió su brazo por debajo del mio, y me condujo á otra parte de la cabaña. »¿Dejamos, pues, enteramente solo á este hijo de los bosques?" le dije. — »¡Oh! no necesita á nadie, replicó mi conductor: ademas, no habla el lenguaje de los hombres, y solo entiende el de los dioses, el de los leones, las golondrinas y las palomas (1)."

»Atravesamos por la multitud, y uno de los mas hermosos franceses que jamás he visto, tomando el brazo de uno de dos amigos suyos, se puso á nuestro lado, y mi guía me dijo: »¡Que drama nos habeis dado! ya habeis visto los arrebatos que ha ocasionado á este salvaje." — »Confieso, añadió el guerrero, que es uno de los resultados que mas me han lisonjeado en mi vida." — »Sin embargo, dijo uno de sus amigos con tono severo, hubiese sido mejor que no hubieseis cedido tanto al gusto del siglo, cercenando vuestra *Aricia* con riesgo de echar á perder la escena que arrebató á este iroqués."

»El segundo amigo del guerrero no quiso defenderle: »He aqui, esclamó el primero, vuestras debilidades; por esto habeis descendido del misantropo al saco en que envolveis vuestro escapin." Al oir esta proposicion, iba yo á esclamar: »¡Son estos aquellos hombres amables del cielo, cuyos cantos he oido! Pero alejáronse entonces los tres ami-

(1) La Fontaine.

gos (1), y yo volví á encontrarme solo con mi guía; el cual me condujo al otro estremo de la cabaña, y me hizo sentar á su lado en una estera de seda.

»Desde allí, repasando con la vista el concurso, ora en movimiento, ora inmóvil: »Chactas, me dijo, quiero hacerte conocer el carácter de los personajes que tienes á la vista, y ellos te darán una idea de este siglo y de mi patria.

»Observa primeramente estos guerreros que están perezosamente tendidos sobre esas que parecen camas de plumas. Son los hijos de los juegos y de las risas, los cuales gozan de la inmortalidad por su nacimiento; pues aunque te parezcan ya viejos, son siempre jóvenes como las Gracias, sus madres. Retirados del ruido, en un arrabal pacífico, pasan sus dias sentados en banquetes, con las sienes ornadas de hiedra y la frente de flores, mezclando con vinos perfumados el agua de un manantial, que los hombres llaman Hipocrene, y los dioses Castalia. A pesar de esto, Chactas, te engañarias si creyeses que estos hombres son unos afeminados sin vigor. Quizás ningun guerrero tiene menos apego que ellos á la vida, pues la quebrarian con la misma indiferencia que los frájiles vasos que algunas veces rompen por diversion en los festines."

»Maravillado de la fina pintura de mi curioso demostrador, miré con interes aquellos hombres (2), que presentaban un carácter desconocido entre los salvajes; pero mi huésped me distrajo de estas re-

(1) Racine, Moliere y Boileau.
(2) La sociedad del pantano, Chauliere, La Fare, etc.

flexiones, haciéndome observar una especie de ermitaño que hablaba con la Ikuesen.

»Este, me dijo, ha sido sacerdote, y va á ser rey, y antes que se fastidie de su segunda diadema, vive aqui como simple farsante (1). En cuanto á este otro guerrero tan viejo, cuyos pies descansan en un almohadon de terciopelo, es un estranjero recien llegado. Su padre condujo un rey al cadalso, y colocó en su cabeza la corona que habia derribado (2). Ricardo, mas sábio que Olivier, ha preferido el reposo á la ajitacion de una vida ruidosa, y volviendo á entrar en el estado obscuro de sus abuelos, no estima la gloria de sus padres sino en cuanto la mira como uno de sus placeres."

»¡Por Michabú (3), esclamé, que esto es una mezcla estraña! Solo faltaba aqui un esclavo como yo." Mi esclamacion hizo reir al observador de los hombres, quien me respondió: »Estás aun muy distante, mi querido Chactas, de haberlo visto todo; pero sea cual quiera tu deseo de saber, es fácil contentarte. Aquellos cuatro hombres recostados contra aquella mesa de alabastro, son los cuatro artistas que han creado las maravillas de Versalles: el uno ha levantado las columnas, el otro ha diseñado los jardines, el tercero ha esculpido las estátuas de ellos, y el cuarto ha pintado los cuadros (4).

»Mira sentados á sus pies sobre tapices de orien-

(1) Casimiro, rey de Polonia.
(2) Olivier Cronwell.
(3) Jenio de las aguas.
(4) Mansar, La-Notre, Coustou y Lebrun.

te aquellos hombres de rostro color de cobre y ropaje de seda. Han venido de las puertas de la Aurora, como tú de las del Poniente; ellos para ser embajadores en nuestra córte (1), tú para servir en nuestras galeras; pero tú y ellos para pagar un tributo á nuestro jenio, y hacer de este siglo un siglo perpetuamente milagroso.

»En cuanto á lo demas, estos salvajes de la India son mas dichosos en el dia que los de la Luisiana, porque encuentran aqui con quien hablar, á lo menos el idioma de su patria. Aquellos guerreros blancos que conferencian entre sí, son unos viajeros que han recojido los simples de las montañas, ó los restos de la antigüedad (2).

»Esos otros agrupados junto á aquella ventana, son unos sábios que la munificencia de nuestro rey ha ido á buscar hasta en una tierra enemiga, para colmarlos de beneficios. Las cartas que tienen en la mano, y que repasan con tanto interes, son la correspondencia de muchos sachems; los cuales, aunque nacidos en paises diferentes, forman en Europa una ilustre república, cuyo centro es París. Por medio de esas cartas se comunican mútuamente sus descubrimientos; uno de estos acaba de encontrar en estos últimos dias el verdadero sistema de la naturaleza, y el otro le comunica en respuesta sus cálculos sobre lo infinito (3).

»No lejos de esos estranjeros puedes observar

(1) Embajadores de Siam.
(2) Tournefort, Boucher, Gerbillon, Chardin, etc.
(3) Newton, Leibnitz.

un hombre que habla con vigor; es un famoso sachem, de aquellos que llamamos filósofos. Su patria es Albion; pero hace algun tiempo que se desterró á las orillas bátavas, de donde ha venido á rendir homenaje á la Francia (1).

»Y bien, continuó nuestro huésped, ¿que piensas ahora de nuestra nacion? ¿Hallas aqui bastantes hombres, y cosas estraordinarias? Prelados tan diferentes en sus talentos como en sus principios; literatos distinguidos por el contraste de su jenio; oficinas con talentos espertos en las guerras; hijas de la voluptuosidad intrigando con frailes cerca del trono; cortesanas disputándose sus mútuos despojos; jenerales divididos; majistrados que no se entienden; reglamentos admirables, pero infrinjidos; la ley proclamada soberana, pero siempre suspensa por la dictadura real; un hombre enviado á presidio por tiempo determinado, pero permaneciendo alli toda la vida; la propiedad declarada inviolable, pero confiada al capricho del señor; todos los ciudadanos libres para ir adonde quieren, y decir lo que piensan, bajo la reserva de ser arrestados, si al rey le place, y enviados al patíbulo en testimonio de la libertad de las opiniones; en fin, edificios acabados, manufacturas en abundancia, colonias fundadas, creada la marina, la Europa medio subyugada, una parte de la nacion arrojando fuera la otra parte.... Tal es este siglo, cuyo compendio ves en esta sala; siglo, que á pesar de sus errores será siempre modelo de gloria, y cuya gran-

(1) Locke.

deza no se conocerá bien, sino cuando se pretenda escederle."

»Concluido este discurso, me dejó mi guía para ir á otra parte á observar los hombres, y él mismo me pareció una de las rarezas del siglo que acababa de pintarme (1).

»Avisaron unos esclavos que estaba dispuesto el banquete, y unas mesas cubiertas de flores, frutos y pájaros nos ofrecieron sus elegantes riquezas. El vino era escelente, la alegría verdadera, y las espresiones tan finas, como las de los hurones. La veleidosa Ikuesen que me dió asiento á su derecha, se chanceaba conmigo, y me decia: »Háblame, pues, de tus bosques. Quisiera saber si en Huronia hay como entre nosotros grandes señoras que quieren hacer encerrar en el convento infelices doncellas, forzando su libertad contra la inclinacion que el cielo les ha dado. ¡Oh! ¡es un escelente pais el tuyo, donde se dice al gran-jefe lo que se piensa, y donde hace cada uno lo que se le antoja hacer! Aqui es precisamente lo contrario: todo el mundo está obligado á mentir al sol, y someterse á la voluntad de su vecino, y por esto va todo á las mil maravillas entre nosotros."

»Añadió esta mujer otras muchas palabras, en que bajo una apariencia frívola descubrí pensamientos muy sérios. Dijéronse mil retruécanos y equívocos graciosos acerca de la respuesta que yo di á los hechiceros de la gran choza, y que la Ikuesen decia ser admirable, aunque añadió: »Ahora me toca á

(1) La Bruyere.

mí el saber, qué es lo mas sensato que has hallado entre nosotros. No habiendo yo hablado de tu piel ni de tus orejas, espero que me des otra respuesta diferente de aquella que te ha perdido en el concepto de nuestros filósofos."

— »¡Musgo blanco de las encinas, que sirve de lecho á los héroes! respondí yo: los presidiarios y las mujeres como tú, me parece que poseen toda la sabiduría de su nacion."

»Esta proposicion escitó la risa en la mesa hospitalaria, y se apuró la copa de la libertad en honor de Chactas.

»Entonces los jenios de los amores distrajeron la conversacion, y la hicieron recaer sobre asuntos mas deliciosos. El recuerdo de la hija de Lopez removió los secretos de mi corazon, y le hizo palpitar. Observó un convidado, que si la pasion forma tempestades, la edad viene pronto á calmarlas, recobrándose en breve la tranquilidad de alma en que se estaba antes de haber perdido la paz de la infancia. Aplaudieron los guerreros esta observacion, y yo respondí diciendo:

»No puedo comprender cómo la calma que se goza despues de la tempestad sea semejante á la que le ha precedido: el viajero que no ha partido, no es el viajero que ha vuelto; la hoguera aun no encendida, no es la hoguera apagada. La inocencia y la razon, son dos árboles plantados en las estremidades de la vida: es verdad que á sus pies se encuentra igualmente el reposo, pero el árbol de la inocencia está cargado de pimpollos, de perfumes y tiernas y

verdes flores, y el árbol de la razon no es otra cosa que una encina vieja y seca, sobre un tronco despojado ya de su follaje por el rayo y los vientos del cielo.

»Asi es como nosotros hablamos en este festin, del cual yo hago una relacion minuciosa, porque habiendo visto los hombres en su mas alto grado de civilizacion, debo pintártelos con una axactitud escrupulosa. Las cosas de la sociedad y de la naturaleza, presentadas en su mayor oposicion, te suministrarán el medio de pesar con el menor error posible el bien y el mal de los estados.

»Estábamos ya dispuestos á dejar las Musas, cuando presentaron á nuestra mujer seductora una cuna coronada de flores. En ella estaba recostado un niño, que segun decia su nodriza, reclamaba los presentes de su nacimiento. La Ikuesen conocia á los padres del recien nacido, lo tomó en sus brazos, y encontró en él un aspecto malicioso (1), y prometió darle un dia granos de porcelanas (2) para comprar collares (3).

(1) Voltaire.
(2) Dinero.
(3) Libros.

LIBRO SÉPTIMO.

»Habiendo empleado tan bien este dia, me resolví al siguiente á buscar por mí mismo la nacion francesa, y ensayar conocerla mejor por mí solo, sin el ausilio de un conductor. Salí, pues, sin guía á media mañana, y despues de haber recorrido caminos estrechos y tortuosos, llegué á un puente, en donde saludé á un rey benéfico, que vi montado en un caballo de bronce (1). Subiendo desde alli contra la corriente del rio de aguas blancas, en donde unas mujeres lavaban túnicas de lino, llegué á la plaza de la sangre (2), en la cual vi reunida una gran multitud, y habiéndome dicho que iban á atar una víctima á la máquina que me indicaron, advertí sobre ella el jenio de la muerte (3) bajo la forma de un hombre.

»Persuadiéndome que se trataba de la ejecucion de un prisionero de guerra, me senté para oirle cantar, y animarle á sufrir los tormentos como un indio, por lo cual pregunté á uno que estaba cerca de mí, y que parecia muy enternecido: »Hijo de la humanidad, ¿ha sido este guerrero preso comba-

(1) El puente nuevo y estátua de Henrique IV.
(2) La Greva.
(3) El verdugo.

tiendo con valor, ó es acaso hijo de los débiles, de quien el homicida Areskui se ha apoderado en su fuga?" Y el guerrero me respondió:

»No es soldado el que va á terminar sus dias, y sí un jefe de la oracion (1), el cual, desterrado de la Francia por opiniones relijiosas, no ha podido tolerar los disgustos del destierro. Vencido por el sentimiento que subyuga á todos los hombres, ha vuelto disfrazado á su pais: de dia estaba oculto en un subterráneo, y de noche andaba errante alrededor del campo paterno, á la claridad de los astros que precedieron á su nacimiento; pero habiéndole conocido en uno de aquellos paseos, en que respiraba secretamente el aire de su patria, le han denunciado, y la ley le condena á muerte por haber quebrantado su destierro."

»Calló el guerrero, y vi que por medio de la multitud se adelantaba un anciano, el cual, habiendo llegado á los pilares de sangre, despojose del vestido, y postrándose de rodillas, se puso en oracion. En seguida, fijando el pie con serenidad en el primer madero de la escalera, y elevándose de escalon en escalon, parecia subir sosegadamente al cielo. Sus blancos cabellos ondeaban por su cuello ya arrugado y moreno con la edad, y veíase su envejecido pecho desnudo, que respiraba tranquilamente bajo la túnica entreabierta. Echó en fin la última mirada sobre la Francia, y la muerte le ligó por la cima cual si fuese una garba de mies segada.

(1) Un ministro protestante.

»En medio de la turbacion de mis sentidos, que al principio no me permitieron sustraerme de allí, me levanté, y esclamé: »Volvedme á mis bosques:" y alejándome con paso acelerado, y prorumpiendo en llanto como fuera de mí, anduve á la aventura por largo rato; pero al fin el cansancio del cuerpo vino á aliviarme de las fatigas del alma, y encontrándome anheloso cual un cazador que ha perseguido un ciervo, me vi precisado á pedir en alguna parte los dones de la hospitalidad. Llamo á la puerta de una bellísima cabaña, y saliendo al punto á abrirme un esclavo: »¿Que quieres?" me dijo con aspereza. — »Ve á decir á tu amo que un guerrero de las cárnes rojas viene á beber con él la copa del banquete;" mas apenas hablé cuando el esclavo se echó á reir, y cerró la puerta.

»Lejos de desalentarme esta prueba, habiéndose ofrecido á mi vista y á corta distancia, en una senda estraviada, una habitacion semejante á las nuestras, me presenté en el umbral de ella, y distinguí en lo interior de un cuarto obscuro un guerrero medio desnudo, una mujer y tres niños. Auguré bien de mis huéspedes cuando vi que cual si fuesen indios permanecian tranquilos al ver mi aspecto: entro entonces en la cabaña, me siento en el hogar, donde saludo al Manitú doméstico, y tomando en brazos al menor de los tres niños, que eran las dulces luces de su madre, entoné la cancion del suplicante.

Concluido esto, dije en frances: »Tengo hambre:" y el me respondió: »¿Tienes hambre?" Esto

me hizo pensar que habia sido viajero entre los pueblos de la soledad. Levantose, tomó una torta de maiz negro y me la dió; mas no pude comerla, porque vi á la madre derramar una lágrima, y á los hijos devorar con los ojos el pan que yo llevaba á mi boca. Entonces lo distribuí á la inocencia, y dije al guerrero su padre: »¿Acaso los manes de los osos no han sido apaciguados con los sacrificios en la nieve (1) última, y la caza no ha sido buena, y tus hijos tienen hambre?" — »¡Hambre! respondió mi huésped, ¡sí, para nosotros miserables la hambre dura mientras vivimos!"

»Yo repliqué: »Sin duda hay algun guerrero cuyo sol ha mirado los arces, y cuyas flechas han sido mas favorecidas del gran castor: él te hará partícipe de su abundancia." El hombre se sonrió amargamente, y de esto inferí que habia yo dicho una espresion poco sábia.

»Semejante á una viuda, que desde el lecho desierto en que está acostada, ve las telas del insecto suspensas sobre su cabeza, y se querella del abandono de su cabaña, asi la laboriosa matrona de quien yo recibia hospitalidad, dirijió al esposo palabras injuriosas, echándole en cara su inercia. El guerrero maltrató á su esposa, y yo me apresuré á interponer la pipa de paz entre mis huéspedes, aplacando la cólera que sube del corazon al rostro como una nube de sangre. Entonces tuve por la primera vez la idea de la degradacion europea con toda su fealdad: vi al hombre embrutecido por la miseria en

(1) El año.

medio de una familia hambrienta, sin gozar de los beneficios de la sociedad, y habiendo perdido tambien los de la naturaleza.

»Me levanté, puse un grano de oro en la mano del guerrero, y le invité á que viniese á sentarse con su familia en mi cabaña. »¡Ah! respondió mi huésped conmovido, aunque no seais mas que un iroqués, se conoce bien que sois un rey de los salvajes." — »No soy rey:" le respondí apresurándome á dejar aquella cabaña, donde habia encontrado algunas virtudes primitivas, que á duras penas subsistian débilmente en medio de los vicios de la civilizacion. El ramillete de romero que nuestros jefes difuntos llevan consigo al sepulcro, arraiga algunas veces en la arcilla misma del hombre, y vejeta hasta en la mano de los muertos.

»Confieso que despues de tales esperiencias estuve á punto de renunciar mis estudios, y aun regresar á casa de Ononthio, pues buscando en vano tu nacion y sus costumbres, ni aquellas ni estas encontraba. La naturaleza me parecia trastornada, y no la descubria en la sociedad, sino como aquellos objetos cuyas imájenes se ven invertidas en el agua. ¡Oh jenio propicio que detuvistes mis pasos! tú que me empeñastes á continuar mis indagaciones, ¡ojalá que en recompensa de los favores que me has hecho, logres acercarte cuanto sea posible al Grande-Espíritu! Sin ti, sin tu consejo, no seria yo lo que soy, ni hubiera conocido jamás al hombre que me ha reconciliado con los hombres, y del cual han adquirido mis canas la poca sabiduría que las corona.

»Marchaba yo cabizbajo, y con el corazon oprimido, cuando me sacó de mi delirio la voz de dos esclavos que conversaban á la puerta de su cabaña. Mi primera intencion fue la de alejarme; pero admirado del aire de honradez que advertia en los dos esclavos, me sentí inclinado á hacer la última tentativa, y dirijiéndome al mas anciano de ellos, le dije: »Ve y di á tu amo que un guerrero estraño tiene hambre."

»Mirome el esclavo con admiracion; pero no advertí en sus miradas ni el descaro ni la bajeza. Sin responderme entró precipitadamente en los corredores de la cabaña, y volviendo en breve muy anheloso, me dijo: »Señor salvaje, mi amo os suplica que le hagais el honor de entrar."

»Seguí inmediatamente al buen esclavo, subimos los escalones de mármol que daban vuelta á una rampa de bronce, atravesamos varias chozas, donde reinaba con la paz una escasa luz, y llegamos en fin á una cabaña llena de collares (1), donde vi un hombre ocupado en trazar sobre unas hojas los signos de sus pensamientos. Era muy flaco, y de alta estatura, y veíase en su rostro cierto aire de buena intelijencia: seria imposible describir la espresion que se notaba en sus ojos; era como una mezcla de jenio y de ternura, una belleza inesplicable, que jamás pudo espresar pintor alguno, segun me lo contó despues Ononthio.

»Chactas, me dijo levantándose inmediatamen-

(1) Libros, papeles, etc. Una biblioteca.

te que me vió, no somos ya estraños el uno al otro. Un pariente mio que predicó nuestra santa relijion en América, se apresuró á escribirme cuando fuisteis tan indignamente preso, y habiendo yo solicitado vuestra libertad de concierto con el gobernador del Canadá, tuvimos por fin la dicha de lograrla. Os he visto despues en Versalles, y segun el retrato que de vos me han hecho, seria difícil ya desconoceros. Por otra parte, debo confesaros que el modo con que venís á pedirme hospitalidad, me ha hecho una sensacion estraordinaria, porque tambien yo, añadió con lijera sonrisa, soy algo salvaje."

—»¿Serás tú por ventura, esclamé inmediatamente, aquel jeneroso jefe de la oracion, que tanto se ha interesado en mi libertad y la de mis hermanos? ¡Ojalá el Grande-Espíritu te recompense! Aun no te he visto mas que un momento; pero ya siento en mi alma que te amo y te respeto como á un sachem."

»Mi huésped, tomándome de la mano, me hizo sentar á su lado cerca de una mesa. Sacaron pan y vino, la fuerza del hombre, y habiéndose retirado los esclavos poseidos de veneracion hácia su amo, empecé á conversar francamente con el ministro de los altares.

»Chactas, me dijo, hemos nacido en paises muy lejanos uno de otro; pero ¿creeis acaso que haya entre los hombres grandes diferencias de virtudes, y por consecuencia de dicha?"

— »Padre mio, le respondí; hablándote con franqueza, creo que los hombres de tu pais son mas

desgraciados que los del mio. Ellos se ensoberbecen por sus artes, al mismo tiempo que participan de la ignorancia nuestra; pero si toda la vida se limita á unos cuantos dias, ¿que importa que hayamos hecho el viaje en una pequeña canoa de corteza, ó dentro de una grande piragua cargada de bejuco y de máquinas? La canoa misma es preferible, porque surca en el rio á lo largo de la tierra, donde puede hallar mil abrigos, cuando la piragua europea navega en un lago borrascoso, donde los puertos son raros, los escollos frecuentes, y donde no se puede echar el áncora á causa de la profundidad del abismo.

»Las artes en nada contribuyen, pues, á la felicidad de la vida, y este es el único punto en que pareceis superiores á nosotros. Esta mañana he sido testigo de un espectáculo, que bastaria por sí solo para decidir la cuestion á favor de mis bosques. Acabo de llamar á la puerta del rico y á la del pobre: los esclavos de aquel me han rechazado, y el pobre no era mas que un infeliz esclavo. Hasta ahora tuve la simpleza de creer que todavía no habia visto tu nacion, pero mi última correría me ha sujerido otras ideas. Comienzo á persuadirme de que esta mezcla odiosa de clases y fortunas, de opulencia estraordinaria y de privaciones sucesivas, del crímen impune y de la inocencia sacrificada, forma en Europa lo que se llama sociedad comunmente. ¡Cuan al reves sucede entre nosotros! Entra en las cabañas de los iroqueses, y no encontrarás en ellas ni grandes ni pequeños, ni ricos ni pobres, sino que por todas partes hallarás el reposo del corazon

y la libertad del hombre.'' Al llegar aqui, hice del mejor modo posible la pintura de nuestra dicha, y concluí como siempre invitando á mi huésped á que se hiciera salvaje.

»Escuchome con suma atencion, y enterneciole el cuadro de nuestra felicidad. »Hijo mio, me dijo, me confirmo en mi primera idea: los hombres de todos los paises, cuando tienen el corazon puro, se parecen unos á otros, porque entonces Dios es quien habla; Dios, que siempre es el mismo. El vicio es únicamente quien establece entre nosotros las diferencias horrorosas, siendo de notar que la belleza siempre es una, y hay mil fealdades. Si algun dia trazase yo el cuadro de una vida feliz y salvaje, emplearia los colores con que acabais de pintármela.

»Pero temo, Chactas, que en vuestras opiniones esteis algo preocupado, pues los indios lo son como los demas hombres. Sobreviene un tiempo en que el jénero humano, multiplicado con algun esceso, no puede subsistir de la caza, y entonces se hace preciso recurrir á la cultura. La cultura arrastra leyes, y las leyes abusos. Mas ¿seria acaso razonable decir que no son necesarias las leyes, porque hay abusos? ¿Seria sensatez suponer que Dios ha hecho la condicion social la peor de todas, cuando esta misma condicion parece ser el estado universal de los hombres?

»Lo que os choca, síncero salvaje, son nuestros trabajos, la desigualdad de nuestras clases, y aquella violencia en fin del derecho natural, que hace nos mireis como unos esclavos infinitamente desdi-

chados, y es que vuestro desprecio hácia nosotros recae en parte sobre nuestros mismos sufrimientos. Pero si existiese, hijo mio, una felicidad relativa, de que no teneis ni podeis tener idea alguna; si el labrador en el surco y el artesano en su taller, gozasen bienes superiores á los que encontrais en vuestros bosques, preciso seria lo primero rebajar de vuestro desprecio todo lo tocante á nuestras pretendidas miserias.

»¿Como os esplicaria yo ahora aquel sexto sentido, en que los otros cinco vienen á confundirse, el sentido de las bellas artes? Estas nos aproximan á la Divinidad, nos hacen entrever una perfeccion superior á la naturaleza, y que solo existe en nuestra intelijencia. Si me objetais que los placeres de que hablo son verosimilmente desconocidos de la clase indijente de nuestras ciudades, os responderé que hay otros placeres sociales concedidos á todos, que son los del corazon.

»Entre vosotros, el afecto de las familias únicamente está fundado en relaciones de interes, por los socorros que concedeis, y de que luego os reintegrais; mas entre nosotros la sociedad convierte estas relaciones en sentimientos. Se ama por el placer de amarse; nuestro trato es con las almas, y llegamos al fin de la carrera por medio de una vida llena de amor. ¿Hay acaso tarea que sea penosa para el que trabaja por el padre ó madre, ó por alguno de sus hermanos? No, Chactas, no la hay; y bien considerado, me parece que se puede sacar de la civilizacion tanta dicha como del estado salvaje.

No siempre existe el oro bajo su forma primitiva, tal como se le encuentra en las minas de vuestra América; muchas veces se le labra, hila, y funde de mil maneras, sin que por esto deje de ser oro.

»La condicion política que nos hace encorvar hácia la tierra, que nos obliga á sacrificarnos el uno al otro, que hace pobres y ricos, que parece, en una palabra, degradar al hombre, es precisamente la que le eleva. La jenerosidad, la piedad celestial, el amor verdadero, el valor en la adversidad, todas estas cosas divinas han nacido de esta condicion política. ¿Puede ser acaso un objeto de desprecio el ciudadano caritativo que va en busca de la humanidad doliente, para socorrerla donde quiera que se halle ó que se oculte? ¿Será por desgracia ofendido por los desdenes vuestros el sacerdote virtuoso que hace poco regaba con sus lágrimas vuestra cadena? El hombre que durante largos años ha luchado contra la desgracia, y que ha tolerado sin lamentarse toda suerte de miserias, ¿es acaso menos admirable por su fuerza, que el salvaje cuyo mérito se reduce á despreciar algunas horas de tormentos?

»Si las virtudes son unas emanaciones del Todopoderoso, si son necesariamente mas numerosas en el órden social, el estado de la sociedad que nos aproxima á la Divinidad, es por consecuencia un estado superior al de la naturaleza.

»Entre nosotros hay amigos celosos de su patria, corazones nobles y desinteresados, espíritus magnánimos, y almas capaces de llegar á lo mas grande y sublime en el mundo. Cuando vemos á un

miserable, no atendamos á sus andrajos, no á su aspecto humillado y tímido, sino á los sacrificios que ha hecho, á las virtudes diarias que está obligado á repetir y ejercitar cada mañana con su pobre vestido, á fin de arrostrar las tempestades del dia. Entonces, lejos de reputarle por un ser vil, le mirareis con respeto. Y si hubiese en la sociedad un hombre que poseyese las virtudes de ella, sin tener sus vicios, ¿seria justo que os atrevieseis á comparar este hombre con el salvaje? Compareciendo entrambos ante el tribunal del Dios de los cristianos, del verdadero Dios, ¿cual seria la sentencia del Juez supremo? Tú, dirá al salvaje, no hicisteis mal, pero tampoco bien alguno. Pase á mi diestra el que vistió al huérfano, el que protejió á la viuda y abrigó al anciano, el que dió de comer á Lázaro, porque asi es como yo obré cuando habitaba entre los hombres (1)."

»Aqui terminó su discurso el jefe de la oracion. Sus labios destilaban miel, y el aire se serenaba en torno de él á medida que hablaba. Su elocuencia no trastornaba, pero hacia esperimentar una sucesion de sentimientos pacíficos é inefables: habia en su discurso una armonía tranquila, una dulce lentitud, una inmensidad de gracias, que no hay espresion que baste á esplicarlo.

»Sobrecojido yo de respeto y de amor, me eché

(1) En otro tiempo tomé algo de este último párrafo para trasladarlo á un trozo literario sobre un viaje de Humboldt, que puede verse en las Miscelàneas literarias, tomo xv de la edicion completa. Creo no deber quitar estas líneas de la narracion de Chactas.

á los pies de este buen jenio, y le dije: »Padre mio, tú acabas de hacer de mí un nuevo hombre. Los objetos se ofrecen á mi vista bajo un aspecto, que hasta ahora me fue enteramente desconocido. ¡Oh el mas venerable de los sachems! ¡casto y puro armiño de las viejas encinas! ¡cuan dichoso seria si pudiese llevarte á mis bosques! Pero el corazon me predice que no has nacido para habitar entre salvajes; tu asiento es entre un pueblo donde se puede admirar tu jenio, y gozar de tus virtudes. En breve voy otra vez á entrar en los desiertos del Nuevo-Mundo; voy á empezar de nuevo la vida errante del indio, y despues de haber conversado con lo mas sublime en la sociedad, iré á escuchar las palabras de lo mas sencillo de la naturaleza; pero cualesquiera que sean los lugares adonde el Grande-Espíritu dirija mis pasos, ora bajo el árbol á la orilla del rio, ora sobre las rocas, en todas partes recordaré tus lecciones, y llegaré á ser sábio con tu sabiduría."

— »Hijo mio, respondió mi huésped volviendo á levantarme, todo hombre se debe á su patria: una obligacion me sujeta á estas tierras, para hacer en ellas el poco bien de que soy capaz, y la vuestra es la de volver á vuestro pais. Dios se vale muchas veces de la adversidad, como de un escalon para elevarnos; y si ha permitido contra vos una injusticia, es sin duda con el objeto de haceros mejor. Partid, Chactas; volved á vuestra cabaña, en tanto que yo, menos feliz, estoy encadenado en un palacio. Si os he inspirado alguna estimacion, hacedla estensiva á mi nacion del mis-

mo modo que yo quiero á la vuestra: haceos entre vuestros compatriotas el protector de los franceses. No olvideis jamás que tantos como somos, merecemos mas la compasion que el desprecio. Dios ha hecho al hombre semejante á una espiga de trigo: su frájil caña se dobla y quebranta al menor soplo, pero su caña es escelente.

»Acordaos en fin, ó Chactas, que si los habitantes del pais vuestro no han pasado del pie de la escala social, los franceses aun están lejos de haber llegado á la cumbre; y asi es, que en la progresion continua de las luces, nosotros mismos parecemos unos bárbaros á los ojos de nuestros ascendientes. No os irriteis, pues, contra esta civilizacion que pertenece á nuestra naturaleza, contra una civilizacion, que quizás un dia, invadiendo vuestros bosques, los llenará de un pueblo, en que la libertad del hombre culto se unirá á la independencia del hombre salvaje."

»Levantose el jefe de la oracion, y fuimos lentamente hácia la puerta. »No estoy en mi casa, me dijo, y sí en el palacio de un príncipe, cuya educacion me está confiada. Si puedo seros útil, no tengais el menor reparo en dirijiros á mí celo; pero vosotros, los salvajes, teneis pocas cosas que pedir á los reyes."

»Tu bondad me alienta, le respondí: en Francia dejo un padre, que está pereciendo en la adversidad. Pregunta su nombre á todos los infelices que han recibido algun consuelo, y te dirán que se llama Lopez."

»Al decir estas palabras, que pronuncié con voz alterada, un jenio llevó á los ojos de mi huésped las lágrimas que inundaban los mios; y el anciano, lleno de bondad, me dijo que el jefe de la oracion que me visitaba en Marsella cuando yo estaba en cadenas, le habia referido los contratiempos de mi amigo, y los lazos que me unian á este español; que Lopez estaba ya á cubierto de la indijencia; que muy pronto regresaria á su antigua patria rico y dichoso, y que tambien habian aliviado ya la suerte de Honfroy, mi compañero de cadena."

»Estas palabras inundaron mi corazon con un torrente de alegría, y la vehemencia de mi reconocimiento me quitó la fuerza de esplicarla. En tanto el hombre misericordioso habia tirado de un cordon que correspondia á un eco de bronce, y al sonido de él acudieron los esclavos, y nos condujeron á la gradería de mármol del palacio. Alli dije el último adios al pastor de los pueblos, llorando como un europeo. Rompí mi calumét en señal de dolor, y entoné en voz baja el cántico de la ausencia, diciendo: »Bendecid esta cabaña, ó jenio de los »rios errantes, y jamás cubra la yerba el sendero »que guía á sus puertas, dia y noche abiertas al »viajero."

»Mientras mi voz enternecida resonaba bajo el vestíbulo, el sacerdote, con los ojos levantados al cielo, ofrecia á Dios su plegaria. Los sirvientes se hincaron de rodillas, recibieron la bendicion que me echó el sacrificador pacífico, y entonces bajé aceleradamente las gradas. Al llegar al último már-

mol, alcé la cabeza, y advertí que mi huésped, con los brazos cruzados sobre las flores de bronce, me seguia con la vista, pero sintiéndose sumamente conmovido se retiró en breve. Yo permanecí algun tiempo inmóvil, con la esperanza de volver á verle; pero el ruido de las puertas que oí cerrarse, me dió á entender que ya era tiempo de salir de aquel sitio. En el patio y las galerías habia una multitud de indijentes que esperaban los beneficios del señor caritativo; uní mis votos á los que dirijian por él al cielo tantos desgraciados, y salí de aquella cabaña, poseido de reconocimiento, de admiracion, y de amor al mismo tiempo.

»Ononthio recibió en fin la órden para su marcha y la nuestra, y salimos de París, dirijiéndonos á un golfo del lago sin orilla (1). Al pasar nuestro carruaje por un puente desde el cual se descubria la hilera prolongada de las cabañas de la gran ciudad, no pude prescindir de esclamar diciendo: »¡Adios, tierra de los palacios de las artes! ¡Adios, tierra sagrada, donde yo hubiese querido pasar mi vida, si las tumbas de mis antecesores no se elevasen lejos de aqui!" Asi dije, y me dejé caer otra vez en el fondo del carruaje. Sí, hijo mio; yo esperimenté grandes sentimientos al dejar la Francia: en el aire de tu pais hay una cierta cosa que no se esperimenta en ninguna otra parte, y que seria capaz de hacer que hasta los mismos salvajes olvidasen fácilmente sus hogares paternos.

»Tuvimos un viaje feliz y divertido hasta llegar

(1) El mar.

al puerto donde nos esperaban las naves. Primeramente transitamos por calzadas, que formaban una calle de árboles hasta perderse de vista, y luego nos apeamos á la orilla de un rio (1), que corria por un valle encantado. Por dó quiera que uno miraba, se veian labradores abriendo surcos, ó pastores que apacentaban numerosos rebaños: allá el viñador deshojaba la cepa plantada en una colina pedregosa; aqui el agricultor sostenia con fuertes estacas las ramas del manzano cargado con esceso; mas lejos caminaban las aldeanas haciendo marchar delante hácia la ciudad el asno perezoso cargado de leche y frutos, mientras que unas barcas, arrastradas por fuertes caballos, rompian la corriente del rio. Estranjeros, militares, comerciantes, todos iban y venian por todos los caminos públicos. Los cerros se veian coronados de risueñas aldeas y de casas de recreo solitarias. Las altas torres de las ciudades se descubrian á lo lejos; del medio de los árboles se elevaban espesas humaredas, y se veia desarrollar la brillante banda de las campiñas matizadas con el azul del rio, del oro de las mieses, la púrpura de las viñas, y el verdor de los prados y de los bosques.

»Ononthio me decia: »Aqui ves, Chactas, la verdadera escusa de nuestras fiestas de Versalles; en toda la estension de la Francia hay las mismas riquezas; los trabajos solamente y los paisajes son los que se diferencian, porque este reino encierra en su seno cuanto puede contribuir á las necesidades, y aun á las delicias de la vida. La atencion que pone

(1) El Loira.

la vista del monarca en la agricultura, se estiende á todas las demas partes del estado, y de aqui es que hemos ido á buscar hasta en los paises estranjeros los hombres que podian contribuir á que floreciese el comercio y la agricultura. Aquel rey que te ha parecido tan altivo y tan ocupado en sus placeres, trabaja laboriosamente con sus sachems, y se entera hasta de los mas leves pormenores. El último de los ciudadanos le puede presentar planes, y obtener de él una audiencia: con la misma mano que proteje las artes y hace que la Europa se humille, corrije las leyes y uniforma nuestras costumbres.

»Hay tres cosas que le echan en cara los enemigos de este siglo: el fausto de los monumentos y de las fiestas, el esceso de los impuestos, y la injusticia de las guerras. Con respecto á nuestras fiestas, no deben los franceses acriminar por esto á su soberano, porque ellas hacen parte de nuestras costumbres, y han contribuido á dar á nuestra edad aquella grandeza, que jamás borrará el tiempo. Hemos llegado á ser una de las primeras naciones del mundo, por nuestros edificios y nuestros juegos, asi como lo fueron en otro tiempo por las mismas pompas los habitantes de un pais llamado la Grecia.

»La reconvencion relativa al aumento de las contribuciones, no tiene á la verdad fundamento alguno razonable, pues ningun reino paga á su gobierno menos que la Francia con respecto á la fertilidad del suelo.

»Es doloroso que no podamos tan fácilmente

justificarnos de la reconvencion hecha á nuestra ambicion; pero tú sabes, ó belicoso salvaje, que hay pocas guerras cuyos motivos sean justos. Luis ha revelado á la Francia el secreto de sus fuerzas, y probado que ella puede reirse de las ligas de la celosa Europa. Sobre todo, los estranjeros que intentan disminuir nuestra gloria, deben tal vez lo que son á nuestro jenio. Luis es mas bien lejislador de la Europa que de la Francia. Desembarcad en las costas del Albion, penetrad en los bosques de la Jermania, pasad los Alpes ó los Pirineos, y por todas partes reconocereis que se han seguido nuestros edictos relativos á la justicia, nuestros reglamentos para la marina, nuestras ordenanzas para el ejército, y nuestras instituciones para la policía de los caminos y de las ciudades; hasta nuestros usos y costumbres, todo ha sido copiado servilmente. Si alguna nacion se jacta con su orgullo hoy dia de sus establecimientos públicos, la idea de ellos la ha adquirido de la nuestra. No podeis dar un paso entre los estranjeros, sin encontrar un remedo de la Francia. Luis ha venido despues de los siglos de barbarie, y ha creado un mundo civilizado."

»Al cabo de seis dias de viaje llegamos á la orilla de la grande agua salada, en cuyo sitio pasamos una luna entera esperando vientos favorables. Contemplé con admiracion aquel puerto (1) que acababa de ser construido en el lago que va y viene (2),

(1) Rochefort.
(2) Océano.

asi como me sorprendió el ver aquel otro puerto (1) del lago inmóvil (2), en el cual me sujetó al trabajo el Manitú de la necesidad. Vi los arsenales y las fuentes, y no tuve menor motivo de admirar el jenio de tu nacion en aquellas artes nuevas para ella, que en aquellas en que yo me habia ejercitado durante mucho tiempo. Se notaba una actividad jeneral en la ciudad y en el puerto, y veíanse salir navíos que llevaban colonias á las estremidades del mundo, al mismo tiempo que las flotas reportaban á la Francia las riquezas de las tierras mas lejanas. Un marinero abrazaba á su madre en la playa cuando volvia de un dilatado viaje, otro recibia al embarcarse las tiernas despedidas de su esposa: once mil guerreros de las tropas de Areskui, ciento sesenta y seis mil hijos de los mares, mil jóvenes hijos de viejos marinos instruidos en las altas ciencias de Michabú (3), ciento noventa y ocho monstruos nadadores (4), que vomitaban fuego por sesenta bocas, treinta galeras de que yo debo acordarme siempre, os hacian entonces los dominadores de las olas, asi como erais los señores de la tierra.

»En fin, el Grande-Espíritu envió el viento del mediodía que nos era favorable; publícase la órden para la marcha, y embárcanse todos de tropel. Nos llevan en pequeñas canoas á las grandes naves, llegamos bajo sus costados, y permanecimos alli algun tiempo balanceados por las oleadas, hasta que su-

(1) Tolon.
(2) El Mediterraneo.
(3) Jenio del mar.
(4) Navios de guerra.

bimos á las máquinas flotantes, asiéndonos á unas cuerdas que nos echaron. Apenas pusimos el pie abordo, cuando nuestros marineros se esparcen por las vergas, como las aves de las tempestades. El rayo (1), tronando desde el navío de Ononthio, dá la señal al resto de la escuadra: todas las naves, haciendo vigorosos esfuerzos, arrancan su pie de hierro (2) de los tenaces fangos, y tan pronto como se desprendió de la cabellera del abismo la doble garra, se hizo sentir un movimiento jeneral en el cuerpo entero del navío. Los bajeles se cubren de velas; las mas bajas, desplegadas en toda su estension, se redondean como unos vastos cilindros, y las mas elevadas, comprimidas en su centro, parecen á los hinchados pechos de una jóven madre. El pabellon inmaculado de la Francia se desarrolla con los hálitos armoniosos de la mañana; y de la escuadra esparcida se eleva entonces un coro, que saluda con tres gritos de amor las costas de la patria. A esta última señal, nuestros caballos marinos despliegan sus últimas alas, se animan con un soplo mas impetuoso, y escitándose mútuamente en la carrera, surcan con gran ruido el vasto campo de los mares.

»Al dejar la rejion de las mil cabañas, no sentí en mi corazon ningun arrebato de alegría. Habia yo perdido á Atala, dejado á Lopez, y el pais de las belicosas naciones del Canadá no era el que me vió nacer: habiendo salido casi niño de la tierra de las salsafras, ¿á quien encontraria yo en la choza de

(1) El cañon.
(2) El ancora.

mis abuelos, si algun dia me permitiesen entrar bajo de su corteza los jenios benéficos?

»La escena imponente que tenia á la vista, solo servia para mantener mi melancolía, y no podia saciarme del espectáculo del Océano. Mi retiro favorito cuando queria meditar durante el dia, era la cabaña enrejada (1) del palo mayor de nuestro navío, donde yo subia y me sentaba, viendo bajo mis pies las oleadas. De noche, encerrado en mi estrecha cama, prestaba atento oido al ruido del agua que corria á lo largo por los costados de la nave, y no tenia mas que estender mis brazos para tocar desde mi cama mi féretro.

»En tanto empezaba á alterarse el cristal de las aguas que nos habian dado las costas de la Francia; se resolvió arribar á unas islas, no lejos de las cuales se hallaban entonces las naves. Saludamos á los jenios de aquellas tierras propicias, dejando tras de nosotros á Fayal, embriagada de sus vinos; la Tercera, de mieses aromáticas; Santa Cruz, que no conoce los bosques, y Pico, cuya cabeza está adornada de una cabellera de fuego. Nuestra escuadra, semejante á una bandada de palomas pasajeras, va á plegar sus alas bajo las playas de la mas solitaria de las hijas del Océano.

»Desembarcaron en tierra algunos marinos; yo les seguí, y mientras se detenian á la orilla de un manantial, me estravié por las playas, y llegué á la entrada de un bosque de higueras silvestres: el mar se estrellaba en sus troncos dando mujidos, y en

(1) La gabia.

sus copas se oia el árido silbido del viento del norte. Sobrecojido de un cierto horror, me introduje por la espesura de aquel bosque, atravesando las arenas blancas y los juncos estériles, y llegando á la parte opuesta, descubrieron mis ojos una estátua montada en un caballo de bronce, la cual señalaba con su diestra hácia las rejiones de poniente (1).

»Acerqueme á este monumento estraordinario. En su base, bañada con la espuma de las olas, se veian grabados unos caractéres desconocidos: el musgo y el salitre de los mares roian la superficie del bronce antiguo; el alcion, posando sobre el yelmo del coloso, daba por intervalos voces lúgubres; varios mariscos andaban por los costados y la crin del caballo, y cuando yo aplicaba el oido á sus abiertas narices, parecia oirse dentro un rumor confuso. Ignoro que se haya presentado cosa mas sorprendente á la vista y la imajinacion de un mortal.

»¿Que Dios ó que hombre pudo elevar este monumento? ¿Que siglo, que nacion le colocó en tales costas? ¿que es lo que enseña con su mano estendida? ¡Quiere predecir alguna gran revolucion sobre el globo, la cual proceda de Occidente! ¡O es acaso el jenio mismo de aquellos mares, cuyo imperio guarda amenazando á cualquiera que se atreviere á penetrar en ellos!

»A la vista de este monumento que me anunciaba un negro océano de siglos ya transcurridos, conocí la impotencia y la rapidez de los dias del hombre. ¡Todo se pierde en lo pasado y en lo futu-

(1) Tradicion histórica.

ro! Salidos de la nada para llegar al sepulcro, apenas conocemos el momento de la existencia nuestra.

»Apresureme para llegar á la nave, y referir á Ononthio lo que acababa de descubrir; pero al tiempo que este se disponia para ir conmigo á ver aquella maravilla, moviose una tempestad, y la escuadra se vió obligada á ganar la alta mar; con todo se dispersó en breve, y habiendo quedado solo, y siendo rechazado por el viento nuestro navío, durante doce noches enteras anduvo resistiendo el furor de las olas sublevadas, hasta que al fin arribamos á aquellos parajes donde Michabú apacienta sus innumerables rebaños (1). Levántase una niebla fria y húmeda que envuelve la mar y el cielo; braman las olas en las tinieblas, y se oye salir un contínuo susurro de la járcia del navío, cuyas velas todas están plegadas. Las olas cubren y descubren sin cesar el puente inundado, relumbran siniestros fuegos en las vergas, y á despecho de todos los esfuerzos nuestros, la marejada que se acrecienta por momentos, nos impele contra la isla de los Esquimales (2).

»Yo habia sido culpable, ó hijo mio, por un deseo temerario que tuve, pues habia llamado con mis votos el espectáculo de una tempestad. ¡O cuan insensato es el que desea ser testigo de la cólera de los jenios! Ya habíamos sido juguete de los mares tantos dias como puede estar el estranjero en una cabaña antes que su huésped le pregunte el nombre de sus abuelos, y el sol habia ya desaparecido diezi-

(1) El banco de Terra-Nova.
(2) Terra-Nova.

seis veces. La noche era horrible; yo estaba acostado en mi hamaca, y prestaba atento oido á los golpes de las oleadas que trastornaban la estructura del navío, cuando oigo de repente correr por el puente, y caer lios y járcia, al mismo tiempo que esperimento aquel movimiento que se siente cuando un navío vira de bordo. Abrese la tapa del entre-puente, y se oye salir una voz que llama al capitan: esta voz solitaria en medio del silencio y de la tempestad, tenia cierta cosa que hacia estremecer á cualesquiera. Me incorporo en la cama, y pareciéndome oir que disputaban algunos marinos sobre la posicion de una tierra que estaba á la vista, subo al puente, y veo en él reunidos á Ononthio y los pasajeros.

»Al sacar la cabeza fuera del entre-puente, me sorprendió estraordinariamente un espectáculo tan sublime como horroroso. A la luz de la luna que salia de cuando en cuando entre las nubes, y por medio de una niebla amarilla é inmóvil, se descubrian por los dos lados del navío unas costas salvajes. La mar levantaba sus bramadoras olas como montes en el canal donde estábamos engolfados: ora se cubrian de espuma y de centellas las oleadas, ora ofrecian solamente una superficie oleosa, jaspeada de manchas negri-cobrizas ó verdosas, segun el color de las ondoneadas en donde bramaban, y ora por fin una oleada monstruosa venia rodando sobre sí misma y sin romperse, cual si fuese un mar que invadiese las olas de otro mar no menos soberbio.

»Al principio se oia por un momento el ruido confuso del abismo y de los vientos, y luego se dis-

tinguia el estruendo de las corrientes, el silbido de los escollos, y el eco triste de las olas lejanas, al mismo tiempo que de la concavidad de la nave salia un rumor, que hiciera palpitar el corazon del hombre mas intrépido. La proa del navío cortaba la masa espesa de las oleadas con un estremecimiento horroroso, y por encima del timon pasaban torrentes de agua haciendo remolinos, como las aguas de un canal al tiempo de levantar la esclusa. En medio de este estruendo, nada quizás sobresaltaba tanto como un murmullo sordo semejante al de un vaso que se llena de agua. En tanto se veian á nuestros pies mapas estendidos, compases, y varios instrumentos de diferentes clases. Cada uno hablaba diversamente de aquella tierra en que estaba sentado sobre un escollo el jenio del naufrajio, y el piloto declaró que esto era inevitable. Entonces el limosnero del navío leyó en voz alta la oracion que lleva en un torbellino el alma del marino al Dios de las tempestades, y observé al momento que los pasajeros iban á buscar lo que tenian de mas precioso para salvarlo. La esperanza es como la montaña azul en las Floridas. Desde sus altas cumbres el cazador descubre un pais encantado, y olvida los precipicios que de él le separan. Yo y los demas jefes tomamos un puñal para defendernos, y un hierro cortante para labrar un arco y aguzar una flecha. ¿Que teníamos ya que perder, escepto la vida? La oleada que nos echaba sobre una costa inhabitada, nos restituia á nuestra dicha; el hombre desnudo saludaba al desierto, y volvia á entrar de nuevo en la posesion de su imperio.

»Plugo á la soberana sabiduría salvar el buque, pero el mismo golpe de mar que lo apartó de los escollos, se llevó uno de sus mástiles, y me arrojó en el abismo: caí como un pájaro marino, que se precipita sobre su presa. En una exhalacion el navío empujado por los vientos apareció á una inmensa distancia de mí; no podia detenerse sin esponerse por segunda vez al naufrajio, y se vió obligado á abandonarme. Perdiendo toda esperanza de volver á él, comencé á nadar hácia la costa lejana.

LIBRO OCTAVO.

»Los primeros pasos de la mañana se veian impresos con manchas rojizas en las nubes de la tempestad, cuando cubierto de la espuma de las olas pude arribar á la orilla. Corriendo sobre un lodo verdoso, todo erizado de pirámides del insecto de las arenas, me liberté del furor del jenio de las aguas. A alguna distancia se me presenta una gruta: en su entrada cerraban unos frambuesos, y habiendo apartado la maleza, penetré bajo la bóveda de la roca, donde quedé agradablemente sorprendido al oir el murmullo de una fuente. Tomé agua en la concavidad de mi mano, y haciendo una libacion: »Quien quiera que seas, esclamé, ¡ó Manitú de esta gruta! no arrojes de ella á un suplicante, á quien el Grande-Espíritu ha echado sobre tus riberas: no te irrite contra un desgraciado esta maldicion del cielo. Si algun dia fuese tan venturoso que volviese á ver la tierra de las salsafras, yo te sacrificaria dos cuervecillos, cuyas alas fuesen mas negras que las alas de la noche."

»Hecha esta súplica, me acosté encima de unas ramas de pino, y rendido de cansancio me dormí con los suspiros del Sueño que bañaba sus miembros delicados en el agua de la fuente.

Seria la hora en que el hijo de las ciudades, cubierto con un rico manto se entrega á los regocijos de un festin servido por la mano de la abundancia, cuando yo me desperté en mi gruta solitaria. Entregado á los ataques del hambre, me levanto, y semejante á una danta que escapada de las flechas del cazador, cree regresar pronto á sus bosques, pero cerca ya de entrar en la espesura, se encuentra con otra cuadrilla de enemigos, que la ahuyentan con gritos, y la persiguen por los montes; asi estaba yo arrojado y lejano de mi patria por los dardos de la fortuna.

»En el instante mismo en que yo salia de la gruta, se presenta un oso blanco para entrar en ella; rotrocedo algunos pasos, saco mi puñal, y el monstruo, lanzando un rujido, me amenaza con sus enormes garras, su hocico ennegrecido, y sus sangrientos ojos. Empínase, y me coje con sus brazos, asi como un luchador que procura derribar á su adversario: su aliento me abrasa el rostro, y el hambre de sus dientes está ansiosa de saciarse con mi carne; me ahoga con sus brazos, y sus uñas van á separar mis hombros con tanta facilidad como abren los mariscos en las orillas del piélago. Invoco al Manitú de mis padres, y con la mano que me queda libre clavo el puñal en el corazon de mi enemigo. Suelta el monstruo sus brazos, abandona su presa, se rinde, cae en tierra, y espira.

»Rebosando en júbilo, recojo musgo y raices á la entrada de mi gruta, saco fuego de dos guijarros, y enciendo una hoguera, cuya llama y humo se ele-

van por encima de los bosques. Despojo la víctima, la hago pedazos, quemo las membranas de la lengua y las porciones consagradas á los jenios, teniendo cuidado de no romper los huesos, y pongo á asar los trozos mas suculentos. Siéntome sobre dos piedras bruñidas por el suave lodo de las aguas, y empiezo mi comida con la hostia del destino, mezclando berros picantes y musgo de roca, tan fino como las entrañas de un corcillo. La soledad de la tierra y del mar estaba sentada á mi mesa, desde la cual descubrí en el horizonte, no sin una especie de agradable tristeza, las velas del navío en que padecí el naufrajio.

»Habiendo apagado el hambre con la abundancia, y llegada la noche á la tierra, me retiré de nuevo á lo interior de la caverna, llevándome la piel del oso que habia vencido. Al llegar á ella di gracias al Grande-Espíritu que me hizo salvaje, y que me daba en aquel trance tantas ventajas sobre el hombre civilizado. Mis pies eran lijeros, mis brazos vigorosos, y mi vida habituada á los desiertos: un jenio amigo de los niños, el sueño hijo de la inocencia y de la noche, cerró mis párpados, y yo bebí el zumaque del Meschacebé en la copa dorada de los sueños.

Los silbos del chorlito y el grito del mochuelo posado sobre las ramas de los frambuesos de la gruta me anunciaron la venida de la mañana. Levántome entonces, cuelgo á mi espalda con raices de fresal los restos de la víctima, armo mi brazo con una rama de pino, me hago un cinto de juncos, en que

pongo mi puñal, y marcho como un leon marino siguiendo la corriente de las aguas.

»Durante mi mansion entre las Cinco-Naciones iroquesas, el comercio y la guerra me condujeron al pais de los Esquimales, con cuyo trato pude aprender un poco la lengua de aquel pueblo. Sabia que la isla (1) de mi naufrajio, se acercaba á la rejion de la estrella inmóvil (2) á las costas del Labrador, y traté de subir hácia aquel estrecho.

»Caminé tantas noches, como una mujer que, no habiendo dado aun de mamar al primojénito, está dudosa sobre el fruto que ha concebido en su seno, y temiendo engañar á su esposo, únicamente confia á su madre sus tiernas esperanzas; pero en los deliquios suyos, anuncios misteriosos del hombre, en su mismo secreto que se trasluce en sus miradas, el padre adivina su dicha, y postrándose de rodillas ofrece al Grande-Espíritu el hijo que está por nacer.

»Atravesé valles de piedras cubiertas de musgo, y en cuyas honduras corrian torrentes de agua medio helada; pero variaban la tristeza y soledad de la escena varios bosquecillos de frambuesos, algunos abedules, y una multitud de estanques de aguas saladas, cubiertos de toda especie de aves marinas, las cuales me suministraban abundantes comidas, aumentando la delicadeza de mis banquetes con fresas, acederas y raices. Tocaban ya mis pasos en el estrecho de las tempestades, y las costas del Labra-

(1) Terra-Nova.
(2) La estrella polar.

dor se mostraban algunas veces á la parte opuesta de las ondas, al poniente y levante del sol; y yo, movido de la esperanza de encontrar algun navegante, caminaba á lo largo de las playas; pero cuando habia pasado los cabos tempestosos, descubria únicamente la cordillera de unos promontorios tan solitarios como los primeros.

»Un dia, que estaba sentado bajo de un pino, tendiendo la vista por la superficie de las aguas que tenia delante, me distraia pensando en los vientos del mar y los sepulcros de mis antecesores. Levántase de las rejiones del norte una brisa fria; un reflejo luminoso anda errante bajo la bóveda del cielo, y descubro una montaña de hielo flotante que, impelida por el viento, se acerca á la orilla. ¡Oh Manitú del hogar de mi cabaña! Decid cual fue mi admiracion cuando llegó á herir mi oido una voz que salia del escollo movible, la cual cantaba estas palabras en el idioma de los Esquimales.

»Salud, espíritu de las tempestades; salúdote, »ó el mas hermoso de los hijos del Océano.

»¡Desciende de tu colina, donde jamás luce el »impetuoso sol! ¡desciende, encantadora Elina! Em»barquémonos sobre este hielo; las corrientes nos »llevan por alta mar; los lobos marinos vienen á en»tregarse al amor en el mismo hielo que nosotros.

»Sedme propicio, ¡ó espíritu de las tempestades! »¡ó el mas hermoso de los hijos del Océano!

»Elina, yo traspasaré por ti la ballena con mis »dardos, te haré una venda para preservar del bri»llo de las nieves tus hermosos ojos, mis manos te

»cavarán una morada bajo tierra, para habitar en »ella con un fuego de musgo, y te daré treinta tú»nicas impenetrables á las aguas del mar. Ven, su»be á la cumbre de nuestra roca flotante. Allí serán »encadenados nuestros amores por los vientos en »medio de las nubes y la espuma de las olas.

»¡Salud, espíritu de las tempestades, ó el mas »hermoso de los hijos del Océano!"

»Tal era este canto estraordinario. Cubriéndome los ojos con las manos, y echando al agua una parte de mi vestido, esclamé: »¡Oh divinidad de este mar, cuya voz acabo de oir! sedme propicia, favoreced mi regreso." Pero no salió respuesta alguna de la montaña, la cual vino á encallarse en las arenas, á corta distancia del lugar donde yo me hallaba.

»En breve vi desembarcar á un hombre y una mujer vestidos de pieles de lobos marinos, y por las caricias que prodigaban á un niño, conocí que eran dos esposos. Asi lo ha querido el Grande-Espíritu: la felicidad se encuentra en todos los paises y en todos los climas: el miserable esquimal, sobre un escollo de hielo, es tan feliz como un monarca europeo sobre su trono; porque un instinto mismo es el que hace palpitar el corazon de las madres y de los amantes sobre las nieves del Labrador, y sobre las blandas plumas de los cisnes del Sena.

»Dirijo mis pasos hácia la mujer, con el designio de que el hombre viniese al socorro de su esposa y de su hijo, y el espíritu que me inspiró esta idea, no engañó mi esperanza; pues el guerrero se

adelantó hácia mí, dando muestras de furor. Estaba armado de un venablo, que llevaba por punta un diente de vaca marina: sus ojos sangrientos centelleaban por detras de sus injeniosos anteojos, y su barba roja, juntándose á sus cabellos negros, le daba un aspecto horrible. Evité los primeros golpes de mi adversario, y arrojándome sobre él, le tendí en tierra al momento.

»Elina, parada algo distante de nosotros, hacia ademanes del mas vivo dolor; dobláronse sus rodillas, y cayó contra una roca. Como el guisante frájil que se eleva alrededor de la caña del maiz, junta su delicada flor con la robusta mazorca, y une de este modo la gracia á la vida útil de su esposo; mas si la piedra cortante de la indiana llega á segar la caña, el guisante humilde cae marchito, y desgranándose cubre con su semilla la tierra en que nació: asi se vió caer en tierra la jóven salvaje, teniendo abrazado al hijo, tierna flor de su seno. Tranquilizo al esquimal vencido, le acaricio pasándole la mano por sus brazos, como un cazador cuando anima á un perro fiel que le guía á lo interior de los bosques; y el salvaje, incorporándose, estrecha mis rodillas en ademan de reconocimiento y de debilidad. En esta actitud nada habia de humillante al estilo de Europa, pues esto no era mas que ceder el hombre al imperio de la necesidad.

»Llamo yo á la mujer, que habia vuelto de su desmayo; mas ella dá un paso hácia nosotros, y huye; vuelve otra vez, y estrechando siempre el círculo, se acerca mas y mas á su amo y á su marido:

pone luego las manos en tierra, y se adelanta asi hácia mis pies: yo tomo en brazos al niño que llevaba en hombros, y le hago mil caricias, las cuales amansaron á la madre de tal suerte, que empezó á brincar alrededor de mí. Asi cuando un guerrero lleva en sus brazos un cabrito que encontró en la montaña, la madre, arrastrando sus largas é hinchadas tetas, y superando su espanto, sigue con dulces balidos al raptor, pareciendo que teme irritarle contra el tierno huésped de los bosques.

»Inmediatamente que aquel salvaje hubo reconocido mi derecho de fuerza, se hizo tan sumiso, como antes se habia mostrado intratable. Entonces seguí por la costa con mis dos nuevos súbditos, y les di á entender que queria pasar al Labrador.

»Va el salvaje á tomar en la roca de hielo unas pieles de lobo marino, en que yo no habia reparado, las estiende con unas barbas de ballena, formando una ancha canoa, y la cubre con una piel elástica; se pone en medio de esta especie de odre, me hace entrar en él con su esposa é hijo, y estrechando y asegurando entonces la piel alrededor de sus riñones, semejante al mismo Michabú, parecia que enfrenaba los mares.

»Un trineo que hubiese salido de la gran ciudad de tus padres en el momento mismo en que nosotros dejamos la isla del naufrajio, no hubiera llegado al palacio de tus reyes tan pronto como nosotros arribamos á las costas del Labrador. Era entonces la hora en que los mariscos de las playas se entreabren al sol, y la estacion en que los ciervos

empiezan á mudar de adorno. Los jenios me preparaban todavía un nuevo destino: yo mandaba entonces, y bien pronto iba á ser siervo.

»No tardamos en encontrar una cuadrilla de esquimales, quienes, sin informarse de los árboles de mi pais ni del nombre de mi madre, me cargaron con los arreos de sus pescas, y obligáronme á entrar en una gran canoa. Pusieron un remo en mi brazo, como si hiciese mucho tiempo que sus Manitús estuviesen en alianza con los mios, y seguimos á lo largo de las rocas del Labrador todos juntos.

»Los dos esposos poco antes mis esclavos, se embarcaron tambien con nosotros; pero no me dieron la menor prueba de piedad ó de reconocimiento; pues si antes habian cedido á mi poder, miraban ya como una cosa muy sencilla el que yo sufriese el suyo: al mas fuerte le toca el imperio, y al mas débil la obediencia; segun esta máxima, me conformé con mi suerte.

»Llegamos á una rejion donde el sol nunca se pone. Este astro pálido y estenso jiraba tristemente alrededor de un cielo helado. Erraban por montes desconocidos raros y diversos animales; por un lado se veian dilatados campos de hielos, contra los cuales se estrellaba un mar descolorido, y por el otro se elevaba una tierra macilenta y pelada, que solo presentaba una triste sucesion de bahías solitarias y de cabos escuetos. Algunas veces buscábamos asilo en las concavidades de las rocas, de donde alzaban el vuelo las águilas marinas, dando grandes graznidos, y yo escuchaba entonces el ruido de los

vientos repetidos por el eco de las cavernas, y el rechinar de los hielos que se estrellaban contra la costa. A pesar de esto, ó jóven amigo mio, aquellas rejiones asoladas eran á veces un encanto. Nada basta para darte una idea del momento en que el sol, tocando con la tierra, parecia quedar inmóvil, y en seguida se remontaba al cielo, en lugar de descender al horizonte. Los montes cubiertos de nieve, y los valles tapizados del musgo blanco que apetecen y rumian los renjíferos, los mares cubiertos de ballenas, y sembrados de flotantes y enormes témpanos de hielo; toda esta escena iluminada á un mismo tiempo por los fuegos del sol en su ocaso, y por la luz de la aurora, brillaba con los colores mas tiernos y preciosos; de modo que uno ignoraba si asistia á la creacion ó al fin del mundo. Oíase el gorjeo querellante de un pajarito, semejante al que canta de noche en tus bosques. El amor conducia entonces al salvaje esquimal á la roca donde le esperaba su compañera, y en estas bodas del hombre en los últimos límites de la tierra, no hacia falta ni la pompa ni la felicidad de otros paises.

»Sucedió muy en breve una noche sin fin á una claridad perpétua. El sol se puso una tarde, y no volvió á levantarse mas: apareció en el septentrion una aurora estéril, sin que abortase el astro del dia, y entonces marchamos á la luz del metéoro, cuyas llamas movientes y lívidas se fijaban en la bóveda del cielo, como en una superficie oleosa.

»Descendieron las nieves derretidas; los gansos, los carribús, y los pájaros mismos, desapare-

cieron ; veíanse pasar y volver á pasar hácia el mediodía todos estos animales, y nada era tan triste como esta emigracion, que dejaba al hombre solo. Los estampidos de algunos rayos, que se prolongaban en unas soledades donde no podia oirlos ningun ser animado, parecia que separaban las dos escenas de la vida y de la muerte. La mar fijó sus olas, cesó todo movimiento, y al ruido de los hielos quebrantados sucedió un silencio universal.

»Al momento se ocuparon mis huéspedes en construir unas chozas de nieve, las cuales se reducian á dos ó tres estancias, que se comunicaban juntas por unas especies de puertas rebajadas. Servia á un mismo tiempo para calentarnos y cocer la carne de vaca marina, una lámpara de piedra llena de aceite de ballena, y cuya mecha era de musgo seco. Las bóvedas de aquellas grutas sin ventilacion destilaban gotas heladas; no se podia vivir en ellas sin apiñarse unos con otros, y absteniéndose, digámoslo asi, de respirar; pero el hambre nos forzaba á salir no obstante de aquellos sepulcros de hielo, y era preciso ir á los confines del mar helado, á acechar los rebaños del poderoso Michabú.

»Tenian entonces mis huéspedes unos regocijos tan salvajes, que yo mismo estaba poseido de espanto. Si despues de una larga abstinencia lográbamos clavar el harpon en alguna foca, la sacábamos arrastrando sobre el hielo ; la matrona mas esperimentada montaba en el animal palpitante, le abria el pecho, le arrancaba el hígado, y bebia con ansia el aceite. Todos los hombres, todos los niños se ar-

rojaban á la presa; la desgarraban con los dientes, devoraban las carnes crudas, y los perros que acudian al banquete participaban de sus restos, y lamian el rostro ensangrentado de los niños. Al guerrero vencedor del monstruo le tocaba de la víctima una parte mayor que á los demas, y cuando harto ya de comida no podia engullir mas, su mujer, en demostracion de amor, le forzaba aun á que tragase horribles jirones, que ella misma le metia en la boca. ¡Oh, cuan lejos me encontraba alli, René, de mi visita en el palacio de tus reyes, y de la cena en casa de la elegante Ikuesen!

»Murió un jefe de los esquimales, y le dejaron cerca de nosotros en una de las estancias de la choza, donde la humedad ocasionada por las lámparas produjo la disolucion del cuerpo. Las osamentas humanas, las de los perros, y los restos de los pescados, los echaban á la puerta de la cabaña; y el estío, derritiendo la sepultura de hielo que se aumentaba alrededor de aquellos despojos, los dejaba revueltos en la tierra.

»Un dia vimos llegar sobre un trineo que arrastraban seis perros de pelo largo, una familia emparentada con aquella de que yo era esclavo, y no tardó en regresar al punto de donde vino, que dispuso le siguiese.

»La tribu de los esquimales, á cuyo pais llegamos, no habitaba como la nuestra en chozas de nieve, pues se habia retirado á una gruta, cuya entrada se cerraba con una peña. Asi como al principio de la luna viajera se ven reunirse las cornejas

en vandadas en algun valle, ó las hormigas se retiran bajo una raiz de encina, asi aquella desgraciada tribu de esquimales estaba retirada en el subterráneo.

»Di una vuelta por la estancia buscando algunos viejos, que son siempre la memoria de los pueblos, de donde se ve que el mismo Grande-Espíritu debe su ciencia á su eternidad, y habiendo observado un hombre anciano que tenia la cabeza envuelta en el despojo de una bestia salvaje, saludele diciendo: »¡Padre mio!" y en seguida añadí: »Mucho has honrado á tus padres, pues veo que el cielo te ha concedido larga vida. En honor del respeto que tengo á tus abuelos, permite que me siente sobre la estera al lado tuyo. Si yo supiese donde ha depositado los huesos de tus padres una muerte dulce, te los traería para regocijarte."

»Quitose el anciano su gorro de piel de oso, y mirome un rato meditando en tanto su respuesta. El ruido de las alas de la cigüeña que se eleva desde un ramaje de magnolias bajo el cielo de las Floridas, no es tan delicioso al oido de una vírjen, como lo fueron para mí las palabras de aquel hombre, cuando yo encontré en sus labios, en la cueva horrible de los Esquimales, el lenguaje del sacerdote divino de las orillas del Sena.

»Soy hijo de la Francia, me dijo el anciano: cuando tomamos á los hijos de Albion los fuertes construidos en los confines del Labrador, yo seguia al bravo Iberville, y mi terneza hácia una jóven hija de los mares, me detuvo en aquellas rejiones

desoladas, donde adopté las costumbres y la vida de los abuelos de aquella á quien yo amaba."

»Como en los pozos de las dehesas de Atala se ve salir de los canales subterráneos el habitante de las ondas, brillante estranjero que el amor ha estraviado lejos de su patria, asi tú ¡ó Grande-Espíritu! te complaces en conducir á los hombres por caminos que únicamente son conocidos de tu Providencia. René en todos los pueblos encuentra unos guerreros de tu pais: los hombres mas civilizados se vuelven los mas bárbaros cuando ellos quieren serlo. No procuran civilizarnos á nosotros los salvajes, porque encuentran mas facilidad en serlo como nosotros. La soledad no tiene cazadores mas diestros ni combatientes mas intrépidos; se les ha visto resistir los tormentos del catre de fuego (1) con la fortaleza de los indios mismos, y llegar á ser por desgracia tan crueles como sus verdugos. ¿Podrá consistir esto en que la civilizacion toca en la naturaleza? ¿Consistirá acaso en que el frances posee un cierto jenio universal, que le hace apto para seguir todas las vias, y tolerar los climas todos? Esta es una cuestion, amigo mio, que solo pudiera decidirla la sabiduría del padre Aubry, ó de aquel jefe de la oracion (2) que corrijió el orgullo de mi ignorancia.

»Pasé la estacion de las nieves en la tertulia del anciano semi-salvaje, instruyéndome de todo lo concerniente á las leyes, ó mas bien las costumbres de

(1) Tormento que daban á los prisioneros de guerra.
(2) Fenelon.

aquellos pueblos, entre los cuales yo habitaba.

»Concluyó el invierno; la luna desde la rejion de los aires habia mirado durante tres meses las ondas fijas y mudas que no reflejaban su imájen: deslizose en las rejiones del mediodía una pálida aurora, desvaneciose luego, apareció otra vez, se ensanchó, y coloreose. Un esquimal que fue enviado en descubierta, volvió y nos dijo una mañana que el sol iba á aparecer, y al punto salimos del subterráneo para saludar al padre de la vida. El astro asomó por un momento en el horizonte, pero volvió á sumerjirse de repente en la noche, semejante á un justo que, levantando su radiante cabeza de la mansion de los muertos, volviese á echarse en su sepulcro al ver la desolacion de la tierra; entonces lanzamos un grito de gozo y de pesar, y quedamos silenciosos.

»El sol recorrió poco á poco un camino mas largo en el cielo: las nieblas cubrieron la tierra y el mar; la superficie sólida de los rios se desató de las orillas; oyose por primer ruido el grito de un ave, murmuraron en seguida algunos arroyos, y los vientos recobraron su voz imponente. En fin, las nubes amontonadas por los aires, reventaron por todas partes: precipitáronse de los montes las cataratas de una agua turbia, y cayeron con estrépito montones de nieve de las rocas escarpadas: el viejo océano, despertando en el fondo de sus abismos, rompió sus cadenas, sacudió su cabeza erizada de hielos, y vomitando las olas encerradas en su vasto seno, estendió por sus orillas los mujientes mares.

»A esta señal los pescadores del Labrador deja-

ron su caverna, y se dispersaron; cada pareja volvió otra vez á su soledad, para construir su nuevo nido, y cantar sus nuevos amores; y yo, substrayéndome con la fuga á mi amo, avancé hácia las rejiones del mediodía y del poniente, con la esperanza de volver á encontrar los manantiales de mi rio natal.

»Despues de haber atravesado inmensos desiertos, y vivido algunos años entre las hordas errantes, llegué al pais de los sius, hombres queridos de los jenios por su hospitalidad, su justicia, su piedad, y sus dulces costumbres. Estos pueblos, que habitan en las dehesas entre las aguas del Misuri y del Meschacebé, viven sin caudillo y sin ley, ocupándose en apacentar numerosos rebaños.

»Inmediatamente que supieron la llegada de un estranjero, corrieron y se disputaron la dicha de recibirle. Nadile, que tenia seis hijos mancebos y un gran número de yernos, obtuvo la preferencia, declarándose que la merecia como el mas justo de los cinco, y el mas feliz por su tálamo. Me llevó á una tienda de pieles de búfalo abierta por todos lados, sostenida por cuatro puntales, y levantada á la orilla de un raudal. Las demas tiendas, en las cuales se veian las familias regocijadas, estaban repartidas por una y otra parte en las llanuras.

»Luego que las mujeres me hubieron labado los pies, me sirvieron crema de nuez y tortas de malominas; y mi huésped, despues de hacer libaciones de leche y agua de fuente al pacífico Tebeo, jenio pastoril de aquellos pueblos, guió mis pasos á un lecho de yerba, cubierto con el vellon de una

cabra. Rendido de cansancio me dormí al eco de los votos de la familia hospitalaria, los cantos de los pastores, y los rayos del sol en su ocaso, que pasando horizontalmente por la tienda, cerraron con sus varillas de oro mis agobiados párpados.

»Al siguiente dia me dispuse para dejar mis huéspedes, pero me fue imposible vencer sus instancias y solicitaciones. Cada familia queria obsequiarme celebrando por mí una fiesta; y yo, cediendo á sus ruegos, no pude prescindir de contar mi historia, que no se cansaban de escuchar y de hacérmela repetir á cada instante.

»De todas las naciones que he visto, ninguna me ha parecido tan feliz como esta: ni es miserable como el pescador del Labrador, ni cruel como el cazador del Canadá, ni esclava como en otro tiempo la de los Natchez, ni tampoco corrompida como el europeo: reune en fin el sius cuanto es de desear entre el hombre salvaje y el hombre culto. Sus costumbres son dulces como las plantas de que se alimenta; huye del invierno, y buscando la primavera, conduce sus rebaños llevándolos de prado en prado, semejante á la luna viajera de las noches, que parece guardar en las llanuras del cielo las nubes que lleva consigo; no de otro modo la golondrina sigue las flores y los dias hermosos, y asi la doncella entregada á sus graciosas quimeras, deja vagar sus pensamientos de orilla en orilla, y de dicha en dicha.

»Estrechaba yo á mis huéspedes para que me permitiesen regresar á la cabaña de mis abuelos, y

una mañana al salir el sol, quedé admirado de ver reunidos todos los pastores. Nadué se presenta á mí con dos de sus hijos, y me conduce en medio de los ancianos, los cuales estaban sentados en círculo á la sombra de un bosquecillo, desde donde se descubria todo el llano, y los jóvenes en pie alrededor de sus padres.

»Chactas, me dijo Nadué tomando la palabra, la sabiduría de nuestros ancianos ha examinado cuanto puede haber mejor para la nacion de los sius. Hemos visto que el Manitú de nuestros hogares no iba con nosotros á las batallas, y que nos entregaba al enemigo, porque ignoramos el arte de la guerra. Tú tienes, pues, el corazon sano; la esperiencia de los hombres ha fortificado tu alma con escelentes cualidades, seas nuestro caudillo, defiéndenos, y reina con justicia. Por ti abandonaremos las costumbres de los antiguos dias, cesaremos de formar familias aisladas, asi llegaremos á componer un pueblo, y tú adquirirás gloria inmortal y envidiable.

»Ve aqui, pues, lo que nosotros haremos. Tú elejirás la mas hermosa de las doncellas de este pais; cada familia te ofrecerá cuatro becerras de tres años con un robusto toro, siete cabras preñadas, cincuenta mas que den ya leche abundante, y seis veloces perros que acosen á los corzos, los venados y todas las bestias salvajes. A todos estos dones juntaremos cuarenta pieles de búfalos negros para cubrir tu tienda, y al ver tus grandes riquezas, ninguno podrá prescindir de tenerte por dichoso. ¡No permitan los cielos que deseches nuestra súplica!

Tu padre ya no existe; tu madre duerme con él, y tú no serás ya mas que un estranjero en tu patria. Si llegásemos á maldecirte en tu dolor, bien sabes que el Grande-Espíritu cumple las maldiciones pronunciadas por los hombres sencillos. Muévate, pues, la pena nuestra, y escucha nuestras palabras."

»Herido de las flechas de un jenio invisible permanecí mudo en medio de la asamblea; mas rompiendo por fin el silencio, respondí de esta manera:

»¡O Nadué, á quien los pueblos honren! Te diré la verdad con toda su pureza. Pongo por testigos los Manitús hospitalarios del hogar donde recibo asilo, que la palabra de la mentira jamás manchó mis labios; veas pues si estoy conmovido. ¡Sius de las dehesas! jamás se borrará de mi memoria la acojida que de vosotros he recibido. Ningun hombre dotado de sentido pudiera desechar los presentes que me ofreceis; pero yo soy un infeliz condenado á andar errante por la tierra. ¿Que encanto ú atractivo me ofreceria, pues, la dignidad real? Temed por otra parte el daros un amo, pues un dia os arrepintierais de haber abandonado la independencia. Si os atacan injustos enemigos, implorad al cielo, y él os salvará, porque vuestras costumbres son santas, y no pueden ser desatendidas.

»¡O sius! ya que os he inspirado alguna compasion, no detengais mas mis pasos, llevándome á las orillas del Meschacebé; dadme una canoa de ciprés, y tenga la dicha de desembarcar en la tierra de las salsafras. No soy uno de aquellos malvados á quienes los jenios han castigado por sus crímenes,

y por tanto no temais la cólera del Grande-Espíritu por favorecer mi vuelta. Mis sueños, mi reposo y mis vijilias están poseidas de las imájenes de una patria, por la cual suspiro á cada instante. Soy el mas miserable de los cervatillos de los bosques; no cerreis el oido á mis quejas."

Enterneciéronse los pastores, porque el Grande-Espíritu les habia dotado de un corazon compasivo, y cuando hubo cesado el murmullo del concurso, me dijo Nadué: »Los hombres se han enternecido al oiros, y los jenios lo están tambien: os concedemos la piragua de regreso; pero contraigamos primero alianza, y amontonemos piedras para hacer un lugar alto, y comamos encima."

»Luego que esto se hizo, el Manitú de Nadué, el de los sius, y el de los Natchez recibieron sacrificio en accion de gracias. Hecha la alianza, y admitida con satisfaccion por los pastores, anduve con ellos por espacio de seis dias, hasta llegar á las orillas del Meschacebé, y al acercarme se sobresaltó mi corazon regocijado. Apenas descubrí el rio, cuando eché á correr hácia él, y me arrojé al agua, semejante á un pez que escapando del sedal, vuelve á caer en las aguas lleno de alegría, y esclamé llevando á mi boca con la mano el agua sagrada:

»Te veo en fin, ¡oh rio que corres por el pais de Chactas! ¡rio donde mis padres me bañaron cuando salí al mundo! ¡rio donde yo jugaba en mi infancia con mis jóvenes compañeros! ¡oh raudal que bañas la choza, y riegas el árbol á cuya sombra fui criado! ¡Sí te reconozco! ¡Esas son las mimbreras

que crecen en tus orillas donde habitan los Natchez, y con las cuales yo solia tejer canastillos! ¡He aqui las cañas cuyos nudos me servian de copa! ¡Oh cuan dulces son tus aguas, cuan hermoso ese color parecido al de la leche de nuestros rebaños!"

»Asi hablaba yo enajenado de gozo, y las delicias de mi patria inundaban ya mi corazon. Los sius, dotados de sencillez y de justicia regocijábanse de mi felicidad. Abracé á Nadué y sus hijos, deseando las mayores prosperidades á mis huéspedes, y entrando en mi piragua cargada de presentes, me entregué al curso del Meschacebé. Los sius, formados en la orilla, me saludaban con voces y ademanes; yo les correspondí despidiéndome tiernamente sin perderlos de vista, y suplicando á los jenios que concediesen su favor á aquella nacion inocente. Continuamos dándonos pruebas recíprocas de amor, hasta volver de un promontorio que me hizo perder de vista á los pastores; pero aun oia, aunque confusamente, el eco de sus voces, que las brisas dispersaban por las aguas á lo largo de las márjenes del rio. Por momentos me acercaba al campo paternal de donde yo estaba ausente tantas nieves hacia. Habia salido sin esperiencia en mi decimaséptima luna de las flores, é iba á entrar otra vez en mi treintena hoja caida, y poseido del triste conocimiento de lo que son los hombres. ¡Oh cuantas aventuras habia corrido! ¡cuantas rejiones visto! ¡cuantos pueblos habian visitado mis desgraciados pasos! Estas reflexiones ocupaban mi mente, y

en tanto la corriente arrastraba mi barquilla.

»Pasé la embocadura del Misuri, vi al oriente el desierto de los casquias y de los tamaruas que viven en repúblicas unidas; y en la confluencia del Ohío, hijo de la montaña Alemaqui y del rio Moaghugohalla, descubrí el pais de los cherrogais, que siembran como el europeo, y los wabaches, que siempre están en guerra con los illineses. Por mas arriba pasé el rio blanco, adonde acuden los cocodrilos, y el Akesnas, que se junta al Meschacebé por las costas occidentales. Observé á mi izquierda la rejion de los chicasas, venidos del mediodía, y la de los yazus, corredores de las montañas, y á la derecha dejé los selonis y los panimas, que beben las aguas del cielo, y viven bajo los lataneros. Descubrí en fin la copa de los altos magnolias, que coronan la aldea de los Natchez: mis ojos se turbaron, el corazon latió en mi seno, y caí inmóvil en el fondo de mi piragua, que impelida por la mano del rio, iba á estrellarse contra la orilla.

»¡Oh bosques de la muerte, que cubrireis muy pronto con vuestra sombra las cenizas del viejo Chactas! ¡Antiguas encinas, mis contemporáneas de soledad! ¡vosotras sabeis cuales fueron mis pensamientos, cuando vuelto en mí de la influencia del jenio de la patria, me encontré sentado al pie de un árbol, y entregado á una turba que, movida de la curiosidad, se agolpaba alrededor de mí! yo miré al cielo, la tierra, el rio, los salvajes, todo lo miré, sin poder ni hablar, ni declarar los arrebatos de mi alma. Pero cuando uno de los desconocidos llegó á

pronunciar algunas palabras en natchez, entonces, aliviado de mi congoja, y prorumpiendo en llanto, abracé á mi tierra natal, apliqué á ella mis labios como un hijo á los de su madre, y despues, levantándome, dije enternecido:

»¿Son estos los Natchez? ¡Oh Manitú de mis desgracias, no volvais á engañarme! ¿Es el lenguaje de mi pais el que yo acabo de escuchar? ¿podrá haberme engañado el oido?"

»Asi esclamaba yo, y al mismo tiempo tocaba las manos, el rostro, y el vestido de mis hermanos. »Amigos mios, dije al concurso que estaba absorto; queridos amigos, hablad, repetid aquellas mismas palabras que no he olvidado todavía. ¡Hablad, para que yo vuelva á encontrar en vuestra boca los dulces acentos de la patria! ¡ó lenguaje amado de los jenios! ¡lenguaje, en el cual aprendí á pronunciar el nombre de mi padre, y que oia cuando aun reposaba en el seno materno!"

»Los Natchez no podian volver en sí de la sorpresa, porque viendo el trastorno de mis sentidos, se persuadieron á que yo era un hombre poseido de Athaensia por algun crímen cometido en un pais lejano; asi es que pensaban ya en apartarme como un sacrílego del bosque, del templo, y de los sotos de la muerte.

»Aumentábase mas y mas la multitud: oyose de repente un grito, y yo lanzo otro muy agudo al reconocer los jefes compañeros de mi esclavitud en tu patria, y arrojándome á sus brazos, mezclamos nuestras lágrimas de amistad y de gozo.... »¡Chac-

tas! ¡Oh Chactas!" Esto es lo único que pueden decir en su enternecimiento, y mil voces repiten á un tiempo: »¡Chactas! ¡Chactas! ¡Oh jenios inmortales! ¿Es aqueste el hijo de Utalisi, aquel Chactas á quien nosotros no hemos conocido, y que se decia estar ya sepultado en el seno de las aguas?"

»Tales eran las aclamaciones de alegría, y al mismo tiempo se oia un rumor confuso semejante á los ecos de las olas entre las rocas. Contáronme mis amigos, que habiendo llegado á Quebec en un navío despues de mi naufrajio, volvieron primeramente al pais de los iroqueses, de donde vinieron al cabo de tres años á contar mis desgracias á mi pais y mis parientes. Concluyeron su relacion, y me llevaron al templo del Sol, donde suspendí mis vestidos en ofrenda. De allí, despues de haberme purificado, y antes de tomar alimento alguno, fui al soto de la muerte para saludar las cenizas de mis abuelos. Habia ya volado de cabaña en cabaña la noticia de mi arribo, y fueron á encontrarme los ancianos. Reconociéronme muchos de ellos por lo que me semejaba á mi padre. El uno decia: »Mirad el cabello de Utalisi:" otro decia: »Tiene el mismo mirar, la misma voz:" y otro añadia: »Sí, ese es su talante; solo se diferencia de su abuelo en la estatura, que es mas alta."

»Los hombres de mi edad venian tambien á verme, y trayendo á mi memoria algunas circunstancias particulares, me recordaban los dias de nuestra juventud, y entonces encontraba en su semblante algunos rasgos que no me eran desconocidos. Las matronas y las jóvenes no podian satisfacer su

curiosidad, y me hacian muchos y varios presentes. La hermana de mi madre aun existia, pero estaba moribunda, y mis amigos me llevaron á su lado. Cuando ella oyó pronunciar mi nombre, hizo un esfuerzo para mirarme: me conoció, alargó la mano, alzó la vista al cielo con una sonrisa, y yo me retiré con el alma entregada á los mas tristes presentimientos, viendo señalado mi regreso con la muerte del último pariente que tenia en el mundo.

»Lleváronme mis compañeros de esclavitud á su choza de corteza, y allí pasé la noche con ellos. Echados en la piel de oso, nos contamos muchas cosas que salian de lo íntimo del corazon; cosas de aquellas que uno dice á un amigo, cuando ha escapado de un grande riesgo.

»A la mañana siguiente, despues de haber saludado á la luz, los árboles y las rocas, al rio, y la patria toda, deseé volver á entrar en la cabaña de mi padre. La encontré tal como la habian puesto la soledad y los años. Una magnolia se elevaba en medio, y sus ramas pasaban por entre el techo: las paredes quebrantadas, estaban cubiertas de musgo, y una hiedra abrazaba el contorno de la puerta con sus manos negras y fibrosas. Senteme al pie de la magnolia, y me distraje con la multitud de recuerdos que se agolpaban á mi mente. »Quizás, me decia á mí mismo, segun mi relijion del desierto, mi misma madre habrá venido á esta cabaña bajo la forma de este árbol hermoso!" En seguida acariciaba al tronco de aquel suplicante refujiado en el hogar de mis antecesores, y que se habia constituido

el jenio doméstico de él, durante la ingrata ausencia de los amigos de mi familia. Complacíame en encontrar por sucesor bajo mi techo hereditario, no los hijos indiferentes de los hombres, y sí una pacífica jeneracion de árboles y de flores; enternecíame la conformidad de los destinos que parecia haber entre mí y el magnolia que habia quedado solo en pie, entre las ruinas. ¿No era acaso una corona de magnolia la que di á la hija de Lopez, y que llevó á la tumba?

»Poseido de estas ideas, que son el hechizo interior del alma, pensaba en reedificar mi choza, y consagrar el magnolia á la memoria de Atala, cuando oí ruido. Preséntase al umbral de mi puerta un sachem tan viejo como la tierra; su espesa barba le bajaba hasta el pecho, que tenia erizado de un vello largo, semejante á las yerbas que se crian en la madre de los rios: sosteníase con una caña, que le servia de báculo, y ceñia su cuerpo un cinto de juncos; le adornaba la cabeza una corona de flores de laguna; caia pendiente de sus hombros un manto de nutria y de castor, y parecia que acababa de salir del rio, pues le chorreaba el agua de su ropaje, su barba y su cabello. Nunca he podido saber si este venerable viejo era efectivamente algun antiguo sachem, un sacerdote que comprendia lo venidero, y habitante de una isla del Meschacebé, ó si era el antecesor de los rios, el mismo Meschacebé. »Chactas, me dijo con un tono de voz semejante al ruido de una cascada, cesa, cesa de pensar en la reedificacion de esta cabaña. ¿Disputarás acaso la posesion

de ella contra un jenio? ¡Oh tú, el mas imprudente de los hombres! ¿crees haber llegado, pues, al término de tus trabajos, y que no te queda ya sino sentarte en la estera de tus padres? Dia vendrá en que la sangre de los Natchez....."

»Interrúmpese entonces, mueve la caña que tiene en la mano, me lanza miradas proféticas, y al mismo tiempo levanta y baja su cabeza, tocando en su pecho la fangosa barba. Yo me postro á los pies del anciano; pero él se arroja al rio, y desaparece en medio de las aguas alborotadas.

»No me atreví á violar las órdenes de este hombre, ó de este jenio, y fui á construir mi nueva morada sobre la colina donde tú la ves hoy dia. Adario volvió del pais de los iroqueses: unido á él y al viejo Sol, me ocupé en mejorar las leyes de la patria, y por un escaso bien que yo hice, he sido recompensado con el mucho amor de mis compatriotas.

»Me acerco á pasos ajigantados hácia el término de mi carrera, y ruego al cielo que ahuyente las tempestades de que tiene amenazados á los Natchez, ó que me reciba en sacrificio. A este fin trato de sacrificar mis dias, para que la pureza de la víctima sea grata á los jenios: esta es la única precaucion que he tomado contra lo venidero. No he querido consultar á los agoreros, porque deber nuestro es llenar los deberes que nos enseña la virtud, sin indagar curiosamente los secretos de la Providencia. Hay una especie de sabiduría inquieta y de prudencia culpable que el cielo castiga. Tal es, ó hijo mio, la larguísima historia del anciano Chactas."

LIBRO NOVENO.

La relacion de Chactas habia dado lugar á que acudiesen los Natchez á los valles habitados de los castores, en el pais de los illineses. Estos animales pacíficos y admirables, fueron atacados y destruidos en sus guaridas, y despues de los holocaustos ofrecidos á Michabú, jenio de las aguas, los indios, en el dia señalado por el agorero, comenzaron á despojar todos juntos sus víctimas. Apenas habia el hierro entreabierto las medulosas pieles, cuando se oyó un grito, diciendo: »Una hembra de castor.« Los guerreros mas firmes sueltan entonces su presa, y hasta el mismo Chactas parece turbado.

Existen entre los salvajes tres causas de guerra, cuales son: la invasion del territorio, el arrebatamiento de una familia, y la destruccion de las hembras de los castores. René, ignorante del derecho público de los indios, y no teniendo todavía la esperiencia de los cazadores, habia muerto algunas de dichas hembras. Se trata de este asunto tumultuosamente: Onduré pide que se entregue el delincuente á los illineses, para evitar una guerra sangrienta, y el hermano de Amelia es el primero que se ofrece en espiacion. »Por donde quiera que voy, dice á Chactas, llevo conmigo la desgracia; despren-

deos, pues, de un hombre que hace peso sobre la tierra." Sostiene Utugamiz que el guerrero blanco, cuyo Manitú de oro llevaba encima, como prenda de la amistad jurada, solo habia pecado por ignorancia manifiesta. »Los que tienen tan gran terror de los illineses, esclamó, pueden ir á suplicarles que les concedan la paz. Yo por mi parte sé un medio mas seguro de alcanzarla, y éste es la victoria. El hombre blanco es mi amigo, y cualquiera que sea su contrario, tambien lo es mio."

Asi dice el jóven salvaje, y en tanto dirije contra Onduré las mas terribles miradas.

Era Utugamiz famoso entre los Natchez, tanto por su candor como por su valor acreditado. Habíanlo apellidado Utugamiz el simple, porque jamás tomaba la palabra en el consejo, no obstante que sus virtudes se manifestaban siempre por medio de acciones ilustres. Quedaron los cazadores admirados del arrojo con que acababa de esplicarse, y de la repentina elocuencia que la amistad le habia dictado: asi la cándida azucena que cierra su cáliz durante la noche, no esparce sus perfumes hasta que asoman los primeros rayos de la luz. La juventud jenerosa y guerrera aplaudió los sentimientos de Utugamiz, y el mismo René tomó sobre sus compañeros salvajes el imperio que ejercia involuntariamente sobre los alvedríos. Fue desechado el dictamen de Onduré: conjuraron los manes de las hembras de los castores, y Chactas encargó á todos el secreto; pero el rival del hermano de Amelia se habia propuesto ya romper el silencio.

Creyeron que convenia abreviar el tiempo de la caza, y los Natchez se quedaron admirados al ver la vuelta precipitada de los guerreros; en breve se murmuró en voz baja de la causa secreta de este regreso; y Onduré, desdeñado mas y mas de Celuta, se fue á ver á su antigua amante, y buscó el amor en la ambicion de los consuelos y de las venganzas.

Durante la ausencia de los cazadores, se habian esparcido por las aldeas de los indios los habitantes de la colonia, y unos aventureros desmoralizados, unos soldados entregados á la embriaguez, habian insultado á las mujeres. Febriano, digno amigo de Onduré, protejido por Artaguete, habia mortificado á Celuta. A la vuelta de Utugamiz, la huérfana contó á su hermano las persecuciones que habia sufrido, y Utugamiz las refirió á René, que habiendo sido defendido en el consejo por el jeneroso capitan, iba á darle gracias al fuerte de Rosalía. Empezó entre estos dos nobles franceses un afecto íntimo fundado en la estimacion. Artaguete, encantadísimo de la belleza de Celuta, cedia á la inclinacion que le arrastraba hácia el hombre amado de la virtuosa indiana. De este modo se formaban por todas partes unos lazos, que el cielo queria romper, y unos rencores que debia fomentar el tiempo. Sobrevino un acontecimiento, y desenvolvió de repente estos jérmenes de desgracias.

Una noche que Chactas en medio de su familia velaba sentado en su estera, y la llama del hogar alumbraba lo interior de la cabaña, cayó á los pies

del anciano una hacha teñida de sangre, y en cuyo mango estaban esculpidos la figura de dos hembras de castores, y el símbolo de la nacion de los illineses. Fueron echadas tambien iguales armas en las cabañas de los diferentes sachems, y los heraldos illineses que habian ido á declarar la guerra, desaparecieron en las tinieblas de la noche.

Onduré, con la esperanza de perder al que le arrebataba el corazon de Celuta, habia dado aviso secretamente á los illineses del suceso ocurrido en la caza. Poco le importaba á este jefe sumerjir su pais en un abismo de males, con tal que pudiese al mismo tiempo hacer su rival odioso á la nacion, y llegar quizás por las vicisitudes de las armas á ejercer el poder absoluto. Habia previsto que el viejo Sol se veria obligado á marchar hácia el enemigo, y en este caso meditaba que en defecto de la flecha de los illineses, podria él hacer uso de la suya, para desembarazarse de un jefe que le hacia sombra. Akansía, madre del jóven Sol, dispondria entonces del poder soberano, y por este medio el hombre á quien ella adoraba, llegaria á ser edil, dignidad que le haria tutor del nuevo príncipe. En fin Onduré, que detestaba á los franceses, aunque los servia para tener en ellos un apoyo, ¿no habia de encontrar algun medio para arrojarlos de la Luisiana cuando se viese investido de la autoridad suprema? Dueño entonces de la fortuna, inmolaria al hermano de Amelia, y someteria á su amor á Celuta.

Tales eran los designios que revolvia vagamente en su alma. Conocia á Akansía; sabia que esta se

mostraria conforme á todas sus maldades, si la persuadia de su arrepentimiento, y si ella se llegaba á creer amada. Afecta, pues, por esta mujer un ardor que no esperimenta; promete sacrificar á Celuta, exijiendo de Akansía en cambio que favorezca una ambicion, de que ella no recojerá el fruto, y la crédula amante consiente en cometer crímenes por recibir una caricia.

La pasion de Celuta se aumentaba en silencio. René habia llegado á ser amigo de Utugamiz, y en esto fundaba la amable jóven la posibilidad de obtener la mano de su amado. Las murmuraciones que empezaban á suscitarse por todas partes contra el guerrero blanco, lejos de arredrar á la indiana, acrecian mas y mas su pasion, porque el amor se complace en hacer sacrificios. Los sacerdotes no cesaban de repetir que la noche de la convocacion del consejo se habian manifestado en los aires ciertos signos; que la serpiente sagrada habia desaparecido el dia de la adopcion funesta; que las hembras de los castores habian sido muertas; que estaba en fin comprometida la felicidad de la nacion á causa de la presencia de un estranjero sacrílego, y que era preciso hacer espiaciones para aplacar la cólera del Grande-Espíritu. Estas palabras, repetidas á presencia de Celuta, turbaban su corazon: se indignaba al ver la injusticia de la acusacion, y el sentimiento de esta misma perfidia fortificaba su amor, haciéndole en adelante irresistible; pero René, que no habia mudado de naturaleza, estaba muy distante de participar de aquella inclinacion amorosa. Se

sometia el desgraciado jóven á todo el rigor de su suerte, y empezaba ya á perder su fuerza la distraccion que un largo viaje y unos objetos nuevos habian producido en su alma: la tristeza del hermano de Amelia aparecia otra vez en su rostro, y parecia tomar incremento el recuerdo de sus penas, en lugar de debilitarse con el tiempo. Los desiertos no habian causado á René mas satisfaccion que el mundo, y en la insaciabilidad de sus vanos deseos habia apurado ya cuanto daba de sí la soledad, asi como apuró cuanto podia esperarse del trato humano. Personaje inmóvil en medio de tantos personajes en accion; centro de mil pasiones, que no le poseian; objeto en fin de todos los pensamientos por razones diversas, el hermano de Amelia llegaba á ser la causa invisible de todo: amar y sufrir era la doble fatalidad que imponia á cualquiera que le profesaba afecto. Arrojado al mundo como una gran desgracia, su perniciosa influencia se hacia estensiva á los seres que le rodeaban, semejante á ciertos árboles bellos, á cuya sombra no puede uno sentarse, ó respirar sin peligro de morir.

A pesar de la inocencia de su corazon, no podia René dejar de esperimentar la mayor amargura al considerarse la causa de la guerra entre los Natchez y los illineses. »¿Será posible, decia entre sí, que en premio de la hospitalidad que he recibido, entregue á la desolacion las cabañas de mis huéspedes? ¿Tenia yo acaso necesidad de traer á estos salvajes la turbacion y las miserias anejas á mi vida? ¿Como podré yo responder á cada familia de la san-

gre que se vierta? ¡Ah! ¡acéptese mas bien en reparacion el sacrificio de mis dias!"

Este sacrificio no era ya posible sino en el campo de batalla, pues la guerra estaba declarada, y no quedaba á los Natchez otro recurso que el de sostenerla con esfuerzo. El Sol tomó el mando de la tribu del Aguila, con la cual se resolvió que invadiria el territorio de los illineses. Adario se quedó en los Natchez con la tribu de la Tortuga y de la Serpiente para defender la patria; Utugamiz fue nombrado jefe de los jóvenes guerreros que debian custodiar las cabañas; y René, adoptado en la tribu del Aguila, debia ir con la espedicion mandada por el viejo Sol. Señalose el dia de la marcha, y Utugamiz dijo al hermano de Amelia: »Tú me dejas; los sachems me obligan á quedar aqui; vas á marchar al combate, y no puedo resistir al sentimiento que me causa el verte partir solo. ¿Como podré reunirme á ti, si mueres por desgracia? Acuérdate de nuestros Manitús en la batalla. Mira, mira la cadena de oro de nuestra amistad, que me hará presente todo cuanto hicieres. A lo menos hubiese querido que fueses mi hermano antes de separarte; mi hermana te ama; todo el mundo lo sabe y lo dice, y tú eres el único que lo ignoras. No la hablas jamás del amor. ¡Será posible que no la encuentres bella! ¿Estará acaso tu alma comprometida en otra parte? Soy Utugamiz, á quien llaman el simple, porque carezco de talento; mas siempre me tendré por feliz de amarte, bien llegue á ser desgraciado, ó ya dichoso para ti." Asi habló el salvaje, y René

le abrazó estrechamente, con los ojos bañados en tierno llanto.

Púsose en breve en marcha la tribu acaudillada por el Sol, y todas las familias acudieron á su paso, vertiendo lágrimas las mujeres y los niños. Celuta apenas podia contener los movimientos de su dolor, y seguia con la vista al hermano de Amelia. Chactas bendijo á su hijo adoptivo cuando pasaba, manifestando al mismo tiempo el sentimiento de no poder seguirle; y la inocente Mila, medio confusa, gritó diciendo á René: »No vayas á morir;" y al momento se metió sonrojada entre la multitud. Onduré cerraba la marcha siguiendo la espedicion, porque debia comandar la tribu en caso de que el viejo Sol se rindiese á las fatigas de la marcha, ó muriese á manos del enemigo. Apenas se habia alejado de los Natchez la tribu del Aguila, cuando se manifestaron las inquietudes entre los habitantes del fuerte de Rosalía. Descubrieron los colonos los indicios de una conjuracion entre los negros, y decíase que tenia ramificaciones entre los salvajes. Efectivamente, hacia mucho tiempo que Onduré estaba en correspondencia con los esclavos blancos, y habia hecho resonar en su oido el dulce nombre de libertad, para servirse de ellos si algun dia podian ser útiles á sus ideas ambiciosas. Era jefe de esta asociacion numerosa un jóven negro llamado Imley, el cual cultivaba una donacion de terreno inmediata á la cabaña de Utugamiz y de Celuta.

Llegan estas noticias á Febriano, y el renegado, á quien devora la sed del oro, ve en las cir-

cunstancias en que se encuentran los Natchez una posibilidad de destruccion, de que pueden aprovecharse á un mismo tiempo su avaricia y su impureza. Febriano recibia presentes de Onduré, y le instruia de todo cuanto pasaba en el consejo de los franceses; pero hallándose ausente este jefe, y no teniendo ya guía, creyó encontrar la ocasion oportuna de enriquecerse con el despojo de los salvajes.

Semejante á un amo que dispierta al ladrido de un mastin, asi Febriano se levanta al oir las denuncias de sus ajentes secretos, y se prepara al intento que medita, mediante el cumplimiento de los ritos de su culto abominable. Encerrado en su estancia, empieza medio desnudo una danza májica, representando el curso de los astros; hace en seguida su oracion con el rostro vuelto hácia el templo de la Arabia, y lava su cuerpo en unas aguas inmundas. Concluidas estas ceremonias, vuelve á ser guerrero cristiano el monje de Mahoma, envuelve sus piernas heladas con el paño fúnebre de los combates, y se viste con el blanco uniforme de los soldados de la Francia. Un manojo de franjas de oro, semejantes á las que pendian del escudo de Palas, abraza como si fuese una mano el hombro izquierdo de Febriano; pone sobre su pecho una media luna que despide relámpagos; suspende de su tahalí una espada con puño de plata, cuya hoja pabonada hace una triple herida en el cuerpo del enemigo; cubre el renegado sus cejas con el sombrero de Marte, sale, y marcha presuroso en busca de Chepar.

Semejante á la túnica devorante que dió la muerte á Hércules en el monte OEta, asi el uniforme del granadero frances se pega hasta los huesos del hijo de los moros, y hace correr por sus venas los venenos inflamados de Belona. El comandante, asi como ve á Febriano, se siente tambien poseido del furor bélico, como si el demonio de los combates sacudiese de su cabellera de víboras la cabeza de una de las tres Gorgonas.

»¡Oh ilustre jefe! esclama Febriano, con razon os dan alabanzas de prudencia y de valor: sabeis aprovechar la ocasion, y en tanto que los mas bravos de nuestros enemigos han marchado para una guerra lejana, juzgais que es á propósito el apoderarse de las tierras de los rebeldes. La tregua está ya á punto de espirar, y vos no pretendeis que se renueve. Sabeis sin duda de qué peligros está amenazada la colonia: sublévanse los esclavos, y designase como jefe de esta trama Imley, ese negro miserable, vecino de la morada del conspirador Adario, y de la habitacion del frances adoptado por Chactas. He sabido con gozo que habeis dado vuestras órdenes, que todo está en movimiento en el campo, y que si los facciosos rehusan las concesiones pedidas, los cadáveres de los enemigos del rey llegarán á ser presa de los buitres."

Mediante este discurso lleno de astucia, evita Febriano ofender el orgullo siempre dispuesto á revelarse contra un consejo recto. Gozoso de ver atribuir á su prudencia cosas en que no habia pensado, el comandante responde á Febriano: »Siem-

pre me habeis parecido dotado de penetracion. Sí; tiempo hacia ya que no ignoraba las maquinaciones de los traidores. Las disposiciones últimas de la Nueva-Orleans me dejan libre, y creo que ya es tiempo de acabar este negocio. Id; decid á los salvajes que deben ceder las tierras, ó que de lo contrario se dispongan á recibirme con las tropas de mi amo."

Ocultando Febriano al comandante su sonrisa irónica, se apresura á comunicar á los Natchez la decision de Chepar. El padre Suel, retirado á la mision de los yazus, no estaba ya en el fuerte de Rosalía para defender la causa de la justicia, y Artaguete recibió la órden de prepararse á los combates, dejándose de discursos.

Reúnese el consejo de los sachems, y escúchanse en él las palabras y las amenazas del mensajero frances. »¿Os aprovechais asi, le responde Chactas, de la ausencia de nuestros guerreros para rehusar la renovacion de los tratados? ¿Es digno esto acaso del valor de la noble nacion de quien os llamais intérprete? ¡Hágase todo segun la voluntad del Grande-Espíritu! Deseamos vivir en paz; pero tambien sabremos inmolarnos por la patria."

¡Oh último ensayo de la moderacion y de la prudencia! El mismo Chactas quiere ir en persona á presentar todavía el calumét de paz en el fuerte de Rosalía: los sachems confiaban en la autoridad de sus años; mas esta confianza era vana. Los habitantes de la colonia incitaban al comandante á la violencia, y Febriano se apoderaba de su voluntad,

haciéndoles relaciones de diferentes tramas: en un campo militar se desea la guerra, y el soldado es mas inclinado siempre á la gloria que á la justicia. Todo precipitaba, pues, á los partidos á cometer la accion primera; y asi es, que no solamente rehusó Chepar la paz, sino que á instigacion de Febriano detuvo á Chactas en el fuerte de Rosalía. »Cuanto mas famoso es este viejo, dijo el comandante, tanto mas conviene privar á los rebeldes de su mejor apoyo y guía. Estimo á Chactas, á quien el gran rey ofreció en otro tiempo un empleo distinguido en nuestro ejército: no se le hará ningun mal; será tratado aqui con las mayores consideraciones; mas no puedo convenir en que vaya á dar á los facciosos el medio de sustraerse al castigo."

—»¡Franceses, dijo Chactas, sin duda era vuestro destino el de violar por dos veces en una persona el derecho de las naciones! Cuando estuve arrestado en el Canadá, al menos entonces se podia decir, como una escusa, que mi mano manejaba el hacha; pero ¿que podeis temer hoy dia de un anciano ciego?" — »No son los golpes de tu mano lo que nosotros tememos, gritaron á un tiempo los colonos: tememos, sí, tus consejos."

Confiaba Chepar en que el cautiverio de su primer sachem, esparciendo la consternacion entre los Natchez, les obligaria á someterse al repartimiento de las tierras; mas lejos de ser asi, se vieron resultados muy contrarios. Apodérase la rabia de todos los corazones, reúnense en tumulto, y deliberan precipitadamente. El infierno que ve espuestos

á trastornarse sus designios, piensa entonces en salvar el culto del Sol del ataque imprevisto de los franceses. Convoca Satán en torno de sí los espíritus de las tinieblas; les manda que sostengan á los Natchez, valiéndose de cuantos medios ha tenido Dios á bien dejar al poder del jenio del mal, y á fin de dar á los indios el tiempo de prepararse, el príncipe de los demonios desencadena un huracan en los aires, subleva el Meschacebé, y pone intransitables los caminos durante muchos dias. Aprovechándose los Natchez de la tregua de la tempestad, enviaron mensajeros á las naciones vecinas, y la juventud de ellas acudió luego presurosa.

Chepar esperaba únicamente que pasase la tempestad para marchar al gran lugar de los Natchez. La sexta aurora restituyó la serenidad, y vió á los soldados franceses marchar adelante precedidos de sus banderas; pero la inundacion de la llanura precisó al ejército á dar un grande rodeo, que retardó su marcha.

Anunció la Fama á los Natchez la noticia de la aproximacion del enemigo, y el aire resonó inmediatamente de tristes jemidos: las mujeres huyen llevando sus hijos al hombro, y dejando los Manitús suspensos á las puertas de las cabañas abandonadas: vense ajitados los guerreros, que no han tenido tiempo de prepararse al combate, ni con los ayunos, ni con la pócima sagrada, ni con el estudio de los sueños; y el grito de guerra, el himno de muerte, y el son de la danza de Areskui, se mezclan y oyen por todas partes. El batallon de los amigos, la tro-

pa de los jóvenes se dispone á descender á la rejion de las almas, y Utugamiz se pone á la cabeza de este batallon sagrado; Utugamiz, que solo y triste, es el único que se ve sin compañero, pues falta de su lado el guerrero blanco. Va Celuta al encuentro de su hermano, le estrecha entre sus brazos, le ruega que mire por sus dias, y le dice enternecida: »Piensa, ¡oh mi águila protectora! piensa en que he nacido contigo en el nido de nuestra madre. El cisne que escojiste por amigo ha volado á los rios lejanos; Chactas está prisionero; Adario vá quizás á recibir la muerte; Artaguete está en las filas enemigas..... ¿Que me quedará, pues, si yo te pierdo?

— »¡Oh hija de Tabamica! responde Utugamiz; acuérdate del convite fúnebre; si el hombre blanco estuviese aqui, á él le corresponderia defenderme; pero mira aqui sobre mi corazon su Manitú de oro, el cual me preservará de todo peligro, porque esta mañana me ha hablado, diciéndome cosas secretas. Tranquilízate, pues, é invoquemos á la amistad y á los jenios que castigan á los opresores. No creas que los franceses sean los mas numerosos; combatiendo por los huesos de nuestros padres, nuestros padres combatirán por nosotros. ¿Acaso no ves tú aquellos abuelos que salen de los bosques fúnebres? »¡Valor! nos gritan ellos, ¡valor! ¡No permitais que el estranjero viole nuestras cenizas; nosotros acudimos al socorro vuestro con el poder de la noche y del sepulcro! ¿Crees tú, Celuta, que los enemigos puedan resistir á esta pálida milicia? ¡Que! ¿No oyes la Muerte que marcha al frente de los esquele-

tos armada con una maza de hierro? ¡Oh muerte! no tememos tu presencia, no; tú no eres para nuestros corazones inocentes otra cosa que un jenio pacífico." Asi habla Utugamiz en la exaltacion de su alma, y Mila y las matronas se llevan á Celuta á la fuerza hácia los bosques.

Todo el poder de los Natchez está en la tropa de jóvenes que los sachems han situado alrededor de los bosques de la muerte. Los mismos sachems forman entre ellos un batallon, que se reune en los bosques á la entrada del templo del Sol, y la nacion dividida de este modo se pone bajo la proteccion de los sepulcros y los altares. Apoderábase de los corazones una admiracion profunda al aspecto de los ancianos armados, y en la obscuridad de los bosques se veia el movimiento de sus cabezas calvas ó encanecidas, semejantes á las ondas plateadas de un rio bajo la bóveda del ramaje de las encinas. Adario, que manda los sachems, y que por su altura sobrepuja á todos los demas, parece el antiguo y respetable estandarte de aquella tropa paterna. A corta distancia el gran sacerdote hace sacrificios en una hoguera, consulta á los espíritus, y solo promete desgracias. No de otro modo cuando se acercan las tempestades de invierno, cuando la brisa de la tarde conduce el olor de las hojas secas, la corneja, posando sobre la rama del árbol, pronuncia palabras siniestras.

En breve á la vista deslumbrada de los Natchez, se presenta saliendo de lo interior de un valle la majestad de las tropas francesas, semejante á la lum-

bre anual con que los salvajes consumen los pastos, y se estiende como un lago de fuego. ¡Oh indianos! al ver vosotros este espectáculo esperimentasteis una especie de pasmo furioso; porque la patria, encantando vuestras almas, las preservaba del terror, mas no de la sorpresa. Contemplabais las ondulaciones regulares, los movimientos medidos, y el soberbio continente de aquellos soldados. Encima de las olas del ejército se erizaban las bayonetas, semejantes á las puntas de las cañas que tiemblan al impulso de la corriente de un rio.

Preséntase un anciano solo delante de los guerreros de la Francia. Tiene en una mano el calumét de paz, y con la otra levanta una hacha chorreando sangre; canta y danza á un mismo tiempo, y acompaña sus cantos y sus pasos con movimientos turbulentos y pacíficos. Alternativamente invoca el furor de los juegos de Areskui y el ardor de las luchas del amor, el terror de la batalla de los héroes, y el encanto del combate de las gracias y de la lira. Ya dá vueltas veloces impeliendo gritos y lanzando el tomahawk, y ya imita el tono de un augur que preside á las fiestas de las mieses. El rostro de este anciano es rijido, su mirar impetuoso, y su frente como de bronce; todo su aire manifiesta que es el padre de la patria, y el entusiasta de la independencia. Llevan al enviado de los Natchez á Chepar, y permaneciendo en pie en medio de una multitud de capitanes, sin hacer acatamiento alguno, ni doblar la rodilla, habla de este modo al comandante de los franceses:

»Me llamo Adario: de padres á hijos todos mis antecesores han muerto por la defensa de su tierra nativa. Vengo de parte de los sachems á pedirte nuevamente la libertad de Chactas, y proponerte por última vez la paz. Si yo fuese el jefe de mi nacion, me verias siempre con el hacha en la mano. ¿Que es lo que quieres? ¿Que agravios te hemos hecho? ¿Pretendes acaso degollarnos en las cabañas donde hemos dado hospitalidad á tus padres, cuando débiles y estranjeros no tenian ni chozas para guarecerse de los hielos, ni maiz para saciar el hambre?

»Si insistes en oprimirnos, sabe que antes que te cedamos los sepulcros de nuestros padres, el sol se levantará en su ocaso, las encinas darán el fruto del nogal, y el buitre alimentará los pichones de la paloma.

»Violaste la fe pública arrestando á Chactas, y por tanto, no temo presentarme ante ti: ó vuelve tu corazon á los sentimientos de equidad, ó cometerás una nueva injusticia; en el primer caso, tendremos la paz; en el segundo, colmarás la medida del sufrimiento, y el Grande-Espíritu se encargará de la venganza nuestra. Escoje, pues; aqui tienes el calumét de paz, fuma; esta es el hacha de sangre, hiere."

Semejante á un hierro que metido en la fragua se penetra de ardiente púrpura, asi el rostro de Chepar se enciende con los fuegos de la cólera al oir el discurso del salvaje. El indomable anciano levantaba su cabeza por encima de la junta conmovi-

da, cual una encina americana, que habiendo quedado en pie sobre el suelo natal, domina las mieses de la Europa flotantes á sus pies.

»Rebelde, le dice Chepar, este pais pertenece al rey mi amo; si tú te atreves á oponerte al repartimiento de las tierras que he distribuido á los habitantes de la colonia, haré de tu nacion un escarmiento espantoso. Retírate, temeroso de que te haga sufrir el castigo mas ejemplar."

— »Pues yo, contesta Adario rompiendo el calumét de paz, en nombre de los Natchez te declaro guerra eterna; y á ti y á los tuyos os sacrifico á la implacable Ataensica. No te detengas. Ven á hacer un pan digno de tus soldados con la sangre de nuestros viejos, y la leche de nuestras jóvenes esposas y la ceniza de nuestros padres. ¡Ojalá mis miembros se reanimen para la venganza; cuando tu hierro los haya separado de mi cuerpo, mis pies marchen sólos contra ti, mi mano cortada descargue el hacha, mi pecho estinguido lance el grito de guerra, y hasta mis cabellos, cual red funesta, tiendan alrededor de tu ejército los lazos inevitables de la muerte! ¡Oh jenios que me escuchais! ¡sean reducidos á polvo los huesos de los opresores, como los restos del calumét aplastados bajo mis pies! ¡Jamás estienda sus ramas sobre los Natchez y los franceses el árbol de la paz, mientras exista un solo guerrero de ambas naciones, y en tanto que las madres continuen siendo fecundas entre estos pueblos!"

Asi dice; los demonios escuchan su ruego, salen del abismo, y llenan de una rabia infernal los

corazones. El dia se cubre con un velo, el trueno muje, los manes dan alaridos en los bosques, y las mujeres indianas oyen su fruto querellarse en sus entrañas. Adario arroja el hacha en medio de los guerreros: la tierra se abre y la devora; óyese caer en negras profundidades; y los capitanes franceses no pueden prescindir de admirar el valor del anciano, que vuelto hácia los suyos les dirije este discurso:

»¡Natchez, á las armas! ¡Harto tiempo hemos permanecido sentados en la estera! Juventud, corra el aceite por vuestros cabellos, píntense vuestros rostros, llénense vuestras aljabas, y vuestros cantos conmuevan los bosques! Desenojemos á nuestros muertos.

»El que huye, vive infame; las mujeres le presentan el paño que vela el pudor, y ocupa por último un asiento en las juntas de las matronas. Pero el que muere por su patria, ¡oh cuan honrado llega á verse! Sus huesos son envueltos en pieles de castor, y depositados en la tumba de sus abuelos; su memoria se mezcla con la memoria de la relijion protejida, de la independencia que defendió, y de las mieses recojidas; y las doncellas dicen al esposo que elijieron sobre la montaña: »Júrame que serás semejante á este héroe." Su nombre llega á ser la garantia de la felicidad pública, y la señal de los regocijos secretos de las familias.

»Sednos favorable ¡oh Areskui! Tu macana está armada de dientes de cocodrilos; ciñes el cuchillo; tu aliento exhala como el de los lobos el olor

de la carnicería, y bebes el caldo de la carne de los muertos en el cráneo del guerrero. ¡Inspira á nuestros jóvenes un deseo irresistible de morir por la patria, y esperimenten suma alegría cuando penetre en su corazon el hierro del enemigo!"

Asi habla, ó mas bien canta Adario, y los salvajes le responden con alaridos. Cada cual toma su puesto, y espera la órden de la marcha: el gran sacerdote empuña una antorcha, y se situa algunos pasos delante: cruje en el aire su túnica, manchada con la sangre de las víctimas; salen silbando de su seno las sierpes que él tiene la habilidad de adormecer, y enrédanse en torno del simulacro del ave de la noche que domina su cabellera: asi pintaron los poetas la discordia entre los batallones de griegos y de troyanos. El agorero entona el himno de la guerra, y al punto le repite la falanje de los amigos, asi como los cisnes de Apolo cuando cantaban su último himno en las aguas del Eurotas, preparándose para reunirse á los dioses.

Entonces el príncipe de las tinieblas llama al Tiempo, y le dice: »¡Oh potencia devoradora, á quien yo he abortado! tú que te alimentas de siglos, de sepulcros y de ruinas, rival de la Eternidad sentada en el cielo y en el infierno, ¡oh Tiempo, hijo mio! pues te he preparado en este dia un abundante pasto, favorece los esfuerzos de tu padre. Ya ves la debilidad de nuestros hijos; su cuadrilla está espuesta á una destruccion, que trastornaria los proyectos nuestros: corre, vuela á los costados del ejército indio, tala los antiguos bosques, para hacer

una muralla á los Natchez, y haz inútil la superioridad del número de los adoradores de nuestro implacable enemigo."

Obedece el Tiempo; desciende al bosque con el ruido de una águila que revolotea entre las ramas de los árboles, y los dos ejércitos que oyen su caida, vuelven los ojos como espantados hácia aquella parte. Inmediatamente se oyen resonar en la profundidad del desierto los golpes de la hacha de aquel leñador, que corta con igual facilidad los monumentos de la naturaleza y los de los hombres. El padre y destructor de los siglos derriba los pinos, las encinas y los cipreses que espiran con sordos mujidos, y las soledades de la tierra y del cielo quedan rasas, perdiendo las columnas que las unian.

Quedan atónitas las dos armadas con el prodijio; los franceses lo miran como el estrago de un nuevo huracan; los Natchez contemplan la proteccion de sus jenios. »Los Manitús se declaran por los oprimidos, marchemos." Todo se conmueve. Los franceses formados en batalla se maravillan de ver unos hombres casi desnudos, que cantando avanzan contra el cañon y las agudas bayonetas. ¡Que valor no inspiras, ó sublime amor de la patria!

LIBRO DÉCIMO.

Ya se acercaban los Natchez al enemigo. Chepar dá la señal: se replega el centro de la armada descubriendo los tremendos rayos, y en cada bronce se ve un guerrero con la encendida mecha. Ejecuta la infantería un movimiento rápido: los granaderos de la primer fila ponen la rodilla en tierra; las otras dos filas jiran oblícuamente, y presentan el flanco y las armas á los indios. A este movimiento los Natchez se detienen, callan sus voces, reina en ambas partes un silencio y una inmovilidad formidable, y únicamente se oye el ruido de las alas de la muerte que cierne sobre los batallones.

Cuando la ardiente canícula enjendra el viento pestilencial del mediodía en los mares de Méjico, el soplo de este viento destructor arroja un aliento húmedo y ardoroso; la naturaleza se cubre con un velo; las campiñas se ensanchan; la luz escarlatina de los trópicos se difunde por las aguas, los bosques y las llanuras; penden las nubes en enormes fragmentos por los dos horizontes del cielo; parece haberse levantado para siempre sobre el mundo un ser devorador, y se cree ver aquellos tiempos anunciados del incendio del universo; asi parecen los ejércitos detenidos á la vista uno de otro, y prontos á embes-

tirse con furia. Pero la espada de Chepar ha brillado.... ¡Musa, alienta mi voz, y saca del olvido los nombres de aquellos guerreros dignos de ser conocidos en la edad futura!

Envuelve primeramente ambos ejércitos una humareda blanca, de donde salen como fujitivos á cada instante vivos relámpagos: respírase por todas partes un olor de salitre inflamado, que irrita el valor, y se oye el grito de los indios, la voz de los jefes franceses, el relincho de los caballos, y el silbido de la bala y de las bombas que suben coronadas de luz hácia el cielo. En tanto que los Natchaz conservan plomo y pólvora, sus fusiles tomados de la Europa no dejan de arder en la mano de sus diestros cazadores: todos los tiros que dirije un ojo certero, llevan consigo el luto y el desconsuelo al seno de una familia. Los que disparan los franceses son menos seguros: las bombas se cruzan sin efecto en los aires, como el volante emplumado con que juegan los niños. El mismo Fólar se sorprende al ver la inutilidad de su arte, y Chepar de la resistencia de los salvajes. Mas cuando estos han apurado las semillas de fuego que adquirieron de los pueblos de Albion, Adario levanta su imponente voz, diciendo:

»¡Oh, jóvenes guerreros de las tribus de la Serpiente y del Castor! seguid á vuestros padres, que van á abriros el camino." Dice, y al frente de los sachems se arroja impetuoso sobre los hijos de las Galias. Utugamiz le oyó, y volviéndose hácia sus compañeros: »¡Amigos, esclama, imitemos á nues-

tros padres!" Le sigue toda la juventud, y se precipita en las filas de los franceses.

Como dos torrentes que, formados por una misma tempestad, bajan paralelamente por la falda de un monte, y amenazan al mar que les iguala en furor, asi las dos tropas de los sachems y de los jóvenes guerreros, atacan á la vez al enemigo; y semejante á la mar que rechaza aquellos torrentes, asi el ejército frances opone su barrera á la embestida de ambos batallones. Empiézase entonces una pelea estraña. De una parte todo el arte de la moderna Belona, tal como se presentó en las llanuras de Lens, de Raeroy y de Fleurus, y de la otra toda la sencillez del antiguo Marte, tal como se vió marchar por la colina de las higueras y las márjenes del Simois. Un viento rápido barre la humareda, despejando el espacio, y el campo de batalla se descubre. Lo obstruido del terreno ocupado por los bosques talados, hace vana la habilidad, confiando la victoria al valor únicamente; los caballos, embarazados entre los troncos de los árboles, desgarran sus costados, ó se rompen las piernas, y la pesada artillería se atasca y sepulta en los pantanos; á mas distancia las líneas de infantería, desordenadas por la impetuosidad de los salvajes, no pueden volverse á formar en un terreno desigual, y se pelea en fin por todas partes de hombre á hombre.

Refiere tú ahora ¡oh, Caliope! quien fue el primer Natchez que señaló su valor en esta sangrienta pelea. ¡Tú fuiste, tú, hijo magnánimo del gran Sifano, indomable y terrible Adario!

Los salvajes refieren que bajo la sombra de los copados árboles de la Florida corre una fuente misteriosa en una isla, en medio de un lago que estiende sus aguas cual si fuese un velo de gasa. Las aguas de esta fuente pueden fortificar los miembros doblados por el peso de los años (1), y volver negras con el fuego de las pasiones las canas de la cabeza de los ancianos; en sus márjenes reina una perpétua primavera: allí el olmo, casándose con la hiedra, forma el símbolo de la amistad, y las encinas se admiran de no contar sus años sino por la edad de las rosas. Las ilusiones de la vida, los sueños de la edad florida habitan con los céfiros entre las hojas de los bejucos, que forman sobre el cristal de la fuente una red de sombra. Los vapores que exhalan los bosques de las cercanías, son los perfumes de la juventud, y las palomas que beben aquella agua, y las flores que su arroyo riega, tienen siempre huevos las unas en sus nidos, y las otras capullos en su tallo. Jamás se oculta el astro de la luz en aquellas márjenes encantadas; ni nunca deja de entreabrirse el cielo, mostrando la sonrisa de la aurora.

En esta fuente, cuya fama atrajo los primeros europeos á la Florida, es adonde fue el jenio de la patria, segun la relacion de los Natchez, á tomar un poco de sus aguas cristalinas: vertió algunas gotas de ella en medio de la batalla sobre la cabeza del hijo de Sífano, y el sachem siente renovarse en sus venas la sangre de su primera juventud; vuelven á ser rápidos sus pasos; estiende su brazo, que

(1) Tradicion histórica.

adquiere otra vez la soltura y ajilidad que tuvo en otro tiempo, y su mano recobra la firmeza de que está poseido su corazon.

Habia en el ejército frances un jóven, llamado Silvestre, á quien la pena de un amor sin esperanza condujo á aquellas playas lejanas, ansioso de encontrar en ellas la gloria ó la muerte, porque el rico é inflexible Aranville jamás quiso consentir en el himeneo de su hijo con la indijente Isabela. Adario alcanzó á ver á Silvestre en el momento mismo en que procuraba desenredar sus pies de una espesa parra; el sachem levanta su terrible maza, la descarga en la cabeza del heredero de Aranville, y la aplasta cual si fuese una calabaza pisoteada por un indócil mulo. Los sesos del infortunado mancebo humean esparcidos por tierra, y Adario insulta todavía con estas palabras á su mísero enemigo: »Ciertamente es lástima que tu madre no se encuentre aqui tambien, á fin de que bañase tu frente en el agua prodijiosa. Yo, que no soy mas que un bárbaro, he lavado groseramente tus cabellos en tu sangre; pero aun confio en que perdonarás á mi débil vejez, porque te prometo un sepulcro..... Sí, te lo prometo en el seno de los buitres."

Asi dice Adario, y se arroja luego sobre Lesbin, le mete su puñal por el costado izquierdo hasta llegar al corazon, y Lesbin cae boca abajo como un toro al golpe del cachetero. El sachem le pone el pie en el cuello; ase con una mano la cabellera del guerrero, la corta con la otra, llevándose una parte del cráneo; y colgando de su cintura el hor-

rible trofeo, acomete sin detenerse al bravo Hubert que le esperaba: á la primera embestida derriba Adario á su enemigo, y en tanto que este se revuelca en polvo, el indio le corta con el hacha entrambos brazos, y le deja espirante y rujiendo.

Semejante á un lobo que habiendo devorado á un cordero, solo respira ya sangre y matanza, asi el sachem ve al abanderado Jedoin, y disparándole una flecha, le clava la mano en el asta de la bandera francesa. En seguida hiere á Ademár, hijo de Cárlos; Ademár, habitante en las orillas del Dordogna, que fue educado con terneza por un anciano padre, de quien era el único apoyo, y á quien sostenia con el honroso premio concedido á sus proezas militares. Mas ¡ay! el desventurado Cárlos no debia estrechar ya jamás á su hijo con sus brazos, volviendo de los paises remotos: el hacha del sachem, alcanzando á Ademár en el rostro, le llevó una parte de la frente, la nariz y los labios. El soldado permanece algun tanto en pie, como un objeto horrible, en medio de sus compañeros espantados, cual se muestra el álamo blanco, cuya corteza arrancaron los salvajes en la primavera, y el tronco medio desnudo y teñido de enrojecida sávia, se distingue á lo lejos entre los árboles del bosque. Cae Ademár con el rostro mutilado, y la noche eterna le rodea.

Semejante á una javalina de Sicilia, ó como un tigre del desierto de Zara que defiende sus cachorros, asi Adario, aumentando su furor á la vista de sus propias hazañas: »Ved aqui, esclama, como pereceréis todos, viles estranjeros. ¡Tal es la suerte

que os reservan los Natchez!" Al mismo tiempo arranca un mosquete de las manos de Akervon, y le mete por la boca la bayoneta; el triple cuchillo traspasa el paladar, y sale por encima del cráneo de la pálida víctima, cuyos ojos se abren y cierran con esfuerzo. Adario abandona el arma con el cadáver, los cuales permanecen apartados y en pie, como las piernas de un compas.

Alzando una piedra enorme, que dos europeos pudieran llevar apenas para marcar el término de algunos juegos en una fiesta pública, el sachem la dispara con tanta lijereza como una flecha contra el hijo de Malherbes. Rueda la piedra, y rompe las piernas del soldado, golpea el suelo con su frente, y en el esceso de su dolor muerde las zarzas ensangrentadas. ¡Oh Malherbes! la güadaña de la muerte te siega en medio de tus floridos años; pero en tanto que las Musas conserven el poder de encantar á los pueblos, tu nombre vivirá como el de aquellos franceses, á los cuales tu ilustre abuelo hizo inmortales.

Por todas partes Adario se abre paso con el hacha, la maza, el puñal ó las flechas. Geblin, embriagado de gloria; Asas, el de nombre heroico; el imprudente Estaing, que se hubiese atrevido á desafiar al mismo Marte; Marigni, Comines, Saint-Alvan, todos ceden al hijo de Sífano; y los Natchez, animados con su ejemplo, vienen mujiendo como toros salvajes, y brincando cual si fuesen leopardos. La tierra se pela y descorteza bajo los pasos redoblados y furiosos de los guerreros; torbellinos de

polvo difunden de nuevo la noche por el campo de batalla; los rostros están ennegrecidos, las armas rotas, los uniformes desgarrados, y el sudor corre á torrentes por la frente del soldado.

Entonces el cielo envió el espanto á los franceses. Febriano, que combatia ante el sachem, fue el primero que emprendió la fuga; y los soldados, abandonados de su jefe, abren al punto sus filas.

Adario y los sachems penetran en ellas con un ruido semejante al que hacen las olas que brincan sobre las estacas plantadas delante de los muros de una ciudad marítima; y Chepar, que desde la cumbre de un collado ve la derrota del ala izquierda de su ejército, manda al capitan Artaguete que avancen sus granaderos. Al mismo tiempo Folar, que consiguió salvar algunos bronces, los coloca sobre un otero descubierto, y empieza á fulminar sus rayos contra los sachems. Tú previstes el designio del comandante de los franceses, ¡oh valiente hermano de Celuta! y para salvar á tus padres, sostenido de los jóvenes indios, te arrojaste contra aquella tropa escojida. Por tres veces los compañeros de Utugamiz se esfuerzan á romper el batallon de granaderos, y otras tantas se estrellan contra la masa impenetrable. El amigo de René, alzando al cielo la vista: »¡Oh jenios, esclama: si vosotros nos negais la victoria, concedednos, pues, la muerte." Dice, y ataca sin detencion á Artaguete.

Dos caballos, hijos de los vientos, y amantes de una yegua hija de Eolo, desde lo mas lejos que alcanzan á verse en la llanura, corren el uno al otro

dando relinchos. Inmediatamente que sus alientos inflamados se mezclan, se encabritan, se abrazan, cubren de espuma y sangre sus crines, y procuran mútuamente devorarse; luego separándose de repente para embestirse de nuevo, volviendo la grupa, enderezando sus colas erizadas, escarban y esparcen la tierra por los aires, y espiden centellas del semicírculo de bronce que cubre sus pies homicidas: asi combatian Artaguete y Utugamiz; tales eran los relámpagos que partian del acero de sus cuchillas. El rayo dirijido por Folar los obliga á separarse, y esparce el desórden en las filas de los jóvenes Natchez.

»¡Oh tribus de la Serpiente y de la Tortuga! esclama el hermano de Celuta; sostened el asalto de Artaguete, en tanto que yo voy con los aliados á apoderarme de los rayos." Dice, y los guerreros aliados marchan en pos de él de dos en dos, y avanzan hácia el collado, donde Folar los aguarda.

»Intrépidos salvajes, si mis cantos se llegan á escuchar en lo futuro; si acaso he recibido alguna centella del fuego de Prometeo, vuestra gloria se estenderá tantos años cuantos el Louvre domine las aguas del Sena; tanto tiempo como el pueblo de Clodoveo continue siendo uno de los primeros pueblos del mundo; tan largo tiempo como viva la memoria de aquellos labradores que vienen á renovar el milagro de vuestra audacia en los campos vendeanos (1)!"

(1) Vese por este pasaje la época en que se escribió este libro.

Empieza Utugamiz á trepar por la colina; pero en breve desaparece en un torrente de fuego y de humo: asi Hércules se elevaba hácia el olimpo en las llamas de la hoguera, y no de otro modo por la via de bronce, y junto al templo de las Euménides, arrebató una borrasca á Edipo, llevándole á la mansion de los dioses. Nada detiene á los indios, cuyo peligro se aumenta á proporcion que se acercan á las voraces bocas. A cada paso la muerte arrebata á algunos de los asaltantes. A Tansou, que se jacta de manejar un arco de cedro, le alcanza una bala de cañon en medio del cuerpo, que le divide en dos como una espiga rota por la mano de un niño. Kiuse, que próximo á enlazarse con las cadenas del himeneo, habia ya apagado la antorcha en la cabaña de su amada, ve de repente aplastados sus pies rápidos, y cae de lo alto de un risco en un terreno fangoso, donde permanece metido hasta la cintura: alcánzale á Atani un globo de hierro, que dándole en la cabeza, su cráneo arrancado va á suspenderse por la cabellera en la rama florida de un arce.

De todos estos guerreros, Sepino era el que seguia á Utugamiz con mas ardor. Este héroe descendia de OEkala, rey que fue de los siminoles; OEkala tuvo tres hijos: Nape, que pasaba en la carrera á los corzos; Turán, que casó con Nicianis, cuyo seno cerraron los espíritus estériles, y Esconte, que fue el último de los tres hijos de OEkala. Esconte tuvo de la casta Nivila á la encantadora Elisoe y al altivo Alisinape, padre de Sepino. Este fogoso salvaje habia prometido á su madre que le llevaria la

cabellera del comandante de los franceses; pero olvidose de hacer sacrificios á los jenios, y por tanto no debia ya volver á entrar en la cabaña de sus padres. Alcánzale en las partes inferiores del cuerpo una bala de cañon, y dejándole tendido en tierra, el mísero salvaje se revuelca en sus entrañas. Su amigo Telaza le alarga la mano para ayudarle á levantarse; pero al mismo tiempo otra bala arranca el brazo caritativo que va á dar contra Utugamiz.

Ya no quedaban mas que sesenta guerreros de la tropa que asaltaba la colina de los rayos cuando llegaron á la cumbre. Utugamiz, metiéndose entre las bayonetas que Folar opone á sus esfuerzos, arrójase el primero sobre un cañon, derriba la cabeza del cíclope que iba á prender en él la mecha, abraza el bronce, y llama en su ausilio á los salvajes. Hácese alli una carnicería espantosa de franceses y de indios. Folar grita á los primeros: »¡Oh que vergüenza para vosotros si fueseis vencidos!" Y Utugamiz dice á los segundos: »Sostened el valor por un momento, y la victoria es nuestra." Oyese el ruido de la sangre que se diseca y evapora cayendo sobre la máquina enrojecida, por cuya posesion se combate. Las descargas de fusilería y de las baterías, hacen de la colina un espantoso caos. Semejantes son los mujidos, las tinieblas y las llamaradas del Etna cuando el volcán dispierta, y un cielo de metal, de donde cae una lluvia de ceniza, se estiende por las campiñas obscurecidas, en medio de las cuales arde el monte como una antorcha fúnebre; los rios de un fuego violado surcan las movientes llanuras, los

hombres, las ciudades, los monumentos desaparecen; y Vulcano, vencedor de Neptuno, hace borbotar los mares sobre sus fraguas inflamadas.

Todos los furores de la guerra se reunen en torno del bronce de que se ha apoderado el hermano de Celuta. Los indios tratan de mover la pesada masa, y precipitarla desde lo alto de la cuesta; los unos la abrazan por su terrible boca, los otros empujan con esfuerzo las ruedas, que dejan en el suelo profundos surcos; estos vuelven contra los franceses las armas que les han arrancado; aquellos se dejan degollar sobre el cañon manchado con la médula esparcida, los bullentes sesos, los jirones de carne y los fragmentos de huesos. Cada soldado, ennegrecido con la pólvora, está cubierto de sangre de amigos y de enemigos. Se asen de los cabellos, se embisten con pies y manos, y el que ha perdido los brazos, se vale de los dientes para pelear, cual si estuviese en un festin de la muerte. Ya Folar está herido, y ya el heroismo de algunos salvajes escede á todo el arte europeo, cuando un granadero consigue pegar fuego al tubo. Inmediatamente la culebra de bronce vomita sus entrañas dando el último rujido, y cumpliéndose su destino, esplota, mutila, derriba, mata la mayor parte de los guerreros que la rodean, y no se oye mas que un grito, seguido de un silencio formidable.

Asi como dos escuadras poderosas, que disputándose el imperio de Neptuno, se encuentran en la embocadura del antiguo Ejipto, en breve un navío se inflama por su fogosa popa; á la luz del moviente

incendio se distingue la mar cual si fuese de sangre y cubierta de fragmentos; la tierra se ve cubierta de las naciones del desierto, y los navíos desarbolados ó rasos al nivel de las olas, derriban ardiendo: de repente muje el navío convertido en fuego; su enorme esqueleto se parte; lanza hasta las nubes los tubos de bronce, los encendidos pinos, y los cadáveres de los marineros, y la noche y el silencio se estienden por las aguas... No de otro modo se traba el combate á la entrada de la noche. Utugamiz es el único que queda de toda su tropa despues de la esplosion del rayo, y quiere arrojarse entre los franceses; pero el jenio de la amistad le hace en lo interior de su corazon este severo cargo: »¿Adonde corres? ¡oh insensato! ¿De que fruto puede servir ahora tu muerte á la patria? Reserva, reserva ese sacrificio para ocasion mas favorable, y acúerdate que tienes un amigo." Movido por estos tiernos sentimientos el hijo de Tabamica, brinca desde lo alto de la colina, va á meterse en el rio, y reanimado con la frescura del agua, se junta otra vez á los guerreros que no habian cesado de combatir contra Artaguete.

Los sachems, tan prudentes como intrépidos, temiendo ser cortados en su retirada, se habian reunido á los batallones de sus hijos. Todos juntos sostenian apenas los esfuerzos de Beaumanoir, que por la parte de los franceses conseguia el honor de todo aquel dia. Beaumanoir tenia por antecesor á aquel caballero breton que bebió su sangre en el combate de los Treinta, y doce jeneraciones le se-

paraban de este orijen ilustre: Estevan, Mateo, Carlos, Roberto, Gofredo, el segundo Estevan, Pablo, Francisco, que murió en Jarnac, Jorje el acuchillado, Tomas, Francisco segundo de este nombre y Juan el solitario, que habitaba la torre desde donde se descubre la colina aislada (1), coronada por las ruinas de un templo druídico. Armado con una macana al estilo del enemigo, Beaumanoir desbarata las filas de los Natchez, y Adario apenas sostiene su furia. Ya el viejo Nadal, el rico Lipoé, que poseia doscientas pieles de castor, treinta arcos de cerezo silvestre y tres cabañas; Uzao, de la tribu de la Serpiente; Arimat, que llevaba una águila azul sobre su seno, una perla en su labio, y una corona de plumas en la cabeza; todos estos guerreros perecieron en las garras del fiero leon Beaumanoir.

Advertíase en el ejército de los Natchez un sachem terrible, que era el robusto Nipano, cuyo valor sostenian sus tres hijos, Tanitien, el de las orejas cortadas; Masinaico, favorito de su madre, y el grande Osani. Los tres nipanides, avanzando al frente de los salvajes, disparaban sus flechas contra los franceses, y al punto se retiraban, poniéndose en salvo, escudados por el valor de su padre, semejantes á una serpiente de piel mudable y la cola sonora, que reposando á los ardores del sol, cuida de sus hijos, que juegan en torno de ella; pero si se oye el menor ruido, los tiernos reptiles se acojen á la boca de su madre, y el amor los encierra nuevamente en el seno de donde el mismo amor los hizo

(1) El Monte-Dol.

salir; así era ciertamente el esforzado Nipano y sus tres audaces hijos.

En el momento en que los tres hermanos iban á atacar á Beaumanoir, éste se arroja sobre ellos como el milano á las palomas; y Nipano, que observa el movimiento del guerrero frances, se avanza para socorrer á los objetos de su vijilante terneza. Privado de una victoria que miraba como cierta, el soldado breton se vuelve hácia el sachem, y le derriba de un mazazo.

A la vista de Nipano tendido, los Natchez lanzan un grito, y Tanitien, Masinaico y Osani, disparan á un tiempo sus flechas contra el matador de su padre. Beaumanoir se baja para evitar la muerte, y echándose sobre los tres jóvenes salvajes los inmola.

Nipano, vuelto en sí de su trastorno, pero vertiendo sangre por ojos y narices, feliz en su infortunio, no puede ver á sus hijos tendidos á su lado. »¡Oh hijos mios! esclama con voz moribunda, ¡salvad mi cuerpo de la rabia de los franceses! ¿Hay cosa mas lastimera que un sachem derribado por Areskui? Los enemigos cuentan sus canas, é insultan á su cadáver. ¡Insensato! dicen ellos: ¿por que dejaste el báculo de encina?" Despójanle, y se complacen entre ellos con los restos inanimados del anciano. Espira Nipano hablando en vano á sus hijos, y llegando á la rejion de los muertos, solloza cuando encuentra aquellos mismos hijos que le han precedido en el sepulcro.

El gran sacerdote, armado con una tea ardiendo, reune los salvajes alrededor del cuerpo de Ni-

pano, y Adario y Utugamiz recojen el cadáver; pero Beaumanoir ase una mano del sachem, y les obliga á soltar la presa, levantando al mismo tiempo con la otra una terrible maza. Retrocede Adario evitando el golpe, y entonces el cielo señala á un tiempo mismo el fin de la gloria y de la vida de Beaumanoir. Abre Adario de un reves de su hacha el costado de su enemigo; el breton siente entrar el aire en su pecho por una via desconocida, y palpitar su corazon á descubierto. Tórnanse blancos sus ojos, tuerce los labios, crujen sus dientes, suelta su mano la maza, y cae; la vida le abandona, y sus miembros se ponen tiesos con el pasmo de la muerte.

Arrojándose Adario á Beaumanoir para arrancarle la cabellera: »¡Vénid, Natchez! esclama: ¡vengué á Nipano!" Los salvajes dan grandes alaridos, y vuelven animosos al ataque. Tocan la carga los tambores franceses, y resuenan por su ejército la música y los clarines: Artaguete, mandando calar bayoneta á sus granaderos, avanza para protejer el cuerpo de su leal compañero de armas, y la pelea se hace entonces mas horrible: Lameck recibe por un costado una estocada, al tiempo que asia de los pies el cadáver de Beaumanoir, y rompiéndose la membrana que sostenia sus entrañas, se unden en las ingles que se aflojan, semejantes á un cuero vacío. Pásmase el indiano atormentado de agudos dolores, y un cruel sueño cierra para siempre sus ojos.

No fue menos lamentable la muerte del noble Yatzi, guerrero que descendia de los reyes Yendates, que reinaron en los grandes lagos. Cuando los

iroqueses invadieron los estados de sus padres, su madre le salvó en una piel de oso, y llevándole por entre montes, llegó como suplicante á los hogares de los Natchez. Educado Yatzi en aquellas orillas estranjeras, al salir de la infancia desplegó la jenerosidad de un rey y el valor de sus antecesores. Su choza estaba abierta para todos los infortunados, porque él mismo lo habia sido, y no tenia la soledad un corazon mas hospitalario. Ve en las filas enemigas un frances, al cual recibió en otro tiempo en su estera, y el hijo del destierro, poniendo en su cinto un calumét de paz, avanza sereno para renovar la alianza de la cabaña; pero el frances, que no le reconoce, le apunta con una pistola al pecho, sale el tiro, traspasa á Yatzi la bala homicida, envuelto en improvisa noche cae rodando á los pies de su huésped; y su alma, saliendo por los labios, se dispone á volar hácia aquel que recibe al viajero fatigado.

Arrebatado de cólera el jóven Siégo, otro desterrado de los bosques del Canadá, y el cual habia nacido en una dehesa, porque sorprendieron á su madre los dolores del parto yendo á la fuente, intenta vengarse ruidosamente de la suerte que acaba de sufrir su amigo. Mas ¡oh insensato! corriendo él mismo á su pérdida, encuentra con una bala aventurera, que, entrándole por el costado, le derrama la hiel en el pecho. Siente el guerrero inmediatamente la amargura en su lengua, y su aliento espirante, cual si fuese el movimiento de una bomba, hace subir la sangre, que viene á borbotar en sus

labios. Vacilan sus rodillas, y cae poco á poco sobre el cuerpo del infortunado Yatzi, que haciendo el último movimiento convulsivo, le estrecha con sus brazos: asi reposa la abeja en el cáliz de la milagrosa sensitiva, pero la flor se cierra sobre la hija del cielo, y la sofoca entre un velo perfumado.

Los indios quitan alternativamente la vida á una multitud de franceses, escardando de este modo el campo de batalla. Oponen las ventajas de la naturaleza, y sus golpes, aunque menos repetidos, son mas ciertos. El clima no es para ellos un embarazo, cual lo es para sus enemigos; pues los mismos lugares donde pelean, son aquellos donde se ejercitaron en los juegos de su infancia: todo es arma para ellos, todo muro ó apoyo; nadan en las aguas con la misma facilidad que se deslizan ó vuelan por la tierra: ya ocultos entre las yerbas, ó ya subidos en las encinas, rien serenos de la bala que pasa por encima de su cabeza ó bajo sus pies. Sus gritos, sus cantos, el ruido de sus chichicúes y de sus pífanos, anuncian otro Marte; pero un Marte no menos terrible que el de los franceses. El cabello corto ú ensortijado de los indios, las plumas y los adornos con que se engalanan, los colores con que el Natchez pinta su rostro, los ceñidores donde brilla el hacha y cuelga la macana ó el cuchillo, hacen un contraste singular con la pompa guerrera europea. Algunas veces los salvajes atacan todos juntos, llenando el espacio que los separa de los enemigos, haciendo jestos y danzas heroicas, y otras veces salen uno á uno á combatir á un adversario,

que han observado, como el mas digno de esperimentar el valor suyo.

Utugamiz se distingue de nuevo en esta lucha renaciente, y despliega de tal modo su fuerza y su fogosidad, que pudiera mirársele como un guerrero arrancado del reposo de sus hogares. El corte de su hacha era de un pedernal afilado sutilmente por Acomanda, abuelo del jóven héroe. Este pedernal estaba embutido como un injerto en el tronco hundido de un planton de serval: el arbusto, creciendo, habia cojido fuertemente la piedra, y cortado despues tan largo como un venablo, se habia convertido en un instrumento de muerte en la mano de los guerreros. Jira Utugamiz el arma hereditaria alrededor de su cabeza, y dejándola escapar, va con vuelo impetuoso á herir á Valbel por debajo de la oreja izquierda, y le corta la vértebra. El soldado amigo de la alegría, reclina la cabeza sobre el hombro derecho, mientras que la sangre enrojece su brazo y su pecho: diríase que se duerme en medio de las copas de vino derramadas, cual lo hiciera en las órjias de un festin. El rápido salvaje sigue el curso de la hacha que ha lanzado, vuelve á cojerla, y descarga con ella un golpe formidable sobre Bois-Robert, cuyo pecho se abre como el de una blanca víctima al impulso del cuchillo del victimario. Bois-Robert era nieto de aquel guerrero que escaló las rocas de Fecamp: contaba apenas diezisiete años, cuando su madre, sentada en la playa de la Francia, derramando lágrimas, habia mirado por mucho tiempo el navío que alejaba de su vista

al hijo de su amor. El mismo Utugamiz se para de improviso al ver la palidez del jóven, y la gracia de aquella cabellera rubia, que hace sombra á una frente descolorida, y cae como un velo sobre los ojos ya cubiertos con sus lánguidos párpados. »Pobre sinigual, le dice; apenas te revestias de larga pluma, cuando has caido de tu nido! ¡Ya no cantarás parándote en la rama! ¡Ojalá tu madre, si la tienes, se digne perdonar á Utugamiz! Los dolores de una madre son muy grandes. Mas ¡ay de mí! tú eras poco mas ó menos de mi edad, yo tambien debiera morir; pero los espíritus son testigos de que yo no tenia contra ti odio alguno, y que el mal que te he hecho ha sido defendiendo el sepulcro de mi madre." Tales eran tus palabras, ¡oh sencillo y tierno salvaje! las lágrimas brotaban de tus ojos, y Bois-Robert, oyendo tu injénuo elojio fúnebre, sonrió exhalando el último suspiro.

Mientras que vencidos y vencedores, los franceses y los Natchez continuan por todas partes la batalla; Chepar manda á los lijeros dragones que echen pie á tierra, y aparten los árboles y los muertos, abriendo paso á la pesada caballería y al batallon helvético. Ejecútase la órden: ruedan con esfuerzo, y levantan con palancas hechas de priesa los troncos de las encinas, y los fragmentos de los cañones y de los carros, y dan salida á las aguas con que el rio ha inundado la llanura, haciéndola intransible.

En los valles solitarios, los pacíficos castores se apresuran á concluir mancomunadamente una obra:

los unos ruedan hácia atras troncos de árboles, y los echan en la corriente del agua, á fin de formar un dique; los otros arrastran con su cola los materiales destinados á los arquitectos, los palacios de la Venecia del desierto se elevan; los artesanos de lujo tapizan los pisos con fresco musgo, y preparan los cuartos del baño, en tanto que los constructores edifican á mas distancia, á la orilla del lago, las agradables casas campestres. Al mismo tiempo los viejos castores, llenos de esperiencia, dirijen los trabajos de la república, hacen preparar los almacenes de víveres, sitúan las centinelas avanzadas para seguridad del pueblo, recompensan á los ciudadanos dilijentes, y destierran de allí á los perezosos. No de otra suerte se veia trabajar á los franceses en el campo de batalla, bajo la direccion de espertos y animosos jefes. Por todas partes se forman pirámides, donde los guerreros segados por el hierro homicida están amontonados sin órden: los unos tienen el rostro vuelto hácia la tierra, que abrazan con sus tiesos brazos; los otros flotan al viento sus cabelleras sangrientas desde lo alto de las fúnebres pirámides, cual las plantas que penden humedecidas del rocío por los lados de las peñas; estos están vueltos de lado, aquellos parece que miran al cielo con ojos espantados, y en sus inmóviles miradas la muerte ha fijado las convulsiones de la vida fujitiva. Las cabezas separadas del tronco, los miembros mutilados, llenan los vacíos de tales trofeos, y la sangre cuajada cimenta estos monumentos espantosos de la rabia de los hombres y la cólera del cielo. Muy di-

ferentes se elevan en una amena pradera, entre arroyos y deliciosas sombras, los montones de yerbas y de flores derribados al impulso de la hoz del hombre campestre; Flora, teniendo en la mano un rastrillo, invita á los pastores á danzar en la fiesta de la primavera, y las doncellas con sus amables compañeras se dejan deslizar jugueteando desde la cumbre de la hacina embalsamada.

Suena la trompeta, y la caballería se precipita en los caminos que le abren. Sale un ruido sordo de la tierra, que se siente temblar bajo los pies: mujen todas á un tiempo las baterías descubiertas repentinamente; los ecos de las selvas multiplican la voz de estos truenos, el Meschacebé corresponde azotando con furor sus altas márjenes, y Satán mezcla á este tumulto unos rumores sobrenaturales, que helarian de espanto á los corazones mas intrépidos. Jamás se oyó tal ruido desde el dia en que el caos, forzado á huir delante del Criador, se precipitó á los confines de los mundos arrancados de sus entrañas; solamente pudiera oirse un estruendo mas horrible, cuando la trompeta del ánjel, despertando á los muertos en su polvo, y abriendo todos los sepulcros á un tiempo, reproduzca la raza pálida de los hombres. Las lejiones infernales esparcidas por los aires obscurecieron el sol, y los indios creyeron que su luz iba á estinguirse. Los Andes vacilantes en sus bases, sacudieron sus témpanos de hielo, y entrambos océanos sublevados, amenazaron romper el itsmo que junta una y otra América.

»Causans, seguido de sus centauros, acomete á

las filas de los Natchez. Asi como en una colonia naciente el labrador, con las yuntas de potros y yeguas que le prestó el vecino, entra en una parva donde están tendidas las garbas de mieses; los muchachos situados en el centro del trillo precisan con sus gritos alegres á los pacíficos animales á pisotear las riquezas rústicas, reina una armonía encantadora entre el candor de los niños, la inocencia de los dones de Céres, y la lijereza de los tiernos potros que triscan por las espigas siguiendo la carrera de sus madres; asi Causans y sus caballos homicidas atropellan y quebrantan con sus herrados cascos una parva de héroes. Y semejantes á las abejas, que habiendo descubierto el oso sus tesoros en el hueco de una encina, se arrojan sobre el raptor, y le traspasan con su aguijon agudo; asi ¡oh Natchez! resististeis con puñal en mano á los jinetes y á su jefe, el hijo del bravo Henrique y de la amable Laura.

Los caballos traspasados de flechas brincan, se encabritan, sacuden su crin, frotan su espumante boca contra el pie tendido, ó levantan hácia el cielo sus sangrientos narigales, soberbios mas y mas en su dolor guerrero, bien hayan derribado á sus amos, ó bien los saquen á salvo, atravesando el campo de batalla.

Quizás en el ardor de que los combatientes estaban animados, hubieran perecido todos los franceses y los indios, si Catarina de los bosques, que veia estos estragos desde lo alto del firmamento, no hubiese levantado las manos hácia el trono del Todopoderoso. Oyéronse desde las alturas estas pala-

bras divinas: »Vírjen compasiva, cesen ya tus dolores; la misericordia mia irá en pos de mi justicia, pero en breve el autor de todos estos males irá él mismo á suspender el furor de los guerreros, con el fin de favorecer mejor á sus proyectos."

Asi resonaron en la eternidad estas palabras, que cayendo de astro en astro, descendieron como una cadena de oro hasta los abismos de la tierra.

Al mismo tiempo el rey de los infiernos piensa en separar los combatientes, juzgando que el combate ha llegado al punto necesario para el cumplimiento de sus designios. Vuela, pues, á la gruta donde el demonio de la noche se oculta mientras el sol anima la naturaleza, y encuentra á la reina de las tinieblas ocupada entonces en adornarse.

Los sueños colocaban diamantes en su cabellera azulada, los misterios cubrian su frente con una venda, y los amores, atando á su alrededor los crespones de su banda, hacian que asomase solamente uno de sus pechos, que parecia el globo de la luna: tenia en su mano por cetro un ramo de adormideras. Unas veces sonreia en un profundo silencio, otras despedia unos cantos como los del ruiseñor; el placer cubria sin cesar sus ojos, que cerraba un dulce sueño; el ruido de sus alas imitaba el murmullo de un manantial ó del ramaje, los céfiros nacian de su aliento. El demonio de la noche tenia todas las gracias del ánjel de la noche; pero no presidia como éste al reposo de la virtud, y solo podia inspirar placeres ó crímenes.

El monarca de las sombras, que nunca vió á su

hija tan seductora: »Anjel encantador, le dice, no es tiempo de pasar las horas en adornarte: deja esos brillantes atavíos, y toma luego el manto de las tempestades. No ignoras lo que me debes, pues nada eras antes de la caida del hombre, y tu cuna han sido mis tinieblas."

La noche, hija obediente, se despoja de sus adornos, y vístese luego de vapores y de nubes, lo mismo que cuando quiere favorecer los amores funestos, ó las negras maquinaciones del asesino. Unce á su carro dos buhos que dan graznidos dolorosos y lamentables, y guiada por el príncipe de los infiernos, llega en breve al campo de batalla.

Los guerreros cesan repentinamente de verse, y solo dan ya en la sombra golpes inútiles. Abre el cielo sus cataratas, precipítase de las nubes un diluvio, que apaga los fuegos de Marte, y los vientos ajitan las selvas horriblemente, sucediendo una borrasca sin trueno, porque Jehová se ha reservado los tesoros del granizo y del rayo.

Cesa el combate: Chepar hace tocar á retirada; y el ejército frances, replegándose confusamente en la obscuridad, retrocede hácia sus trincheras. Cada jefe sigue con su tropa el camino que cree ser mas corto, y en tanto los soldados estraviados caen rodando por los precipicios, ó se ahogan en los torrentes.

Entonces la noche, desgarrando sus velos y calmando sus soplos, deja caer una luz incierta en el campo del combate donde los indios quedaron dispersos. A los reflejos de la luna se veian árboles

destrozados por las bombas y las balas de artillería, cadáveres nadando en las aguas del crecido Meschacebé, caballos tendidos ó errantes á la ventura, cajas de municiones, cureñas y cañones derribados, armas y banderas abandonadas, grupos de jóvenes salvajes inmóviles, y algunos sachems aislados, cuya cabeza calva y mojada espedia una luz pálida. Asi de lo alto de la fortaleza de Memfis, cuando el Nilo ha salido de madre, se descubren en medio de los llanos inundados algunas palmeras medio desarraigadas, ruinas que salen del seno de las aguas, y la cima pardusca de las pirámides.

Retíranse inmediatamente hácia los bosques de la muerte los restos de las tribus; y Utugamiz, penetrando entonces en el recinto sagrado, descubre sentado en un sepulcro á un guerrero lleno de sangre. El hermano de Celuta se detiene, y dirijiéndole la palabra: »¿Quien eres? le dice: ¿eres acaso el alma de algun guerrero derribado en este dia al golpe del tomahawk de Areskui, defendiendo los hogares de nuestros padres?"

La sombra reclinada no responde, y en esto llega el gran sacerdote, que se adelanta hácia el fantasma haciendo evocaciones. Síguenle los salvajes, y óyese gritar de repente: »¡Un hombre blanco! ¡un hombre blanco!"

Artaguete, herido en el combate, y estraviado con la obscuridad de la noche, se habia refujiado á los sepulcros de los salvajes. Reconoce Utugamiz al frances contra el cual ha peleado, al protector de Celuta, al amigo de René, y enternecido de las des-

gracias de Artaguete, y deseando salvarle, le reclama como prisionero suyo. »No permitiré, esclama, que se queme á este suplicante. ¡Que! ¿habrá pedido acaso en vano la hospitalidad á los sepulcros de nuestros abuelos? ¿Habrá buscado inútilmente la paz en el lugar mismo donde acaban todas las guerras? Y ¿que diria René del pais de la Aurora, el hijo adoptivo de Chactas, aquel amigo que me ha dado la cadena de oro? »Anda, hombre cruel, me diria; anda, ve á buscar otro compañero para ir errante por los valles; pues yo no quiero trato con los buitres que despedazan á los desventurados. No: no bajaré yo á la mansion de los muertos con semejante grano negro en el collar de mi vida."

Asi hablaba el hermano de Celuta. El inexorable Adario manda que aseguren al guerrero blanco, y que le reserven para sufrir el suplicio del fuego. Chactas hizo abolir este horrible tormento; pero el venerable sachem estaba prisionero en el fuerte de Rosalía, y los indios irritados solo escuchaban la venganza. Las mujeres que habian perdido á sus hijos en el combate, rodeaban al estranjero dando grandes gritos; asi las sombras se agrupaban en torno de Ulises en las tinieblas cimerianas, para beber la sangre de las víctimas; asi cantaban los griegos alrededor de la pira de la hija de Hecuba, inmolada á los manes del inexorable Aquiles.

LIBRO UNDÉCIMO.

Sobre una colina, á alguna distancia del campo de batalla, se elevaba un sicomoro de coronada cima, y por las tardes muchas bandadas de palomas venian á mecerse sobre sus secas ramas. Al pie de este árbol determinó el comandante de la armada francesa pasar la noche, y reunir el consejo de oficiales para resolver lo que conviniese.

Arde la hoguera del vivaque, y las centinelas están colocadas de distancia en distancia, cuando llegan los jefes á las órdenes de Chepar, y forman corro alrededor de la lumbre de los vijilantes. Al resplandor de la luz de las llamas se veian los rostros macilentos y empolvados, los uniformes desgarrados y sangrientos, las armas medio rotas, los cascos quebrantados, los sombreros traspasados de las balas, y todo el noble desórden de aquellos valerosos capitanes, mientras que las palomas amantes de su acostumbrado retiro, lejos de huir del fuego, iban á reposar con los guerreros.

La resistencia inesperada de estos habia atemorizado al comandante del fuerte de Rosalía, y empezaba á temer de haberse dejado arrebatar demasiado del espíritu de codicia de sus colonos. Habia

dado la batalla sin recibir órden espresa del gobernador de la Luisiana, y antes de la llegada de las tropas que se esperaban de Europa: quedaron en el campo de batalla un número muy considerable de soldados, y muchos oficiales, y la ausencia del capitan Artaguete inquietaba los ánimos.

La opinion de los jefes que rodeaban á Chepar estaba discorde: unos querian continuar la batalla al amanecer del dia siguiente, y otros decian que el castigo impuesto á los salvajes era muy severo. »Mas bien se trataba, decian, de esterminar aquellos pueblos, que de someterlos: sin duda los indios estaban dispuestos á un arreglo, y en todo caso la suspension de las hostilidades daria á los franceses tiempo necesario para recibir socorros."

Febriano no concurrió á este consejo, porque su comportamiento en el campo de batalla le hizo temer la presencia de sus valientes compañeros de armas, y estando en correspondencia secreta con Chepar, el renegado confiaba en recobrar su influencia y su crédito.

La hoguera del vivaque no arrojaba ya mas que humo, el alba blanqueba en el oriente, las avecillas empezaban á cantar, y el consejo no habia resuelto todavía definitivamente, cuando se oye de improviso el grito de una centinela avanzada, se ve correr á los oficiales, y la gran guardia hace una descarga. Presentose al puesto una partida de indios jóvenes, mandada por aquel Utugamiz, cuyo valor admiró el ejército frances, y deteniéndose estos guerreros á corta distancia, sale de sus filas

un jóven pálido, con la cabeza descubierta, vestido de un uniforme frances, y manchado de sangre. Era Artaguete, que venia sostenido por el brazo de una negra que daba de mamar á un niño, y habiéndole recibido en la vanguardia, se retiraron los indios.

Llevaron á Artaguete á presencia del jeneral, y habló de esta suerte delante del consejo:

»Habiendo sido herido al fin de la batalla, el bravo granadero Jacques me sacó fuera de la refriega; pero habiendo quedado él tambien herido, le insté para que se retirase, y me obedeció con intento de traerme socorro. La noche puso fin á la batalla; yo logré llegar arrastrando hasta el cementerio de los indios, llamado los bosques de la muerte; y habiéndome encontrado allí el agorero, me condenaron al suplicio de los prisioneros de guerra. En vano quiso salvarme Utugamiz; y su hermana, no menos jenerosa, hizo cuanto estaba de su parte. La ley de los indios permite á una mujer libertar á un prisionero, adoptándole por hermano ó por marido. Celuta, rompiendo mis cadenas, ha declarado que yo era su hermano, y reserva sin duda el otro título á un hombre mas digno que yo de obtenerle.

»Los indios, de quienes he llegado á ser hijo, me han encargado proponeros la paz. Utugamiz, mi hermano salvaje, me ha escoltado hasta las avanzadas de nuestro ejército, y una negra llamada Glazirna, á quien conocí en el fuerte de Rosalía, y se hallaba entre los Natchez, me ha dado la ayuda de

su brazo para llegar hasta vosotros. No recordaré al jeneral que me opuse á la guerra, pues en uso de su autoridad, y mediante su sabiduría, ha debido decidir lo que creyó mas conveniente al mejor servicio del rey; pero siendo los Natchez los primeros que hoy hablan de paz, creo que con esto se halla á cubierto el honor de la Francia. Los indios me han concedido la vida y vuelto la libertad. Chactas puede ser canjeado por mí, y yo tendré á vanagloria el haber servido de canje á este ilustre anciano."

La sangre y el valor del capitan Artaguete, eran todavía mas elocuentes que sus palabras, y asi es que al punto se oyó por el consejo un murmullo lisonjero de aplausos. Chepar halló un medio de salir con honor del paso peligroso en que se habia comprometido: declaró, pues, que atendiendo á que los salvajes imploraban una tregua, consentia en concedérsela, queriendo de este modo manifestarles que jamás se habia recurrido en vano á su clemencia. Trajeron del fuerte de Rosalía á Chactas, y éste autorizó por parte de los indios una suspension de armas por tiempo de un año, durante el cual tratarian del arreglo del repartimiento de tierras algunos sachems y franceses distinguidos.

Dieron sepultura en pocos dias á los muertos, y una naturaleza vírjen y vigorosa hizo desaparecer en breve de los bosques las huellas espantosas del furor de los hombres; pero los odios y las discordias no hicieron mas que aumentarse. Todos aquellos que habian perdido padres, hijos, parientes ó amigos en el campo de batalla, respiraban la venganza;

y los indios, vueltos mas altaneros y feroces por su resistencia, estaban impacientes por volver á ser libres; los habitantes de la colonia, viendo burlada su primera esperanza, codiciaban mas que nunca las concesiones de que se veian privados; y Chepar humillado, al verse detenido por unos salvajes, se prometia que haria olvidar el mal éxito de una determinacion precipitada, cuando hubiese reunido nuevos soldados á sus fuerzas.

En tanto los Natchez estaban ansiosos por recibir noticias del Sol y de su ejército, pues aun no habian vuelto los mensajeros enviados al gran-jefe para enterarle del ataque de los franceses; empezaba, pues, á manifestarse la inquietud en todos los corazones, y se advertia en Akansía una ajitacion estraordinaria.

Toda la terneza de Celuta, quien ya se habia sosegado con respecto á Utugamiz, al ver que salió del combate cubierto de gloria, se dirijia, como era natural, al hermano de Amelia. Utugamiz hubiera volado ya al socorro de René, sino hubiese estado ocupado por órden de los sachems en la celebracion de fiestas de la hospitalidad en honor de los guerreros de las tribus aliadas que se habian encontrado en la batalla. »Tranquilízate, decia Utugamiz á su hermana: mi amigo habrá triunfado como yo: debo á su Manitú mi victoria, y el mio le habrá salvado sin duda de todos los peligros."

Utugamiz juzgaba por la fuerza de su amistad del poder de su jenio tutelar, y juzgaba mal.

Un indio destacado del campo del Sol, anunció

una noche el regreso de la tribu del Aguila. La noticia se esparce por las cabañas; las familias se reunen bajo un árbol, á la luz de las antorchas, para oir los gritos de aquellos á quienes esperaban; y Utugamiz y Celuta son los primeros que se presentan en el punto de reunion.

Oyese lo primero el grito de aviso de la aproximacion de los guerreros: todos aplican el oido; todos inclinan la cabeza hácia aquella parte; todas las bocas se entreabren; todos fijan hácia alli la vista, y los rostros espresan el sentimiento confuso del temor y de la esperanza.

En pos del grito de aviso, comienzan á oirse los gritos de muerte que Chepar contaba, y eran repetidos tantas veces cuantos guerreros habian perdido, y la nacion respondia con una esclamacion de dolor. Cada familia se pregunta si ha dado alguna víctima para el sacrificio, si un padre, un hijo, un hermano, un esposo, ó un amante han descendido á la rejion de las almas: Celuta tiembla, y Utugamiz parece petrificado.

A los gritos de muerte suceden los de guerra, anunciando el número de cabelleras quitadas al enemigo, y el de los prisioneros que le han hecho; y escediendo estos gritos á los primeros, prolóngase por las selvas una esclamacion de triunfo.

Dejose ver entonces la tribu del Aguila, y desfiló entre dos hileras de antorchas. Los espectadores procuraban descubrir su dicha ó su desventura: viose ante todas cosas que el viejo Sol faltaba, y Utugamiz y su hermana no descubrieron al hermano de

Amelia. Desfallece Celuta, cae desmayada, apenas puede sostenerla en sus brazos Utugamiz, tan consternado como ella; y Mila, confundiéndose entre la multitud, esclama diciendo: »Yo le encargué encarecidamente que no muriese."

Onduré, que reemplazaba al Sol en el mando de los guerreros, marchaba á su frente con aire victorioso. Saludó á la mujer-jefe, que en lugar de regocijarse por el advenimiento de su hijo al poder supremo, parecia estar turbada por algun remordimiento, y Chactas, advertido de cuanto pasaba, guardaba un continente doloroso y severo.

Conforme se iba acercando la tropa hácia el lugar principal, los jefes dirijian algunas palabras á las diferentes familias. »Tu hijo se ha portado en la batalla como un búfalo indomable;" decia un guerrero á un padre, y éste respondia: »Bien." — »Tu hijo ha muerto;" decia otro á una madre, y ésta contestaba llorando: — »Es igual."

Reúnese el consejo de los sachems, y Onduré, llamado ante aquella respetable junta, refiere lo ocurrido en la espedicion. Segun su relato, los Natchez se habian encontrado con los illineses que venian á atacar á los primeros, y la victoria se habia declarado á favor de estos en la pelea motivada por aquel encuentro; pero desgraciadamente el Sol habia caido muerto, traspasado de una flecha. »En cuanto al autor criminal de este suceso y de la guerra, añadió Onduré, habiendo quedado en poder del enemigo, sufre ahora mismo en el suplicio de fuego el castigo que merece como sacrílego."

Bien hubiera querido Onduré acusar de cobardía á su rival; pero René, herido tres veces en defensa del Sol, habia manifestado tan públicamente su valor á vista de los salvajes, que el mismo Onduré se vió precisado á dar un testimonio de aquel valor estraordinario.

»Viéndome jefe de los guerreros, continuó Onduré, hubiera seguido mi victoria, si uno de vuestros mensajeros no me hubiese traido la noticia del ataque de los franceses, cuya novedad me obligó á mandar la retirada, y he corrido á defender nuestros hogares."

Durante la relacion de Onduré, dió la mujer-jefe indicios de una turbacion estraordinaria, y se la vió corrida de vergüenza é inmutada. Segun algunas espresiones que se le soltaron á su culpable amante cuando marchó contra los illineses, Akansía no dudaba que la mano de Onduré habia disparado la flecha contra el viejo Sol, y el mismo criminal se lo confirmó, yendo en breve á jactarse al lado de la celosa indiana, de haber hecho comenzar el reinado de su hijo. »La pasion que os tengo, dijo, me ha hecho cometer quizás un esceso: disponed de mí, y pensad únicamente en consolidar vuestro poder."

Onduré esperaba ser nombrado edil por el crédito de la mujer-jefe, y gobernar la nacion como tutor del jóven soberano.

La muerte del viejo Sol hacia una revolucion en el estado, pues en él espiraba uno de los tres ancianos que abolieron la tiranía de los antiguos déspotas de los Natchez, y no quedaban ya mas que Chactas

y Adario, ambos próximos á faltar á causa de su vejez.

Concibió Chactas sospechas acerca del modo que murió su amigo, pues no se decia de qué lado habian herido al jefe centenario, ni tampoco se traia el cuerpo de este venerable caudillo, aunque se habia ganado la victoria. Al mismo tiempo corria la voz entre los guerreros de la tribu del Aguila, de que el Sol habia sido herido por detras: que habia caido boca abajo, y que defendido largo rato por el guerrero blanco, uno y otro, indignamente abandonados, habian quedado vivos en poder del enemigo.

Este rumor era fundado en la horrorosa certeza de que René y el Sol habian quedado prisioneros. Los illineses se consolaron de su derrota, viéndose dueños del jefe principal de los Natchez, y sin ser perseguidos en su retirada, condujeron pacíficamente sus víctimas.

Al cabo de un mes de marcha, de descanso, y de caza, llegaron al lugar principal, donde habian de ser ejecutados los prisioneros. Por un esceso de barbarie, se tuvo cuidado de curar las heridas del hermano de Amelia y del Sol, guardando al mismo tiempo á los cautivos dia y noche, con las precauciones que el demonio de la crueldad inspira á los pueblos de la América.

Cuando los illineses divisaron su gran pueblo, se detuvieron para disponer una entrada triunfante, y el jefe de la tropa echó delante lanzando gritos de muerte. Los guerreros le seguian formados de dos

en dos, y llevaban atados de los brazos por la espalda á René y al jefe de los Natchez, ambos medio desnudos.

Asi llegó aquel séquito á la plaza del pueblo, donde se hallaba ya reunida la multitud, que movida de la curiosidad, se agolpaba ajitada y danzando alrededor del viejo Sol y de su compañero: no de otro modo en una tarde de otoño revolotean innumerables golondrinas alrededor de algunas ruinas solitarias; asi los habitantes de las aguas se gozan en un rayo de oro que traspasa las olas del Meschacebé, al mismo tiempo que las flores de los magnolias deshojadas por el ambiente, caen como una lluvia en la superficie del agua.

Cuando el ejército y todos los salvajes estuvieron reunidos en el sitio de dolor, el gran sacerdote hizo la señal para los ensayos del suplicio, llamados por la horrible Ataensica (1), *las caricias á los prisioneros.*

Los indios, formados inmediatamente en dos filas, apalean con varas de cedro al jefe de los Natchez, y éste, sin acelerar la marcha, pasa por entre sus verdugos, como un rio que corre lentamente entre dos verdes márjenes. En tanto René creia ver caer en breve la víctima, pues ignoraba que aquellos maestros de suplicios evitaban dar los golpes en las partes mortales, á fin de prolongar sus bárbaros placeres. »Venerable sachem, esclamaba el hermano de Amelia, ¡ó cuan fatal destino! ¡No tanto pa-

(1) La venganza.

ra mí; no, pues soy jóven, y puedo sufrir; mas vos....!"

»¿Por que me compadeces? responde el Sol: ¿acaso necesito tu compasion? Piensa en ti, y reune tus fuerzas. El tormento del fuego empezará por mí, porque soy una encina seca ya sobre el tronco, y en disposicion de encenderse rápidamente; mas yo confio en que alzaré una llama, cuya luz iluminará mi patria, y encenderá su valor."

Despues de haber tratado tan horrorosamente á la vejez, el jóven frances tuvo que sufrir las mismas barbaridades, y en seguida fueron llevados á una cabaña, donde les dieron mil socorros y placeres, haciendo como el ave de Minerva canadina, que rompe la pierna á sus víctimas, y las ceba durante los dias hermosos, para devorarlas en la estacion de los hielos.

Vino la noche: René acribillado de heridas estaba acostado en una estera en un rincon de la cabaña, y los guardas velaban á la puerta. Adelántase entré las sombras una mujer vestida de blanco, coronada de jazmines amarillos, y derramando llanto. »¿Quien eres?" dice René incorporándose con trabajo. — *Soy la Vírjen de los últimos amores* (1), le responde la indiana. Mis padres han pedido para mí la preferencia, porque detestan á Venclao mi amado, y por esto vengo á llorar á tu cabecera: me llamo Nelida."

René, contestando en la lengua de los salvajes,

(1) Véase para tener idea de este uso el episodio de la Atala.

dice: »Los besos de una boca que no es amada punzan los labios. Ve, Nelida, ve á buscar á Venclao, y dile que el estranjero de las salsafras ha respetado tu amor y tu desgracia." Al oir estas palabras la hija de los illineses esclama: »¡Oh Manitú de los desventurados, escucha mi súplica! ¡Haz que este prisionero se salve de la suerte que le aguarda, pues no ha mancillado mi seno! ¡Ojalá su querida le sea constante como la esposa del alcion, que saca á los rayos del sol su esposo desfallecido con el peso de los años!"

Asi dijo la *Vírjen de los últimos amores*, y quitándose al momento la corona de jazmines, ciñó con ella la frente de René: costumbres estraordinarias, cuya trama parece urdida por las Musas y las furias.

»Coronado por tu mano, dijo el jóven á Nelida, la víctima será mas grata al Grande-Espíritu." Hacia tiempo que René se tenia por desgraciado, y contento de morir ofrecia al cielo los tormentos que iba á sufrir para la espiacion de los de Amelia. En aquel momento entraron los guardianes, y la jóven illinesa se salió de la cabaña.

Llegó la hora de los suplicios: los indios contaron despues, que el astro de la luz horrorizado no salió aquel dia del seno de los mares, y que Ataensica, diosa de la venganza, fue la única que alumbró en la tierra.

Condujeron á los prisioneros al lugar de la ejecucion, ataron al jefe de los Natchez á un poste, al pie del cual habia una hacina de cortezas y de hojas secas, y el hermano de Amelia quedó reservado pa-

ra ser la última víctima. Presentose el gran sacerdote en medio del círculo que formaba la multitud agolpada alrededor del poste, teniendo en la mano una antorcha que sacudia al mismo tiempo que danzaba. Aplica luego el fuego á la hoguera, y parecia verse uno de los sacrificios ofrecidos por los antiguos griegos en las orillas del Helesponto, cuando el monte Ida, el Janto y el Simois, lloraban á Astianate, y las ruinas humeantes del Ilion.

Quemaron primeramente los pies del anciano, que se mostraba en el fuego de la hoguera tan tranquilo como si estuviera sentado á la puerta de su cabaña tomando el sol de la mañana. Canta el sachem en medio de los tormentos que le llevan al sepulcro, semejante al esposo que repite el himno de himeneo cuando se acerca al nupcial lecho. Los verdugos irritados apuran la fecundidad de su jenio infernal, metiendo por las heridas del amigo de Chactas teas de pino encendidas, y dícenle gritando: »Iluminanos, pues, ahora, ó astro hermoso (1)." Semejante á un sol que, coronando su frente con el fuego mas suave, traspone en medio del concierto de la naturaleza, asi pareció á la vista de los illineses la víctima radiante.

Ataensica sopla su rabia en los corazones: se arroja sobre el sachem un agorero criado por una loba en una caverna del Niagara, le desuella la cabeza, y echa ceniza ardiente en el cráneo descubierto del anciano, que cediendo al dolor, cae tendido á los pies de sus enemigos.

(1) Hecho histórico.

Volviendo en breve de un desmayo que le llena de indignacion, coje un tizon ardiendo, llama y desafia á sus perseguidores, y parapetado en medio de la misma hoguera, causa por un momento el terror de todo un ejército, hasta que dá un paso en vago, y vuelve á caer en poder de sus verdugos: échanse entonces sobre el triste anciano, y cortan con un hacha aquellos pies que visitaban la cabaña de los desgraciados, y aquellas manos que curaban sus heridas. Ruedan todavía un tronco viviente por encima de las brasas, cuya voracidad sirve de cáustico que cicatriza las llagas de la víctima, en tanto que la sangre humea y chilla entre las ascuas como el incienso en un sacrificio. No por esto se rinde el valeroso caudillo de los Natchez; antes bien aparta todavía con sus miradas á los guerreros mas próximos, y hace retroceder á los verdugos. No es tan espantosa la serpiente cuyos anillos ha separado el viajero con un cuchillo; parece al dragon mutilado que se ajita á los pies de su enemigo, soplando hácia él su ponzoña, y amenazándole con sus ardientes pupilas, su triple lengua y sus dilatados silbos.

»René, esclama por último el anciano con una voz que parece reanimarle: voy á juntarme con mis padres. No me he entregado á estos esfuerzos y acciones, sino con el objeto de animarte á morir, y mostrarte lo que puede un hombre cuando quiere hacer uso de todo el imperio de su alma. Honra á tu patria imitando mi ejemplo."

Al acabar estas palabras, espira. Habia cumplido un siglo: su virtud antigua, y cultivada largo

tiempo sobre la tierra, se desvaneció á los rayos de la eternidad; como el aloes americano, que al principio de la primavera abre su flor á las miradas de la aurora.

LIBRO DUODÉCIMO.

El jefe de los Natchez habia exaltado el furor de los illineses con su heroismo, y esclamaban furiosos: »Si no hemos podido arrancar un mujido de ese viejo búfalo, aqui tenemos un ciervo jóven que recompensará nuestras penas." Mujeres, niños y sachems se apresuraron al nuevo sacrificio. El jenio de las venganzas sonrió á los tormentos y lágrimas que preparaba.

En una habitacion americana, gobernada por un amo humano y jeneroso, se ven numerosos esclavos dilijentes en recojer la cereza del café: los muchachos la echan en pilas llenas de agua cristalina, y las jóvenes africanas la revuelven con un rastrillo, para desprender la pulpa bermeja del hueso precioso, ó estienden en zarzos la opulenta cosecha. En tanto el amo se pasea á la sombra de los naranjos, prometiendo amores y descanso á sus esclavos, que hacen resonar en los aires las canciones de su patria: asi los illineses, á presencia de Ataensica, se apresuran á recojer nueva cosecha de dolores, consuman la obra en poco tiempo, y despojando los sacrificadores al hermano de Amelia, le atan fuertemente al poste del sacrificio.

Al momento en que la antorcha bajaba su cabe-

llera de fuego para difundirla por las secas cortezas de la pira, levántanse torbellinos de humo de las cabañas inmediatas, y entre clamores confusos se oye resonar el grito de los Natchez, movido por una partida de estos, que incendiaba las moradas de los illineses. Introdúcese el espanto y la confusion entre la multitud agolpada alrededor del hermano de Amelia; huyen los agoreros; síguenlos las mujeres y los niños, y todos se dispersan sin escuchar la voz de sus jefes, ni reunirse para defenderse. A favor del terror que sobrecoje los ánimos, penetra la partida de Natchez hasta el sitio de la sangre, y adelántase de sus compañeros un jóven caudillo con hacha en mano. Su firme continente, su intrepidez y su severidad, pregonan que es Utugamiz. Llega á la hoguera, y corta con su arma terrible las funestas ligaduras, sofocando todas las espresiones de terneza y de compasion, prontas á escapar del fondo de su alma. Nada ha hecho todavía: aun no está en salvo René; un solo instante de retardo puede perderle. Los illineses, vueltos en sí de su primer espanto, han echado de ver el corto número de los Natchez; reúnense dando alaridos, y cercan á la tropa libertadora. Esta se abre paso con sus esfuerzos; mas ¿que pueden hacer doce valientes contra tantos enemigos? En vano ponen los Natchez en medio de ellos al hermano de Amelia, pues sus graves heridas le impiden dar un paso; su mano traspasada de una flecha no puede empuñar el hacha, y casi á cada movimiento va á medir la tierra.

Carga Utugamiz en sus hombros á René: este

peso sagrado parece que le dá alas, y marchando agachado de modo que toca con el pecho en la punta de las yerbas, no se oye ni el ruido de sus pisadas, ni el débil murmullo de su aliento. Con una mano sostiene á su amigo, y con la otra hiere y pelea. Conforme se va acercando á la selva inmediata, sus compañeros caen á sus lados de uno en uno, de modo que al entrar en la espesura queda solo.

Habia ya la noche tendido su obscuro velo, cuando Utugamiz se metió en la fragosidad, donde acostó á René entre las crecidas yerbas, y echose al lado de él. A poco rato oye pasos, alza la cabeza, y ve que los illineses, llevando teas ardiendo, iluminan todas las cercanías y rodeos de la selva.

René quiere dirijir las espresiones de su tierna admiracion al jóven salvaje, pero este le tapa la boca con la mano, sabiendo la sutileza que tienen los indios en el oido. Se levanta, advierte con júbilo que el hermano de Amelia ha recobrado alguna fuerza, le ata una cuerda á la cintura, y le baja casi arrastrando hasta el pie de una colina que domina un pantano, en cuyas aguas buscan asilo los dos desventurados, ya sumerjiéndose en el cieno que borbota alrededor de ellos, y ya asomando apenas la cabeza por encima de las aguas. Se abren paso rompiendo por las yerbas acuáticas que travan sus pies como unos grillos, y logran llegar por fin á unos altos cipreses, en cuyas raices descubiertas se ponen á descansar para tomar aliento.

Por todas partes, alrededor del pantano, salen voces fujitivas de los perseguidores, que gri-

tan diciendo los unos á los otros: »Se ha escapado." Y muchos de ellos aseguran que un jenio protector ha salvado al prisionero. Los jóvenes illineses se hacian cargos mútuamente, en tanto que algunos sachems aseguraban que encontrarian al fujitivo, pues no habian perdido sus huellas; y al mismo tiempo azuzaban á los alanos para que se metiesen entre los cañares. Oyéronse estas voces durante largo rato, y alejándose insensiblemente, se perdieron por último en lo profundo de la selva.

El frio soplo del alba entorpeció los miembros de René, cuyas heridas se desgarraron en los matorrales y las zarzas, y su desnudo cuerpo chorreaba agua helada: la fiebre penetró sus huesos, y empezando á tiritar de frio, daba diente con diente haciendo un son siniestro. Utugamiz le tomó en sus brazos, abrigole contra su corazon, y cuando la luz del sol penetró por la bóveda de los cipreses, encontró todavía al salvaje teniendo abrazado á su querido amigo.

¡Madre de las acciones sublimes! ¡tú que desde que la Grecia no existe estableciste tu morada en los sepulcros de los indios, en las soledades del Nuevo-Mundo! ¡Tú, que entre estos desiertos estás llena de grandeza, porque estás llena de inocencia y de candor! ¡O amistad santa! ¡préstame palabras mas fuertes y sencillas, tu voz melodiosa y encantadora, tus sentimientos exaltados, tu fuego inmortal, y cuantas cosas inefables salen de tu corazon, para que yo pueda cantar los sacrificios que inspiras! ¡Oh! ¡quien me condujera á los campos de los

Rutulos, al sepulcro de Eurialo y de Niso, donde la Musa consuela todavía los manes fieles! ¡Tierna divinidad de Virjilio! tú no tuviste que suspirar mas que la muerte de dos amigos; pero yo, menos dichoso, tengo que pintar su vida infortunada.

¿Quien será capaz de decir las lágrimas de ternura del hermano de Amelia? ¿Quien podrá hacer visibles sus labios balbucientes, donde su alma parece que andaba errante? ¿Como representar al abrigo de un fúnebre ciprés, entre cañares, á Utugamiz, su cadena de oro, Manitú de la amistad, puesta á su cuello con un triple lazo, y estrechada sobre el pecho? ¿A Utugamiz sosteniendo en sus brazos al amigo que ha libertado entonces, cubierto de lodo y de sangre, y devorado de una fiebre ardorosa? ¿Como esplicar y demostrar las miradas de estos dos modelos de terneza, cuando contemplándose uno á otro en silencio, se confundian y centelleaban en su frente los sentimientos del cielo y de la desgracia? ¡Oh amistad! ¿Que son los imperios, los amores, la gloria, todos los regocijos de la tierra, comparados con un solo instante de esta dicha dolorosa?

Utugamiz, por aquel instinto de la virtud que hace adivinar el crímen, dió poca fe á la relacion de Onduré, y aumentó sus dudas con las palabras que oyó de la boca de otros guerreros. Considerando á René ó muerto ó prisionero, juzgó tambien que era preciso darle sepultura, ó libertarle de las llamas. Oculta, pues, sus intentos á Celuta, y solo hace partícipes de ellos á una cuadrilla de jóvenes

Natchez que se deciden á seguirle. Despójase del vestido, poniéndose únicamente un ceñidor para estar mas lijero; pinta su cuerpo de color de sombra, cíñese el puñal, toma el hacha, pónese al cuello la cadena de oro, cuélgase á un lado algunos panes de maiz, y echándose á la espalda el arco, marcha á la selva á reunirse con sus compañeros. Caminan juntos sin ser notados, á favor de las tinieblas: llegan al lago de las piedras, le atraviesa Utugamiz, llega á la orilla opuesta, dá un grito imitando al del castor que ha perdido sus cachorros, brinca, se interna en el desierto, y desaparece.

Sigue su viaje con velocidad por espacio de ocho dias enteros, sin gozar del sueño ni el reposo por un momento siquiera, considerando que el instante en que cerrase los párpados, pudiera ser el instante mismo en que la muerte le arrebatase su amigo. Montes, precipicios, rios, todo lo pasa facilmente, pareciendo á un amante que trata de reunirse al objeto que le atrae, sin que sirvan de obstáculo los cuerpos que se oponen á su paso. Si el cansancio detiene al hermano de Celuta, si siente sus párpados agobiados á pesar suyo, entonces cree que penetra en sus oidos una voz lastimera, que le grita desde en medio de las llamas, y le dice: »¡Utugamiz, Utugamiz! ¿donde está el Manitú que yo te he dado?" Al eco de esta voz interior, se levanta sobresaltado, besa la cadena de oro, y emprende otra vez la marcha.

La lentitud con que los illineses volvieron á sus hogares, dió á Utugamiz el tiempo necesario para

llegar antes de que consumasen el holocausto. Ya no es entonces aquel salvaje llamado el simple, no es ya el crédulo Utugamiz; antes bien por su resolucion, por su destreza, por el modo con que todo lo ha previsto y calculado, cualquiera tendria á este soldado por un jefe el mas esperto. Salva á René; pero perdiendo sus nobles compañeros, fiel cuadrilla que ofrece á la amistad este magnánimo sacrificio. Le salva; arrástrale hasta el pantano; pero ¡ay! ¡cuantos peligros le quedan que arrostrar y vencer todavía!

Estando muy cerca de la orilla el paraje en que los dos amigos hicieron descanso primeramente, resolvió Utugamiz buscar refujio al pie de otros cipreses que habia en medio de las aguas; mas cuando quiso ejecutar su proyecto, entonces sintió toda su angustia y descaecimiento. Un poco de pan de maiz, único alimento que habia tomado René, no habia sido suficiente para que este cobrase aliento; sus dolores eran mas agudos, sus heridas volvieron á abrirse, y una calentura devoradora le abatió de modo, que solo con sus padecimientos daba indicios de vida.

Rendido por las penas y los trabajos, debilitado por la falta de alimento el hermano de Celuta, necesitaba para sí mismo el cuidado y asistencia con que atendia á su amigo. Pero lejos de entregarse por esto á la desesperacion, su alma se hace mas magnánima con los peligros, y se eleva como una encina que parece crecer á la vista, á proporcion que las tempestades del cielo se agolpan alrededor de su

estendida copa. Utugamiz, mas injenioso que una madre indiana que recoje el blando musgo para hacer á su hijo una mullida cama, corta juncos con su puñal, hace con ellos una especie de barquilla, consigue acostar en ella al hermano de Amelia, y echándose él á nado, arrastra en pos de sí la frájil nave que conduce el tesoro de la amistad.

El heroico salvaje, que poco antes estuvo á punto de espirar de dolor, sintiose próximo á morir de gozo, cuando hubo ya llegado al cipresal. »¡Oh! esclamó entonces rompiendo el silencio que tanto habia guardado: ya está en salvo. ¡Deliciosa necesidad de mi corazon! ¡pobre paloma fujitiva, ya estás á cubierto de los tiros del cazador! Pero yo temo, René, que no querrás perdonarme, viendo en mí la causa de tu desgracia, pues falté de tu lado en el trance de la batalla. ¿Como pude dejar á mi amigo, al que me dió en mi cuna un Manitú? Es una desgracia, una fatalidad es para ti, ó triste Utugamiz."

Asi hablaba el salvaje: la sencillez de sus espresiones contrastada con la sublimidad de sus acciones, hicieron salir á René por un momento del abatimiento del dolor, y levantando su débil mano, y abriendo los ojos amortiguados, solo pudo pronunciar estas palabras: »¡Perdonarte!"

Entra Utugamiz bajo los cipreses, corta las ramas que puede alcanzar, y algunas raices descubiertas de aquellos árboles; hace una cama mullida con cogollos de junco, y acostando en ella á su amigo, le arropa con hojas secas, asi como un castor, que habiendo inundado las aguas los cimientos y una

parte de su edificio, toma su cachorro, y le traslada á la estancia mas alta de su palacio.

Hecho esto, no olvidó el hermano de Celuta la curacion de las heridas de su caro amigo. Divide, pues, dos nudos de caña, coje un poco de agua del lago, la decanta de una en otra copa para clarificarla, y lava con ella las heridas de que ha chupado primero el veneno. La mano de un hijo de Esculapio, con instrumentos los mas injeniosos, no hubiera sido ni mas suave ni mas salutífera que la mano de este amigo. René no podia espresar su gratitud sino con el movimiento de sus labios; y el indio, siempre temeroso de dañarle, de cuando en cuando le decia con terneza: »¿Te hago mal? ¿Estás mas aliviado?" René contestaba con un ademan, indicando que sentia alivio, y Utugamiz continuaba su operacion, esperimentando una delicia.

El salvaje, no pensando en sí mismo, reservaba para René un poco de maiz que le quedaba, y cediendo únicamente á un instinto sublime, las mas virtuosas acciones solo eran en su concepto el cumplimiento de las facultades de su vida. Como un hermoso olivo, que criado entre los arroyos y las sombras, deja caer insensiblemente á merced del fresco viento sus maduros frutos sobre los céspedes floridos; asi el jefe de las selvas americanas sembraba con el soplo de la amistad sus virtudes en la tierra, sin prever los maravillosos presentes que hacia á los hombres.

Habiéndose refrijerado y cobrado ánimo René, á beneficio del singular cuidado de su libertador,

sintió cerrarse sus párpados, y entonces se entregó tambien Utugamiz á un profundo sueño al lado de su amigo: los ánjeles velaron el reposo de estos dos hombres que fueron admitidos en la gracia de aquel en cuyo seno durmió Juan, y Utugamiz tuvo un sueño estraordinario.

Apareciósele una mujer que andaba sosteniendo sus pasos con un arco tendido, rodeado de hiedra como un tirso, y un perro la seguia. Sus ojos eran azules, entreabria sus labios de rosas una síncera sonrisa, y en su talante se notaba un conjunto de fortaleza y de gracia. Iba casi desnuda, sin mas ropaje que una cintura mas bella que la de Vénus; y Utugamiz, que la observaba atento, se figuraba dirijirla este discurso:

»Estranjera, habia yo plantado un arce en el suelo de la choza donde nací; pero durante mi ausencia le han herido la corteza unos perversos Manitús, haciendo derramar su sávia, y voy por estos lagos buscando yerbas medicinales, para aplicarlas á las heridas de mi arce amado. Dime, pues, donde hallaré la hoja de la sabina." Y la indiana con voz afable parecia responder á Utugamiz: »Sin duda será capaz de conocer todas las astucias de la sabiduría el hombre que pueda penetrar la de vuestra amistad. Nada temas: en el jardin de mi padre tengo yerbas salutíferas para curar todos los árboles, y en particular los arces heridos."

Al pronunciar estas palabras, que Utugamiz creia oir, la indiana hija del sueño tomó un aspecto majestuoso, coronó su cabeza de rayos refuljen-

tes, desplegó dos alas por sus divinos hombros, y en tanto que con la punta de un pie tocaba apenas en tierra, su cuerpo volaba ya por el aire diáfano sin hacer ruido.

»Utugamiz, parecia decir la brillante fantasma, hazte superior en la adversidad. Sírvante de escalones las virtudes naturales, para llegar á las virtudes mas sublimes de la relijion de aquel hombre, á quien has dedicado tu vida. Entonces volveré á verte, y podrás contar con el ausilio del ánjel de la Amistad."

Asi habló la vision al jóven Natchez sumerjido en el sueño, y embalsamando aquellas cercanías un perfume de suave ambrosía, infundió fortaleza en el alma del hermano de Celuta, como el aceite sagrado que unje á los reyes, ó prepara el alma del moribundo para pasar á la bienaventuranza.

Al mismo tiempo se hace aun mas maravilloso el momento de despertar Utugamiz, pues el serafin cuya imájen produce, se eleva en los aires como un buzo que sube desde el fondo del abismo. Aquella virtud serena no se mueve con la rapidez de los mensajeros que llevan las órdenes terribles del Todopoderoso; pues su asuncion hácia la rejion de eterna paz, es compasada, grave y majestuosa. Asi en los campos de Europa penetra lentamente la bóveda del cielo un globo luminoso, redondeado por la mano de un niño, y en los campos de la India el ave del paraiso flota en una nube de oro, en el fluido azulado del firmamento.

Despierta Utugamiz cuando el grito de la garza anunciaba ya la vuelta de la aurora, y el hermano

de Celuta se siente reanimado con la vision y el sueño. Despues de haber pasado el indio algunos momentos en coordinar sus ideas, trayendo á la memoria los peligros pasados, y pensando en los riesgos venideros, se levanta con serenidad para empezar su viaje. Examina primeramente las heridas de René, frota los miembros entorpecidos del enfermo con un manojo de yerbas aromáticas, parte con él unos pedazos de pan de maiz, muda los juncos de la cama, renueva el aire meneando las ramas de ciprés, y vuelve á poner á su amigo sobre unas cañas frescas, con tanta maña como pudiera hacerlo una matrona laboriosa que arregla temprano su cabaña, ó como una tierna madre que cuida de su hijo con el mayor esmero.

Hechas estas cosas, piensa Utugamiz en adornarse, antes de llevar á efecto los proyectos que á sus solas meditaba. Mírase en el cristal de las aguas, peina su cabellera, y reanima sus pálidas mejillas con la púrpura de una tierra preciosa que llevaba encima.

Este salvaje todo lo habia olvidado en su heroica empresa, esceptuando el bermellon de las fiestas, haciendo asi una mezcla de hombre y de niño, de la gravedad del primero con las frivolidades del segundo: sobre el árbol de Atalanta, el perfumado boton que sirve de adorno á la jóven, crece al lado de la manzana que refresca la boca del fatigado caminante.

La naturaleza habia dotado el corazon de Utugamiz, fijando en él la intelijencia que ha puesto en la cabeza de los demas hombres: no eran tan cla-

ras y penetrantes las ideas que de lo venidero daba á la pitia el soplo divino, como lo eran las que inspiraba al hermano de Celuta el espíritu de que estaba poseido, para darle á conocer las desgracias que podian amenazar á su querido amigo. La amistad en tanto, estrechando con su poder al tiempo, obligaba á este misterioso proteo á revelarla todos sus secretos.

Habiendo tomado Utugamiz sus armas, siendo modelo de amistad mas firme en los desiertos, que la de otros hombres en los palacios, habló en estos términos al nuevo Filoctetes acostado en su gruta: »Voy á buscar los dones del Grande-Espíritu, porque es preciso que tú vivas, y lo es tambien que viva yo. Si yo no comiese pan, tendria hambre, y mi alma pasaria al pais de las almas. ¿Y que seria de ti entonces? Miro tus pies, y los veo inmóviles; miro tus manos, y las veo yertas sin accion para estrechar las mias. Hallándote lejos de tu bosque y de tu retiro, ¿quien daria la comida al armiño herido, si el castor que le acompaña se muriese? Entonces ¡ay! caeria en desfallecimiento; los cazadores le hallarian espirante, y dirian á gritos: »Aqui está el armiño herido lejos de su selva y su guarida."

Dicho esto, se emboscó el indio en el cipresal, volviendo á cada instante la cabeza hácia el sitio donde quedaba reposando la vida de su vida, y hablándose á sí mismo se decia: »Utugamiz, eres un cervatillo sin espíritu; no conoces las plantas, ni haces cosa alguna para salvar á tu hermano." Y al mismo tiempo derramaba lágrimas lamentándose de

de su poca esperiencia, y se reconvenia por ser inútil á su amigo.

Buscó largo rato en las revueltas del lago yerbas salutíferas, cojió berros, y mató algunos pájaros. Al volver al asilo consagrado por la amistad, divisó de lejos los juncos revueltos y esparcidos: acércase ajitado, llama; toca en la cama, levanta las cañas, y se aflije al ver que ya no existe allí el hermano de Amelia.

Apodérase de Utugamiz la desesperacion; se ve tentado de estrellarse la cabeza contra el tronco de un cipres, y esclama: »¿Donde estas? ¡huiste de mí como un amigo falso! Mas ¿quien te ha dado pies? ¿quien te ha dado alas? ¿Te ha arrebatado por desgracia la muerte....?"

Cuando el salvaje se abandona á su enajenamiento, le parece oir un ruido á corta distancia: calla, aguanta la respiracion, y escucha: luego se arroja al agua de repente, nada, brinca mas bien, y en breve descubre á René que lidia espirante, defendiéndose de un illines.

Lanza Utugamiz el grito de muerte, y abalánzase haciendo un esfuerzo tan prodijioso, que se alzan sus pies por encima de la superficie del agua. Llega al enemigo, le derriba, y revuélcase con él entre el cieno y las cañas, semejantes á dos toros que cuando van á encontrase en un lago donde únicamente se halla un sitio para apagar la sed, bajan sus dardos encorvados, erizan las colas anudadas en círculo, se embisten de frente, lanzando espantosos mujidos, salta el agua entre sus pies, y vierten su-

dor por el cerviguillo y las hijadas. Vence por fin Utugamiz, ata fuertemente á su prisionero con una trenza de raices al tronco de un árbol, y á la sombra del mismo acuesta al amigo que acaba de salvar segunda vez.

Habíanse abierto de nuevo las heridas del hermano de Amelia á causa de los violentos esfuerzos que hizo para luchar, y el Natchez, irritado, estuvo á punto de inmolar al illines, dejándose llevar del primer momento de su venganza.

»¿Como has tenido tanta crueldad, dice, que has arrastrado hácia la muerte á este ciervo debilitado? Si hubiese tenido toda su fuerza, ó cobarde enemigo, de una sola cabezada hubiese roto tu adarga. Bien merecias ahora que esta mano te arrancase la cabellera."

Deteniéndose Utugamiz como inspirado de una idea: »¿Tienes un amigo?" pregunta al illines. — »Sí;" le responde el prisionero.

—»¡Tú tienes un amigo...!" replica el hermano de Celuta, y acercándose á él, y mirándole de arriba abajo, añade: »¿Serás capaz de mentir?"

— »Digo la verdad:" contesta el illines.

— »¡Pues bien!" esclama Utugamiz sacando un puñal, despues de haber aplicado á su oido la cadenilla de oro: »Da gracias á este Manitú que acaba de prohibirme que te mate: ¡nunca se diga que Utugamiz, el Natchez de la tribu de la Serpiente, ha separado jamás con su brazo dos amigos! ¿Que fuera de mí, si me hubieses privado de René? ¡Ah! ¡Entonces no seria mas que un corzo solitario! Ya

ves, ó illines, lo que ibas á hacer; y ¿habia de quedar asi tu amigo? ¿iria errante y solo por el desierto pronunciando tu nombre con labio balbuciente? No; ¡seria sumamente desgraciado! ¡y yo seria....!"

El salvaje corta inmediatamente las ligaduras del illines. »Seas libre, le dice; vuelve otra vez á unirte á la otra mitad de tu alma, que acaso te busca, como yo buscaba ansioso mi corona de flores, cuando eras tan inhumano que la arrebatabas de mi cabellera. Pero yo confio en tu buena fe que no descubrirás á tus compatriotas el lugar de mi asilo. Confio en que no les dirás: »Bajo el cipres de la amistad ha escondido Utugamiz el simple la carne de su carne." Jura por tu amigo, que tus labios quedarán cerrados, como las dos copas de una nuez que la luna de las mieses no ha sazonado aun del todo."

— »Yo, Nasuto, contesta el estranjero, lo juro por mi amigo, que es para mí como un bálsamo cuando tengo penas en el corazon: juro no descubrirte, y que mis labios estarán cerrados, como las dos copas de una nuez que la luna de las mieses no ha sazonado aun del todo."

Dicho esto, iba Nasuto á alejarse, cuando Utugamiz le detiene, y le dice: »¿Donde están los guerreros illineses?" — »¿Me juzgas tan cobarde, replica el illines, que caiga en la debilidad de decírtelo?" Y el hermano de Celuta, siempre magnánimo, le responde: »Ve á encontrar á tu amigo: yo te tendia un lazo: si hubieses vendido tu patria, no

hubiera yo creido en tu juramento, y murieras al impulso de mi brazo."

Aléjase Nasuto: atiende Utugamiz al alivio y consuelo de René, y muestra tanta serenidad, como si nada hubiese pasado, y como si no hubiese motivo para dudar de la fe del illines, pues habia hecho el juramento de la amistad.

Pasados algunos dias empezaron á cicatrizarse las heridas de René: las mas peligrosas y graves eran ya menos dolorosas, y la calentura se aplacaba. Mas pronto se hubiera reanimado el hermano de Amelia, si hubiera tenido alimento bastante para recuperar sus fuerzas; pero Utugamiz apenas encontraba algunas bayas silvestres, que al fin faltaron, no quedando al hermano de Celuta otro recurso que el de hacer los últimos esfuerzos de la amistad.

Sale una noche del lago furtivamente, ocultando su proyecto á René, y dejando de trecho en trecho manojos flotantes de cañas, para conocer despues la via, si los jenios le permitiesen la vuelta. Atravesando el bosque y la maleza sube á una colina, y descubre desde ella el campo de los illineses, donde él habia resuelto penetrar.

Ardian todavia dos hogueras, y la mayor parte de las familias dormian tendidas alrededor del fuego. El jóven Natchez, despues de haber anudado su cabellera al estilo de los guerreros enemigos, marcha acelerado hácia una de aquellas hogueras; ve un ciervo muerto á medio despojar, cuya carne no habian aun tostado las ascuas; saca su puñal, y

corta los pedazos mas tiernos de la res, con tanta serenidad como si hubiese preparado un festin en la cabaña de sus padres. En tanto se veian en el campo por varias partes algunos illineses dispiertos, que reian y cantaban. La matrona del hogar de donde Utugamiz arrebataba una parte de la víctima, abrió los ojos; pero teniendo al estranjero por un jóven hijo de sus entrañas, volvió á entregarse de nuevo al sueño. Pasan por el lado del amigo de René unos cazadores, le saludan á su estilo, deseándole un cielo azul, un manto de castor, y la esperanza; y Utugamiz les corresponde en voz baja, dándoles el saludo de la hospitalidad.

Uno de ellos se detiene y dice: »Se ha escapado milagrosamente." — »Sin duda le ha arrebatado un jenio:" responde el hermano de Celuta, y el illines replica: »Está escondido en el pantano; pero no puede salvarse, porque está cercado por todas partes: beberemos en su cráneo."

Mientras que Utugamiz se hallaba comprometido en esta conversacion tan peligrosa, oyose á corta distancia la voz de una mujer que cantaba diciendo: »Soy la esposa de Venclao. Mi seno, con »su boton de rosa, es como el plumaje del cisne »que la flecha del cazador ha manchado con una »gota de sangre. Sí, mi seno está herido, porque »no puedo socorrer al estranjero que respetó á la »vírjen de los últimos amores. ¡Ojalá pueda yo á »lo menos salvar á su amigo!" Calló la indiana, y despues, acercándose al natchez á favor de las sombras, continuó de esta suerte:

**

»La sinigual de las Floridas creia que el in»vierno habia mudado su adorno, y que la cono»cerian las águilas de los riscos entre los cuales »buscaba el cebo; pero la fiel paloma la descubrió, »y le dijo: »Huye, ave imprudente, huye; la me»lodía de tu canto te ha vendido."

Estas palabras llamaron la atencion del hermano de Celuta: alza la vista, advierte el llanto de la jóven, y al mismo tiempo divisa dos hombres armados que se acercan. Se echa al hombro una parte del despojo del ciervo, se introduce en las sombras, pasa el bosque, vuelve á entrar en los rodeos del lago, y al cabo de algunas horas de fatiga y de peligros, se encuentra al lado de su amigo.

Se vale de una injeniosa mentira para ocultar á René su peligrosa aventura; mas era necesario preparar el banquete, y le ocurrian dos inconvenientes: de dia podia verse el humo; la noche podia descubrir el fuego. Prefirió no obstante Utugamiz la noche, y confió en que hallaria un medio para ocultar la luz de la llama.

Estando el sol en su ocaso, cuando los últimos crepúsculos del dia se hubieron desvanecido, el indio sacó chispas de dos palos de cipres, frotando uno con otro, y encendió algunas hojas. Todo salió bien al principio; mas prendiendo el fuego en unas cañas que habia junto á la hoguera, empezaron á alzar la llama. Quiere Utugamiz precipitarlas al agua, y no hace mas que avivar el fuego: se arroja sobre el monton ardiente, procura ahogarle entre sus pies, y René apura sus fuerzas renacientes para

ayudar á su amigo. Mas ¡ay! ¡inútiles afanes! el fuego se propaga, corre centelleando por las puntas secas de los juncos, y prende en las ramas resinosas de los cipreses. Muévese el viento; torbellinos de llamas, de chispas y de humo suben por los aires, que toman un color sangriento, y estiéndese por todo el lago un vasto incendio.

¡Como huir en tal conflicto! ¡como escapar del terrible elemento, que despues de haberse alejado de su centro, se acercaba y amenazaba á los dos amigos! La llama habia devorado ya los hacecillos de juncos, sobre los cuales hubiera podido intentar Utugamiz la traslacion de René á otra parte del lago; le ocurria la idea de tentar el paso al desierto inmediato; pero ¿acaso no estarian acampados en él los crueles illineses? ¿No era tambien factible que atraidos por el incendio hubiesen tomado todas las avenidas? Asi sucede que cuando uno se cree haber llegado al colmo de la desgracia, se descubren mas allá otras adversidades mayores, y por lo mismo es dificil que pueda decir el hijo de la mujer: »Esto es el último grado de la desdicha.''

Veíase Utugamiz casi vencido por la fortuna, mirando perdido cuanto habia hecho hasta entonces. ¡No habia salvado, pues, á su amigo del suplicio del fuego, sino para quemarle por su propia mano! »¡Yo soy el que te inmola! esclama con voz lastimera. ¡René, yo soy el que te inmola! ¡cuan desventurado eres en tenerme por amigo!''

El hermano de Amelia, con un brazo descaecido y una mano pálida, estrecha tiernamente al salva-

je contra su seno, y le dice: »¿Acaso crees que no me es dulce la muerte muriendo contigo? Mas ¿por que has de bajar tú al sepulcro? Tú eres hábil y vigoroso, y puedes abrirte paso por en medio de las llamas. Vuela otra vez á tus bosques, donde los Natchez echan de menos tu corazon y tu brazo; allí, donde una esposa y unos hijos harán deliciosos tus dias, y podrás olvidar una amistad funesta. Yo por mi parte no tengo ni patria ni parientes en la tierra; estranjero en estos bosques, mi muerte ó mi vida á nadie le interesa; pero tú, Utugamiz, ¿no tienes por ventura una hermana?"

— »¿Y esta hermana, responde Utugamiz, no ha dirijido hácia ti miradas de terneza? ¿Acaso no reposas en el secreto de su corazon? ¿Por que, pues, la has desdeñado? ¿Que es lo que me aconsejas.....? ¿Y pudiera yo abandonarte? ¿Y cuando te he probado yo que tenia mas apego que tú á la vida? ¿Desde cuando me has visto turbarme al nombre de la muerte? ¿He temblado por ventura cuando cercado de illineses, he roto las ligaduras que te travaban? ¿Acaso palpitaba de temor mi corazon cuando te llevaba en mis hombros, con unas angustias que no hubiera cambiado por todos los placeres del mundo? Sí, mi corazon palpitaba, pero no era por mí. ¡Y aun te atreves á decir que no tienes amigo! ¡Yo abandonarte! ¡Yo hacer traicion á la amistad...! ¡formar otros lazos despues de tu muerte! ¡dichoso yo sin ti, con esposa é hijos! Dime, pues, lo que debiera contar á Celuta cuando llegase á los Natchez. La diria: »Habia yo libertado á aquel

por quien yo te llamé para que fueses testigo de la amistad; prendió el fuego en unos juncos, tuve miedo, he huido, y desde lejos he visto las llamas que han consumido á mi amigo." Tú pretestas, René, que sabes morir; pero yo sé mas todavía: sé vivir. Si estuviese en tu lugar, y tú en el mio, lejos de decirte: »Huye, y déjame:" te hubiera dicho con entereza: »Sálvame, ó muramos juntos."

Habia pronunciado Utugamiz estas palabras con un tono que no le era comun, y de los labios del simple salvaje habia salido con toda su magnificencia el lenguaje de la pasion mas noble. »Quédate, pues, conmigo, esclamó el hermano de Amelia; ya no te insto para que huyas: no naciste para admitir tales consejos."

Al decir René estas palabras, se estendió por el semblante de Utugamiz cierta cosa de sereno y de inefable, como si el cielo se hubiese entreabierto, y reflejase la claridad divina en la frente del hermano de Celuta. Mostrando el indio la mas bella sonrisa que haya podido poner jamás el ánjel de las amistades en los labios de un mortal, respondió enajenado de gozo: »Acabas de hablar como un hombre: siento en mi seno todas las delicias de la muerte."

Cesando ambos amigos de oponer al incendio esfuerzos impotentes, y de intentar una retirada imposible, sentáronse uno al lado de otro, y esperaron el cumplimiento de su destino.

La llama, reconcentrándose, habia abrazado el ciprés que les servia de asilo, y empezaban á caer

llamaradas encima de sus cabezas. Oyese de improviso por en medio de las masas de fuego y humo un leve ruido en las aguas. Aparécese una especie de fantasma, despojadas de cabellos sus sienes, su pecho y sus brazos chamuscados, y chorreando desde la cintura una agua cenagosa. »¿Quien eres? esclama Utugamiz. ¿Eres por ventura el espíritu de mi padre, que viene á buscarnos para conducirnos á la rejion de las almas?"

—»Soy Venclao, responde el espectro; el amigo de Nasuto, á quien diste la vida, y el esposo de Nelida, aquella vírjen de los últimos amores, á quien tu amigo ha respetado. Vengo á pagar mi doble deuda. La llama ha descubierto vuestro asilo; las tribus de los illineses cercan el lago; ya nadan muchos guerreros ansiosos de llegar aqui, y yo he podido adelantarme. Nasuto nos aguarda en el sitio de la orilla que han fiado á su custodia. No nos detengamos."

Da Venclao su brazo vigoroso al hermano de Amelia, hace seña á Utugamiz para que le sostenga por el lado opuesto, y enlazados de este modo se arrojan al agua: atraviesan cañares incendiados, ya amenazados del fuego, ya á punto de sumerjirlos las aguas. Auméntase el peligro á cada instante, y óyense por todas partes gritos y voces confusas. Tales fueron los peligros de Eneas, cuando en la noche fatal de Ilion, iba á la luz de las llamas por calles estraviadas y desiertas á esconder en el monte Ida los ancianos dioses de la antigua Troya, y los dioses futuros del Capitolio.

Llegan Utugamiz, Venclao y René al sitio donde Nasuto los espera, y ponen al instante al hermano de Amelia en un lecho de ramaje, que llevan á ratos entre los tres. Aléjase con paso acelerado del lago fatal, y andan errantes todo la noche con el silencio de las selvas. A los primeros rayos de la aurora se detienen ambos illineses, y dicen á los dos guerreros enemigos: »Natchez, implorad vuestros Manitús; huid. Hemos correspondido á vuestros beneficios: cumplimos ya con vosotros; ahora debemos cumplir con nuestra patria. Adios."

Venclao y Nasuto dejan en tierra el lecho del herido, ponen un báculo de acebo en la mano izquierda del hermano de Amelia, dan á Utugamiz unas yerbas medicinales, harina de maiz, y dos pieles de oso, y al punto se retiran.

Continuaron los dos fujitivos su camino. René marchaba poco á poco delante, sosteniéndose con el báculo que apenas podia levantar del suelo, y Utugamiz le seguia esparciendo hojas secas á fin de ocultar las huellas de sus pasos: no es tan hábil el huésped de las selvas para engañar á los podencos ansiosos, como lo era el indio en borrar las huellas, para burlar las pesquisas del enemigo.

Habiendo llegado á un matorral, dijo Utugamiz de repente: »Oigo pasos precipitados." Y á breve rato se descubre hácia el norte del horizonte una cuadrilla de illineses. La infeliz pareja tuvo tiempo para llegar á un bosque estrecho que habia á la parte opuesta; entran en él, y habiéndole atravesado, se encuentran en el paraje mismo donde se dió el

ataque tan fatal al jefe principal de los Natchez y al hermano de Amelia.

Apenas pisaban ambos amigos el campo de la muerte, cuando oyeron el enemigo en el bosque inmediato. »Echate en tierra, dice Utugamiz á René; yo volveré en breve á encontrarte."

No podia ya René defender su vida, pues se hallaba cansado de luchar tanto tiempo por unos dias miserables; mas se vió no obstante obligado á obedecer otra vez á la amistad. Cúbrele su libertador con los restos espantosos del combate, y se introduce en lo espeso de la selva.

Cuando unos niños han descubierto el sitio donde un ruiseñor ha hecho su nido, la madre, dando piadas lastimeras y dejando caer sus alillas, revolotea como herida alrededor de los jóvenes raptores, que se distraen persiguiéndola, y se alejan de la prenda débil de sus amores; asi el hermano de Celuta, dando voces en la soledad, atrae los enemigos hácia sí, y los aparta del tesoro, mas caro á su corazon que el huevo lleno de esperanza al pájaro amoroso.

No pudieron los illineses alcanzar al lijero salvaje, á quien la amistad habia restituido por un momento todo su vigor. Acercábanse al pais de los Natchez, y no atreviéndose á ir mas lejos, desistieron de su porfía, y se retiraron.

Entonces volvió el hermano de Celuta á sacar á René de las espantosas ruinas, que habian protejido su juventud y su belleza. Volvieron á emprender ambos amigos su camino al salir la aurora, despues de haberse lavado en una clara fuente, y advirtie-

ron que los restos helados, bajo los cuales habia conservado René la centella de la vida, eran los de dos Natchez, Aconda é Irineo. Conociolos el hermano de Amelia, y maravillado de aquella fortuna estraordinaria, le dijo á Utugamiz: »¿Ves estos cuerpos desfigurados, despedazados por las águilas, y tendidos sin honores por el suelo?... ¡Oh, Aconda é Irineo! ¡Erais dos amigos como nosotros! ¡como nosotros fuisteis dos jóvenes desventurados! Yo os he visto morir, cuando abatidos procuraba yo todavía defenderos. Utugamiz, en esta noche misma confiaste el amigo viviente al secreto de dos amigos que fallecieron, y estos muertos se han reanimado al fuego de tu alma para darme abrigo."

Lloró Utugamiz sobre Aconda é Irineo; pero se encontraba tan débil, que no pudo cabarles una sepultura.

Como dos labradores, que despues de un largo dia de sudores y fatigas conducen al cortijo las yuntas fatigadas, y descubriendo los techos rústicos se creen ya rodeados de sus esposas y sus hijos; asi los dos amigos sentian renacer en sus corazones la esperanza al acercarse al pais de los Natchez, y sus deseos pasaban el espacio que les separaba todavía de sus hogares. Mas ¡ay! estas ilusiones fueron de corta duracion, como todas las de la vida.

Las fuerzas de René, agotadas últimamente, tocaban en su término, y para colmo de la calamidad, no quedaba ya nada de los bienes de Venclao y de Nasuto. El mismo Utugamiz cedia ya: sus mejillas estaban fruncidas, y sus piernas flacas y tré-

mulas no podian sostener el cuerpo. Por tres veces vino el sol á dar luz á los hombres, y tres veces volvió á encontrar á los viajeros sin poder pasar de un matorral, junto al cual estaban sin recurso alguno. Ya no se hablaban los dos amigos: solamente se echaban uno á otro de cuando en cuando furtivas y dolorosas miradas. Alguna vez procuraba todavía Utugamiz ayudar la marcha de René, pareciendo entonces á dos jemelos, que pudiendo apenas tenerse en pie, se afirman en los débiles brazos, y dan algunos pasos vacilantes á la vista de su madre enternecida.

Desde el paraje adonde habian podido llegar los amigos, hasta el pais de los Natchez, solo quedaban ya algunas horas de camino; mas René se vió en la precision de detenerse. Escitado por Utugamiz que le exhortaba á que andase, quiso dar algunos pasos, á fin de no arrebatar voluntariamente á su sublime amigo el fruto de tantos sacrificios, y sus esfuerzos fueron vanos. Utugamiz probó llevarle á cuestas, mas dobláronsele las piernas, y cayó con el peso.

No lejos del trillado sendero murmuraba una fuente; acercose á ella René con mucho trabajo, andando á gatas, y siguiole Utugamiz llorando, semejante al aflijido pastor que acompaña asi al cabrito que se ha roto una pierna cayendo de un alto risco, y va casi arrastrando hácia el aprisco á la caida de la tarde.

La fuente señalaba el lindero de la dehesa que se estiende hasta el lago de las piedras, y que solamente tiene por límites al oriente los bosques del

fuerte de Rosalía. Sienta Utugamiz al compañero al pie de un sauce, y fijando la vista en el pais de sus abuelos, esclama: »¡Haber llegado tan cerca..... René, añade: »Veo nuestra cabaña."

— »Vuélveme de cara hácia esa parte:" responde el hermano de Amelia, y Utugamiz obedece.

Ocurriole por un momento al hermano de Celuta la idea de ir á los Natchez para buscar alli socorro, pero temiendo que espirase en tanto la prenda de su corazon, resolvió por último no dejarle. Sentose, pues, al lado de René, le cojió por las sienes con ambas manos, y le recostó contra su pecho: entonces, bajando su rostro hácia una cabeza tan querida, preparose á recojer el último suspiro de su idolatrado amigo. Ambos jóvenes, inclinados uno sobre otro hácia la tierra, parecian dos flores que el sol ha marchitado sobre un mismo tallo.

Un leve ruido y el soplo de un ambiente perfumado llamaron la atencion de Utugamiz; levanta al punto la cabeza, y ve á su lado una mujer. ¿Y como la habia de desconocer el indio á pesar de la palidez que se notaba en su rostro y el desaliño de su vestido? Enajenado de sorpresa y júbilo, suelta la cabeza de René, y esclama: »¿Eres tú, hermana mia?"

Retrocede Celuta, que se habia acercado á los amigos sin verlos, y queda admirada al oir el eco de la voz de Utugamiz. »¡Hermano mio! esclama al fin; ¡oh querido hermano....! ¡Los jenios me le han arrebatado! El hombre blanco ha espirado en el tormento del fuego. Diariamente vengo á esperar en

este límite á los viajeros; mas ¡ay de mí! ¡ya no volveré á verlos!"

Levántase Utugamiz, se adelanta hácia Celuta, que hubiera huido, sino hubiese observado con profunda compasion los vacilantes pasos del guerrero. Era digno de notar en la frente de la indiana lo que esperimentaba en su corazon, pasando alternativamente del sentimiento del mas profundo terror á la mas viva esperanza. Aun titubeaba Celuta, cuando advirtió aplicado al seno de su hermano el Manitú de la amistad. Vuela á Utugamiz, le abraza y sostiene al mismo tiempo, y el salvaje esclama al punto: »¡Le he salvado! ¡alli está! pero muere, sino tienes algo con que alimentarle."

¡Oye el amor la voz de la amistad! Celuta está ya de rodillas sosteniendo la frente del estranjero moribundo; René, habiendo conocido á la hija del desierto, procura mostrar en sus labios la sonrisa, y Utugamiz cabizbajo, y con las manos juntas y caidas: »Hermana mia, dice, testigo fuiste del juramento de la amistad, y ahora vienes á ver si le he guardado. ¡Debiera yo haber vuelto mi amigo lleno de vida, y por desgracia espira! Soy un mal amigo, un guerrero sin fortaleza. Pero ¿tienes tú por ventura alguna cosa con que reanimar á mi amigo?"

—»¡Nada tengo! esclama Celuta desesperada. ¡Ah! ¡si hubiese sido mi esposo, si él hubiese fecundado mi seno, pudiera beber con su hijo en la fuente de la vida!" ¡Oh divino deseo de la amante y de la madre!

Sonrojose la pura y modesta indiana como si se

recelase haber sido comprendida por René. Los ojos de esta mujer estaban fijos en el cielo, su semblante estaba inspirado: hubiérase dicho que en una ilusion apasionada creia Celuta alimentar á su hijo y al padre de su hijo.

¡Santa amistad! Tú que me has contado semejantes maravillas, ¿por que no me has dado el talento de pintarlas? Yo tengo corazon para sentirlas (1).

(1) Aqui se suspende la primera parte de los Natchez, que puede llamarse con propiedad epopeya. Lo que se sigue es un sencillo relato, en el cual el autor, renunciando á la forma épica, adopta la de la narracion.

FIN DEL LIBRO DUODECIMO.

Cuando Celuta encontró á los dos amigos en el borde de la fuente, hacia ya muchos dias que andaba errante en el fondo de los bosques. Al saber la cautividad de René, se habia apoderado de su cuerpo una fiebre ardiente, y la súbita partida de Utugamiz redobló los males de la infeliz, porque adivinó que su hermano volaba á libertar á su querido amigo. Temia tambien que esta segunda víctima fuese inmolada á la rabia de los illineses.

La hija de Tabamica se habia obstinado en estar sola en su cabaña. Un dia que se hallaba acostada en la estera del dolor, vió entrar á Onduré, cuyos triunfos en sus malvados proyectos le habian ensoberbecido mas y mas, aumentando sus vicios con la esperanza de satisfacer á sus pasiones. Seguro ya de Akansía, que era sabedora de su crímen, y de él se aprovechaba, se creia ya Onduré dueño del poder absoluto, bajo el nombre de tutor del jóven Sol: pensaba restablecer la antigua tiranía, y despues de haber engañado á los franceses, se lisonjeaba con la idea de que hallaria un medio de destruirlos.

Sola una cosa amenazaba á la ambicion del salvaje: un sentimiento mas fuerte que su misma ambicion, y era el amor siempre en aumento que tenia á Celuta. Su amor propio ofendido, la sed de ven-

ganza, y la fogosidad de su jenio, habian transformado este amor en una especie de frenesí, cuyos arrebatos podian despertar los celos de la mujer-jefe.

En la primera exaltacion de su triunfo corrió Onduré á la morada de la hermana de Utugamiz, y acercándose al lecho donde se hallaba postrada la vírjen solitaria: »Celuta, la dijo, despierta." Y moviéndola brutalmente la mano: »Despierta, y mira aqui á Onduré: ¿no eres acaso muy dichosa en que un guerrero como yo se digne escojerte todavía por querida; á ti, rosa ajada por el blanco miserable de quien los Manitús nos han librado?"

Procura Celuta rechazar al bárbaro, que esclama: »¡Oh cuan encantadora es en medio de su locura! ¡que animado su semblante! ¡cuan hermosos sus cabellos!" Y el salvaje quiere hacer caricias á su víctima.

En este momento, Akansía, cuyo instinto celoso la llevaba muchas veces distraida alrededor de la cabaña de su rival, se presenta de improviso en el umbral de la puerta: »¡Oh madre del Sol! esclama entonces Celuta, ¡socorredme!" Onduré suelta su presa: confundido, avergonzado y balbuciendo, sigue á Akansía, que se aleja con los ojos sangrientos, y el alma ajitada por las furias.

Los parientes de Celuta, que se habian propuesto guardarla en ausencia de su hermano, volvieron en aquella ocasion á ofrecer su asistencia á la triste jóven, y vieron con estrañeza el desaliño de su lecho. Celuta les calla sus recientes penas, se esfuerza en sonreir, supone que se encuentra aliviada, y

la creen, y se retiran. La hija de Tabamica, viéndose libre de los cuidados que la inquietan, sale á media noche, se introduce en las selvas, y tomando el camino del pais de los illineses, va á esperar unos protectores, que al fin encuentra; protectores, á quienes tenia por perdidos entonces mismo que aun los buscaba.

Mas ¿quien salvará á los tres desventurados? Celuta es la única que conserva algunas fuerzas; mas ¿tendrá acaso tiempo de volar hasta el pueblo de los Natchez? ¿Espirarán por desgracia René y Utugamiz antes de que ella vuelva? Lidiando con estos temores, recuesta con tiento la cabeza de René en la blanda yerba, y se levanta confiada en que la Providencia tendrá misericordia de tantas desgracias. Descúbrense hácia la selva unos guerreros, é ignora quiénes son; mas no por esto se turba, pues considera que en aquel apuro debia implorar socorro aun del mismo Onduré.

»Quien quiera que seais; esclama adelántandose hácia aquellos desconocidos, venid, venid á dar la vida á René y á mi hermano."

Era aquella jente unos soldados y oficiales jóvenes del fuerte de Rosalía, los cuales acompañaban al capitan Artaguete, que iba al manantial mismo en cuya márjen descansaban los dos amigos, y cuyas aguas tenian la virtud de cicatrizar las heridas. Artaguete conoció en la voz á la indiana, á quien no hubiera conocido por sus facciones harto desfiguradas. »¿Sois vos? esclamó al oirla el capitan: ¡venid, hermana mia, mi libertadora!...."

**

Vuela Celuta hácia él, vierte lágrimas de dolor y de alegría, coje la mano de su hermano adoptivo, la aplica cariñosa á sus labios, procura llevar á Artaguete hácia la fuente, repitiendo el nombre de Utugamiz y de René, y la tropa sigue presurosa los pasos de Celuta.

A poco rato ven dos hombres, ó mas bien dos espectros, uno echado y otro en pie, aunque apenas puede tenerse, y al punto los rodean. »Cazadores, dice Utugamiz, ahora puedo morir, pero cuidad de mi amigo." Y diciendo esto cayó en tierra.

Tanto en la colonia como en los Natchez, creian que los illineses habian quemado á René. Atónitos de sorpresa dieron socorro á los dos moribundos, y Celuta fue la que alargó el primer alimento á su hermano y al amigo de éste. Artaguete procuraba sostener á uno y otro con su brazo débil todavía: envian al granadero Jacques, querido del jeneroso capitan, á noticiar á los Natchez el regreso milagroso: los guerreros y las mujeres acuden presurosos, y los sachems los siguen. En tanto habian formado los franceses unas angarillas de ramas de árboles, y puestos en ellas con separacion los dos amigos, entre ocho jóvenes oficiales llevaban por turno los lechos sagrados, cual si llevasen los trofeos del honor. Al lado de ellos iba Celuta, poseida de una dicha que aun le parecia soñada; y Artaguete, cuya frente pálida indicaba todavía la falta de sangre en un noble corazon.

En este órden de marcha encontró la multitud de los Natchez la pompa triunfal de la amistad, en-

salzada por mano del heroismo. Los bosques resonaron con aclamaciones prolongadas: agólpanse todos, todos quieren saber hasta los mas leves pormenores de una libertad, de que Utugamiz habla apenas, y que René no puede todavía referir. Los jóvenes apretaban la mano de Utugamiz, y unos á otros se juraban una amistad semejante en las adversidades. Los sachems decian á Adario y á Chactas, que tenian hijos ilustres: »Es verdad." Respondian ambos ancianos, y Adario se mostraba enternecido.

Las mujeres y los niños acariciaban á Celuta, y Mila queria llevársela, aunque ella se manifestaba algo triste en medio del regocijo. En la efusion de los corazones, los militares franceses participaban de los elojios, y Artaguete decia á Celuta: »Hermana mia, vuestro hermano desempeña bien el papel de libertador." René, que oia estas palabras, decia con voz moribunda: »Nada sabeis: Utugamiz no os dirá lo que ha hecho, pero yo os lo referiré si vivo." Todos los ojos derramaban tambien llanto por los jóvenes indios que se habian inmolado á la constante amistad.

Onduré y Akansía eran los únicos que no presenciaban esta escena: los malvados huyen del espectáculo de la virtud recompensada, cual si huyesen de un suplicio. René fue trasladado á casa de su padre Chactas; mas Adario quiso que llevasen á su cabaña sus dos sobrinos, Utugamiz y Celuta, á fin de cuidar él mismo de aquella pareja, que miraba muy digna de su sangre.

Habia apaciguado Onduré á Akansía, valiéndose de aquellas mentiras, aquellos juramentos y caricias que ya no cree la pasion engañada, pero que se deja llevar de ello, mirándolo como su último recurso. Cuando el hombre dá un paso en el crímen, se persuade que es imposible retroceder, y entonces se entrega á la fatalidad del mal. La mujer-jefe, pues, se veia precisada á favorecer los proyectos de un perverso, y elevar á Onduré hasta igualarle con ella, para justificarse de haberse humillado hasta igualarse con él. El regreso de René habia vuelto á encender en el corazon de Onduré la llama de los celos, y viendo frustrada su venganza, le era necesario mas que nunca el llegar á la suprema potestad, para ejecutar como soberano el crímen que dejó de cometer como súbdito. Pone, pues, en cuidado á la mujer-jefe diciéndole: »Es de temer que René me haya visto disparar la flecha, y por lo mismo el único medio de salvarnos de todos los peligros, es el de hacerse superior á todo poder. Sea yo tutor de vuestro hijo, restablézcase la antigua guardia de los alueces, y yo os respondo de todo." Akansía no podia ya negarse á nada, pues habia rendido su virtud; y el indio, á fin de acertar mejor en la ejecucion de sus proyectos, se dirijió primeramente á los franceses.

Febriano, tratado ásperamente por Chepar, á fuerza de humillaciones habia recobrado poco á poco su ascendiente sobre el viejo militar: la bajeza se sirve de los desaires que recibe, como de un escalon para elevarse; pero el renegado conocia que

su crédito habia perdido mucho, si por medio de un servicio relevante no llegaba á destruir la desagradable impresion que habian hecho sus primeros consejos. El gobernador de la Luisiana habia manifestado su descontento al comandante del fuerte de Rosalía, y en la carta en que le anunciaba el envio de nuevas tropas, le invitaba á que reparase una imprudencia, por la cual estaba disgustada la colonia.

Buscaba, pues, Febriano la ocasion oportuna de recobrar su poder, en el momento en que Onduré buscaba el medio de satisfacer á su ambicion desmedida. Ambos traidores, en otro tiempo compañeros de disolucion por identidad de pasiones, habian concebido á un tiempo el odio mas implacable contra René. El hombre salvaje fue, pues, á buscar al hombre civilizado, le habló de la muerte del Sol, y le dijo: »En las mudanzas próximas á verificarse en los Natchez, si el comandante frances quiere ayudarme, yo haré que consiga las concesiones que desea, y son motivo de tantas turbulencias y desgracias."

Encantado Febriano de una proposicion que le hacia hombre de importancia y de utilidad, marcha presuroso á enterar de todo á Chepar, y este consiente en recibir á media noche á Onduré en uno de los revellines de la fortaleza.

»Sachem de los franceses, dice Onduré al llegar, ignoro vuestros planes, aunque sé que habeis recibido nuevas tropas: ¿intentais acaso levantar otra vez el hacha contra nosotros? En lugar de comprometeros en este camino incierto, puedo yo

conduciros á otro término por una via mas segura. Hace mucho tiempo que soy amigo de los franceses: haced uso de vuestra autoridad para elevarme al puesto que me hará tutor del jóven Sol, y entonces yo os prometo mandar que os cedan las tierras que reclamais, y de las cuales deben fijar los límites vuestros diputados y los nuestros. Dentro de dos dias debe efectuarse la eleccion de edil: envíense presentes de órden vuestra á los jóvenes guerreros, á las matronas y á los sacerdotes, y yo triunfaré de mis competidores."

Lisonjeado Chepar al oir hablar de su poder, mirando como un gran golpe de política el poner á la cabeza de los Natchez á Onduré, á quien creia amigo de la Francia, confiando sobre todo en reparar su falta con posesion de las tierras que le prometian, abraza sin titubear el proyecto de Onduré, y encarga á Febriano de la distribucion de los presentes.

Vuelve Onduré á ver á Akausía, y queda admirado de verla abatida; pero siendo el crímen como las bebidas amargas, que el uso de ellas las hace tolerables, lejos de manifestar turbacion alguna, dice á la matrona: »No se trata ya de estar titubeando. ¿Quereis mandar conmigo, ó bien quedar esclava bajo un sachem de vuestra familia? Pensad que en ello va la vida vuestra y la mia, pues si no tenemos la fuerza necesaria para proscribir á nuestros enemigos, ellos nos proscribirán á nosotros. Tarde ó temprano se levantará contra nosotros alguna voz acusadora, que revelará el secreto de la

muerte del Sol, y en lugar de subir al poder, seremos arrastrados al patíbulo. Id, pues, hablad á las matronas; ganad sus votos; yo corro á ganarme el de los jóvenes guerreros. Utugamiz, el único que hace contrapeso entre ellos á mi crédito; ese Utugamiz, muy débil todavía, no puede aun salir de su cabaña. Haga hablar los jenios el agorero que está de nuestra parte, y nosotros triunfaremos de la resistencia de Chactas y de Adario."

Convocada ya la asamblea jeneral de la nacion para proceder á la eleccion de edil, propuso Chactas que elevasen á René su hijo adoptivo á este empleo importante; mas el agorero declaró que el estranjero era reprobado del Grande-Espíritu, como culpable, no solo de la desaparicion de la serpiente sagrada, sino tambien de la muerte de las hembras de los castores, y de la guerra en que el viejo Sol habia perecido.

Habiendo sido desechado René, presentó Adario á su sobrino Utugamiz, quien acababa de manifestar tanta virtud como valentía; pero fue tambien escluido, á causa de la sencillez de su misma virtud. Chactas y Adario no querian para sí un cargo, cuyo ejercicio era superior á su edad muy avanzada.

Akansía, cuando le tocó el turno, propuso á Onduré, y al oir su nombre se abochornaron los hombres que conservaban todavía algun pundonor: Chactas combatió con toda la dignidad de su elocuencia á un guerrero cuyos vicios se atrevió á bosquejar; y Adario, que veia un tirano en Onduré, le

amenazó con su puñal si algun dia atentase contra la libertad de la patria; pero las dádivas distribuidas por mano de Febriano habian producido sus funestos efectos; las matronas, encantadas con las joyas y los adornos; los guerreros seducidos con armas magníficas, y un gran número de sachems, á quienes la ambicion les hacia olvidar la prudencia, sostuvieron al candidato de la mujer-jefe. Los Manitús que fueron consultados, aprobaron la eleccion de Onduré, y de este modo la educacion de un niño que debia mandar un dia pueblos enteros, fue puesta en unas manos opresoras y mancilladas, presentando la idea del campo venenoso de Gomorra, que seca las plantas que en él se fijan, ó solamente cria árboles, cuyo fruto está lleno de ceniza.

Curábanse entre tanto las heridas de René, y restablecia sus fuerzas con una rapidez estraordinaria, á beneficio de unas yerbas conocidas de los salvajes. No habia mas que un medio de pagar á Utugamiz la deuda de una amistad sublime, y este se reducia á casarse con Celuta. Este sacrificio era grande, pues todo lazo era pesado al hermano de Amelia, y su corazon no podia dar entrada á pasion alguna; pero creyó que debia inmolarse al reconocimiento, ó á lo menos no era en su concepto contradecir á su destino el encontrar una desgracia en un deber.

Participó su resolucion á Chactas; este pidió la mano de Celuta á Adario, y Utugamiz se llenó de gozo al saber que su amigo seria su hermano. Celuta, asomando al rostro las rosas del pudor, dió su

consentimiento con aquella gracia modesta que la era natural; pero al mismo tiempo esperimentaba alguna cosa mas que aquel placer mezclado de temor que esperimenta una jóven doncella cuando está próxima á pasar á los brazos de un esposo. A pesar del amor de René que se apoderaba de la hija de Tabamica; á pesar de la felicidad, cuya imájen se representaba ella misma, se veia dominada de una tristeza involuntaria, y oprimia su corazon un secreto presentimiento. René la inspiraba un terror, de que no podia eximirse, y presentia que iba á caer en el seno de aquel hombre, como se cae en un abismo.

Habiendo aprobado los parientes el enlace: »Construye tu cabaña, dijo Chactas á René; lleva allá tu collar para cargar el peso, y la leña para encender fuego: caza durante seis noches, y á la séptima te seguirá Celuta á tus hogares."

Estableció René su morada en una pradera regada por un rio tributario del Meschacebé. Cuando estuvo la obra concluida, se descubrian desde la puerta de la nueva cabaña las praderas del valle llenas de arbustos floridos, y una selva tan antigua como la tierra, la cual encubria las colinas, y entre su espesura caia un torrente.

Celebrose el dia del enlace con danzas y juegos. Celuta y René, en medio de un corro de parientes suyos, recibieron instrucciones acerca de sus deberes, y luego llevaron á los esposos á la morada en que debian habitar.

Halloles la aurora en el umbral de la cabaña,

teniendo Celuta un brazo alrededor del cuello de René, y apoyada en el hombro del jóven. Los ojos de la amorosa indiana buscaban los de su esposo con una espresion de respeto y terneza; y con un corazon relijioso y reconocido, ofrecia su felicidad al Señor de la naturaleza, como un don que recibia de su mano, semejante al rocío de la noche, que al salir el sol se levanta hácia el cielo, de donde ha bajado.

Las miradas distraidas del hermano de Amelia se recreaban por la soledad, y su dicha parecia el arrepentimiento. René habia deseado un desierto, una mujer, y la libertad; pero aunque todo esto poseia, mediaba alguna cosa, que hacia poco grata esta posesion; y asi es, que hubiera bendecido la mano que de un solo golpe le desembarazara de su pasada desdicha y de su presente felicidad, si tal podia llamarla.

Trató, pues, de realizar sus antiguas quimeras: ¿que mujer podia ser mas bella que Celuta? Llevola á lo intrincado de las selvas, y recorrió su independencia de soledad en soledad; mas cuando hubo estrechado contra su seno á su tierna esposa rodeado de precipicios; cuando la hubo estraviado en la rejion de las nubes, entonces ya no encontraba sus soñadas delicias.

El vacío que se habia formado en lo interior de su alma no podia ya llenarse. Habia caido sobre René el rigor de un decreto del cielo, que era á la vez su suplicio y su jenio: todo lo turbaba con su presencia; salian de él las pasiones, y no podia volver

á entrar, pesando en fin en la tierra que él pisaba impaciente, y que le sostenia con sentimiento.

Si el inhumano Onduré hubiese leido en el corazon del infeliz hermano de Amelia, y conocido todos sus pesares; si hubiese visto el desasosiego de Celuta, y la especie de espanto que le inspiraba su marido, la union de los desventurados esposos no hubiera causado al salvaje los tormentos que esperimentó, cuando la voz pública llevó á sus oidos la noticia de este enlace. ¿Que importaba á Onduré el haber satisfecho su ambicion? De nada; pues Celuta se sustraia á su pasion amorosa, y René no habia sido inmolado todavía á sus celos. Las satisfacciones del detestable indio le costaban caro; pues se veia obligado á sufrir la terneza de una mujer odiosa, y habia hecho á Chepar unas promesas, que no podia ni queria cumplir. ¿De que medios se valdria, pues, para destruir á los estranjeros del fuerte de Rosalía, que se habian hecho sus señores sabiendo en parte sus secretos? ¿Como lo haria para sacrificar aquel rival que los malos jenios habian enviado á los Natchez para despecho de Onduré?

Al principio se ofrecieron muchos proyectos á la imajinacion del edil; mas los unos eran falibles, y los otros envolvian pocas víctimas. El tedio del estado en que se hallaba, y el ardiente deseo de poseer los goces de la vida social, aumentaban la turbacion del espíritu de Onduré. Devoraba con sus miradas cuanto sus ojos divisaban en las habitaciones de los blancos; se le veia andar errante por las aldeas con aspecto feroz, los ojos brotando fue-

go, y los labios ajitados de un movimiento convulsivo.

Un dia que se hallaba entregado á sus negros desvarios, llega á la cabaña de René, en ocasion en que éste se hallaba recorriendo los desiertos con Celuta. Ajitan el corazon de Onduré mil pasiones horrorosas, y mil recuerdos acompañados de funestos proyectos. Da primeramente vuelta á la choza con lento paso, empuja luego la puerta, la abre, y echa siniestras miradas por lo interior de aquel albergue pacífico. Entra en él, y siéntase en el hogar solitario, como aquellos jenios del mal inseparables de cada hombre, y que segun los indios se complacen en frecuentar las moradas abandonadas. Los lechos de juncos, algunas armas á la europea, unos velos mujeriles, una cuna, regalo de los parientes de Celuta, todo, todo cuanto se presenta á la vista de Onduré aumenta mas y mas su suplicio. »Sí, aqui es, dice murmurando, aqui es donde han sido dichosos." Su mente se estravía, levántase azorado, esparce los juncos de los lechos, y rompe las armas, cuyos fragmentos arroja á larga distancia. Atraen luego su rabia los adornos de Celuta; los alza con mano trémula, llévalos á su boca en ademan de darlos repetidos besos, y despues los destroza con furia. Alargaba ya sus brazos hácia la cuna, cuando los deja caer de repente; reclina la cabeza en el pecho, cúbrese su frente de una opaca nube, y parece fatigado por la concepcion dolorosa de un crímen.

¡No hay remedio! El destino de Celuta, el del

hermano de Amelia, y el de los franceses, está ya decretado. Dá Onduré un profundo suspiro, y sonriéndose como Satán por sus perversidades: »Gracias te doy, ó Ataensica, dice: ¡tú me has inspirado! ¡Te doy gracias, ó jenio de esta cabaña! Tú me has guiado hasta aqui para descubrirme los medios de satisfacer mis venganzas, y de lograr al mismo tiempo el fin de mis diversos designios. ¡Sí, perecereis, enemigos de Onduré! ¡y tú, Celuta...! A sí mismo se reserva y calla todo el horror y la estension de su infernal proyecto; y saliendo de la cabaña, lanza un grito, que le oyeron los franceses y los Natchez: los primeros se estremecieron, y los segundos previeron la ruina de su patria.

Cuando René volvió de sus correrías, se quedó admirado al ver el trastorno de su cabaña, sin poder atinar la causa; pero Celuta, educada en la relijion de los indios, formó de este desórden un presajio funesto. Volvia de su peregrinacion del desierto sin traer la dicha que anhelaba, y René era para ella incomprensible; pues aunque habia advertido cierto misterio en lo interior del corazon del hombre á quien se hallaba unida, éste no la habia revelado sus secretos, ni los habia confiado á persona alguna. Despues de haber vuelto á su cabaña, parecia René mas sombrío y menos afectuoso; la tímida Celuta no se atrevia á interrogarle, y en breve miró el comportamiento de su esposo como un efecto de inconstancia y tedio, por hallarse cansado de su enlace, cuando solo era efecto de la desgracia y de un carácter incomprensible; mas la

casualidad vino á dar alguna apariencia de realidad á las primeras sospechas de la desconsolada indiana.

Atravesaba René un dia por medio de un ciprés-al, cuando oyó unos gritos hácia un paraje apartado; acudió allá presuroso, y divisó entre los árboles una indiana forcejando contra un europeo. A la aparicion de un testigo huye el raptor, despues de haber conocido René que eran Febriano y Mila. »¡Ah! esclama al punto la jóven echándose en los brazos de su libertador: si tú hubieses querido ser mi esposo, no te hubieras visto precisado á venir á mi socorro. No obstante, te doy gracias. Tanto ha sido el miedo que me ha dado el hombre negro cuando me ha sorprendido, que he cerrado fuertemente los ojos por no verle.'' Sonriose René, tranquilizó á la jóven salvaje, y prometió acompañarla hasta su casa. Ayudola antes á lavarse el rostro, y Mila le dijo entonces: »¡Cuan suave es tu mano, parece á la de mi madre! ¡Los malos..... hablan tan mal de ti, y tú eres tan bueno....!" Cuando fue preciso separarse, le pareció á Mila que el camino era muy corto, y prorumpiendo en llanto se alejó diciendo: »Soy una pardilla azul, y no sé cantar para el cazador blanco;" pero el hermano de Amelia tomó el camino de su cabaña, y ya no volvió á pensar en esta aventura.

No tardó en saberla Onduré, y tuvo ocasion de añadir una calumnia mas á cuantas inventaba para saciar su odio. Felicitose de poder hacer que Celuta esperimentase los tormentos de celos que por ella sufria, é hizo de modo que el encuentro de Ce-

luta se representase á la casta hermana de Utugamiz como una prueba de infidelidad del hombre á quien amaba. Celuta lloró ocultando sus lágrimas; estaba próxima á ser madre, y la esposa fecunda dudaba todavía que hubiese asegurado los derechos de amante. Cuando René estuvo cierto de que su consorte abrigaba un hijo en su seno, llegose á ella con un respeto santo, y la abrazó blandamente temeroso de dañarla:

»Mujer, le dijo, el cielo ha bendecido tus entrañas."

Y Celuta respondió: »No me he atrevido á hacer votos delante de ti por el hijo que el Grande-Espíritu me ha dado: soy tu sierva, estoy obligada á criar tu hijo, y procuraré ser fiel en todo!"

Alterose la frente del hermano de Amelia, y con amarga sonrisa dijo: »¡Criar á mi hijo! ¿Será él mas feliz que yo? ¿Será mas venturoso que mi hermana? ¡Quien hubiera dicho que yo habia de dar la vida á un hombre!" Dicho esto se salió, dejando á Celuta con una pena inesplicable.

Perseverando Onduré en sus proyectos, á pesar de la autoridad de Adario y de Chactas, restableció en todo su poder los alueees, guardias adictos al despotismo de los antiguos soles, y habia despachado mensajeros con órdenes reservadas para todas las naciones indianas. Entonces engañaba mas que nunca al comandante del fuerte de Rosalía, á favor de falsas confidencias. Decíale por boca de Febriano, que sin la oposicion de Adario, de Chactas y de René, seria dueño del consejo de los Natchez, y que estos

tres enemigos del nombre frances le impedian el cumplimiento de su promesa. Invitaba Onduré á Chepar á que los arrebatase cuando él se lo indicara: por esta política tenia el doble designio de entregar sus adversarios á los estranjeros, y sublevar contra estos á los Natchez, cuando hubiesen cometido cualquiera violencia contra dos sachems ídolos de la patria.

Era preciso, sin embargo, no precipitar el proyecto, y que todas las fuerzas de los indios estuviesen reunidas, á fin de dar el golpe mas seguro. Al mismo tiempo era tan dificil moderar estos elementos de discordia, como hacerlos obrar de concierto. Las treguas que á cada instante se renovaban, apenas suspendian las hostilidades, siempren prontas á repetirse; y en tanto los franceses y los Natchez se ejercitaban en las armas, cultivando al mismo tiempo los campos mismos en que debian esterminarse.

Necesitaba Onduré muchos meses para la ejecucion de su vasto plan; Chepar aun no habia recibido los socorros que aguardaba; reinaba, pues, en la colonia una paz forzosa, por la posicion de los jefes; y los indios, esperando lo venidero, se ocupaban en sus fiestas y tareas.

Teniendo Mila relaciones de parentesco con Celuta, fue á dar gracias al que llamaba su libertador; le llevó una garba de maiz, que parecia una rueca con lana dorada, y le dijo: »Aqui tienes cuanto puedo darte, porque no soy rica." Y René aceptó la ofrenda.

Sintió Celuta llenarse de lágrimas sus ojos, y sin embargo recibió á su jóven prima con su inalterable amabilidad, y aun acarició bondadosa á la amable niña, que le preguntó si asistiria á la siega de la avena-loca. Celuta contestó que sí, y Mila se fue llena de gozo, viendo á René que aun tenia en su mano la garba de maiz.

Despues del dia en que el capitan Artaguete condujo á los Natchez los desgraciados amigos, se fue á Nueva-Orleans á ver á su hermano el jeneral Diron de Artaguete, y al jóven oidor Harlay, que debia casarse con Adelaida, hija del gobernador de la Luisiana. Volvió al fuerte de Rosalía la víspera de la siega citada por Mila. Era sabedor del matrimonio del hermano de Amelia con Celuta, y la gratitud que el capitan debia á esta bella salvaje, la tierna inclinacion que la tenia, y la estimacion á René, le condujeron inmediatamente á la cabaña de los nuevos esposos. Encontró á la familia á punto de marchar á la siega, á Chactas, Adario, Celuta, René y á Utugamiz, restablecido enteramente, el cual habia olvidado lo que hizo, y huia cuando René contaba los peligros que sufrió para libertarle.

Celuta, que llamaba hermano á Artaguete, le recibió con la mas grata hospitalidad, y Utugamiz le dijo: »Celuta te ha salvado, tú has salvado á mi amigo; yo te amo, y si nuestras naciones pelean otra vez, mi hacha se apartará de ti.'' René propuso al capitan que asistiese á la fiesta de la siega, y él respondió complaciente: »Con mucho gusto;'' pero al mismo tiempo no podia quitar la vista de

Celuta, cuya belleza se aumentaba con una secreta angustia que ella esperimentaba.

Embarcáronse en canoas en el rio que corria al pie de la colina donde estaba construida la cabaña de René, y navegaron contra la corriente, para llegar al paraje de la siega. Las encinas-sauces que cubrian las márjenes del rio, esparcian en él su sombra, y las piraguas se abrieron paso por entre las plantas que cubrian de hojas y flores la superficie del agua. Penetraba la vista por intervalos hasta la profundidad de las olas, que deslizaban por arenas de oro, ó por una madre tapizada de verdoso musgo, y las arvelas (1) posaban en ramillas pendientes encima del agua, ó jugueteaban delante de las canoas, rasando el agua por la orilla del rio.

Llegan al sitio designado, el cual era una bahía donde se criaba en abundancia la avena-loca. Este grano, que la Providencia ha sembrado en América para remediar á los salvajes, arraiga en las aguas, y es de la naturaleza del arroz, que dá un alimento grato y salutífero.

A la vista del maravilloso campo dieron los Natchez gritos de contento, y los remeros, redoblando sus esfuerzos, lanzaron las piraguas en medio de las flotantes mieses. Volaron millares de pájaros, y despues de haber gozado de los beneficios de la naturaleza, cedieron su lugar á los hombres.

En un instante se escondieron los barquichuelos entre las elevadas y espesas espigas, y las voces

(1) Arvela, pajarito de plumaje azul, llamado vulgarmente Martin del rio.

que salian del laberinto movible aumentaban lo májico de la escena. Distribuyéronse á los segadores cuerdas de abedúl, con las cuales ataban las pajas de la mies haciendo garbas, é inclinándolas despues sobre el borde de la piragua, las golpeaban con una maza, y el grano ya sazonado caia dentro de la canoa. El ruido de las mazas con que machacaban las garbas, el murmullo del agua, las risas y los chistes de los salvajes, animaban esta escena medio marina y medio rústica.

Estaba ya segado el campo cuando la luna se levantó para alumbrar la vuelta de la flota, y su luz descendia al rio entre los sauces que apenas se movian. Algunos indios é indianas jóvenes seguian á nado las canoas, cual si fuesen tritones ó sirenas, y el aire se perfumaba con el aroma de las nuevas mieses, mezclado á las emanaciones de los árboles y de las flores. La piragua del jefe principal capitaneaba la flota, y en su popa un sacerdote en pie repetia el canto consagrado al astro de los viajeros, diciendo:

»¡Salud, esposa del Sol! ¡No siempre has sido »dichosa! Cuando obligada por Ataensica á dejar el »lecho nupcial, sales por las puertas de la mañana, »tus brazos torneados, tendidos hácia el horizonte, »en vano llaman á tu esposo.

»Esos hermosos brazos son tambien los que »abres cuando te vuelves hácia el occidente, y la »cruel Ataensica obliga entonces al sol á huir de »tu presencia.

»Despues de tu himeneo infeliz, la melancolía,

»se ha hecho tu compañera, y nunca te deja, ya te »plazca andar errante entre las nubes, ya inmóvil »en el cielo fijes la vista en los bosques, ya inclina- »da á la orilla del Meschacebé te entregues á tus »ilusiones, ó ya tus pasos se estravien con las fan- »tasmas de los pálidos brezos.

»Mas, ¡oh luna! ¡cuan bella eres en tu triste- »za! La ursa estrellada se eclipsa ante tus hechizos; »tus miradas afelpan el azul de los cielos, vuelven »las nubes diáfanas, hacen brillar los rios como ser- »pientes, cubren de blancura la cima de los mon- »tes, y convierten en un mar de leche los vapores »del valle.

»Tu luz ¡oh luna! es la que inspira grandes »pensamientos á los sachems. Tu luz la que llena el »corazon de un amante de la memoria de su amada; »á tu luz vela la madre al lado de la cuna de su hi- »jo; á tu claridad marchan los guerreros contra los »enemigos de la patria, y los cazadores tienden ce- »ladas á los huéspedes de la selva; cargados ahora »de los dones del Grande-Espíritu, á favor de tu »claridad vamos á ver otra vez nuestras dichosas »cabañas."

Asi cantaba el sacerdote, y á cada estrofa el ca- racol tritónico mezclaba sus ecos al coro jeneral de los Natchez; un respeto relijioso se habia apoderado de Celuta, René, Artaguete, Utugamiz, Adario y el viejo Chactas, sobrecojiendo sus corazones el presentimiento de un porvenir funesto. La tristeza ocupa siempre lo interior de las alegrías del hom- bre, porque la naturaleza ha hecho inseparable un

dolor de todos los placeres, y cuando no puede negarnos la dicha, se vale de un artificio, para mezclar en ella el temor de perderla. Sacó de sus graves reflexiones á los amigos una voz que parecia salir del agua, y que decia: »Libertador mio, aqui me tienes." René, Artaguete, Utugamiz, Chactas, Adario y Celuta, todos miran al rio, y ven á Mila que nadaba junto á la canoa. Cubierta con un velo, solo descubria encima del agua sus hombros medio desnudos y su cabeza mojada, cuya frente ornaban algunas espigas de avena-loca caprichosamente trenzadas. Su rostro risueño brillaba con el reflejo de la luna en medio del ébano de sus cabellos, y corrian por sus mejillas unos hilos de plata: cualquiera hubiese creido ver en la indianita una nayade que habia arrebatado la corona de Céres.

»Utugamiz, decia ella, ven á bañarte conmigo, pues yo temeria por tu hermano el guerrero blanco si se bañase."

Salta Utugamiz por encima del borde de la piragua, y Mila se pone á nadar juntamente con él. Ya se mece lentamente con la cara vuelta hácia el cielo, pareciendo que dormia en las aguas, y ya chaputeando con el pie en la onda elástica, se desliza rápidamente por el rio. Algunas veces incorporándose parecia estar de pie, otras apartaba graciosamente la oleada con su brazo, y en esta posicion volvia un poco la cabeza, y asomaba las puntas de los pies por la superficie de las aguas. Su seno, lijeramente inflado á la vista bajo el líquido velo, parecia como cerrado en un globo de cristal:

trazaba con sus movimientos una multitud de círculos, que impeliéndose los unos á los otros, se estendian á lo lejos, y jugueteaba en medio de aquellas ondulaciones brillantes, como un cisne que zambulle su cuello y sus alas. Lo lánguido de las actitudes de Mila, pudiera hacer creer que buscaba deleites ocultos en aquellas aguas misteriosas; pero la calma de su voz y la sencillez de sus palabras manifestaban la mas tranquila inocencia. Tales eran los caprichos de la elegante indiana con Utugamiz: le echaba al cuello su humedecido brazo, y acercaba tanto su rostro al del salvaje, que le hacia sentir á un mismo tiempo la frescura de sus mejillas y el calor de sus labios. Enlazando sus pies con los de su compañero de baño, solo la separaba de él la oleada, cuya frájil resistencia hacia aun mas suaves sus lazos. »¿No era asi, le preguntaba, como tú estabas echado con René en el lecho de cañas en lo interior del lago." Unicamente se debian buscar en estos juegos los de un niño regocijado, y si alguna cosa estraordinaria se juntaba á los pensamientos de Mila, no era á Utugamiz á quien ellos se dirijian.

No se ocultaron tantas gracias á la hija de Tabamica, y asi es que cuanto menos sensible se habia manifestado René, tanto mas ella temia una delicadeza afectada. Habiendo vuelto á entrar Celuta en su cabaña, sintiose indispuesta, y aunque su seno maternal no contaba todavía mas que siete veces la vuelta del astro, testigo de los placeres de Mila, sintió que el hijo de René se apresuraba á salir á la

triste luz de los cielos, para ser partícipe del destino de su padre.

El hermano de Amelia habia pasado la noche en los bosques, y al salir el sol no encontró á Celuta ni en la cabaña, ni en la fuente, ni en el campo de las flores; pero muy en breve supo que su esposa estrechada de dolores durante aquella noche, se habia retirado á la choza que le habian hecho las matronas, segun costumbre, y que permaneceria en ella un número indeterminado de dias, segun el sexo del infante.

Creyó Celuta perder la vida dándola á una hija que llevaron á su padre, el cual, vertiendo lágrimas, la dió el nombre de Amelia. Parecia que iba á espirar la recien nacida, y René se vió precisado á echar el agua del bautismo en la cabeza de la tierna criatura, que entonces alzó el llanto. Mirábase como un maleficio el bautismo entre los salvajes: Onduré acusó al guerrero blanco de haber intentado quitar la vida á su hija, por desafecto á Celuta, llevado del amor hácia otra mujer, y de este modo se cumplia la suerte de René, siéndole fatal hasta su misma dicha.

Vivió la tierna Amelia, y finaron los dias de retiro de Celuta, quien luego volvió á su cabaña, donde sus parientes la esperaban. Eran nuevos los vestidos de la jóven madre, pues no debia llevar nada de lo que habia usado en otro tiempo, y daba de mamar cariñosa al fruto de sus entrañas. Al poner el pie en el umbral de la choza, sus ojos, hasta entonces bajos con modestia, se alzaron para mirar

á René; este alargaba los brazos para recibir á su hija, y Celuta espresó con una mirada cuanto puede espresar y reunir con toda su ternura la pasion de una amante, la dignidad de una esposa, la terneza de una madre, la sumision de una esclava, y el dolor de una mujer sensible. »Unicamente os he dado una hija, le dice; perdonad la esterilidad de mi seno; yo no soy dichosa."

Tomó René su hija, la levantó hácia el cielo, y volvió á ponerla en brazos de su madre. Todos los parientes bendijeron á la hija de Celuta: Utugamiz la puso al cuello por un momento el Manitú de oro, y pareció que asi la consagraba á la desgracia.

Es costumbre entre los salvajes el dar los parientes maternos el nombre á los recien nacidos. Segun la relijion de aquellos pueblos, el padre dá el alma al hijo, la madre le dá el cuerpo, y segun esto suponen, que la familia de la mujer es la única que sabe el nombre que han de ponerle. Obstinándose, pues, René en llamar Amelia á su hija, habia hollado mas y mas las costumbres de los indios.

Habíase aumentado estraordinariamente su tristeza desde que era padre, y pasaba dias enteros en lo intrincado de las selvas. Cuando volvia á su casa, tomaba á su hija en brazos y la ponia en sus rodillas; mirábala con demostraciones de terneza y desesperacion, y de repente la acostaba en su cuna, como si le diese horror. Celuta volvia la cabeza y ocultaba sus lágrimas, atribuyendo el movimiento de René á un sentimiento de odio hácia su esposa.

Si René á la media noche dirijia á Celuta pala-

bras cariñosas, le era costoso disimular la alteracion de su acento; si él se acercaba á su esposa durante el dia, la dejaba mañosamente en los brazos la hija, y se alejaba de ella; si René manifestaba algun desasiego por la salud delicada de la hermana de Utugamiz, esta atribuia aquella confusion al nacimiento de Amelia. Entonces decia Celuta espresiones tan tiernas, esforzándose en mostrar serenidad, que su turbacion se descubria mas bien en medio de aquella calma de la virtud resignada.

Por donde quiera que iba el hermano de Amelia, Mila seguia sus pasos, y venia con frecuencia á la cabaña, donde Celuta la acojia siempre bondadosa.

»Si tú fueses mi madre, decia Mila á la aflijida esposa, yo estaria siempre contigo, oiria al guerrero blanco hablarte de la amistad de tu hermano, y contarte historias de su pais; las dos hiciéramos su cama, y despues cuando estuviese dormido, haríamos mas delicioso su sueño refrescando el lecho con un abanico de pluma."

Mila concluia casi siempre su discurso arrojándose á los brazos de Celuta: esto era buscar la calma en el seno de la tempestad, y la frescura en medio de los rayos del sol del medio dia. La jóven indiana lograba una mirada compasiva de los ojos de aquella cuyas lágrimas hacia correr, y solicitaba la amistad de un corazon en que acababa de clavar el puñal.

La madre de Mila, incomodada de tales correrías de su hija, la amenazó con echarla agua en el

rostro, castigo que imponian á sus hijos las matronas indianas. Mila respondió que pegaria fuego á la cabaña de su madre, los padres se rieron, y Mila continuó buscando á René.

Una tarde se hallaba este sentado á la orilla de uno de aquellos lagos que hay por todas partes en las selvas del Nuevo-Mundo. Habia algunos balsameros de trecho en trecho, el pelicano con el cuello recojido y el pico descansando como una hoz sobre la pechuga, se mantenia inmóvil encima de un picacho; las pavas silvestres daban roncos graznidos desde las copas de los magnolias, y los visos del lago, terso como un cristal, reflejaban los fuegos del sol en su ocaso.

Llega Mila de improviso, y dice: »¡Aqui me tienes! Estoy muy pasmada, te lo aseguro, pues tenia miedo de sufrir una reprension."

— »¿Y por que?" preguntó René.

— »No lo sé:" respondió Mila sentándose, apoyada en las rodillas del guerrero blanco.

— »¿Teneis pues algun secreto?" replicó René.

— »¡Grande-Espíritu! esclamó Mila. ¡Yo tener un secreto! Por mas que lo pienso, no me acuerdo de nada."

Puso Mila sus dos manecitas en la rodilla de René, reclinó sobre ellas la cabeza, y empezó á distraerse, y estar como pensativa mirando al lago. René estaba sin sosiego por aquella actitud, pero no tenia valor para apartar de sí aquella muchacha, y al cabo de un rato echó de ver que Mila se habia dormido.

¡Oh edad de candor, que no conoces peligro alguno! ¡edad de confianza, cuan pronto pasas! ¡Oh que dicha para ti, Mila, dijo René hablando entre dientes, si durmieses aqui tu último sueño!"

— »¿Que es lo que dices? preguntó Mila volviendo de su adormecimiento. ¿Por que me has despertado, cuando soñaba deliciosamente?"

— »Mejor seria, dijo René, que cantaseis una tonada, en lugar de dormir asi como un niño."

— »Es verdad, contestó Mila; espera que me despeje:" y diciendo esto, frotó sus ojos soñolientos humedecidos de lágrimas. »Me acuerdo, añadió, de una cancion de Celuta. ¡Oh, Celuta, cuan dichosa eres, y cuan digna de serlo!"

Empezó luego á cantar con una voz dulce mezclada de inocencia y de deleite; mas no pudo continuar, porque se le trastornó la memoria, y lloró despechada viendo que no podia repetir la cancion de Celuta.

La madre de Mila, que la seguia, la encontró recostada en las rodillas de René, la golpeó con un manojo de lilas que tenia en la mano, y Mila se escapó tirando hojas á su madre. La imprudente cólera de la matrona reveló la correría de su hija, y al momento se estendió la voz por todas partes. Mila misma se apresuró á decir á Celuta, que habia dormido en las rodillas del guerrero en la orilla del lago, y asi agravó las sospechas de la indiana, que no tenia necesidad de este incidente, el cual miraba como una prueba mayor de la desgracia que se imajinaba.

La esperiencia que tenia de las pasiones el hermano de Amelia, no le permitia que ignorase lo que nacia en lo interior del corazon de Mila; por lo mismo se manifestó en adelante mas severo con ella, y este rigor espantó á la graciosa salvaje. Viendo rechazados sus sentimientos, los dirijió á cuanto amaba René, á Celuta y Utugamiz, que habia libertado al guerrero blanco con tanto valor, y que habia nadado con tanta destreza en el rio. Mila encontraba á menudo á Utugamiz en las cabañas, y la sencillez heroica de este jóven halagaba la sencillez maliciosa de la doncella.

»Tú salvaste á tu amigo del tormento del fuego, decia un dia Mila á Utugamiz. ¡Oh, que accion tan bella! ¡yo hubiese querido estar allí!" — »Mucho me hubieras perjudicado, respondió el hermano de Celuta, porque hubieras tenido hambre, y en este caso, ¿que te hubiese yo dado de comer?"

— »Es verdad, replicó la indiana; pero si hubiese estado contigo, hubiera cojido entre mis manos la cabeza de tu amigo, hubiera calentado sus ojos con mis labios, y para ver si su corazon aun latia, hubiera puesto en él mi mano." Y Mila ponia su mano sobre el corazon de Utugamiz.

»No hagas eso, dijo el salvaje. ¿Seria posible que te hubieses vuelto enamorada?" — »No por cierto, esclamó la indiana admirada; no, pero lo preguntaré á Celuta."

El alma de la juventud, tomando su vuelo, hace esperiencia de todos los sentimientos; prueba como el niño todas las copas, dulces ó amargas, y

solamente aprende á conocerse á fuerza de esperiencia. Mila, atraida al principio por René, halló pronto en él alguna cosa muy lejana de ella. El corazon de Utugamiz era el corazon que convenia al de Mila; declarada una vez su simpatía, prometia ser duradera, y esta simpatía iba á nacer sin duda alguna.

Mas ¡ay! aquellos sencillos y graciosos amores que debieran pasar bajo un cielo sereno, se formaban por desgracia en el momento de las tempestades. ¡Desdichados, ó vosotros los que empezais á vivir cuando estallan las revoluciones! ¡Amor, amistad, reposo, aquellos bienes que componen la dicha de los demas hombres, todo os faltará, y no tendreis tiempo ni de amar, ni de que os amen! En la edad en que todo es ilusion, la horrorosa verdad os perseguirá; en la edad en que todo es esperanza, no alimentareis esperanza alguna: os será preciso romper antes de tiempo los lazos de la vida, temerosos de multiplicar unos nudos, que tan pronto han de romperse.

René viviendo retirado y como fuera del mundo que le rodeaba, apenas veia lo que pasaba en torno de él; nada hacia, pues, para destruir unas calumnias que ignoraba, ó que hubiera despreciado si las hubiese conocido; calumnias, que no podian menos de acumular sobre su cabeza calamidades públicas y disgustos domésticos. Entregado al imperio de sus dolores y de sus desvaríos, en esta especie de soledad moral se hacia mas y mas feroz y salvaje, no pudiendo sufrir yugo alguno; siéndole insufrible

toda obligacion, y molesto cualquiera cuidado que por él se tomaban, amándole le mortificaban. Solo encontraba todo su placer andando errante por las soledades á la ventura; jamás decia lo que pensaba, adonde iba, ni de donde venia, pues él mismo lo ignoraba. ¿Se veia acaso ajitado de remordimientos ó de pasiones? ¿Ocultaba en su corazon vicios ó virtudes? No era posible el poderse decir esto; mas todo era posible en él, escepto la verdad.

Sentada Celuta á la puerta de su cabaña esperaba á su esposo dias enteros. Lejos de acusarle, se acusaba á sí misma echándose en cara que no tenia suficiente hermosura ni terneza. Dominada por la jenerosidad de su amor, creia que podria llegar á ser amiga de cualquiera otra mujer señora del corazon de René; pero cuando daba el pecho á su hija, no podia prescindir de bañarle en llanto. Cuando volvia el hermano de Amelia, Celuta preparaba la comida, pronunciaba solamente algunas palabras cariñosas, temerosa de serle importuna; iba á manifestar una sonrisa que espiraba en sus labios, y cuando echaba algunas miradas furtivas á René, y le veia pálido y ajitado, hubiera dado la vida porque tuviese un momento de sosiego.

Chactas procuraba algunas veces serenar con su tranquilo juicio las turbaciones del alma del hermano de Amelia; pero nunca podia arrancarle su secreto. »¿Que tienes? le decia. ¿Querias la soledad, y hoy no te place? ¿Pensaste que tu corazon era inagotable? ¿Acaso corren siempre los manantiales?"

— »Pero ¿quien impide cortar la vida, respondía René, cuando uno advierte que huye la dicha? ¿Por que unos amigos inseparables no llegan juntos al mundo, donde ya no pasan las felicidades?"

— »No tengo yo mas apego que tú á la vida, replica el sachem esperimentado. Tú mueres, y eres olvidado; vives, y tu existencia solamente ocupa lugar en tu memoria. ¿Que importan nuestras alegrías ó nuestros dolores en la naturaleza? ¿Por que te ocupas tanto de ti mismo, pensando en lo que dura tan poco? Con respecto á nosotros, ya has cumplido con los deberes de un hombre hácia su patria adoptiva; mas aun te falta cumplir con otros. Quizás no esperarás por mucho tiempo lo que deseas."

Las palabras de la ancianidad son oráculos: en efecto, todo empezaba á precipitar la catástrofe de los Natchez. Los mensajeros de Onduré habian vuelto con palabras favorables de parte de las naciones indianas. El comandante frances, que habia recibido nuevas tropas, no tenia necesidad de que le escitasen secretamente, como lo hacia Febriano, para cometer violencias contra René, Chactas y Adario. Chepar estrechaba á Onduré á que cumpliese sus promesas relativas al repartimiento de tierras, y Onduré respondia que las cumpliria tan pronto como se viese libre de sus adversarios.

Las calumnias esparcidas por Onduré, favorecido por el agorero, habian producido el efecto deseado contra el hermano de Amelia, y por consecuencia el impío René era en concepto de los Nat-

chez el cómplice secreto de los siniestros designios de los franceses; y para estos el traidor René era el enemigo de su antigua patria.

Un dia que la familia de Chactas, en cuya compañía pasaba entonces Mila sus dias, estaba haciendo su comida acostumbrada en la cabaña de Celuta, vieron entrar en ella al granadero Jacques, que era portador de una carta del capitan Artaguete, dirijida al hijo adoptivo de Chactas, ó en su ausencia á este venerable sachem en persona. Esta carta enteraba á René de la órden que se acababa de dar para prenderle con Adario. »No debeis perder un mo»mento para sustraeros á vuestros enemigos, decia »el capitan al hermano de Amelia. Os han acusado »diciendo que tomais las armas contra la Francia, »y se ha nombrado ya un consejo de guerra para juz»garos. Adario, que permanecerá prisionero mien»tras no se concedan las tierras, deberá responder »de la conducta de los Natchez; pero no se atreven »todavía á tocar á la cabeza de Chactas."

Al oir la lectura de esta carta, sobrecojió á Celuta un estremecimento, y por la vez primera bendijo la ausencia de René, que hacia ya dos dias se hallaba ausente. Celuta, Mila y Utugamiz convinieron en recorrer el bosque buscando al hermano de Amelia, y tenerle lejano de las cabañas; y Chactas, con el resto de la familia, se apresuró á ir á casa de Adario.

Enterado éste de la suerte que le espera, se niega á huir, desarrolla una estera, y siéntase en el suelo. Importúnanle con instancias, y con voz

terrible esclama: »¡Indigna familia! ¡Yo ocultarme de bandidos! ¡Habia yo de dar semejante ejemplo á la juventud! Otros son los sentimientos que yo esperaba de un padre de la patria."

— »¿De que utilidad puede servir á la patria vuestro cautiverio ó vuestra muerte? Responde Chactas; al contrario, retirándoos, desde mañana mismo quizás podremos defendernos contra los opresores de nuestra libertad; pero hoy dia no tenemos tiempo; no sé que mano pérfida ha separado la mayor parte de los jóvenes guerreros."

— »No, dice Adario, no me retiraré: á vuestro cargo dejo el vengarme."

Dicho esto se levanta y empuña las armas, sin que se atreva á oponerse á su intento su familia. Vuelve á sentarse el sachem, y reina alrededor de él un profundo silencio.

Oyense por fuera los pasos de una partida de concesionarios capitaneados por Febriano. A la izquierda del sachem estaba su hijo, detras su anciana esposa, y su hija, madre de un niño que tenia en brazos, y delante de él Chactas apoyado en su báculo blanco.

Entra Febriano, presenta una órden, y manda á Adario que le siga.

»Sí, te seguiré, responde el sachem: veo que me has conocido; te hice bastante miedo el dia de la batalla, y no es posible que me desconozcas ni me olvides."

Levántase Adario de su estera precipitadamente, y pone la punta de un venablo en el pecho de

Febriano. Chactas, cuyas miradas ya no dirijen sus trémulas manos, procura en vano desviar los golpes en la noche que le rodea, y hacer oir palabras pacíficas. El renegado retrocede, y su jente avanza: la multitud dá gritos, que se oyen en las cercanías: las mujeres llorosas se agarran á los fusiles de los concesionarios: óyese una voz, la fuerza armada dispara, y el hijo de Adario cae muerto á su lado. El sachem se defiende algun tiempo detras del cuerpo de su hijo, y derriban á Chactas y le atropellan. Remóntase por los aires una espesa humareda, arde la cabaña, y todos huyen. Ata Febriano con sus propias manos á Adario, y condúcenle al fuerte de Rosalía, en medio de su esposa, su hija y su nieto. Fueron tambien á la cabaña de René otros sicarios del cómplice Onduré; pero únicamente hallaron en aquella morada la soledad y el silencio.

Los habitantes de la colonia salieron en tumulto al camino por donde pasaban los prisioneros. Estos hubieran inspirado una compasion profunda, sino bastase ser desgraciado entre los hombres, para ser detestado y perseguido. Artaguete, que se habia negado á conducir los soldados contra los Natchez, sufria tambien un cautiverio militar, y no podia ya dar socorro alguno á la familia encadenada.

Habiéndose reunido el consejo de Chepar, Febriano espuso que Adario se habia armado, que habia despreciado las órdenes del rey, y que él se habia visto obligado á prenderle valiéndose de la fuerza. Hiciéronse dos proposiciones á consecuencia de esto: la primera, que fuese trasladado el rebelde á

las islas; la segunda, que se le vendiese con su familia en el fuerte de Rosalía, y se aprobó esta última. El comandante escojió el partido mas violento, como el mas capaz de causar á los Natchez un espanto provechoso: la imprudencia y el rigor suelen parecer habilidad y valor á los espíritus mezquinos, y asi es que se resolvió que Adario, su mujer y sus hijos, fuesen al instante mismo vendidos en público, y destinados á los trabajos de la colonia.

Pasó Onduré secretamente algunas horas en el fuerte de Rosalía, y habiéndole enterado Febriano de la sentencia pronunciada por el consejo, el salvaje se regocijó de ello, no menos que del asesinato del hijo de Adario y del incendio de la cabaña. Unicamente sentia no haber podido derribar del primer golpe á su víctima principal; pero se consolaba con la idea de que René solamente se habia escapado de su suerte por poco tiempo.

Confiaba el indio en que llegaria á su colmo la rabia de los Natchez, y que encontraria los ánimos dispuestos á emprenderlo todo, y no se engañaba. Habiendo vuelto al fuerte de Rosalía, pasó al lugar donde Chactas habia reunido las tribus despues del arrebatamiento de Adario, que era en la orilla del lago de los bosques, en el paraje mismo donde Mila se durmió en las rodillas de René.

Presentose el jefe en medio de la asamblea con aspecto triste. Todos volvieron hácia él la vista, y los jóvenes guerreros que acababan de llegar de una larga cacería, esclamaron al punto: »Tutor del Sol, ¿que nos aconsejas?"

— »Mi opinion es la de los sachems:" respondió modestamente el astuto salvaje.

Estos alabaron aquella moderacion, escepto Chactas, que conoció la hipocresía.

»Espliquese la mujer-jefe:" dijeron por todas partes.

— »¡Oh desgraciados Natchez! dice Akansía subyugada y criminal: ¡se conspira!" Y al punto calla.

— »Es preciso obligarla á que hable:" gritó la multitud, y entonces dijo Onduré:

— »Observad, guerreros, que el hijo adoptivo de Chactas, á quien se miraba como una de las víctimas designadas por Chepar, ha sido no obstante sustraido á la traicion de nuestros enemigos, mientras que Adario está cautivo. Sachems y guerreros, ¿teneis alguna confianza en mí?"

— »¡Sí, sí!" repitieron mil voces, y nadie quiso escuchar la de Chactas en este momento de pasion y ceguedad.

— »¿Quereis hacer, añadió Onduré, lo que yo disponga para seguridad vuestra?"

— »Hablad; nosotros obedeceremos:" esclamó nuevamente la asamblea.

— »¡Pues bien! dijo Onduré. Volved á vuestras cabañas; no mostreis resentimiento alguno; manifestaos sumisos; tolerad nuevas injusticias, y yo os prometo..... Pero no es tiempo de hablar. Yo revelaré al gran sacerdote lo que Ataensica me ha inspirado. Sí, Natchez; Ataensica se me ha aparecido en el valle. Sus ojos eran dos llamas; sus

cabellos flotaban por los aires como los rayos del sol entre las nubes de la tempestad, y todo su cuerpo tenia cierta cosa de inmenso é inesplicable, que no era posible mirarla sin esperimentar los horrores de la muerte. »Salva la patria, me dijo, poniéndote de acuerdo con el ministro de mis aras....." Entonces el Espíritu me ha revelado lo que debia decir primeramente al agorero solo, y todo son misterios terribles."

Estremeciose la junta, y el gran sacerdote esclamó: »No lo dudemos, guerreros; Ataensica ha depositado su poder en Onduré. Guerreros, el tutor del Sol os manda por mi voz que os retireis. Retiraos pues, y confiad al cielo el cuidado de vengaros."

Al oir esto, los salvajes se retiran poseidos de un horror relijioso; que se aumentaba con la sombra y la quietud de las selvas.

No deseaba Onduré en este momento que los Natchez se armasen contra los franceses, pues no eran harto fuertes para triunfar, y todo se reduciria á una accion tan poco decisiva como la primera. No era tampoco un combate abierto y franco lo que el salvaje queria; pues su intento era dar un golpe mas seguro, aunque mas tenebroso, atendiendo á que no estaba todo preparado, y que distaba mucho el dia en que la conjuracion podia estallar con éxito.

El amante desdeñado de Celuta habia encontrado en la ausencia de un rival un nuevo medio de calumnia, y no contento con perder á René desconceptuándole entre los Natchez, hacia que le busca-

sen por todas partes para entregarle á los franceses. Con designio muy diferente se habia apresurado Celuta á seguir las huellas de su esposo, preguntando en vano por él á los riscos y las plantas. Salia de su cabaña, y volvia á ella temiendo que René hubiese entrado regresando por otro camino: algunas veces se le ocurria el ir al fuerte de Rosalía, figurándose que podian conducir allí al objeto de su terneza, y otras se sentaba en las encrucijadas de un bosque, rejistrando con sus ansiosas miradas los senderos que descubria entre las sombras, sin atreverse á llamar á René, temerosa de venderle con los ecos mismos de su voz. Amelia no dejaba los brazos maternales, y Celuta encontraba fuerzas llorando sobre aquel testigo de su dolor.

Utugamiz, siempre inspirado cuando se trataba de los peligros de su amigo, habia sido mas feliz que su hermana en sus pesquisas. Hacia mucho tiempo que habia advertido que el hermano de Amelia tenia la costumbre de dirijirse hácia una colina, orillas del Meschacebé, en cuya falda habia una gruta fúnebre, y empezó por este lado sus indagaciones. Otro instinto condujo, pues, á Mila al mismo paraje, semejante á la paloma que transportada lejos de su querencia, atravesando los campos del aire, encuentra el camino que la conduce adonde está su compañera.

Los dos fieles mensajeros se encontraron á la entrada de la gruta, y Mila dijo á Utugamiz: »¿Quien te ha traido á este sitio?"

— »Mi jenio:" respondió el salvaje mostrando

la cadena de oro. »Y á ti Mila, ¿quien te ha traido hácia esta parte?"

— »No lo sé, contestó la indiana: quizás alguna cosa que es la mujer de tu jenio. Tú verás como lo hemos adivinado, y que está aqui el guerrero blanco."

Efectivamente divisaron á René sentado de cara al rio, bajo la bóveda de la caverna, teniendo al lado un libro, varias frutas y algunas armas. Esta caverna era un lugar temido de los Natchez, que habian depositado en ella algunos huesos de sus padres, y se contaba que un espíritu de los sepulcros velaba en aquella mansion dia y noche.

»¡Ah! esclamó Mila: yo hubiera tenido mucho miedo, si no estuviese aqui el guerrero blanco."

René, admirado de la aparicion de su hermano y de la jóven indiana, creyó que se habian dado cita en aquel santuario, á propósito para hacer un juramento, y alegrose de aquel encuentro, porque deseaba con todo su corazon el enlace de aquellos jóvenes.

Utugamiz y Mila nada dijeron á René acerca del verdadero motivo de su ida á la gruta: ¡tan intelijentes como todo esto se vuelven los corazones sencillos, cuando se trata de lo que aman! Comprendieron que si revelaban á René los peligros que le amenazaban, lejos de poder contenerle, se escaparia de su terneza; y asi es que la injénua pareja dejó al hombre blanco en la creencia de lo que él se figuraba, y solo pensó en detenerle en aquel retiro con las delicias de una conversacion amistosa.

Ignoraba el hermano de Celuta lo que habia pasado en los Natchez, y suponia que Adario se habria alejado con Chactas hasta el momento en que los hijos del Sol pudiesen vengar su injuria. Deseaba Utugamiz tranquilizar á su hermana; pero al mismo tiempo no queria separarse de René, y esperaba á que Mila encontrase algun pretesto para dejar la gruta, é ir á consolar á la esposa desgraciada.

»Escelente amigo mio, dijo René al salvaje, con una sonrisa que rara vez le quitaba el ceño; ¿te apresuras todavía á libertarme? ¿Para que son esas armas? No tengo que temer peligro alguno: solo estoy con los muertos, y tú sabes que son mis amigos. Y tú, tierna Mila, ¿que buscas? ¿es acaso la vida? ¡Ah! no reside aqui, y menos podrias volverla á esta multitud polvorosa, que quizás no consentiria en recobrarla."

El relijioso Utugamiz guardaba un profundo silencio; Mila temblaba, y en medio de su espanto se estrechaba fuertemente contra Utugamiz. Un débil rayo de luz que penetraba en la caverna, solo servia para aumentar el horror: las osamentas blanqueadas reflejaban una luz fantástica; de modo que cualquiera hubiese creido ver removerse y animarse el inmóvil é insensible despojo de los hombres. El rio rodaba sus olas á la entrada de la gruta, y varias yerbas marchitas colgantes en la bóveda se estremecian al soplo del viento.

Queriendo Mila adelantarse hácia René, trastornó un monton de osamentas que cayeron rodando

sobre ella. »¡Yo moriré, yo moriré!" esclamó la indiana asombrada.

— »Sosiégate, amiga mia:" dijo el hermano de Amelia. — »Yo te juro, replicó Mila, que eso ha hablado."

— »¡Hablado!" dijo Utugamiz.

Sonriose René, hizo sentar á Mila á su lado, y tomando la mano de la jovencita: »Sí, dijo, eso ha hablado. Los sepulcros nos dicen que en su seno acaban nuestros dolores y contentos, y que despues de habernos ajitado momentáneamente en la tierra, pasamos al reposo eterno. Mila es encantadora, su corazon palpita de toda clase de amor; mi admirable amigo todo es alma; con algunos suspiros mas en la tierra (y Dios quiera que sean de dicha), el corazon de Mila se helará para siempre, y las cenizas del hombre que hizo prodijios por la amistad, serán confundidas con el polvo del que nunca ha amado."

Calló René, recostó la frente en su mano, y miró la corriente del rio.

»Habla, dijo Mila: ¡es tan triste y al mismo tiempo tan dulce lo que dices....!"

René, volviendo la vista á lo interior de la cabaña, y fijándola en un esqueleto, dijo de repente: »Mila, ¿podrás tú decirme su nombre?"

— »¡Su nombre! repitió la indiana espantada: yo no lo sé; estos muertos se parecen todos."

— »Tú me haces ver lo que nunca hubiese visto solo, dijo Utugamiz. ¿Será que los muertos son en sí poca cosa?"

— »La naturaleza del hombre, respondió René, es el olvido y la pequeñez: vive y muere ignorado. Dime, Utugamiz, ¿oyes la yerba crecer en esta cabeza que yo acerco á tu oreja? No, sin duda. ¡Pues bien! los pensamientos que algun dia vejetaban en ella, no hacian mas ruido al oido de Dios. La existencia corre por la entrada del subterráneo de la muerte, como el Meschacebé á la entrada de esta caverna; las márjenes de la estrecha abertura nos impiden que estendamos nuestras miradas arriba y abajo por el rio de la vida; únicamente vemos pasar delante de nosotros un corto número de hombres viajando desde la cuna al sepulcro en su rápida sucesion, sin que podamos descubrir adonde van, y de donde vienen."

— »Bien comprendo tu idea, esclamó Mila. Si yo dijese á mi vecino establecido en otra caverna encima de esta en que nos hallamos: »Vecino, ¿has visto pasar esa ola que era tan brillante?" (supongo una doncella), quizás me respondiera: »He visto pasar una ola alborotada, porque se ha levantado de la tempestad entre mi caverna y la tuya."

— »¡Admirablemente, Mila! dijo René. ¡Sí! lo mismo somos nosotros huyendo de la tierra: nuestro brillo, nuestra felicidad, no van lejos, y la ola de nuestra vida se empaña antes de desvanecerse."

— »¡Oh, cuanto me alientas! esclamó Mila. ¡Tenia yo tanto miedo al entrar en esta gruta.....! Pero en este instante me atreveria ó tocar lo que antes no osaba mirar siquiera."

Tomó Mila con su mano la calavera que René tenia separada de las otras, y vió salir de ella una multitud de hormigas.

»He aqui la vida en la muerte, dijo René. Por este lado nos abre el sepulcro una vista inmensa. En este celebro, que en otro tiempo contenia un mundo intelectual, habita un mundo que tiene tambien su movimiento y su intelijencia: estas hormigas perecerán á su tiempo. ¿Que es lo que nacerá de su átomo de polvo.....?"

Calló René, y Mila animada por el ensayo de su entendimiento, le dijo á Utugamiz:

— »Pensaba yo que si llegase á casarme contigo, y tú llegases á morir, como los que están aqui, estaria tan triste, que tambien yo me muriera."

— »Te aseguro que no moriré, dijo Utugamiz espresivamente. Si quieres ser mi esposa, yo te prometo vivir."

— »Sí, dijo Mila; ¡hermosa promesa! Con tu amistad al guerrero blanco, serias fiel sin duda á tu palabra."

Mila, que se habia olvidado de arrojar la reliquia que tenia de la mano de René, calentaba contra su seno la efijie pálida y yerta, y los hermosos cabellos de la tierna jóven caian haciendo sombra á la frente calva de la muerte. Con sus mejillas encarnadas, sus labios purpúreos, y las gracias de la adolescencia, semejaba Mila á las rosas del escaramujo que se crian en los cementerios campestres, y que inclinan sus cabezas hácia el sepulcro.

Las vehementes sensaciones causadas por el es-

pectáculo de la gruta fúnebre, y la ardiente amistad del hermano de Celuta á René, eran lo único que habia podido alejar por un momento de la mente de Utugamiz la memoria del peligro que rodeaba á sus parientes y á su patria: hizo el indio una seña á Mila, quien lo entendió al momento, y esclamó: »Ya hace mucho tiempo que estoy aqui. ¡Ay! ¡cuanto me regañarán!" Y diciendo esto se fue, no para su casa, y sí para decir á Celuta que el guerrero blanco estaba en salvo. Utugamiz se quedó acompañando á René, finjiendo que estaba algo cansado, por lo cual dijo que queria descansar en la gruta, pues conocia que este era el medio mas á propósito para detener alli á su amigo.

Mientras estaban encerrados en aquel tabernáculo de los muertos, ocurrian escenas de duelo en el fuerte de Rosalia.

Si Chactas se hubiese encontrado prisionero en lugar de Adario, haciendo sábios discursos hubiera consolado á sus amigos; pero Adario, silencioso y severo, no sabia mover sus labios para hablar con gracia, y pensando poco en su familia, y aun menos en sí mismo, todos sus pensamientos y sus penas se reducian á pensar en su patria.

Para que sufriese el rigor de la sentencia del consejo, y fuese vendido en pública subasta, le llevaron á la plaza pública, donde estaba reunida la muchedumbre, y su mujer y su hija, que llevaba en brazos el fruto de sus entrañas, le seguian llorando. El sachem se volvió de improviso hácia ellas, mostroles con la mano las cabañas de la patria, y

las dos mujeres ahogaron sus sollozos. Formose un ancho círculo de jente alrededor de la familia indiana, y adelantáronse al momento los principales traficantes en negros é indios. Empezaron por despojar á los esclavos, y la esposa y la hija de Adario, tapándose la desnudez con sus manos, se arrimaban vorgonzosas al viejo, cuyo cuerpo estaba lleno de antiguas cicatrices, y todo magullado de recientes golpes.

Los traficantes, apartando los brazos de las castas indianas, ofrecian aquellas mujeres á unas miradas mas odiosas aun que las de la avaricia; y unas mujeres blancas, prácticas en aquel abominable tráfico, ponian el precio de los efectos en venta.

»Este viejo, decia un colono tocando al sáchem con un bambú, no vale un doblon: tiene mutilada la mano izquierda, está acribillado de heridas, pasa de sesenta años, y no puede servir tres siquiera."

— »Ademas de eso, decia otro colono que trataba de poner en desprecio lo que se vendia, para lograrlo muy barato; estos salvajes son unos brutos, que no valen una cuarta parte que un negro; pues quieren mas bien morirse de hambre, que trabajar para un amo. Cuando uno saca de ellos el diez por ciento, puede darse por contento."

Al mismo tiempo que discutian de esta suerte, palpaban los hombros, los costados y los brazos de Adario. »Tócame, miserable, decia el indiano; soy de otra especie que tú."

— »No he visto viejo mas insolente:" dijo uno de los corredores de carne humana, y rompió su

varejon de fresno en la cabeza del sachem.

Luego hicieron sus observaciones sobre las mujeres. La madre era vieja debilitada por la pena, y no tendria ya hijos: la hija valia algo mas, pero era muy delicada, y no podia resistir los seis primeros meses de trabajo corporal. Al niño, que le arrancaron en cueros de los brazos de la madre, le examinaron tambien; dijeron que tenia robustos miembros, y que seria grande y fuerte. »Sí, dijo un chalan, pero es un capital adelantado sin ganancia segura, y en tanto es menester mantenerle."

La madre, con unos ojos en que se pintaba el mas tierno desasosiego, observaba todos los movimientos que obligaban á hacer á su hijo, temiendo que le separasen de ella para siempre. Una vez apretaron tanto al inocente y tierno cautivo, que dió un grito: la indiana se arrojó hácia el que le tenia, para recobrar el fruto de sus entrañas, la rechazaron á latigazos, y cayó ensangrentada boca abajo, lo cual causó carcajadas de risa entre la multitud. La arrojaron no obstante el hijo, cuyos miembros estaban medio dislocados, y tomándole afanosa, le enjugó con sus cabellos, y le aplicó al pecho estrechándole tiernamente. Concluyose la venta, y volvieron los vestidos á la infeliz familia.

Creyose Adario que iba á ser quemado; pero en breve supo que era esclavo, y estando espuesto á que le faltase su constancia, buscaba un puñal con la vista, pero habíanle privado de todo medio de libertarse. Salió del interior del pecho del sachem un largo suspiro, ó mas bien un rujido sordo, cuan-

do le conducian á las casas de los negros para destinarle al trabajo. Alli Adario y su familia vieron danzar y cantar alrededor de él aquellos africanos que celebraban la bien venida de un americano encadenado como ellos por los europeos, en el suelo donde habia nacido. En aquel rebaño de hombres se encontraba el negro Imley, acusado de querer sublevar á sus compañeros de servidumbre. No le habian podido convencer de semejante crímen ó virtud, y no obstante habia tenido que sufrir cincuenta azotes. Asi que halló oportunidad, apretó con disimulo la mano de Adario.

Aquella misma noche que reducia al sachem á la clase de esclavo, ocasionaba nuevas penas á Utugamiz: no pudiendo ya sostener el error del hermano de Amelia, ni detenerle bajo un vano pretesto en la gruta fúnebre, se determinó, pues, á romper el silencio.

»Tú me has obligado á mentir por la primera vez en mi vida, dijo á René. No estoy cansado ni enfermo, ni Mila me citó á este sitio. Su buen jenio, que no semeja sin embargo al mio, le habia descubierto tu retiro, y acudimos ambos á un tiempo para obligarte á esconderte."

—»¡Esconderme! dijo René. Bien sabes que no acostumbro hacerlo."

— »Por esa misma razon he mentido, respondió Utugamiz; pues sabia que te enfadaria si te propusiese que permanecieses en la caverna: sin embargo, Chactas te lo mandaba."

Hizo Utugamiz á su modo la relacion de lo que

habia pasado entre los Natchez, añadiendo que Adario habria tomado sin duda el partido de retirarse, á fin de prepararse mejor á la defensa.

»Nada creo, dijo René levantándose y cojiendo sus armas; pero vamos á defender á Celuta, que ignora donde me hallo, y debe estar en gran desasosiego."

— »¿Para que pues, dijo Utugamiz, se ha separado Mila de nosotros? Tiene mas talento que tú, y vuela como un pájaro."

Quiso René salir de la gruta; y Utugamiz, poniéndose delante de él: »Hace poco tiempo, le dice, que el sol se ha puesto; aguarda algunos momentos mas, y acuérdate que te salvé de noche."

Estas palabras contuvieron al hermano de Amelia, y abrazó á su amigo.

Oyeron entonces en las aguas del rio el ruido de una piragua, que en breve llegó á la gruta: venian en ella el granadero Jacques y el capitan Artaguete, quien saltó en tierra al momento, y dijo á René:

»Os han descubierto: Onduré ha hecho que os siguiesen, y acaba de indicar al comandante el lugar donde os hallais. Lo he sabido casualmente; he quebrantado mi arresto á favor de la noche, y metiéndome en esa piragua con Jacques, gracias al cielo hemos llegado los primeros. Huid pues; en la barquilla teneis víveres; pasad el rio, y al otro lado estareis en salvo. No titubeeis. Adario no quiso retirarse; ha sido prisionero con su familia; su hijo fue muerto á sus pies, y al sachem mismo le han

llevado á la fortaleza, donde le han vendido como esclavo: nosotros trataremos de remediar el mal, y vos no hariais mas que agravarle, cayendo en manos de nuestros enemigos."

El asombro y la indignacion alteraban el pecho de René: »Capitan, le dice, en tanto que degüellan á mis amigos, ¿no es á la verdad cosa muy séria que me propongais la fuga? ¡Adario esclavo! ¡Su hijo muerto!... ¿Y que es de mi esposa y de mi hija? Corramos á defenderlos; sublevemos la nacion; libertemos la tierra jenerosa que me ha dado la hospitalidad..."

— »Quedan á nuestro cargo vuestra esposa, vuestra hija, Chactas, todos vuestros amigos quedan á nuestro cargo, dijo Artaguete interrumpiendo á René; mas á todos perdereis en este momento si os obstinais en presentaros. Partid, pues, sin tardanza; evitadme la desgracia de veros prender á mi vista. Considerad que esponeis á este valiente granadero."

— »¡Oh que vida la mia! esclamó René con tono de desesperacion, y luego añadió de repente: ¡Pues bien! jeneroso Artaguete, no quiero esponeros; no espondré á ese valiente granadero; no comprometeré como decís á mi mujer, mi hija, á Chactas y mis amigos; pero no conteis con que me hareis mudar la resolucion que acabo de tomar: no soy un malvado obligado á ocultarme de dia en las cavernas, y de noche en las selvas. Acepto vuestra piragua, parto, desembarco en Nueva-Orleans, me presento al gobernador, pregunto cual es mi crímen,

y ofrezco mi cabeza por la de Adario; lograré su libertad, ó moriré."

Admirando el capitan la resolucion de René, procuró disuadirle de ella. —»Vuestros enemigos, le dijo, son hombres ruines, que ni sabrán apreciar vuestra accion, ni conocerán el mérito de ella. Siendo vos un estranjero, desconocido y sin protectores, vuestra empresa será malograda, y no conseguireis ni siquiera que os escuchen. No debo ya ocultároslo: segun las calumnias que han inventado contra vos, segun el poder de vuestros calumniadores, el rigor de la autoridad militar en una colonia nueva puede seros funesto."

— »Tanto mejor, respondió repentinamente René: la carga es muy pesada, y yo estoy cansado. Os recomiendo á Celuta, su hija, mi segunda Amelia... Chactas, mi segundo padre..." Y despues, volviéndose hácia Utugamiz que nada habia comprendido en el lenguaje frances, le dijo en Natchez:

»Amigo mio, voy á hacer un viaje: ¿cuando volveremos á vernos? ¡quien es capaz de saberlo! quizás sea en un lugar donde tengamos mas felicidad: nada hay en la tierra que sea digno de la virtud."

— »Puedes partir si quieres, dijo Utugamiz; pero bien sabes que sé seguirte y encontrarte. Voy en busca de Mila, que tiene mas juicio que yo, y por ella sabré lo que tú me callas."

Oyese ruido de armas, y dijo el capitan: »No trato ya de conteneros. Escribiré en favor vuestro á mi hermano el jeneral, y á mi amigo el consejero

Harlay." Manda Artaguete al granadero que salga de la piragua, hace entrar en ella á René; éste, manejando un remo largo, se aparta de la orilla, y la corriente del rio arrastra la piragua.

Cuando llegó Febriano ya no encontró al hermano de Amelia, y sí unicamente al capitan Artaguete y al granadero. No dudó, pues, que habian salvado á René por un efecto de su adhesion al mismo. Hay hombres á quienes siempre puede atribuírseles un bien, asi como hay otros de quienes siempre se puede sospechar que han hecho un mal. Echó Artaguete una mirada de desprecio á Febriano, el cual solo respondió con un jesto amenazador dirijido al granadero. Utugamiz, viendo alejarse el hermano de Amelia, dijo entre sí: »Yo me atreveria á seguirle á nado; pero es preciso que consulte con Mila." Y efectivamente se dirijió en busca de ella.

Júzguese cual seria el consuelo de Celuta, cuando al cabo de tantas horas de esperar vió correr hácia ella su jóven amiga, cuyo rostro risueño anunciaba desde lejos que el guerrero blanco estaba en salvo. »Celuta, dijo Mila anhelante, hubieras pasado tres lunas enteras llorando sin que le hubieses hallado. Yo he ido en derechura á la gruta, sin que nadie me lo dijese, y alli he encontrado á mi libertador; Utugamiz llegaba al mismo tiempo que yo. ¡Grande-Espíritu! ¡cuanto hubiera sido mi miedo, si no hubiese tenido tanto placer! Figúrate que tu hermano guarda á tu marido en la gruta, donde hablan los dos como dos águilas."

Al momento comprendió Celuta que René se hallaba en la gruta fúnebre con Utugamiz, y luego abrazó á la indianita diciéndole: »Encantadora niña, tú me haces ahora tanto bien como mal me has hecho."

— »¡Yo te he hecho mal! replicó Mila. ¿Como? ¿acaso es eso que no quieres que me case con tu hermano Utugamiz el simple? Sin embargo, acabamos de prometernos que nos casaremos; nos hemos dado palabra en la gruta." Y echó á correr diciendo: »Vuelvo, vuelvo; pero es preciso que vaya á presentarme á mi madre.»

Celuta llenó de tortas y frutas un canasto, acomodó á sus espaldas su hija, y tomando una caña por báculo en una mano, y el cesto en otra, echó á andar hácia la gruta de los antepasados. Era mas de media noche cuando llegó allá, y no pudo menos de esperimentar un terror interior al poner el pie en la entrada de aquel lugar terrible. Se para, escucha, no oye ruido alguno, llama en voz baja á Utugamiz, no atreviéndose á nombrar á René, y nadie la responde.

»Quizás duermen:» dice entre sí; entra en el subterráneo pisando montones de huesos, que ruedan, y repite estas palabras: »¿Estais aqui?» Sus acentos se desvanecen con el silencio de la muerte: la indiana se siente á punto de caer desfallecida; tiende la vista por las sombras de aquel panteon, y ningun ser viviente respira.

Sale Celuta espantada, trepa por la escarpada costa, mira hácia el rio, y las campiñas que apenas

se divisan á la luz de las estrellas; llama á René y á Utugamiz; calla, repite los gritos, vuelve á guardar silencio, se fatiga dando inútiles carreras, y al rayar el alba se resuelve en fin á volver á su cabaña.

Atravesaba la hija de Tabamica el lugar principal de los Natchez, abandonado de la mayor parte de los indios desde el arrebatamiento de Adario, cuando oye pasos tras de ella, vuelve la cabeza, y ve á su hermano. »¿Donde está tu amigo?» esclama al punto.

— »Ha marchado, responde Utugamiz, y acaso nunca volverá; pero ¿que importa cuando yo voy á juntarme con él? No se adonde ha ido, pero Mila me lo dirá.» Escapándose Mila de su madre, llega en aquel momento: vé á Celuta llorosa, y á Utugamiz con aquel semblante inspirado que tenia cuando la amistad hacia palpitar su corazon, y entérase de la causa de sus nuevos desasosiegos. »Os veo muy confusos por nada, les dice; vamos al fuerte de Rosalía, y el otro buen guerrero nos dirá donde se halla mi libertador." Destapó el canasto que llevaba Celuta, distribuyó las frutas y las tortas, tomó ella su parte, y echó á andar hácia la colina, haciendo que la siguiesen los dos hermanos.

Alumbraba el sol entonces una escena horrorosa. Fue recibido Adario con cantares y danzas por los negros compañeros de su esclavitud, y pasose la noche en aquella alegría de las cadenas. Al amanecer, el capataz de aquella jente llevó al sachem al campo donde trabajaban, con una vacada y algunos

negros, y allí encontraron unos soldados acampados en los desmontes.

La cautividad de Adario y su familia era un ejemplo, con el cual intentaba el comandante atemorizar á los que él llamaba revoltosos. Se sabia que habian pasado la noche tranquilamente los Natchez; pero se ignoraba que esta tranquilidad era efecto de las mismas maquinaciones de Onduré. Creyó Chepar que los indios estaban amilanados, y para acabar de domar su espíritu de independencia, quiso ofrecerles el espectáculo del mas famoso de sus viejos, despues de Chactas, reducido á la condicion de esclavo. Con este objeto dió una órden para que dejasen acercarse los salvajes, pero sin armas, si se presentasen en el sitio de los trabajadores.

El capataz de los negros, con un látigo en la mano, hizo una señal á Adario, y le previno que escardase un maizal: el sachem no se dignó mirar siquiera al pastor de hombres, pero su mujer, y su hija con el niño acuestas, estaban ya encorvadas, escardando un surco: »¿Que haceis?" les dijo Adario gritando con voz terrible. Ellas se incorporaron, y el látigo las obligó á bajarse nuevamente. Adario aguantaba los golpes que le daban desgarrándole la carne, cual si fuese su cuerpo el tronco de una encina.

En aquel momento llegó un anciano ciego, guiado por un niño. Era Chactas; Chactas, que á pesar de la resolucion del consejo y la oposicion de Onduré, se habia presentado solo con la pipa de paz

en la entrada del fuerte de Rosalía. Chepar se negó á recibir al sachem, y entonces éste mandó á su guía que le llevase al campo donde estaban los trabajadores.

Era Chactas tan respetado, aun de los europeos, que el capataz no se atrevió á impedir que se acercase á su amigo Adario. Los dos viejos permanecieron largo rato abrazados estrechamente. »Adario, dijo Chactas, yo tambien he arrastrado cadenas."

— »Pero no veias los árboles de la patria:» contestó Adario.

— »Pronto recobrarás la libertad, dijo Chactas. Todos pereceremos, ó tu serás libre.»

— »Poco me importa, replicó Adario: mis manos quedarán para siempre envilecidas. Ademas de esto, poco me queda que vivir; pero este niño que tienes delante, renuevo del hijo que ayer mataron á mi lado los bandidos.....! ¡Ese hijo....! ¡esclavo para siempre....!»

— »Ancianos, ya basta, gritó el capataz; separaos.»

— »Esperad á lo menos, respondió Adario, á que Chactas haya abrazado á mi último hijo. Hija mia, tráeme á mi nieto; póngale yo en los brazos de mi viejo amigo; échele su bendicion este amigo libre; bendicion que ya no deben echar estas manos encadenadas.»

La hija de Adario entrega temblando el hijo á su abuelo; Adario le toma, le besa tiernamente, le eleva hácia el cielo, le aplica otra vez su boca pa-

ternal, y reclina la cabeza sobre el rostro del niño, que se sonrie; el sachem le estrecha amorosamente contra su seno, dá un paso hácia atras, volviendo la cara como para derramar lágrimas sobre el último renuevo de su raza, y permanece algunos momentos inmóvil.....

Vuélvese Adario teniendo asido de un pie al niño ahogado, le arroja en medio de los franceses, y esclama: »El primero ha muerto libre, y yo he libertado al segundo: ¡miradlo!»

Salen de entre toda aquella jente clamores confusos, gritando unos: »¡Oh crímen!» y otros: »¡Oh virtud!» Los salvajes que se hallan presentes á este espectáculo, aunque habian dejado las armas, segun las órdenes dadas, se arrojan á los soldados, y trábase al momento una reñida pelea, en que son rechazados los indios. Encierran á Adario en un calabozo del fuerte, dejando con él á su hija: ¡aquella hija que ya no volvió á dar su tierno pecho al hijo arrebatado de su seno por la mano paterna! La vieja esposa de Adario, herida por un cuchillo desconocido en medio del tumulto, fue á juntarse en el sepulcro á su hijo y á su nieto.

Todo era posible en adelante á la ambicion y á los crímenes de Onduré; pues no teniendo ya freno la indignacion de los Natchez, podia hacerlos entrar en todos aquellos planes, por los cuales habia prometido vengarlos. Solo se trataba ya de calmar una tempestad violentísimamente escitada, cuyo fruto y estragos no se hallaba todavía Onduré en disposicion de recojer. Era preciso apoderarse de René, que se

habia escapado de las primeras maquinaciones; preciso era, en medio del degüello de los franceses, llegar á inmolar al hermano de Amelia, arrebatar á Celuta, y ascender en fin á la suprema dignidad, restableciendo el antiguo poder de los soles: tales eran los negros pensamientos que el jefe de los indios revolvia en su mente.

Apenas habia perdido de vista el pais de los Natchez el hermano de Amelia, cuando contentándose con gobernar la piragua con un remo largo puesto en la popa, se habia abandonado á la corriente del rio, sin que le distrajesen de su tristeza ni la amenidad de las riberas, ni el primer brillo y encanto de la primavera en las selvas.

Trazó algunos renglones con lapiz en un librito de memoria diciendo:

»Aqui estoy solo, ¡oh naturaleza que me rodeas! ¡mi corazon te idolatraba en otro tiempo, y ahora parece que me he vuelto insensible á tus encantos! La desgracia me ha alcanzado, y su mano me ha ultrajado y abatido.

»¿Que he ganado yo con venir á estas riberas? ¡Insensato René! ¿como no advertiste que tu corazon te atormentaria donde quiera que habitases?

»Delirios de mi juventud, ¿por que renaceis en mi memoria? Tú sola, ó Amelia mia, tú sola has abrazado el partido que debias tomar! A lo menos si lloras, es al abrigo del puerto, mientras yo jimo en las olas en medio de la borrasca.''

Al acercarse á la Nueva-Orleans, vió René una cruz plantada por unos misioneros en la altura de

una colina, donde encontraron el cadáver de un hombre asesinado. Arriba á la orilla, amarra su piragua al tronco de un olmo, y hace una peregrinacion á la cruz: no debia ser oido, porque iba á pedir, no el perdon de sus culpas, y sí la remision de aquellos sufrimientos que Dios impone á todos los hombres. Llega, pues, al pie del calvario, y postrándose de rodillas, dice fervorosamente:

»¡Oh tú, que quisiste dejar sobre la tierra el instrumento de tu muerte, como un monumento de tu caridad y de la perfidia del malo! Divino viajero acá bajo, dame la fuerza necesaria para continuar mi camino. Tengo que atravesar todavía paises abrasados por el sol, y tengo hambre de tu maná, ¡oh Señor! porque los hombres solamente me han vendido un pan amargo. Llámame pronto á la patria celeste, pues no tengo tu resignacion para beber las heces del cáliz; mis huesos están rendidos, mis pies gastados á fuerza de andar, y no habiendo querido admitir nadie al huésped estranjero, todos me han cerrado las puertas."

Pone René al pie de la cruz una rama de encina en *ex-voto*, baja de la colina, vuelve á entrar en la piragua, y á poco rato descubre la capital de la Luisiana. Pasa por en medio de las naves ancladas ó amarradas á lo largo de los muelles, y cuando atravesaba un laberinto de cables, le hablaron con la bocina desde una fragata donde se hallaba la policía del puerto, y le dijeron en frances: »¿De que nacion indiana sois?»

— »Natchez.»

Respondió René, y le mandaron que pasase abordo de la fragata.

El capitan, admirado de encontrar un frances en traje de indio, le pidió el pasaporte, y viendo que no lo tenia, le preguntó acerca del motivo de su viaje, á lo cual contestó que solo podia manifestarlo al gobernador. Habiendo rejistrado su piragua, encontraron en ella el librito de memorias, cuyas pájinas escritas con lápiz parecieron ininteligibles y sospechosas. Quedó René detenido en la fragata, y enviaron á tierra un oficial, encargado de decir al gobernador que habian arrestado un frances disfrazado de salvaje, cuyas respuestas eran confusas, y sus maneras estraordinarias. Añadia el capitan en su parte, que el estranjero rehusaba decir su nombre, y que queria hablar con el gobernador, á quien remitia por mano del oficial el librito de memorias hallado en la piragua.

Estaban inquietos los ánimos en Nueva-Orleans desde el ataque dado á los Natchez, en el cual habian manifestado estos salvajes tanta habilidad como valor. El comandante del fuerte de Rosalía despachaba á cada instante correos con relaciones formidables acerca de la indocilidad de los indios, cuyos diversos caudillos se nombraban en aquellos oficios, y eran los mismos que Febriano denunciaba habilmente al crédulo Chepar, por instigacion del pérfido Onduré. Adario, Chactas mismo, y en particular René, eran representados como autores de una conspiracion permanente; como unos hombres que deseando el rompimiento de los tratados y la

continuacion de la guerra, se oponian al establecimiento de los concesionarios. El último mensajero trajo el parte de la prision y cautiverio de Adario, y daba temores de un movimiento entre los Natchez.

Onduré estrechaba á René con sus calumnias, Febriano ayudaba con sus crímenes al infame salvaje, y el pueblo decia que el hermano de Amelia habia pisado un Crucifijo, y vendido el alma al demonio; que pasaba su vida en las selvas con una mujer indiana; que hacia profesion de la májia, y que habiendo muerto en una batalla contra los illineses un salvaje nigromántico como él, le habia resucitado. ¡Oh elevacion y sutileza del injenio! ¡sacrificio y pasion del amor! ¡prodijios de la amistad y de la virtud, siempre sereis incomprensibles á los hombres!

Al leer el gobernador la carta del capitan, no dudó que fuese el estranjero aquel hombre desconocido, naturalizado entre los Natchez, y mandó que le llevasen á su presencia. Inmediatamente corrió por la ciudad la voz de que habian hecho prisionero al famoso frances caudillo de los Natchez, y llenáronse las calles de un inmenso jentío supersticioso, y los balcones y ventanas de espectadores. Por en medio de aquel tumulto pasó René escoltado de un destacamento de soldados de marina, y al punto resonaron por todas partes los gritos de *viva el rey*, como si se hubiese ganado una victoria. Pero quedaron admirados en estremo, cuando en lugar del personaje que aguardaban, solo vieron un bello jóven, cuyo talante era noble sin altivez, y que no

mostraba en su frente ni insolencia, ni el menor remordimiento.

Recibió el gobernador á René en una galería, donde estaban reunidos los oficiales, los majistrados, y los principales habitantes de la ciudad. Adelaida, hija del gobernador, quiso ver tambien al que ya conocia por las noticias que de él habia dado el capitan Artaguete, y lo que acababa de leer en el librito de memorias, con interes y admiracion á un tiempo. Al presentarse René, todo quedó en silencio, y adelantándose hácia el gobernador, le dijo: »He venido á buscaros. La fortuna me ha sido favorable por la vez primera de mi vida, trayéndome á presencia vuestra antes de lo que yo esperaba."

El talante, las miradas, y la voz del estranjero, sorprendieron á la reunion; pues nadie veia en él aquel vagabundo sin educacion ni principios, que la voz pública acusaba. El gobernador, que era de un carácter grave y reservado, quedó tambien sorprendido del aspecto de nobleza del hermano de Amelia, pues habia en René cierta cosa de predominio, que se apoderaba fuertemente de las almas. Adelaida se mostraba enteramente conmovida; pero su padre, lejos de estar dispuesto en favor del desconocido, le miró desde entonces como infinitamente mas peligroso que aquel hombre vulgar, de quien hablaban los partes recibidos del fuerte de Rosalía.

»Habiendo venido á buscarme, dijo el gobernador, sin duda tendreis que decirme alguna cosa. ¿Como os llamais?»

— »René.» Respondió éste al punto.

— »Todo el mundo lo habia sospechado, replicó el gobernador. Sois frances y naturalizado natchez. Decid pues, ¿que deseais?"

— »Pues sabeis mi nombre y quien soy, dijo René, sin duda habreis tambien adivinado el motivo de mi venida. Habiéndome adoptado Chactas, ilustre y sábio anciano de la nacion de los Natchez, he sido testigo de cuantas injusticias se han cometido con aquel pueblo. Una vil pandilla de hombres arrancados á la corrupcion de la Europa, ha despojado de sus tierras á una nacion independiente. Han turbado á esta nacion en sus fiestas, ultrajado sus costumbres, y contrariado sus usos. Tantas calamidades la han sublevado al fin; pero antes de tomar las armas os ha pedido, y confiaba alcanzar de vosotros justicia, hasta que viendo burladas sus esperanzas, ha tenido que recurrir á sangrientas lides. Cuando se ha visto que no era posible domar á los Natchez, se ha recurrido á unas treguas mal observadas por los jefes de la colonia. Hace pocos dias que el comandante del fuerte de Rosalía ha cometido los mayores ultrajes y tropelías: yo he sido designado con Adario, hermano del padre de mi esposa, como una de las primeras víctimas. Han aprisionado al sachem, y le han vendido públicamente: ignoro las desgracias que han podido seguirse de esta monstruosa violencia. He venido á ponerme en vuestras manos, y ofrecerme en canje por Adario.

»Prescindo de hacer justificaciones por mi parte, pues ignoro de qué delito soy acusado; pero

sí diré que las sospechas de los hombres son hoy dia una presuncion de inocencia. Unicamente vengo á deciros, que si hay algun conspirador entre los Natchez, lo soy yo, porque me he opuesto siempre á vuestra tiranía. Como frances, puedo pareceros culpable; como hombre, soy inocente. Ejerced, pues, sobre mí vuestro rigor; pero á lo menos permitid que os pregunte: ¿os atrevereis á castigar á Adario por haber defendido su patria? Haced ostentacion de sentimientos mas nobles y equitativos; quitad los grillos á un jeneroso salvaje, cuyo crímen se reduce á ser amante de su patria. Si me quitais la libertad, y la restituis al sachem, cumplireis á un tiempo con la justicia y la prudencia. No se diga que se nos puede aprisionar á entrambos: quitando las cadenas á Adario, dispondreis en favor vuestro los indios, que reverencian á este anciano, y que jamás os perdonarian su cautiverio. Descargando en mí vuestras venganzas, no armareis ni un brazo contra vosotros; nadie, ni aun yo mismo, reclamaria contra la bala que traspasase mi pecho."

Imposible fuera describir el efecto que produjo este discurso en la junta. Adelaida derramaba lágrimas: apoyada en el respaldo del sitial de su padre habia escuchado las palabras del hermano de Amelia, y en el rostro de la jóven se veian repetidos todos los movimientos de temor ó de esperanza, que el prisionero hacia esperimentar á su corazon.

»Habeis tomado las armas contra los franceses?" preguntó el gobernador.

—»Lejos de encontrarme en el ataque de los Natchez, respondió René, me hallaba entonces en las filas de los guerreros que marchaban contra los illineses; pero si hubiese estado en la aldea principal, no hubiera titubeado en lidiar por mi nueva patria." — »Al consejo de guerra le toca resolver:" dijo el gobernador levantándose; y mandó que llevasen al estranjero á la cárcel militar, lo cual se efectuó al momento.

Al siguiente dia compareció René ante el consejo, y aunque le habian nombrado un defensor, rehusó hablar con él, en términos que ni aun quiso verle. El defensor, que era Pedro Harlay, amigo del capitan Artaguete, estaba en vísperas de casarse con Adelaida; era partícipe de los sentimientos que esperimentaba la hija del gobernador á favor de René, y por tanto la negativa de éste á conferenciar con él, en lugar de exasperarle escitó mas su interes en el buen éxito de la causa de un hombre tan poco semejante á los demas.

La sala del consejo estaba llena de las personas mas distinguidas y poderosas de la colonia. Los militares encargados de la formacion del proceso interrogaron á René legalmente, y le pusieron de manifiesto algunas cartas del comandante del fuerte de Rosalía. Preguntáronle, qué significaban las frases escritas en su librito de memorias; si el nombre de Amelia era supuesto, y si encerraba algun misterio. Al oir esto se puso pálido el desgraciado jóven : apoderose entonces de su corazon una alegría cruel, porque verse inocente y condenado por la

ley, era en el modo de pensar de René, una especie de triunfo sobre el órden social. Respondió únicamente con una sonrisa de desprecio á las acusaciones de traicion, é hizo luego un elojio el mas tierno de Celuta, cuyo nombre habian pronunciado. Respondió que habia venido únicamente para solicitar la libertad de Adario, tio de su esposa, y que en cuanto á lo demas, podia hacerse de él lo que Dios determinase.

Harlay se levantó, y dijo: »Mi cliente no ha querido esplicarse conmigo, y sí con sus jueces: ha rehusado defenderse; pero ¿acaso no se advierten facilmente en sus respuestas lacónicas algunas espresiones que dan luces de alguna maquinacion infame? ¡Con que enerjía se ha espresado acerca de la indiana unida á su suerte! y ¿que mujer es esta? Es aquella Celuta conocida de toda la colonia, por haber libertado de las llamas á uno de nuestros mas valientes oficiales. ¿Como fuera posible que la belleza de esta jenerosa indiana hubiese dejado de encender unas pasiones, que prosiguen hoy dia su venganza en la cabeza de un inocente? No fundo esta opinion en simples conjeturas. Esta noche misma he examinado con detencion todos los papeles, y como un resultado de mis averiguaciones, he podido adquirir la carta que voy á leer al consejo."

Entonces leyó Harlay una carta fecha en el fuerte de Rosalía, la cual estaba escrita por el granadero Jacques á su madre, que vivia en Nueva-Orleans. El soldado, con toda la franqueza militar, espresaba su admiracion por su capitan Artaguete, su

estimacion á René, su compasion á Celuta, y su desprecio á Onduré y á Febriano.

»Esta carta, dijo el defensor de René, manifiesta un carácter de honradez y de verdad, que hace suma fuerza. ¿Por que razon ha de ser precipitada la justicia? ¿Acaso no es un deber suyo el oir á los testigos en favor del acusado? No ignoro que una comision militar juzga sumariamente y sin apelacion; pero este procedimiento rápido no escluye la equidad. Solo quiero y alego en prueba de la inocencia del acusado, la accion misma que hoy le entrega á la cuchilla de la ley. ¿Seria posible que aceptaseis esa cabeza, que se ha venido á ofrecer por la cabeza de un anciano? Es fácil perseguir á un hombre sin amigos ni protectores: fácil prodigarle los epitetos de vagabundo y de traidor; pero la presencia sola de mi cliente ha destruido esas bajas calumnias. En fin, cuando se obstinen en una acusacion que versa sobre unos hechos que carecen de prueba, sostendré yo que René no es ya frances, y que por tanto no os compete juzgarle.

»Ignoro los motivos que haya tenido para dejar la Francia el hombre que hoy comparece ante vosotros; pero sí diré que á nadie se le puede disputar el derecho de mudar de patria. Supongamos que me hubiesen encadenado unos tiranos, perseguido mis enemigos, burlado en mis inclinaciones y afecto, ¿acaso no me seria permitido ir á buscar en otra parte mi libertad, mi sosiego, y el olvido de la falsa amistad? La naturaleza seria mas jenerosa que los hombres, pues abre sus desiertos al in-

fortunado, y lejos de decirle: »Habitarás en tal ó tal selva," le dice como madre: »Escoje el asilo mas conveniente á la disposicion de tu alma." ¿Sostendreis que los salvajes de la Luisiana son súbditos del rey de Francia? Abandonad esa odiosa pretension. Harto tiempo han estado oprimidos esos pueblos, que gozaban de la felicidad y de la independencia, antes que nosotros introdujésemos la servidumbre y la corrupcion en su tierra natal. Soldados-jueces que hoy ceñís espada, Dios ha puesto en vuestras manos la cuchilla de su poder y la de su justicia; procurad restituírsela sin mella y sin mancha: la primera se embota descargando sobre la independencia, y la segunda se mancha derramando la sangre del inocente."

Calló el orador: el auditorio estaba visiblemente conmovido: Adelaida oculta tras de una tribuna no pudo menos de aplaudir, y asi recibió Harlay una recompensa la mas grata. Estos dos jóvenes, á quienes iba á unir un amor venturoso, eran los únicos que, por una tierna simpatía, tomaban á su cargo la defensa de un estranjero, cuyas desgracias eran efecto de una pasion amorosa.

Mandaron retirar al acusado, y los jueces deliberaron. Se inclinaban á declarar culpable á René; pero estuvieron discordes sobre la cuestion de derecho relativo á la mudanza de patria, y dejaron para el dia siguiente la declaracion de la sentencia. »No os conocia cuando rehusé escucharos, dijo René á Harlay, pero tampoco os doy las gracias por lo bien que me habeis defendido. Decid á la hija

del gobernador, que la desearia felicidad, si mis deseos no fuesen maldiciones."

Condujeron á la cárcel al hermano de Amelia entre dos filas de traficantes de esclavos, de marineros estranjeros, y comerciantes de todos paises y de todos colores, que le llenaban de ultrajes sin saber por qué.

Vuelto René al encierro, deseó escribir algunas cartas. El carcelero le trajo un mal pliego de papel, un poco de tinta en un vaso roto, y una mala pluma, y dejando inmediatamente al preso, cerró la puerta con fuertes cerrojos. René, viéndose solo, se sentó á la orilla del catre de campaña, cuya tabla le servia de mesa, y alumbrado por la escasa luz que entraba por las rendijas de una ventana enrejada, escribió á Chactas, encargando al sachem que tradujese las dos cartas que dirijia en una misma á Celuta y Utugamiz.

Entró la mujer del carcelero acompañada de un niño de seis á siete años, que la ayudaba á llevar la comida. Preguntó René á aquella mujer si tendria algun libro que prestarle; ella respondió que solo tenia la Biblia, y el preso suplicó á la carcelera que le dejase el libro santo. Cuando René pidió una lámpara para pasar la noche, el carcelero se la dió, pues se hallaba ganado por las dádivas de Adelaida, que no habia olvidado al triste preso.

Al dia siguiente se notaron al márjen de las hojas de la Biblia algunas palabras apenas lejibles, y al lado del cuarto versículo del capítulo séptimo del *Eclesiástico*, se pudieron descifrar estas sentencias.

»¡Oh cuanta verdad es esto! *¡la tristeza del cora-*
»*zon es una llaga universal!* En la melancolía, to-
»das las partes del cuerpo están doloridas, y los
»huesos quebrantados ya no encuentran cama blan-
»da. Todo es triste para el desgraciado, todo ma-
»na sangre como su *corazon; esto es una llaga uni-*
»*versal!*"

Habia otros pasajes comentados por este estilo.

El primer versículo del capítulo décimo de Job, *mi alma está cansada de mi vida*, estaba rayado por debajo.

Levantose en aquella noche una de las furiosas tempestades del equinoccio: los vientos bramaban; las olas del rio se hinchaban como las del mar, y la lluvia caia á torrentes. René creyó oir confusamente unos lamentos entre el estruendo de la tempestad; cerró la Biblia, se acercó á la ventana, escuchó, y ya no oyó nada. Vuelve á lo interior de su encierro, y empiezan otra vez los lamentos; torna á la ventana, y entonces penetran claramente en su oido los acentos de la voz de una mujer: arranca la tabla que cubria la reja, mira por entre los hierros, y á la luz de un reverbero ajitado por el viento, cree divisar una mujer sentada en una mojonera en frente del encierro: »¡Desgraciada criatura! esclamó René: ¿por que estás espuesta á los furores de la tempestad? ¿Necesitas socorro?"

Apenas ha pronunciado estas palabras, cuando ve á aquella especie de fantasma levantarse, y correr hácia el pie de la torrecilla. El hermano de Amelia reconoce el traje de una mujer indiana, y

al mismo tiempo el débil resplandor del reverbero, iluminando el rostro pálido de Celuta, la dá á conocer á René. Este cae de rodillas, y con voz interrumpida de sollozos esclama: »¡Dios omnipotente, salvad á esa mujer!" Oye Celuta la voz de René, y el corazon de esposa y madre palpita de dolor y de alegría. La hermana de Utugamiz permaneció algunos momentos sin poder pronunciar una palabra, y recobrando en fin espíritu, dice espresivamente: »Guerrero, ¿donde estás? La obscuridad y la lluvia me impiden verte. Disimula que te sea molesta; he venido á servirte. ¡Mira, aqui tienes tu hija!"

—»¡Oh mujer! responde René, ¡cuan grande es tu virtud! busca un albergue, y no espongas tu vida y la de tu hija. ¡Oh cielos! ¿quien te ha traido á este sitio."

— »Nada temas, responde Celuta: soy fuerte: ¿acaso no soy indiana? Si he hecho alguna cosa que te disguste, castígame, pero no me despidas."

Esta respuesta despedazó el corazon de René: »Amada mia, le dice, ánjel de luz, huye, huye de esta tierra de tinieblas, pues te encuentras en una caverna donde los hombres te devorarán. A lo menos, por de pronto trata de encontrar algun asilo. Volverás, si quieres, cuando la tempestad haya pasado."

Este permiso venció en apariencia la resistencia de Celuta: »Bendice á tu hija, dice á René, antes que yo me aleje. Es muy tierna, y ha faltado el cebo al pajarito, porque el padre no ha podido ir á buscar granos á la dehesa.

Diciendo esto, abrió la madre su roto y tosco vestido cargado de la lluvia, bajo el cual tenia á la hija abrigada, y levantó en alto á la inocente criatura, para que recibiese la bendicion de René. Este sacó las manos por entre los hierros de la reja, y estendiéndolas hácia la pequeña Amelia, esclamó: »¡Hija! tu madre te queda."

Celuta guardó otra vez su tesoro entre el vestido, y finjió que se retiraba; pero no trató de volver á las piraguas que la habian traido, y se detuvo á corta distancia de la prision.

La indiana, Mila y Utugamiz llegaron al fuerte de Rosalía en el momento en que Adario, despues de haber ahogado á su nieto, acababa de ser encerrado en el calabozo, y los arrestaron como parientes y cómplices del sachem y de René. Creíase la colonia en el momento de ser atacada por los Natchez, y no se veian mas que hombres y mujeres ocupados en poner en salvo sus muebles y sus ganados, en hacer reductos, y en abrir fosos, mientras que los soldados sobre las armas ocupaban todas las avenidas del fuerte. El desasosiego y la confusion de la multitud habian separado á Celuta de Mila y de Utugamiz, y queriendo éste defender á la indiana, cuyo donaire provocaba la grosería de una cuadrilla de habitantes disolutos, fue tratado del modo mas bárbaro y brutal.

No se hallaba ya Chactas en el fuerte de Rosalía cuando la hija de Tabamica vino á él á adquirir noticias del viaje de René y su paradero. Los jóvenes salvajes habian sacado de alli al sachem en me-

dio del tumulto, y volvieron con él á los Natchez; pero Celuta encontró á su protector acostumbrado. El peligro, que parecia inminente, habia obligado á Chepar á levantar el arresto al capitan Artaguete, y este vió á Celuta cuando Febriano la llevaba á un encierro, con una esperanza impura, que no podia disimular. »Reclamo á mi hermana, dijo Artaguete empujando con violencia á Febriano; yo responderé de ella al comandante. En cuanto á vos, añadió mirando al miserable soldado hasta lo interior de su alma, ya sabeis donde me encontrareis."

Despues de haber llevado el capitan á Celuta á una casa junto al rio, envió al granadero Jacques en busca de la negra Glazirna, que hablaba el idioma de los Natchez. Esta pobre mujer vino corriendo con su niño, y sirvió de intérprete á otra mujer desventurada como ella. Artaguete dijo entonces á Celuta, que René habia desembarcado en Nueva-Orleans con el intento de solicitar la libertad de Adario. »No he podido contenerle, dijo, y acaso no me queda mas que un momento para salvaros á vos misma. ¿Adonde quereis ir, pues?"

— »A encontrar á mi marido:" respondió Celuta, y la negra tradujo fácilmente estas palabras, porque el lenguaje y el corazon son unos mismos bajo las palmeras del Africa y los magnolias de las Floridas.

Estaban á punto de marchar á Nueva-Orleans unos yazus que se encontraban en el fuerte de Rosalía: propuso Artaguete á su hermana adoptiva que se fuese en compañía de aquellos salvajes, y ella

aceptó con júbilo la proposicion. El jeneroso capitan la dió una carta para el jeneral Artaguete y otra para Harlay, en las cuales recomendaba los desgraciados esposos á su hermano y á su amigo. Embarcose Celuta en una de las piraguas, y estas desplegaron al punto sus velas de juncos y plumas al soplo del norte impetuoso.

La flotilla de los yazus fondeó en Nueva-Orleans el mismo dia en que el hermano de Amelia compareció ante el consejo. Celuta no pudo saltar en tierra hasta la tarde, y para colmo de su desgracia, habia perdido las cartas del capitan. La infeliz apenas sabia algunas palabras en frances, y rogó al jefe indio, que iba frecuentemente á Nueva-Orleans á trocar pieles por armas, que se informase de la suerte y paradero de René. El salvaje se fue, y á poco rato volvió á decir á Celuta que el hijo de Chactas estaba encerrado en la choza de sangre (1), y que iban á fusilarle, segun se decia por el pueblo.

La hija de Tabamica, en lugar de abatirse al oir esta fatal noticia, sintió elevarse su alma, y aquella misma que tímida y reservada se ruborizaba con la vista de un estranjero, se encontró de repente poseida de un valor capaz de hacer frente á una ciudad poblada de hombres blancos: preguntó al jefe salvaje si sabia donde estaba la choza de la sangre, y habiendo dicho que sí, ofreciéndose á acompañarla, siguió á su guía, llevando en brazos y arropada con el vestido á su querida Amelia. Era ya muy entrada la noche, y empezaba á llover cuando

(1) Cárcel.

llegaron al negro edificio; y el yazu, monstrándolo con la mano á Celuta: »Aqui tienes, dijo, lo que buscas:" y dejándola sola, se volvió á sus piraguas.

Viéndose solitaria en medio de la calle, contemplaba las altas paredes de la cárcel, sus torrecillas, sus guesas puertas, sus postigos, y sus ventanas estrechas resguardadas de fuertes rejas; mansion formidable, que tenia ya el aspecto antiguo del dolor, sobre aquella tierra nueva, en una colonia de un dia. Los europeos, que aun no tenian sepulcros en la América, tenian ya en ella calabozos, únicos monumentos de lo pasado, para aquella sociedad sin abuelos y sin recuerdos.

Consternada Celuta á la vista de aquel fuerte, estuvo al principio inmóvil, y despues llamó pausadamente á una puerta, de donde un centinela la hizo retirarse. Dió una vuelta alrededor de la cárcel por calles enteramente desiertas, hasta que viendo el cielo cargado de nubes, y oyendo el estrépito de los truenos siempre en aumento, se sentó en la mojonera donde René la divisó desde lo alto de la torre. Puso su hija encima de sus rodillas, reclinando la cabeza sobre ella para guarecerla de la lluvia y abrigarla contra su corazon, hasta que un tremendo trueno la hizo levantar la cabeza: entonces la dió en el rostro un rayo de luz que salia de una reja, y por un secreto instinto no cesó ya de mirar hácia aquella luz, que alumbraba al objeto de un amor tan constante como tierno. Repetidas veces llamó Celuta á René; pero los vientos desencadenados se llevaban aquellos gritos. Entonces empezó á

cantar largas canciones, cuyo tono triste, y las espresiones lastimeras, contribuyeron á que la oyese su esposo, y se durmiese la hija al mismo tiempo.

La triste madre, despues de haberla conocido el desgraciado esposo, se retiró de alli por obedecerle. Desfallecia á corta distancia, y sus miembros estaban entorpecidos: el frio y la lluvia habian penetrado hasta su hija, que se helaba en el regazo materno.

Fin del tomo primero.

INDICE.

	Paj.
Prólogo.	v
Libro primero.	1
Libro segundo.	22
Libro tercero	48
Libro cuarto.	68
Libro quinto.	86
Libro sexto.	108
Libro séptimo.	141
Libro octavo.	168
Libro noveno	195
Libro décimo	216
Libro undécimo	243
Libro duodécimo.	258

OBRAS
DE
CHATEAUBRIAND

11

Universitat de València
Biblioteca General
D 114
48